





POR EL ESPÍRITU EMMANUEL

Renuncia

Francisco Cándido Xavier



RENUNCIA

RENUNCIA
(Romance mediúmnico)

RENUNCIA

Francisco Cándido Xavier

RENUNCIA

Renuncia

Historia Real. Siglo de Luis XIV.
En Francia, España, Irlanda y Américas.
Heroísmo y martirio de Alcíone

Romance dictado por el espíritu
EMMANUEL

feb

FEDERACIÓN ESPÍRITA BRASILEÑA
DEPARTAMENTO EDITORIAL
Calle Souza Valente, 17
20941 – Río-RJ – Brasil

y

Av. L.2 Norte – Q. 603 – Conjunto F
70830 – Brasília-DF – Brasil

ÍNDICE

Viejos recuerdos.....7

PRIMERA PARTE

I. Sacrificios del amor.....	11
II. Ansiedades de la juventud	35
III. Camino de América.....	87
IV. La viruela.....	117
V. En la infancia de Alcíone	170
VI. Nuevos rumbos.....	200
VII. Caminos de lucha.....	223

SEGUNDA PARTE

I. El padre Carlos	249
II. Nuevamente en París	286
III. Testimonios de Fe.....	332
IV. Reencuentro.....	359
V. Pruebas redentoras	412
VI. Soledad amarga	433
VII. La despedida	456

RENUNCIA

VIEJOS RECUERDOS

¿Quién pudiera detener los viejos recuerdos que iluminan los caminos de la eternidad?

Recordamos a Alcíone, desde los primeros días de su infancia. Muchas veces la vi, con el Padre Damián, paseando por un viejo atrio, en España, al ponerse el Sol.

A veces, levantaba el semblante infantil hacia el cielo y preguntaba atenta:

- Padre Damián, ¿quién ha hecho las nubes, que parecen flores grandes y pesadas, que nunca llegan a caer al suelo?

- Dios, hija mía – decía el sacerdote.

Pero, como si en el pequeñito corazón no debiese existir el olvido de las cosas sencillas y humildes, ella volvía a interrogar:

- ¿Y las piedras? ¿Quién ha creado las piedras que aseguran el suelo?

- También fue Dios.

Entonces, tras meditar con la mirada sumergida en el gran crepúsculo, la niña exclamaba:

- ¡Ah! ¡Qué bueno es Dios! ¡Nadie quedó olvidado!

Era para ver su extraordinaria bondad, el interés por el deber cumplido, dedicación a la verdad y al bien.

Pronto comprendí que la familia afectuosa de Ávila estaba formada de fuertes amistades, cuyos orígenes se perdían en el tiempo.

Los años – minutos en el reloj de la eternidad – corrieron siempre movidos y llenos de amor. La niña de otros tiempos se convirtió en benefactora llena de

sabiduría. Su vida no representaba un haz de actos comunes, sino un testimonio permanente de sacrificios santificantes. Desde la primera juventud, Alcíone, se transformó en centro de afectos, en fuente de luz viva, donde se podían vislumbrar las claridades augustas del Cielo. Su conducta, en la alegría y en el dolor, en la felicidad y en el obstáculo, era una enseñanza generosa, en todas las circunstancias.

Creo incluso que ella nunca satisfizo un deseo propio, mas nunca fue encontrada en desatención a los designios de Dios. Jamás la vi preocupada por la felicidad personal; entretanto, se interesaba con ardor por la paz y por el bien de todos. Tenía un singular cuidado en no demostrar, ante los ojos ajenos, sus gestos de perfección espiritual, no obstante, quería siempre revelar las ideas nobles de cuantos la rodeaban, con el fin de verlos amados, optimistas y felices.

Mis experiencias rodaron muy despacio para los arcanos del Tiempo, la muerte del cuerpo me arrastró a nuevos caminos y, entretanto, jamás pude olvidar la amable figura de ángel, en tránsito por la Tierra.

Más tarde, pude besarle los pies y comprender su divina historia. El resultado de ese conocimiento vibra en este esfuerzo sencillo, que no tiene pretensiones la obra literaria.

Este es un libro de sentimiento, para quien aprecie la experiencia humana a través del corazón. En particular, hablará a todos los que se encuentren encarcelados, sentenciados, olvidados de aquél amor que cubre la multitud de los pecados, en consonancia con las enseñanzas de Jesús. La mayoría de los aprendices del Evangelio se deja conquistar, en sentido absoluto, por las ideas de rescate escabroso, del ojo por ojo, o por la preocupación de recompensas en la Tierra o en el Cielo. Aquí se comentan reencarnaciones criminales; allí, se

esperan llantos amargos; más allá, existen corazones anhelantes de sosegado y ocioso descanso. La esperanza y la responsabilidad parecen tesoros olvidados. Es razonable que no se pueda negar el carácter incorruptible de la Justicia, no obstante, no debe olvidarse el optimismo, la confianza, la dedicación y todas las energías que el amor procura despertar en el fondo de las conciencias.

Para las almas sinceras, que aún sollozan en los lazos del desánimo y el desaliento, la historia de Alcíone es un bálsamo reconfortante. Naturalmente que ella misma, cual amorosa visión de la Espiritualidad eterna, emergerá de las páginas luminosas de su experiencia, preguntando al lector que se sienta oprimido y exhausto:

- ¿Por qué retienes la idea de los castigos implacables, cuando Nuestro Padre nos ofrece el manantial inagotable de su amor? ¿Por qué atribuíste tanta importancia al sufrimiento? ¡Levántate! ¿Olvidaste a Jesús? Ya que el Maestro padeció por todos, sin culpa, ¿dónde estás que no sientes placer en trabajar, de ninguna forma, por amor a su nombre?

La psicología de Alcíone es más compleja de lo que se pueda imaginar a primera vista. En la grandeza de su dedicación, vemos el amor renunciando a la gloria de la luz, a fin de sumergirse en el mundo de la muerte. Con su gesto divino, la Tierra no es sólo un lugar de expiación destinado al exilio amargo, sino también, una escuela sublime, digna de ser visitada por los genios celestes. Dentro de los horizontes del Planeta, aún tienen vigor la sombra, la muerte, la lágrima... Eso es incontestable. Pero quien siga por los caminos que Alcíone recorrió, convertirá todo ese patrimonio en tesoros óptimos para la vida inmortal.

Aquí, pues, te ofrecemos amigo lector, tan bellos recuerdos.

RENUNCIA

Cree, no obstante, que por viejos, no son menos preciosos. Son herencias sagradas del secreto del corazón, joyas de gran valor que esparciremos a cálculo, recordando que, si mucha gente presume de haber alcanzado los éxitos ruidosos y la felicidad ilusoria en el vasto campo del mundo, en verdad aún no aprendió ni incluso a establecer la victoria de la paz, en la experiencia sagrada que se verifica entre las paredes de un hogar.

Pedro Leopoldo, 11 de enero de 1942.

EMMANUEL

PRIMERA PARTE

I

Sacrificios del amor

El paisaje estaba formado de sombras, en una región indefinible en el lenguaje humano. Substancias diferentes de las que componen el suelo terrestre, constituían su envoltura surcada de caminos tortuosos entre arbustos secos, semejantes a los cactus propios de las zonas áridas. Los horizontes se perdían a lo lejos, en las líneas oscuras del cuadro melancólico, como si aquella hora señalase un pesado crepúsculo.

Hacia frío, agravado por las fuertes ráfagas del viento húmedo, que soplaba con fuerza, dejando en el espacio una vaga expresión de doloroso lamento. El lugar daba la impresión de ser un triste país en exilio, destinado a criminales condenados a penas ingratas.

Entretanto, se oían voces que el ventarrón casi sofocaba, como de prisioneros llenos de expectación y de esperanza.

En un singular y sombrío recoveco, un pequeño grupo de espíritus culpables comentaba largos proyectos de futuras actividades. Sus túnicas exóticas y grandes capuchones, parecían identificarlos como extraños ministros de un culto ignorado en la Tierra. Algunos parecían inquietos, taciturnos; otros dejaban traslucir, en los ojos, un enorme desaliento.

- Ahora - decía uno que demostraba una posición relevante - necesitamos renovar ideales, imprimir nuevo

impulso a nuestra voluntad debilitada. El pasado está lejos y se hace imprescindible reunir todas las fuerzas para las luchas que se aproximan. La providencia misericordiosa del Todopoderoso, nos concede ampliaciones de nuevas experiencias en la Tierra. Meditemos en nuestras caídas dolorosas en el remolino de las pasiones del mundo y afirmémonos en los santos propósitos de triunfo. ¿Cuántos años hemos perdido en amargos sufrimientos, en el plano de los remordimientos devastadores?... Recordemos las angustias de la vida expiatoria y agradezcamos a Dios la oportunidad de volver a las tareas purificadoras. Olvidemos la vanidad que nos envileció el corazón; la ambición y el egoísmo que nos torturan el alma ingrata, y preparémonos para las experiencias justas y necesarias.

La voz del locutor, no obstante, se embargaba ahogada en lágrimas. El recuerdo doloroso del pasado reunía al grupo de antiguos sacerdotes desviados del noble camino que el Señor les había trazado.

Se inició el intercambio de impresiones entre todos. Algunos descubrían dificultades íntimas; otros comentaban la intención de trabajar dedicadamente, hasta la victoria.

- Lo que más me impresiona – decía un compañero – es el fantasma del olvido que nos oscurece el espíritu, allá en la Tierra. Antes de la experiencia, construimos mil proyectos de esfuerzo, dedicación, perseverancia; somos ricos de preciosas intenciones, pero llegado el momento de ejecutarlas, revelamos las mismas flaquezas o incidimos en las mismas faltas que nos llevaron a los desfiladeros del crimen y de las reparaciones acerbadas.

- Pero, ¿dónde estaría el mérito – explicaba el amigo a quien eran dirigidas aquellas observaciones – si el Creador no nos premiase con ese olvido temporal? ¿Quién podría aguardar el éxito deseable, enfrentando viejos

enemigos, sin el bálsamo de esa bendición celestial sobre la llaga del recuerdo? Sin la paz del olvido transitorio, tal vez la Tierra dejase de ser bendita escuela para ser una criatura abominable de odios perpetuos.

- Entretanto – objetaba el interlocutor – semejante situación me atemoriza. Siento una norme angustia sólo de pensar que perderé nuevamente la memoria, que quedaré casi inconsciente de mi patrimonio espiritual, al recorrer los caminos terrestres, como enterrado vivo a quien fuese sustraída la facultad de respirar.

- Pero, ¿cómo aprenderías la humildad con las reminiscencias activas del orgullo? ¿Podrías, acaso, besar a un hijo, sintiendo en él la presencia de un enemigo íntimo? ¿Conseguirías, de pronto, la fuerza necesaria para santificar, por las cadenas unidas, a la mujer que manchaste en otros tiempos, induciéndola al meretricio y a las aventuras infames? ¿No percibes, en el olvido terreno una de las más poderosas manifestaciones de la bondad divina para con las criaturas criminales y extraviadas? Concuero en que la experiencia humana para quien observó, incluso de lejos, como ocurrió con nosotros, los resplandores de la vida espiritual, significa, de hecho, la reparación laboriosa en el seno de un sepulcro; pero nosotros, mi querido Menandro, estamos desde hace mucho momificados en el crimen. Nuestra conciencia necesita del toque de las expiaciones salvadoras. La muerte más terrible es la de la caída, mas la Tierra nos ofrece la medicación justa, proporcionándonos la santa posibilidad de levantarnos de nuevo. Renaceremos en sus formas perecibles y, en cada día de la experiencia humana, moriremos un poco, hasta que hayamos eliminado, con el auxilio de la polvareda del mundo, los monstruos infernales que habitan en nosotros mismos...

El amigo pareció meditar aquellos conceptos profundos y, dando a entender su convencimiento, interrogó con atención, encaminando la conversación para otros rumbos:

- ¿Cuándo se verificará nuestra localización definitiva en los fluidos terrestres, con vistas a la nueva experiencia?

- En cualquier momento. Como sabes, muchos de nosotros ya partieron. Los benefactores de nuestro destino, que defendieron la concesión de nuevas oportunidades a nuestro débil esfuerzo, ya nos enviaron el último mensaje, deseándonos realizaciones felices en los trabajos futuros.

En ese instante, sucedió alguna cosa que el grupo de almas sufrientes y esperanzadas no consiguió percibir. Una forma luminosa descendía del plano constelado, semejante a una estrella desprendida del inmenso collar de los astros de la noche, que ahora se caracterizaba por la sombra más envolvente y profunda. Casi al tocar el centro del paisaje oscuro, tomó la forma humana, aunque no se pudiesen determinar los trazos fisonómicos, tal era su aureola de deslumbrante esplendor. Entre tanto, como ocurre en el círculo de las impresiones humanas condicionadas a las necesidades de cada criatura, ninguno de los circunstantes conoció, de manera absoluta, la presencia generosa, sino mediante una íntima alegría, llena de santas esperanzas. Nadie podría definir el sentimiento de buen ánimo que se estableció, de modo general. Una elevada perspectiva de victoria en el porvenir, palpitaba ahora, en las conversaciones. Alguien declaró que en aquél instante, por cierto, estaban descendiendo nuevas bendiciones de Dios sobre el grupo antes receloso y abatido.

Menandro y Pólux, los dos amigos cuya conversación fue particularmente registrada, destacaron la sublime

alegría que les inundaba el corazón y el más santo entusiasmo perduró, entre todos, hasta que la pequeña asamblea se disolvió en medio de conmovedoras despedidas y compromisos sagrados.

Pólux, aún quedó allí por largos minutos meditando en la magnanimidad del Altísimo y en la magnitud del porvenir. No percibía la presencia de la sublime entidad envuelta en luz, que se conservaba a su lado, en actitud cariñosa, pero profundas emociones se apoderaron del espíritu, conduciéndolo a las reminiscencias del pretérito remoto. En aquél instante, se sentía tocado por sentimientos intraducibles. ¿Por qué razón había caído tantas veces a lo largo de los caminos humanos? Sustentó numerosas luchas, con el fin de unirse a Dios para siempre, a través del amor purificado y divino. Había emprendido numerosas experiencias laboriosas en el Evangelio de Jesús, para servirlo en espíritu y verdad, y con todo, en la lucha consigo mismo, las pasiones subalternas siempre salían vencedoras, en siniestros triunfos. ¿En qué constelación permanecería Alcíone, el alma de su alma, vida de su vida? Recordaba las renunciaciones y sacrificios de ella, en pro de su redención, recordando que, si su alma de santa estaba siempre repleta de abnegación, él, por sí, fuera casi invariablemente frágil y vacilante, agravando los propios fracasos. Comenzó, desde hacía algunos siglos, la tarea de rescate y perfeccionamiento bajo la luz del Evangelio de Jesucristo; procedió noblemente hasta cierto punto, mas, en el instante de coronar la obra para la vida eterna, cayó miserablemente, como un criminal común. Se desesperaba. Se revolcaba en el lodo cruel. La rebeldía, no obstante, le agravaba las penas íntimas, obligándolo a ceder ante el cerco apretado de nuevas tentaciones. Ahora rememoraba la figura del alma bien amada, con lágrimas de amargo enternecimiento. Su memoria parecía más

lúcida. En su retina espiritual, se diseñaban los siglos transcurridos. Alcíone siempre pura y dedicada, él siempre incorregible y cruel. En las últimas experiencias había pedido el hábito de sacerdote del catolicismo romano, deseoso de entregarse al ascetismo regenerador. Prefirió intentar el esfuerzo de abstenerse de las comodidades santas de un hogar, con el fin de sufrir el aislamiento y las necesidades profundas del corazón, buscando grabar en el espíritu, con el herrete de padecimientos íntimos, el amor acrisolado y fiel. Pero, en las recapitulaciones peligrosas, tal propósito falló siempre. Corrompió los santuarios, traicionó los deberes santos, olvidó los compromisos sagrados y salió nuevamente del mundo como un criminal rebelde. Pólux consideró los errores del pasado execrable y, oprimido por las angustias de la conciencia, comenzó a llorar.

¿Dónde estaba Alcíone que parecía extraña a sus desventuras? Habían transcurrido muchos años sobre sus peregrinaciones, como espíritu desolado, entre remordimientos acerbos, y nunca obtuvo la dicha de besar sus manos cariñosas y benefactoras. De vez en cuando, recibía los mensajes de estímulo y confort sagrado; mientras tanto, no conseguía saciar la nostalgia torturante, ni evitar el propio desaliento del espíritu caído en el resbaladero de las crueles amarguras.

En una charla con los amigos, Pólux encontraba siempre poderosos argumentos para convencer a los más rebeldes o consolar a los más tristes. Su gran conocimiento le concedía recursos espirituales que los demás no poseían.

Y con todo, en aquella hora de su eternidad, se sentía profundamente sólo y desventurado.

Bajo el yugo de atroces recuerdos, sintiendo que el instante de retorno al orbe terráqueo estaba próximo,

buscó el refugio cariñoso de la oración y murmuró en voz baja, con la mirada puesta en lo alto:

- ¡Jesús, Maestro querido y generoso, concededme fuerzas para mi corazón enfermo y perverso!... ¡Dignaos cerrar los ojos para con mis flaquezas y ved, Señor, cuánto sufro!... ¡Fortaleced mi voluntad vacilante y, si es posible, mi Salvador, dadme la gracia de oír a Alcíone, antes de partir!...

Mas, a esa evocación directa de la bien amada, el llanto le embargó la conmovedora y dolorosa oración. En actitud humilde, bajó los ojos nublados por las lágrimas y sollozó, discretamente, como si estuviese avergonzado del propio dolor.

En ese instante, la entidad amorosa que lo asistía pareció orar intensamente, haciendo un notable esfuerzo para hacerse visible ante él. Gradualmente, se extinguieron los rayos de luz que la envolvían en reflejos divinos. La sombra del paisaje la rodeó enteramente, y una joven de singular belleza tocó al penitente en los hombros, con un gesto de ternura encantadora.

- ¡Pólux! – murmuró con indecible dulzura.

Él alzó la frente y soltó un grito de inefable sorpresa.

¡Alcíone!... ¡Alcíone!... – respondió con júbilo incoercible, postrándose de rodillas al mismo tiempo que le besaba las manos reconocidamente.

- ¡Cuánto tiempo hace que me veo privado de tus caricias! ¡Mis días son milenios de inenarrables angustias! ¿Viniste a atender al mísero que soy?... ¡Ah! sí, Díos siempre envía a sus ángeles a los desgraciados, como envió a Jesús a los pecadores...

- Levántate para el testimonio de amor al Altísimo – dijo ella con angelical ternura –; no creas que estás abandonado en los caminos de la regeneración. El Señor está con nosotros, como estuvo siempre contigo. ¡Anímate para nuevas experiencias! Jesús no desampara nuestros

propósitos elevados. Sufre y trabaja Pólux, y, un día nos reuniremos para siempre en la radiante eternidad. Dios es la fuente de la alegría inmortal, y cuando hubiéramos triunfado de toda la imperfección, nos bañaremos en esa fuente de júbilos infinitos.

- ¡Ay de mí! – replicó revelando una amarga desilusión.

- ¡No te lamentes! – dijo la entidad generosa – no perseveres en lamentaciones, cuando el Todopoderoso nos da el derecho de renovar el esfuerzo para las divinas conquistas. Nuevas tareas te aguardan en el seno amigo de la Tierra generosa. Solicitaste una nueva oportunidad de consagración a Dios, y la Providencia te concedió esa preciosa oportunidad.

- Sí – esclareció Pólux desecho en lágrimas – rogué la recapitulación del esfuerzo de los sacerdotes dedicados a la labor divina. Una vez más, quiero intentar las pruebas de la abnegación y del ascetismo, en la ejemplificación del amor al prójimo. Movilizaré todas mis energías para avanzar algunos grados en la distancia inmensa que nos separa en la escala evolutiva. Quiero vivir sin hogar y sin hijos cariñosos, quiero conocer la soledad que muchas veces ya experimenté en el mundo, en los fuertes sacrificios por mí. Mis noches han de ser desiertas y tristes, caminaré junto a los que caen y padecen sobre la Tierra, con el propósito de servir a Jesús, a través de su siembra de amor y perdón.

Alción lo contempló con embeleso, con los ojos nublados por el llanto, en una dulce emoción de júbilo y reconocimiento. Las afirmativas y promesas del amado penetraban en su corazón como suaves caricias. Desde hacía mucho tiempo trabajaba con fervor por la obtención de aquél minuto divino, en que Pólux consiguiese comprender y sentir al Maestro en el corazón antes de interpretarlo apenas, intelectualmente.

- Jesús bendecirá nuestras esperanzas – exclamó afectuosa. – Nosotros que salimos juntos del mismo soplo de vida, llegaremos juntos a los brazos amorables del Eterno.

Pólux sollozó convulsivamente.

- Te esperaré – dijo ella – a través de los caminos del Infinito. Lucharé a tu lado en los días más ásperos, te daré las manos sobre los abismos tenebrosos.

- ¿Me perdonaste, como siempre? – interrogó Pólux, con voz entrecortada por la emoción del encuentro.

- Los que se aman funden las almas en el entendimiento recíproco. Dios perdona, concediéndonos la oportunidad de la redención, y nosotros nos comprendemos unos a los otros.

Y, evidenciando los deseos de restaurar las energías del amado, continuó:

- Cuántas veces caí también en los largos y rípidos caminos. ¿Acaso tengo un pasado sin mácula?... No eres el único que padece en los rescates justos y penosos. Millones de almas, en este mismo instante, claman las desventuras del remordimiento e invocan las bendiciones del Altísimo para el trabajo rectificador. ¿Y no será razón de infinita alegría la certeza de la concesión divina para recomenzar? Ya recibiste el permiso del Señor para el reinicio de la lucha, se acerca el bendito instante del retorno a la tarea y ¿pensaste, acaso, en las inmensas torturas de cuantos, en este minuto, se sienten oprimidos y amargados, en la expectativa ansiosa de alcanzar la dádiva que ya obtuviste?...

Pólux la contempló reconfortado, pero objetó con melancolía:

- ¡Ah! siento que podría alcanzar conclusiones en las necesarias reparaciones; entretanto, Alcíone, necesitaba para eso de tu constante asistencia. Sé que necesito recorrer las pruebas difíciles de abnegación y de

ascetismo, pero... si pudiese, al menos, verte en la Tierra... ¡Serías, para mi tarea, la radiante estrella del Alba y, a la noche, cuando fluyesen del cielo las bendiciones de la paz, me acordaría de tí y encontraría en ese recuerdo el manantial del coraje y de los estímulos santos!...

Ella pareció meditar profundamente y replicó:

- Imploraré a Jesús para que me conceda la alegría de volver a la Tierra con el fin de atender a mi ideal, que se constituye, a mis ojos, de sacrosantos deberes.

- ¡Tú! ¿Volverías? – preguntó el condenado, ebrio de esperanza.

- ¿Por qué no? – explicó Alcíone con afecto. – El planeta terrestre ¿no será un lugar situado igualmente en el Cielo? ¿Olvidaste lo que la Tierra nos ha enseñado cual madre cariñosa, en la grandeza de sus experiencias? Muchas veces, nosotros, en calidad de hijos suyos, le manchamos la faz generosa con delitos execrables y, entretanto, fue en su seno que el Maestro surgió en el pesebre sencillo y levantó la cruz divina, encaminándonos al servicio de la remisión.

- ¡Ah! si Dios permitiese al mísero penitente que soy – dijo Pólux dominado por una indisfrazable alegría – la ventura de oírte en el estrecho círculo terrestre, creo que nada tendría que temer en la senda reparadora...

Alcíone notó su impulso de alegría transbordante y, ponderándole las observaciones, palabra por palabra, obtemperó:

- Antes que la mía, necesitarás oír la voz de Cristo, y si Él con su infinita bondad permite mi vuelta a la Tierra, jamás olvidemos que vamos a regresar allá, no para sentir gozos prematuros, sino para sufrir juntos en el camino redentor, hasta poder alzar el vuelo supremo de felicidad y unión, en demanda de esferas más altas. En la obra de Dios, la paz sin trabajo es ociosidad con usurpación. ¡No

apartes la mirada del cuadro de sacrificios que nos corresponde hacer en favor de nosotros mismos!

- Sí, Alcíone, tu eres mi ángel bueno – murmuró él entre lágrimas. – Enséñame a recorrer los caminos depurados. No me desampares. Dime cómo debo proceder en la Tierra. Repite que no te apartarás de mi camino. Inspírame el santo deseo de rescatar mis pesados débitos, hasta el fin...

Sentado, en actitud humilde, el mísero sufriente guardaba la cabeza entre las manos, enjugando las copiosas lágrimas.

Alcíone le acarició los cabellos con ternura y habló dulcemente:

- No temas la prueba de purificación que te conducirá al júbilo en la senda eterna. El cáliz del remedio debe ser estimado por su virtud curativa, no por lo amargo del contenido, que apenas produce la penosa sensación de algunos segundos. ¡Sé reconocido a Dios en los sacrificios, Pólux! No desees, ni esperes regalías en la escuela de edificación, donde el propio Maestro encontró la bofetada y la cruz del martirio. No escuches las falsas promesas ni atiendas a los caprichos perniciosos que nacen del corazón. Obedece al Padre y toma a Jesús por cirineo en todas las horas. La puerta estrecha, ahora y siempre, es el maravilloso símbolo para la divina iluminación. Huye de las fantasías envenenadas que trabajan contra las santificantes aspiraciones del espíritu. Recuerda las angustiosas experiencias que tantas veces emprendemos en la Tierra, para la conquista de nuestra perpetua unión. No tenemos sed de engañosas satisfacciones. ¡Tenemos sed de Dios, Pólux! El infinito amor que nos transforma las almas tiene su origen sagrado en su misericordia paternal. Te quiero eternamente, como sé que la unión conmigo es tu sublime aspiración: entre tanto, ¿sería justo encerrar nuestro

júbilo en un círculo egoísta, tan solamente? Nos amamos para siempre, la eternidad santifica nuestros destinos, pero el Padre está por encima de nosotros. Entreguémonos a su amor, en el santo trabajo de sus obras. En sus manos augustas, querido mío, palpita la luz que llena los abismos. ¿Habrá mayor gloria que practicar la divina voluntad, que se convierte en amor, dedicación y alegría? En los nuevos caminos a recorrer, recuerda al Padre Amado y atiéndelo en todas las circunstancias. No cobijes en el corazón los gérmenes de la vanidad y del egoísmo. Sacrificate. Lucha contra tí mismo. Los triunfos exteriores son aparentes y pueden ser mentirosos. La victoria espiritual pertenece al alma heroica que sabe unirse al cielo, a través de todas las tempestades del mundo, trabajando por perfeccionarse a sí misma.

Pólux lloraba, compungidamente, pero rogó con expresión conmovedora:

- ¡Comprendo tus palabras sabias y afectuosas! Haré todo por unirme a Dios y a ti, eternamente. Pide por mí a Jesús para que yo tenga reflexión y bondad en el mundo...

Entre tanto, como si experimentase un choque inesperado, llevó las manos al pecho, se calló por unos momentos, para después retomar la palabra, espantado y vacilante:

- Alcíone, querida, no sé si la emoción de esta hora divina estremeció mis energías más profundas; con todo, siento que algo me envuelve la frente, una fuerza incoercible parece amenazar mi cerebro vacilante: experimento penosas sensaciones, como cuando perdemos las fuerzas lentamente, antes de caer...

Y, tras otra ligera pausa, volvía a exclamar, revelando una amarga extrañeza:

- Me llaman a mí... oigo voces que me llegan de lejos... ¿qué es esto?...

El rostro se le cubría de intensa palidez, y, dejando percibir que escuchaba interpelaciones de un mundo diferente, interrogó entre atemorizado y sorprendido:

- ¿Cómo interpretar estas llamadas? ¿Es este el triste momento? ¡Ah! no, no puede ser...

Pero, en ese instante, la joven se sentó a su lado; cariñosa le tomó la frente cansada en el regazo generoso y, acariciándole los cabellos con extrema ternura, esclareció:

- Cálmate. Te llaman de la Tierra. Vas a adormecerte para despertar en la nueva experiencia, en los círculos de la vida humana. Partirás de mis brazos hacia el seno de la afectuosa madrecita que Jesús te destinó.

Pólux experimentaba extrañas sensaciones, caracterizadas por un súbito abatimiento; mas sintiéndose cerca del amoroso regazo de Alcíone, tenía la impresión de ser la más venturosa de las criaturas. Dominantes impresiones de sueño se apoderaban de él y, entretanto, luchaba desesperadamente contra ellas, intentando dilatar la felicidad de aquellos momentos sublimes, diciendo cariñosamente:

- No desearía otra madre, sino tú misma. Reúnes, para mí, todos los sagrados requisitos de madre, de hermana, de compañera y novia bienamada...

Ella, que también demostraba gran emoción en los ojos rasados de lágrimas, dijo con ternura:

- ¡Sí, somos dos corazones en una sola alma, bajo los designios del Altísimo!

Pólux, ahora, mostraba una intraducible angustia. Los ojos se movían inquietos, obedeciendo a las ansiosas expectativas de su mundo interior. El pecho jadeaba dolorosamente, como si el corazón intentase romper el tórax, causándole una indefinible angustia. Su estado general daba la impresión de ser un moribundo en la Tierra, en las agonías de la muerte. Fijó los ojos inquietos

en la bienamada, como una criatura necesitada de cariño, y habló con dificultad:

- Alcíone, ¿no será este padecimiento igual al de la muerte que conocemos en el mundo?... (1)

- Sí, querido mío, tu angustia de ahora es otra crisis periódica...

- Reconozco – dijo él completando el raciocinio – y estoy seguro de que tendré crisis semejantes en la Tierra, o en otros planos, hasta que me libere de la muerte en el pecado... Un día encontraré la resurrección eterna, la armonía sin fin... ¡Permaneceré a tu lado para siempre!...

La joven lo acercó a su corazón, con más ternura.

- Alcíone – murmuró con dificultad – no sé si me perdonaste hasta el punto de permitir a mi espíritu miserable la solicitud de una dádiva celestial...

Ella adivinó sus pensamientos más secretos y, todavía, con la delicadeza de quien no desea parecer superior, replicó cariñosamente:

- ¡Di, Pólux! ¿Qué no haré por tu felicidad?

- Deseaba... que me besases... al menos una sola vez, antes de partir...

Lágrimas ardientes fluían en los ojos de la novia espiritual que, estrechándolo tiernamente contra su corazón, como si atendiese a un inocente niño, replicó llena de ternura:

(1) Los fenómenos de la reencarnación, como aquellos que señalan el desprendimiento del espíritu en el mundo, abarcan las más variadas formas y se verifican de acuerdo con las necesidades de cada uno. – **Nota de Emmanuel.**

- Antes de eso, elevemos a Jesús nuestro beso de amor y reconocimiento. Roguemos a su corazón magnánimo protección y amparo para nuestro ideal divino.

El interlocutor fijó en su rostro angelical los grandes ojos atormentados y murmuró:

- Acompañaré tus oraciones...

Alción alzó la mirada lúcida al cielo constelado, que brillaba más allá de las sombras que envolvían aquella región de amargura, y oró fervorosamente:

- Maestro amado...

Después de la pausa natural, Pólux repitió conmovido:

- Maestro amado...

La joven sintió que el llanto casi le embargaba la voz, pero, seguida por él, continuó:

- ¡Con veneración y cariño, nosotros, mi Jesús, deseamos besar vuestros pies! ¡Recibid en el santuario de vuestras glorias divinas el pobre recuerdo de los siervos humildes y necesitados! ¡Nuestras almas están llenas de gratitud por vuestra bondad! ¡Permite, mi Salvador, que podamos honrar vuestro nombre trabajando en la siembra del perdón, de verdad y de amor, con vuestra doctrina! ¡Benedicid nuestras luchas salvadoras, dadnos la fuerza para testimonios eterna fidelidad, amparad nuestros espíritus hasta el día en que nos podamos unir en vuestro seno, en la claridad sin fin de la eternidad luminosa!...

Alción interrumpió la oración, que se asemejaba a un cántico divino fragmentado por un dulce amparo. En el paisaje desolado, se hizo una luz intensa, que Pólux no consiguió percibir. Generosos emisarios se acercaron a los dos hijos de Dios, que imploraban, de todo corazón, el amparo de Jesús.

La joven, en ese momento, se inclinó hacia el bienamado y, en la postura de madre cariñosa y desvelada, lo besó largamente en los labios con infinita ternura.

Pólux deseó proclamar su precioso júbilo, decir de la suave emoción que bañaba su espíritu, suplicar la detención de aquella hora gloriosa del camino eterno, pero no consiguió articular palabra. Las lágrimas ardientes, no obstante, que le caían de los ojos cual lúcido collar de perlas divinas, decían bien alto de su emoción indefinible. Con la mirada fija en Alcíone, cual agonizante en la Tierra que desease guardar para siempre el cuadro más querido, cerró los párpados cansados y se rindió al gran sueño.

Fue entonces que los mensajeros de Cristo se aproximaron a la conmovida joven, que les entregó al bienamado con profundo desvelo, hablándoles dulcemente:

- ¡Hermanos, no olvidéis de que os confío un tesoro!...

En seguida tomó su ropaje de luz y se apartó del paisaje nebuloso, dando la impresión de ser una estrella solitaria que regresaba al paraíso.

Poco después, llega en una maravillosa esfera, inconfundible en su esplendor y grandeza. El espectáculo maravilloso de sus perspectivas excedía a todo lo que pudiese caracterizar la belleza, en el sentido humano. La sagrada visión del conjunto permanecía mucho más allá de la famosa ciudad de los santos, idealizada por los pensadores del Cristianismo. Tres soles brillantes abrían en el suelo armonioso océanos de luz mirífica, en tornasolados inéditos, como lámparas celestes encendidas para un edénico festín de genios inmortales. Primorosas construcciones engalanadas de flores indescriptibles, tomaban la forma de castillos tallados en filigrana dorada,

con irradiaciones de efectos policromos. Seres alados iban y venían, obedeciendo a objetivos santificados, en un trabajo de naturaleza superior, inaccesible a la comprensión de los terrícolas.

Alción penetró en un templo de majestuosas proporciones, dominada por pensamientos intraducibles. Muy por encima de la nave radiante, se elevaba una torre traslúcida, hecha con sustancia sólida y transparente, semejante al cristal, de cuyo interior brotaban melodías armoniosas.

El augusto santuario era una vasta colmena de trabajo y oración.

Alción pasó entre compañeros muy amados, atravesó compartimentos repletos de luz nítida y, aproximándose a Antenio – la entidad angelical que, por su excelsa posición jerárquica, allí cumplía las órdenes de Jesús, habló con humildad:

- Ángel mío, decidí suplicar al Señor el permiso de volver temporalmente a las tareas terrenas.

- ¿Cómo es eso? – inquirió Antenio admirado - ¿acaso todos nosotros estamos aquí imposibilitados de auxiliar al planeta terreno? ¿No estamos al servicio de Cristo, en el afán espiritual de levantar ese orbe?

- Me explico – dijo la recién llegada tímidamente –: ruego la concesión de un cuerpo carnal, en el caso de que Jesús me conceda esa dádiva.

El generoso mentor la contempló con amoroso respeto, comprendiendo sus intenciones más íntimas, esbozó una sonrisa de bondad y preguntó:

- Pero, ¿y tus trabajos en el sistema de Sírius? ¿No estás cooperando con los bienhechores del Arte terrenal? Creo que no está lejos el momento de ser llevados al mundo terreno los necesarios elementos de inspiración, después del resultado de tantos esfuerzos para la solución de ciertos problemas del ritmo y de la armonía.

- Si es posible – añadió la joven con emoción – desearía interrumpir esas investigaciones que me hablan gratamente al alma, para retomarlas en el porvenir.

- Pero, Alcíone – obtemperó el orientador dando fuerza a las palabras – ¿por qué un nuevo y arriesgado compromiso? Comprendo las razones que interfieren en tu súplica; entretanto, creo que puedes trabajar aquí mismo, en favor de aquellos a quien amas, animándolos y asistiéndolos desde la esfera en que te encuentras.

- Te confieso, no obstante, bondadoso Antenio, que profundas nostalgias me lastiman rudamente el corazón. ¿Será condenable el deseo firme de alcanzar la felicidad a través de las renunciaciones del amor y en los propósitos de sembrar el bien? Perdóname si la presente rogativa causa extrañeza a tu alma cariñosa, que tanto me ha amado en el glorioso camino hacia Dios. ¡Acuérdate que el propio Jesús tuvo nostalgia de Lázaro y, aún ahora, en la majestad de su gloria divina, experimenta cuidados por los discípulos caídos, que padecen y lloran!...

La bondadosa y sabia entidad la escuchó con emoción, en afectuoso silencio.

- Además – prosiguió más animada – no deseo regresar a la forma estructurada en polvo, tan solamente para seguir al amado Pólux, a quien me permitiste advertir y consolar. Casi todos mis compañeros bienamados, en el esfuerzo evolutivo de otras eras, están actualmente en el Planeta, pero en su generalidad, envenenados por consecuencias siniestras de oportunidades menospreciadas y perdidas. A veces, sus dolorosas y aflictivas quejas, me repercuten penosamente en el alma, oigo sus oraciones ansiosas y nuestros cooperadores en los fluidos pesados del orbe me envían mensajes que son verdaderos gritos de socorro, a los cuales no puedo quedar insensible, por más que procure huir a la perfecta confianza en el Todopoderoso.

- Sí – atajo Antenio, sensibilizado – conozco tus motivos sacrosantos.

Y, como quien deseaba suministrar todos los esclarecimientos posibles a su alcance, continuó:

- A pesar de nuestros buenos deseos, querida Alcíone, no creo que Pólux obtenga esta vez el éxito imprescindible. Su esfuerzo de ahora será una experiencia provechosa, pero posiblemente, aún no logrará la corona de la vida. No obstante la dedicación que me obliga a hablarte en términos tan sinceros, debo añadir que esa es la verdad clara a nuestros ojos. Entretanto, también sé que otros viejos amigos tuyos cayeron en tenebrosos desvíos de impiedad, trayendo sagradas obligaciones. Los que fueron tus padres, algunas veces, se perdieron en la embriaguez de la autoridad y en las fantasías de la fortuna; los que fueron tus hermanos y familiares cayeron vencidos en el despotismo y en la desvariada ambición. Y lo más lamentable es que se complicaron mutuamente, alimentando el fuego del odio con la leña del egoísmo, carbonizando intenciones generosas y anulando grandes esfuerzos de cuantos los auxilian con abnegación y nobleza. Ninguno cedió a los caprichos, ninguno perdonó ni olvidó el mal. Las hierbas dañinas invadieron el campo de tus divinas esperanzas. Tus compromisos con el Señor sufren pesadas amenazas. Justifico, de ese modo, tus razones aunque no pueda aplaudir la extensión de los sacrificios que pretendes hacer.

La joven mostró, en la mirada, un sincero reconocimiento por semejantes palabras de comprensión y exclamó:

- ¡Ángel mío, tengo tanto deseo de acariciar a aquella que fue mi madre desvelada de otros tiempos!... ¿No será justo procurar asistir a los que, en otras épocas, me ayudaron a entrar en las sendas de la redención?

- Escucha, no obstante, Alcíone – observó Antenio solemnemente – tus rogativas son loables y tus aspiraciones son más que justas; pero, así como te aconsejé advertir a Pólux, debo también exhortarte a mi vez. Debes saber el volumen de los trabajos y responsabilidades que solicitas del Maestro.

- Sí – replicó la joven sin dudar – estoy dispuesta a buscar mis dracmas perdidas, si me lo permites en nombre del Señor.

- ¿Pensaste ya en los inmensos obstáculos? Recuerda que el mismo Jesús, penetrando en la región terrena, fue obligado a aniquilarse en sacrificios pungentes. Recuerda también que las leyes planetarias no afectan solamente a los espíritus en aprendizaje o en reparación, sino también, a los misioneros de la más elevada estirpe. Experimentarás, igualmente, el olvido transitorio y, aunque no tan agravados en virtud de tus conquistas, sentirás el mismo deseo de comprensión y la misma sed de afecto que palpitan en los otros mortales. Para el esclarecimiento de esos problemas, querida mía, el Maestro dejó a la comunidad de los discípulos profundas enseñanzas en el Evangelio. El mundo, representado por malos sacerdotes y falsos doctores, buscó tentar al propio Jesús. ¿Ya meditaste en tu aproximación a Pólux, investida en un cuerpo de carne? Sabemos que Pólux parte con deberes de suma importancia, en función de colectividad; ¿y tú te sientes preparada para neutralizar la poderosa ley de la atracción de las almas? No lo digo en el sentido de preocupaciones inferiores, sino ponderando la grandeza de tus sentimientos afectivos, en relación a la grandeza más sublime de las obligaciones asumidas para con Dios. ¿Tendrás ánimo para oír en el mundo los ruegos amorosos, manteniéndolo en su puesto, incólume y dominante a la soledad de sí mismo? Sin duda, la ley terrestre te llenará de deseos y te inducirá a considerar la

posibilidad de proporcionarle hijos afectuosos, en obediencia a sus principios naturales. Además de eso, tus afectos de otras épocas como, por ejemplo, los que fueron tus padres amorosos, recibirán la palma de luchas ásperas y agudas pruebas. La senda de casi todos tus amigos está sembrada de espinos, que ellos mismos plantaron en su desapego a la misericordia del Todopoderoso. ¿Te sientes bastante fuerte para asumir tan grave compromiso? Conozco numerosos hermanos que, después de pedir misiones arriesgadas como esta, volvieron cargados de mil problemas para resolver, retardando así preciosas adquisiciones.

- Conozco la gravedad de mi decisión – esclareció la joven con mucha humildad – pero, sabiéndome débil por lo mucho que amo, espero que el Señor me fortalezca en los días de sombra y aflicción. ¡Por la cruz que su magnanimidad aceptó en nuestro beneficio en la Tierra, me rindo a su augusta voluntad, manteniendo, con todo, mi sincera rogativa!...

Antenio la contempló lleno de noble admiración y sentenció:

- Alabo tus firmes propósitos y sé que tu poderosa confianza en Cristo es prenda de sagrada victoria; pero, debo también recordarte que la situación terrena de los que se proponen al servicio legítimo de la virtud – ahora y siempre – es llenarse de sufrimientos atroces. No desconoces que, en esas misiones sublimes, la criatura disputa el derecho de acompañar al Maestro en sus pasos divinos. El discípulo de la verdad y del amor, en el mundo, es algo de Jesús y de Dios, y la masa vulgar no le perdona tal condición, sobrecargándolo de pesadas amarguras, porque sus sentimientos no son análogos a aquellos que la conducen a incoherencias y desatinos. No podrá haber acuerdo entre la virtud y el pecado. Y como el pecado aún domina el mundo, la tarea apostólica en sus

trámites será siempre un doloroso espectáculo de sacrificio para las almas comunes. Todos los que siguieron a Jesús fueron obligados a identificar el destino con la señal del martirio. Los que no se desprenden de la Tierra, crucificados en los dolores públicos, se retiran al desamparo, amargados por los oprobios humanos, calumniados, humillados, encarcelados, heridos. ¡Raros son los que triunfan conservando la serenidad y el amor inmaculado hasta el final!... ¿Pensaste en semejantes experiencias en las que tu alma peregrinará por algún tiempo, afligida de angustias?

- Sí, querido amigo, reflexioné en todo eso y estoy decidida al testimonio, por más cruel que sea mi camino.

- Venturosa serás si puedes aceptar los sufrimientos en la Tierra, dentro de ese concepto – exclamó el mentor con gran tranquilidad. – El hombre común, en sus intereses mezquinos, no considera el dolor sino como rescate y pago, desconociendo el gozo de padecer por cooperar sinceramente en la edificación del Reino de Cristo.

- Jesús, que ve mi corazón, me enseñará a transformar la tortura en cántico de gracias y me auxiliará a olvidar los pensamientos menos dignos, de que me puedan rodear los espíritus vulgares, con relación al trabajo tenaz y difícil de la redención y del engrandecimiento de la vida.

Antenio se conmovió profundamente ante tan valerosa resolución y respondió, al final:

- Pues bien, ya que te afirmas en propósitos tan altos y guardas todos los preceptos justos e imprescindibles a la situación, permito tu regreso a la Tierra, en nombre del Señor.

Alción rebotaba de alegría. La suave emoción de aquella hora, le abría puertas resplandecientes de esperanza y gran júbilo.

- Considerando – dijo el amoroso instructor – que partirás no como ocasión, sino para una transformación sacrificial, que exigirá mucho trabajo y renuncia, quedas desde ya desligada de tus obligaciones en esta esfera, con el fin de adaptarte, venciendo las situaciones adversas de las regiones inferiores que nos separan del mundo, en el que, lo presiento, deberás utilizar casi diez años terrestres.

Alción, derramando lágrimas de alegría y gratitud, se aproximó, tomó la diestra de Antenio y murmuró:

- ¡Dios te recompense!...

- ¡Que su misericordia te bendiga! – exclamó el instructor acariciándole los cabellos. ¡Te seguiré desde aquí con mis oraciones y te esperaré confiante en la victoria futura!...

La criatura amada de Pólux aún se conservó en el templo, hasta el final del día.

Al crepúsculo, cuando se despedían en el espacio los rayos de los tres soles diferentes, en deslumbramiento de colores, Alcíone se reunió a un numeroso grupo de amigos y oró con fervor, suplicando las bendiciones del Padre misericordioso.

El firmamento se llenaba de claridades policrómicas y deslumbrantes. Satélites de una prodigiosa belleza comenzaban a surgir en la inmensidad, envolviendo el paisaje divino en un océano de luz.

La cariñosa benefactora besó la frente de los compañeros de servicio divino y partió...

En unos instantes, llegaba al templo una pequeña caravana de alegres entidades. Era la reducida expedición que trabajaba en las esferas de Sírius. Uno de sus componentes, después de mirar la grandeza del cielo, entró en el templo y se dirigió a Antenio, interrogando:

- ¿Quién es el viajero que va en dirección de las Fajas Negras?

RENUNCIA

- Es Alcíone, que se propuso un nuevo trabajo entre los espíritus encarnados en la Tierra.

- ¿Qué dices? – indagó lleno de espanto - ¿Alcíone beberá nuevamente el cáliz amargo de tan gran renuncia?

- ¡Son los sacrificios del amor, hijo mío! – respondió el escogido de Cristo, evidenciando comprensión y serenidad.- Sólo el amor podrá obligarla a permanecer ausente de nuestro Amado Hogar.

Entonces, salieron todos hacia el jardín resplandeciente que rodeaba el santuario y, contemplando la figura luminosa que se apartaba rumbo a las zonas oscuras, enviaron a la abnegada compañera, que partía para tan largo y peligroso viaje, sus votos de confianza y amor, en oraciones sinceras.

II

Ansiedades de la juventud

El día 7 de junio de 1662, París entero no comentaba otro asunto sino las espléndidas fiestas populares del *Carrusel*, que Luis XIV había improvisado frente a los Graneros. Se decía que el rey estaba perdidamente apasionado por Louise de La Vallière, y la festividad no obedecía a otro motivo sino homenajear a la favorita, no obstante, la prudencia con que ambos se entregaban al culto de las relaciones afectivas.

Las dos noches anteriores habían señalado ruidosas alegrías populares y animadas reuniones elegantes en los salones más ricos de la Corte. Gran cantidad de forasteros invadía los hoteles, principalmente las familias acomodadas procedentes del Norte y de las ciudades cercanas, atraídas por el espectáculo inédito.

Se decía que el soberano se mostraba ahora más accesible y generoso. París estaba harto de guerras externas y se recordaba, con temor, las gigantescas luchas internas por las actividades de la Fronda. Terminó el período de influencia del Cardenal Mazarini y el espíritu popular se bañaba en los boatos de elevadas perspectivas y supremas esperanzas. La ciudad entera esperaba, ansiosamente, largos beneficios públicos y nuevas instituciones.

En la tarde de ese día, compartiendo la alegría general, dos jóvenes paseaban en carruaje, en las inmediaciones de la Puerta de San Denis, entre los enormes movimientos de la antigua *Ville*, comentando las deliciosas emociones de la víspera.

El vehículo, muy ligero, seguía armoniosamente el trote del soberbio caballo normando, cuyas riendas eran manejadas con maestría por Cirilo Davenport, yendo a su

lado la joven Susana Duchesne, su prima, graciosamente vestida a la moda de la época. El pequeño vehículo tenía el interior adornado de soberbias azaleas, cogidas por la joven en un jardín de Montmartre. La joven pareja había emprendido el viaje desde el mediodía. Susana visitó dos familias importantes, de sus relaciones, buscando volver a ver antiguas amistades. Se entregó a las más alegres expansiones junto al primo que, aunque correspondiese fraternalmente a sus manifestaciones afectivas, denotaba ahora una preocupación inhabitual, mientras la joven charlaba, obedeciendo a las costumbres y caprichos de futilidad de todos los tiempos:

- No estoy de acuerdo con los adornos escogidos para los salones de Madame de Choisy. La fiesta perdió mucho con aquellos aderezos coloridos y extravagantes.

- No reparé en ello – respondió Cirilo, sumergido en otras reflexiones.

- Quedé cansadísima de tanto oír conversaciones referentes a la vida ajena. Soy contraria a la maledicencia, pero, como ocurre siempre, no podemos quedar indiferentes a los eventos del ambiente social. Por eso mismo, estoy ansiosa de regresar a nuestra paz de Blois.

Y como el primo no respondía, muy vivaz y habladora, continuó:

- ¿Sabes cómo empezó la aventura amorosa del rey?

- No.

- Luis (1) no se había fijado en la humilde descendiente de los Le Blanc de entre las mujeres que frecuentan la Corte, pero el hecho es que comenzó a dispensar muchas simpatías a Henriqueta (2).

(1) Luis XIV.

(2) Henriqueta Anna, de Inglaterra. - *Nota de Emmanuel.*

Se iniciaron los idilios cariñosos, pero la cuñada trató de salvaguardar, cuanto antes, su reputación de honestidad y comenzó a encontrarse con el rey en compañía de Mademoiselle de La Vallière, que pertenecía entonces al grupo de damas de su séquito. De ese modo apartaba cualquier sospecha directa. Contra alguna impresión menos digna, se podría decir que Luis frecuentaba su residencia, no con el propósito de verla, sino para encontrarse con la pobre niña. Fue en ese juego que apareció la mortificante situación que Enriqueta no podría imaginar.

Después de una breve carcajada irónica, Susana remataba el comentario poco piadoso:

- Luis se apasionó desvariadamente y ahora tenemos el escándalo, que constituye el plato del día para la voracidad de las malas lenguas. Por ventura, ¿no conoces todos esos detalles?

- ¡Ah! – exclamó el joven Davenport revelando el propósito de modificar los rumbos de la conversación – lo que no ignoro es que el soberano está casado con la reina.

- La pobre señora del cetro es sólo una víctima de la política española.

Observando, todavía, que el joven permanecía callado, Susana tocó otra tecla de las críticas sociales para llamarle la atención, diciendo:

- ¿Te fijaste en Henriqueta allá en el baile? Sus invitadas estaban vulgarmente vestidas...

El mozo hizo un gesto de enfado y replicó:

- Casi no me detuve en el examen de los trajes.

- Entretanto bailaste todos los números.

Renovando la apreciación mordaz, prosiguió:

- Henriqueta nos pone en dificultad a todos nosotros los que tenemos alguna unión con las islas. Lo que puedo afirmar es que su temperamento sería otro, si tuviese algunos principios de la educación irlandesa.

- Pero la pobre princesa sufrió mucho en la infancia – atajó Cirilo defendiendo la causa.

- Esa circunstancia, con todo, no debería ser una razón para llevarla a tantas liviandades. Creo que el sufrimiento debe servir para templar el carácter de otro modo...

- Todavía – observó el joven – ella está actualmente casada. El análisis de sus actitudes debe ser tarea privada del marido.

- ¡Ahora esa! ¿Y supones, acaso, que Monsieur Felipe (1) está preparado para imponerle la educación espiritual que necesita?

- ¿Quién sabe?

Esta respuesta, dada en tono de profundo desinterés, desautorizaba cualquier discusión en ese particular. Reconociéndolo, Susana hizo una larga pausa y se abstuvo de hacer nuevos comentarios.

El elegante carruaje volvió de su largo paseo, se dirigió hacia la calle Barillerie, en la Isla, donde se estacionó por unos minutos frente a un comercio, y después tomó rumbo a la antigua calle de San Denis, llevado al trote por el magnífico animal.

Transcurrido algún tiempo, la muchacha retomó la palabra, dando cuenta de su inquietud femenina:

- ¿No desearías venir con nosotros, después, al Teatro de Petit-Bourbon?

- No, no; hoy no me siento dispuesto a unirme al programa del Sr. Molière.

El carruaje se aproximó al viejo puente de San Miguel, sobre un brazo del Sena.

(1) Felipe de Orleáns, hermano de Luis XIV.- **Nota de Emmanuel.**

El crepúsculo iba un tanto avanzado, pero estaba embalsamado de perfumes primaverales. Suaves vientos movían las copas floridas de los grandes árboles. Impresionado, tal vez, por la sugestiva belleza de la tarde que se vestía en el inmenso azul del cielo, el joven Davenport miró a la compañera con expresión diferente y habló:

- Susana, tengo el alma de tal modo repleta de sensaciones ignoradas para mí, que desearía mucho abrir el corazón a quien me comprendiese. No quiero, sin embargo, comentar los asuntos de la Corte ni del Teatro. Necesito de charla espiritual, que traduzca lo que siento, encontrando quien me entienda. ¿Qué me interesa el desvío del rey o la comedia que conquista la atención de los más fútiles?

La compañera se ruborizó. Se apretó disimuladamente el pecho, donde el corazón latía descompasado. ¿Cuánto tiempo hacía que esperaba aquél momento adorable, que le permitiese examinar con Cirilo la intensidad de su afecto? Desde muy jovencita lo admiraba como la persona de sus sueños de mujer, y no era secreto, en la familia, el proyecto de una unión por los eslabones conyugales. Ambos habían nacido en Irlanda, pero su madre, que era francesa, obligó al padre a trasladarse al país de origen hacía muchos años. Susana, sin embargo, nunca perdió el contacto con la tierra donde nació. No obstante las dificultades de la época, visitaba, periódicamente, la tierra que la viera nacer.

Acababa de cumplir veinte años, mientras Cirilo andaba por los veinticinco. ¿No sería, entonces, el momento apropiado para realizar el sublime ideal? Es verdad que siempre esperó, ansiosamente, del primo las primeras declaraciones de amor, a fin de entretener, con más segura esperanza, sus deliciosos proyectos de ventura. Cirilo, jamás se manifestó a tal respecto. Con

todo, ella sabía justificar sus reservas expansivas, por las singularidades de temperamento que lo caracterizaban. Aunque jovial y sincero, enérgico e impulsivo, era muy discreto en cuestiones de la palabra. Raramente prometía, porque, tras el compromiso, materializaba las declaraciones fuese como fuese, para bien o para mal.

Susana pasó revista a todas las conjeturas y se creyó dueña de una situación favorable. Además, estaba segura de que el primo, tras desligarse de los servicios que lo retenían en la Sorbona, pediría Irlanda, donde la familia lo esperaba llena de esperanza, para los enormes trabajos de la propiedad rural, de la que sus padres y hermanos se mantenían.

Con los ojos fulgurantes, la joven respondió entre satisfecha y conmovida:

- ¿Acaso podrías suponer que no te comprendo? ¡Habla, Cirilo!... ¿No te gustaría gozar un poco de esta amenidad vespertina? Paremos el carruaje. Sentémonos allí cerca de la fuente, algunos minutos, viendo deslizarse las aguas serenas...

El joven obedeció sonriente y satisfecho. Dejó el carruaje en un lugar próximo y, dando el brazo a la graciosa compañera, se dirigió a los bancos de piedra que se hallaban en las extremidades de la construcción muy antigua. Los ojos oscuros los tenía sumergidos en una onda de pasión dominadora.

- Susana – dijo tomándole la diestra en actitud fraterna, como quien busca un refugio – nunca experimenté en el corazón lo que siento ahora. Mi alma está llena de sueños y esperanzas sublimes. ¡Ah! ¡El amor es el generoso vino de la vida!...

La joven se puso muy pálida. Aquél debería ser el momento decisivo de su destino. Seguramente, Cirilo le revelaría sus propósitos más íntimos, hablaría del sueño dorado de sus esperanzas de joven. Se casaría en breve...

Buscarían la felicidad, abandonarían Francia para marchar a Irlanda, a fin de sembrar la felicidad conyugal en el ámbito de cariñosas tradiciones familiares. Sumergida en hermosas visiones, sus ojos brillaban de intenso júbilo, mientras el joven Davenport continuaba:

- Construir un nido doméstico, tener hijos que nos acaricien y garanticen la felicidad, ¿no será el ideal más noble de la vida?

Susana Duchesne le apretó la mano con más cariño, deseó, con anhelo, abrazarse a su pecho en el impulso de su afecto desvariado, besarle repetidamente la hermosa cabellera. Se sentía deslumbrada de alegría y de esperanza, pero aún no había despertado de su fantástica visión, cuando él le preguntó fraternalmente, después de una larga pausa:

- No obstante, ¿me responderá ella con igual pasión?

¿Ella? La pregunta vibró extrañamente en los oídos de la joven, que se esforzó por dominar las primeras impresiones de asombro. ¿Otra mujer, entonces, disputaba con ella el mismo sueño de amor? Monstruosos celos le envenenaron las emociones más gratas. El corazón se le cerraba de súbito. No soportaría semejante agravio. Lucharía por Cirilo, hasta el crimen o hasta la muerte. Para eso, siguió sus pasos como un centinela fiel, desde la infancia y, a sus ojos, el título de esposa debería pertenecerle como patrimonio incontestable. Viendo, con todo, que el primo observaba con extrañeza la demora de la respuesta, recobró aliento en la situación tan difícil y replicó:

¿Ella? Ignoro a quién te refieres, querido. Explícate mejor para que pueda comprender.

- Magdalena Vilamil – esclareció el muchacho ruborizado.

¡Ah! Ahora tenía en la suavidad de aquellas dos palabras la clave de la cuestión que se le figuraba a sus

ojos un profundo enigma. No le perdonaría nunca. Subyugada por una enorme desesperación íntima, recordaba que fue ella misma quien presentó al primo a la joven amiga, en vísperas de las famosas festividades parisienses. Notó que ambos habían demostrado recíproco interés; que desde entonces, conversaban animadamente en todas las oportunidades y, con todo, jamás pudo imaginar la posibilidad de una aproximación afectiva de tan grandes consecuencias. Entonces percibió el interés de Cirilo por la compañía de Magdalena, en los bailes de la víspera. Tenía la impresión de estar aún viéndola con aquella atrayente fantasía española, que llamaba la atención de personas ilustres de la Corte. En el cuadro de la imaginación superexcitada sólo la consideraba como una amiga de paseos y diversiones, pero también una adversaria peligrosa que urgía apartarla del camino... La conoció en una visita que Magdalena hizo, en compañía del padre, viejo hidalgo español arruinado, al famoso y tradicional palacio de la antigua Corte francesa, en Blois. Simpatizó con sus dotes de inteligencia y con las maneras sencillas que le marcaban sus actitudes; y su genitor, Jaques Duchesne Davenport, manifestó por la joven una espontánea admiración y sincera amistad. No solamente por las afinidades naturales, sino también en el intento de agradar al corazón paterno, dedicado y cariñoso, Susana se encariñó con Magdalena con singular interés. Ella y su hermana Carolina, en sus constantes viajes a París, la visitaban frecuentemente en su residencia de San Honorato, y sentían placer por estar en su compañía alegre e inteligente. Desde aquél instante, sin embargo, la joven Vilamil estaba condenada a su cruel aversión. La noble amistad se convertía en odio instantáneo y peligroso. Es cierto que Magdalena no podía saber sus íntimas meditaciones, pero Susana no conseguía detener la onda

de pensamientos vengativos que, en un instante, le invadían la mente, apoderándose implacablemente de su corazón. No toleraría tal preferencia del primo, porque le dolía en el alma como un feroz insulto.

- ¿Recuerdas, acaso, aquella última melodía aragonesa que Mademoiselle Vilamil ejecutó al clavicordio con tanta gracia? – preguntó el joven, alimentando las propias reminiscencias.

Excesivamente pálida, esforzándose por disfrazar la intensa emoción que la dominaba, la joven fijó la mirada enérgica y orgullosa en Cirilo y replicó:

- Pero eso es infantilidad por tu parte. Francamente, siempre consideré refinado tu sentido artístico; Magdalena, de ninguna manera puede corresponder a las exigencias de tu nombre y de tu posición.

- ¿Exigencias del nombre? – preguntó el joven mostrándose nervioso. ¿Crees, entonces, que debo casarme en obediencia a los otros, en desacuerdo con mis inclinaciones?

- No es eso – replicó la joven comprendiendo la firmeza de la resolución que enfrentaba – no quiero decir que ella desmerezca inclinaciones afectuosas; pero no estoy de acuerdo de que sea la criatura indicada para tomar tu mano como esposo.

- ¿Por qué? – preguntó el joven malhumorado.

- ¿Desearía, por ventura, que te aprobasen el casamiento con una pobretona española, nacida en los confines de Granada?

- Y si alguien afirmase que somos irlandeses de los confines de Belfast, ¿seríamos por eso menos respetables?

Susana se mordió los labios, revelando una profunda cólera y respondió:

- Cirilo, ¿dónde colocas el altar sagrado de la familia? ¿Qué pasa para mostrarte tan desinteresado ante nuestras tradiciones familiares? Te presenté a Magdalena, hace

pocos días, pero no podía creer que se engendraran en tu espíritu lazos tan peligrosos y detestables. La tenía como amiga íntima, en vista de la profunda simpatía de papá, a quien nunca cesaré de agradecer, en obediencia al amor y gratitud que le consagro. Nuestras afinidades, no obstante, no van más allá de eso, por cuanto no le reconozco ningún destaque justo para el cuadro de nuestras relaciones. Como afirmé, se trata, de una predilección de papá y...

No terminó, porque el joven, lanzando una dura mirada, le cortó la palabra en estos términos:

- No acuses, Susana. Siempre atendí a mi tío, antes que a mis propios padres. Conozco su buen sentido y no puedo permitir...

Esta vez, sin embargo, fue el joven que, ponderando la inconveniencia de la discusión acalorada, se aprovechó de la pausa espontánea, sentenciando contrariada:

- Cálmate, Cirilo. La irritación impide cualquier entendimiento mutuo.

Lo miró con angustia. Ahora que sentía tan profundamente amenazados sus sueños de felicidad, lo veía más bello que nunca. En otras ocasiones conservaba la esperanza, pero no experimentaba tantos celos. ¿No era Cirilo su ideal? ¿Qué poderosa atracción la retenía encarcelada en su sueño de felicidad, sin energías para renunciar a favor de otra que ocupaba su corazón sincero? Sintió que una fuerte emoción le afectaba las fibras más íntimas y con dificultad ahogaba el llanto en el pecho oprimido, recelando llorar delante del primo sumergido en graves pensamientos.

- Cirilo – dijo con un tono más delicado en la voz – no te enfades conmigo. Quiero auxiliarte fraternalmente.

El joven se conmovió con el súbito cambio y respondió:

- Sí, cuento con tu buena voluntad de siempre. Ayúdame a reflexionar. Necesito orientar y fortalecer mi espíritu.

- No puedo decir que esté absolutamente segura en mis apreciaciones – exclamó profundamente modificada en su primera actitud – pero necesitarás reflexionar con más calma. El padre de Magdalena es un noble español arruinado, que se hizo incompatible con los elementos más influyentes de la Corte de Francia. Hace mucho tiempo que está aquí, en París, con serias dificultades financieras, no obstante haber venido con el séquito de la reina.

- Conozco a D. Ignacio Ortega Vilamil – esclareció el joven solícito – estuvimos juntos en el *Carrusel* anteayer por la noche. No dudo que se trate de un hombre pobre, pero es bastante simpático y portador de un temperamento expansivo, que me agradó muchísimo.

- Es un hidalgo sin fortuna, cuya situación es francamente condenable, pues la perdió en las disipaciones de la vanidad y del juego, según consta en nuestro entorno social más íntimo.

- En cuanto a eso, necesitamos ampliar nuestra comprensión de la vida – dijo el joven convencido. – Mi padre, como no ignoras, no hizo excesos ni arriesgó dinero en aventuras; entretanto, hoy cuenta con reducidísimos recursos, debido a persecuciones religiosas desencadenadas en Irlanda.

Susana comprendió que toda argumentación en aquél momento no le favorecía en sus pretensiones y propósitos más ardientes.

- D. Ignacio – añadió con notable ironía – no podrá ni incluso pensar en darle una dote a la hija...

- ¡Nunca me casaré pensando en una dote, Susana!

La joven escondía con mucho trabajo el rencor, pero ponderó aún:

- Pues se trata de una cuestión muy importante, y tal vez venga a ser por eso mismo que Magdalena rechace acceder a tus caprichos juveniles...

- ¿Por qué? – interrogó impresionado por la manera con que fueron pronunciadas tales palabras.

- Tal vez ignores – dijo ella resoluta, como quien guarda los triunfos del juego para el final – que tu elegida está prometida, por decisión de los padres, a su primo Antero de Oviedo Vilamil, que creció a su lado como un hermano.

Esta vez fue Cirilo el que esbozó una actitud de extraño asombro. Sin poder dominarse, un profundo rencor se apoderó de él. Los celos que destruían a la joven Duchesne le punzaban ahora el corazón.

- ¿Será posible? – preguntó lívido.

- Sí – dijo la joven, gozando con su amargura íntima – dicen que hace casi dos años que D. Ignacio vive a costa del joven, que no se entregó a tal sacrificio sin un propósito deliberado. Es sabido que la prima es su sueño de amor, aunque no obstante Magdalena parezca insensible a ese afecto. El hecho incontestable, todavía, es que la familia Vilamil está totalmente empeñada en ese débito de grandes proporciones.

Cirilo Davenport se sumergió en un mar de profundas reflexiones. No cedería ante ningún obstáculo. Magdalena le llenaba el corazón como ninguna otra mujer. Guardaba en sus oídos los sonidos de sus últimas palabras. Aspiraba también el perfume de sus manos, entre las armoniosas vibraciones del último baile. Oía, absorto, la música aragonesa que ella también había tocado en el clavicordio, el día anterior. Sus sentimientos se sumergían en la misma ansiedad experimentada al oírla hablar de la lejana España. Los temas castellanos jamás lo habían preocupado, no obstante, aquél inmenso afecto le despertaba nuevos intereses, abrasándole el alma, como

un volcán ardiente. Estaba convencido de que Magdalena fue igualmente sensible a su amor. En los bailes, le apretaba la mano apasionadamente. Sus ojos brillaban de sublime afecto. ¿Dónde estaba él, que no luchó con el rival hasta en los confines de la Tierra? Era indispensable alejar a Antero de Oviedo a cualquier precio. Su presencia se hacía indeseable en el camino. Con los ojos fijos en el espacio, frenético por la emoción que lo dominaba, el joven Davenport parecía no ver más a la prima a su lado, ni incluso la belleza silenciosa del crepúsculo, que se despedía con el brillar de las primeras estrellas.

- ¡No desistiré! – clamó gritando, como su dialogase con una sombra inoportuna.

Oyendo la extraña e inesperada exclamación, Susana experimentó un intenso choque. Aquella sentencia, hecha con voz estridente, la asustó. Llena de justificado recelo, exclamó:

- Vamos, Cirilo. Es casi de noche y me esperan para el espectáculo.

El joven Davenport, seguido por la joven en profundo silencio, llegó al vehículo, tomó las riendas casi maquinalmente y dio la señal de partir. Susana arrojó al suelo algunas azaleas marchitas, en actitud de enfado y, mientras ambos se sumergían en un penoso mutismo, el vehículo rodó céleremente en dirección de una casa residencial de noble aspecto, frente al puente del Cambio, donde la prima se hospedaba.

En vano, la joven Duchesne insistió para que Cirilo fuese al teatro; inútilmente rogó que la acompañase hasta el interior doméstico. Él rechazó todos los convites afectuosos y, dando al vehículo una nueva dirección, siguió al galope hacia su hotel en San Germano.

De vez en cuando, el látigo estallaba en el dorso del bello animal que, entonces, parecía sufrir la misma inquietud que dueño.

Después de guardar el vehículo en el enorme establo destinado a los carruajes de la época y llevar el caballo a la caballeriza próxima, Cirilo Davenport, sofocado por angustiosos pensamientos, salió a la calle, ansioso por bañar la frente atormentada en los cariñosos vientos de la noche. Atravesó calles y plazas ensimismado en grandes meditaciones, ajeno al gran movimiento de viandantes y vehículos a lo largo del camino. No se detuvo sino en el mundo íntimo, inquieto por asociar y resolver los problemas torturantes.

Llegó a la conclusión de que la existencia se le transformaría en breve tiempo. No podía soportar, sin graves daños, la continuidad de las juegos de la juventud, y el conocimiento de Mademoiselle Vilamil lo inducía a pensar seriamente en el matrimonio. No obstante, ¿cómo encontrar la ecuación justa? Después de cierto período de estudios en París, proseguía en servicio en la Sorbona, donde su remuneración era regular, con todo, sin permitir cualquier perspectiva de futuro financiero. Su padre, Samuel Davenport, lo llamó más de una vez, aguardando su presencia en Irlanda del norte, donde poseía una valiosa propiedad rural, a pesar de los golpes sufridos. ¿Cómo resolver la situación? ¿Debería casarse y partir para las islas, o visitar antes el hogar paterno, para casarse después? En la primera hipótesis, su actitud podría ocasionar serios disgustos con la familia; en la segunda, el intruso Antero podría salir vencedor y anularle los planes de felicidad. Recordó la simpática figura del tío, que siempre lo entendió y amparó su corazón en los momentos difíciles, y consideró la posibilidad de ir a Blois, a fin de escucharlo. Concluyó consigo mismo que, habiendo combinado con Magdalena un encuentro junto a la iglesia de Nuestra Señora, en la noche siguiente, haría el viaje luego, después de hablar con la joven, que le llenaba el corazón de bellos sueños.

Después de atravesar un inmenso laberinto de reflexiones, volvió al hotel, mucho después de la media noche, recogíendose en su cuarto extremadamente nervioso, consiguiendo dormir a altas horas de la madrugada.

Al día siguiente, se lanzó al trabajo común, con el alma inquieta, pensando en la noche, cuando volvería a ver con alegría a la bienamada y renovar las dulces emociones del espíritu.

Mucho antes de la hora marcada, Cirilo se hallaba frente a la majestuosa catedral, andando de un lado para otro. Con el fin de evitar la curiosidad de los transeúntes audaces, entró en el santuario, en cuyo magnífico interior permaneció por unos instantes. Sus ojos eran indiferentes a los tesoros artísticos que lo rodeaban. Los preciosos capiteles, los dorados arabescos, los bajorrelieves, las maravillosas estatuas, se diluían en una atmósfera de ensueño. Los sacerdotes y los nichos, las flores y los objetos del culto no le hablaban al corazón. Cuando surgían en lo alto los primeros astros de la noche, Davenport regresó al atrio, paseando nervioso al lado de los bellos peldaños que daban acceso al interior del templo, y que el progreso de París hizo que desapareciesen con la elevación del suelo.

Entre aflicciones singulares, observó atento, un carruaje que paró en las proximidades, bajando de él tres galantes criaturas en busca del santuario.

Magdalena Vilamil, en efecto, junto a Colete y Cecilia, dos amigas de la juventud, llegó con el pretexto de participar de los oficios religiosos de la noche, pero en breves minutos, favorecida por la complicidad de las compañeras, se aisló en compañía del joven Davenport, ansiosos ambos por el intercambio de impresiones afectivas.

Mientras el carruaje permanecía a la espera, y consciente de que las amigas se entregaban a las prácticas religiosas, Mademoiselle Vilamil tomaba con placer el brazo que el joven le ofrecía, apartándose algunos pasos a lo largo de la extensa plaza, rodeada, entonces, de viejas casas.

Cirilo se sentía el más dichoso de los hombres. Por sorprendente y misterioso mecanismo que su espíritu no conseguía comprender, resumía ahora, en la joven todos los sueños centrales de la existencia. Le habló, con desembarazo, de sus ideales más íntimos, revelándole profundas impresiones de su alma ardiente. Él mismo estaba sorprendido del manantial de espontánea confianza que le brotaba del espíritu poco acostumbrado a grandes expansiones.

Magdalena Vilamil, en igualdad de circunstancias, se conmovía de sublimes emociones.

No era temperamento que confiase sentimientos íntimos, a la primera señal de afecto. Su madre, descendiente de nobles familias en el sur de Francia, y su padre, antiguo hidalgo español, habían educado a la única hija habituándola al riguroso criterio en el capítulo de la vida social. Por primera vez la joven atendía a una llamada afectiva, en lugar público, consagrado, a su entender, a las exteriorizaciones de las criaturas vulgares y sin títulos de la mayor nobleza moral. El convite de Cirilo fue un tanto chocante para su vanidad femenina; entretanto, obedeciendo a indefinibles deseos del corazón, accedió a hablar con el joven en un lugar apartado de la vía pública, deseando un entendimiento recíproco, lejos de la multitud maliciosa. Además, se sentía recelosa de recibirlo en la propia casa, dada la rigurosidad de la genitora, enferma hacía mucho, y a las ruidosas expansiones del padre, despreocupado de cualquier encargo en las esferas políticas y por eso mismo

siempre pródigo de afirmativas chocantes para las costumbres francesas.

Mademoiselle Vilamil creyó imprescindible explicar al joven Davenport sus dificultades domésticas, antes de que pudiese abrigar conjeturas menos dignas al respecto de los padres, a quienes amaba con todo su corazón. Solamente por eso, e incapaz de resistir al suave magnetismo que sobre ella ejercía el joven irlandés, se encontraba allí bajo el cielo estrellado en las primeras horas de la noche, intercambiando confidencias.

Cirilo comenzó por comentar la belleza de las melodías que ella tocó en el clavicordio, todo sentimiento y vibración, y Magdalena relataba al joven, muy admirado, las encantadoras costumbres de su tierra natal, señalando las palabras con las interesantes características de quien no dominaba absolutamente la lengua francesa.

Todo, no obstante, lo que constituía alguna cosa de su personalidad, era gracia y levedad a los ojos y a los oídos del joven Davenport, que se sentía transportado a un plano de felicidad divina, en su compañía.

A cierta altura del amoroso coloquio, Cirilo exclamó, algo perturbado por exteriorizar la suma de sus meditaciones más íntimas:

- Magdalena, ocioso es hablarte de mi infinito afecto. Sabrás entender el sentido de mis palabras. Nunca me conformé con las actitudes superficiales, ni puedo aprobar los desvaríos de la juventud contemporánea. Lo digo con el fin de que no veas señales de liviandad en mis palabras. Te amo mucho y estos pocos días de convivencia bastan para que reconozca tu soberanía en mi corazón, donde ocupas un lugar insustituible. Pero, ¿podré contar con tu amor para siempre?

A esa pregunta directa, la joven respondió extremadamente confundida:

- Sí...

- Siempre pensé en una criatura que me comprendiese totalmente y, ahora que nos encontramos, tengo la esperanza de poder edificar un castillo de suprema felicidad. Desde la noche en que nos vimos por primera vez, sueño contigo y veo las alegrías de un hogar poblado de flores y de hijitos.

Ella, toda ruborizada, se elevaba con las alas del amor, de emoción en emoción, a los páramos del sueño. Aquellas palabras representaban la deliciosa música que sus oídos esperaban desde hacía mucho tiempo. El joven Davenport era el caballero de su ideal. Su voz cariñosa y dominadora le penetraba en lo íntimo, como perfumado soplo de vida. Quería hablar expresando sus sentimientos más nobles; la emoción, con todo, le embargaba la voz, mientras el corazón deseaba prolongar hasta lo infinito aquél instante divino. Comprendiendo su silencio, el joven recordó las advertencias de Susana, hizo un gesto significativo y acentuó:

- ¡No obstante, Magdalena, tengo el corazón repleto de presagios tristes!... Dicen que el sufrimiento es común a los que se aman; traigo el espíritu ansioso de esclarecimientos más amplios...

- ¿Cómo? – indagó la joven en el impulso instintivo de anular cualquier duda.

Revelando una profunda preocupación, él añadió como midiendo la responsabilidad de cada palabra:

- ¿Nadie disputa conmigo el tesoro de tu corazón?

- ¿Qué dices? – exclamó la joven con gran sorpresa.

- Siento que tu alma se dirige a mi corazón como fuente cristalina de verdad – añadió Davenport acentuando las palabras – creo en tu sinceridad y no sería lícito dudar de tus sentimientos; pero, ¿quién sabe, Magdalena, si tus padres te destinan a otro que te merezca por la fortuna que yo no poseo, o por títulos que también me faltan?

A esa altura, su voz se volvió enternecedora y conmovida, como la de un niño dispuesto a resignarse con los obstáculos, no obstante a su violento deseo.

La joven, a su vez, como si despertase de un sueño, comenzó a llorar convulsivamente. La imagen del primo le torturaba ahora el pensamiento, como si recordase a un verdugo cruel. Recordaba las luchas domésticas, las grandes deudas que su padre tenía con Antero de Oviedo, las combinaciones de ambos para el futuro matrimonio, con sacrificio de sus ideales, y no conseguía disimular el inmenso dolor que le avasallaba el corazón sensible, ante la posibilidad de perder a Cirilo, obligada por las conveniencias humanas a renunciar a su unión con el joven cuyo espíritu adivinaba la fuente de todas las sublimes comprensiones que su alma necesitaba para ser feliz.

Se entrega así en copioso llanto, mientras el joven irlandés, conmovido, le cogía la suave mano cubriéndola de besos.

- No llores, Magdalena. El amor siempre confía y ¿crees, acaso, que soy inútil para todo?

Recordando las palabras poco caritativas de Susana, que aquellas lágrimas confirmaban, asumió decisivas actitudes y añadió:

- Nadie podrá imponerte un casamiento contra tus designios. Si me amas, sabré defenderte hasta los confines del mundo. No pertenecerás a ningún miserable truhán, sólo por las circunstancias mezquinas de mil francos más o menos. ¡El dinero jamás entrará en nuestros planes de felicidad!...

La hija de D. Ignacio enjugó las lágrimas después de escuchar sus palabras consoladoras y afectuosas, y atendiendo a sus llamadas relató minuciosamente las dificultades de la familia desde los tiempos de Granada, marcados por grandes luchas. Nació en esa famosa ciudad

española, donde el padre desempeñaba cargos políticos de cierta relevancia. Tuvo una infancia feliz, pero, desde la fase de los primeros estudios, vivió casi absolutamente recluida en un convento de Ávila, donde el padre procuraba enriquecerle sus dotes intelectuales. En los primeros días del año, cuando se encontraba de vacaciones en su hogar, seguía de cerca los sufrimientos de su madre, que se recrudecían de vez en cuando, en vista de las extravagancias paternas. Cuando abandonó definitivamente la educación religiosa, sus padres ya se encontraban en Madrid, donde se trasladaron con gran dificultad. En el torbellino de crueles tormentos morales, su madre encontró el único apoyo en Antero, sobrino del marido, criado con toda la dedicación y ternura maternas. Sus padres habían adoptado al rapaz, desde pequeño, como a su propio hijo. Antero era un hombre de psicología difícil, en virtud de los sentimientos condenables que sabía disimular con habilidad, pero que, en su ausencia en los estudios y en los desvíos constantes de su padre, presentaba apreciables dotes a los ojos de su madre, de quien se hizo su sustentáculo y consuelo. Permanecían en Madrid, completamente arruinados, cuando el casamiento de la hija de Felipe IV con Luís XIV dio oportunidad a que el padre y el primo se colocasen espléndidamente, en trabajos de naturaleza política. Desde 1660, estaban en París llenos de esperanza con una nueva vida. D. Ignacio, entretanto, sólo consiguió permanecer en el cargo por algunos meses, porque era incompatible con la Corte, en vista de su crítica franca a los actos de Su Majestad. Leal amigo de la infanta española, no conseguía soportar callado las penas humillaciones infringidas a la reina, que se amparaba en la religión, con santa paciencia, para tolerar y olvidar los desvaríos amorosos del real esposo. Consciente de sus firmes protestas, el soberano lo retiró del cargo y Antero

de Oviedo sólo fue conservado en sus obligaciones remuneradas por influencia de los amigos de María Teresa, que le mantuvieron los lucros con alguna dificultad. Hacía casi dos años que la familia vivía a expensas del joven, no obstante la tristeza que semejante situación le causaba.

Su padre, continuaba Magdalena con los ojos humedecidos por las lágrimas, era un generoso corazón, pero alimentaba una gran pasión por el juego. Tal obsesión acarreaba la ruina de todos los bienes que poseían y, tras lamentables aventuras, nada les quedó del pasado feliz. La madre resistió heroicamente a los reveses de la vida, pero ahora padecía del corazón, pasando los días en la expectativa angustiada de la existencia que se extingue, y de la muerte que se aproxima.

Mademoiselle Vilamil hizo una larga pausa con el fin de enjugar las abundantes lágrimas, mientras Cirilo, conmovido, le acariciaba la mano.

Enseguida, observando un gran obstáculo por verse obligada a versar tan delicado asunto, comenzó a hablar con más timidez de los propósitos paternos de casarla con el primo y contó que este, a veces, ya le había hablado de amor, al que ella siempre esquivaba con enorme repugnancia. Alimentaba el deseo ardiente de lanzarle a la cara la negativa formal, con el desprecio que esa unión le inspiraba, pero, se contenía a toda costa, considerando el reconocimiento de la madre enferma y la situación del padre, que debía al pretendiente algunos miles de francos.

En ese ínterin, el joven Davenport, mal disfrazando los celos que lo devoraban, la interrumpió exclamando:

- Pero tu padre, a quien consagras tan gran veneración, ¿tendría el valor de vender la felicidad de la hija por un puñado de miserables escudos?

- No creo – dijo la joven convencida, demostrando la sinceridad de su confianza filial en los grandes ojos,

donde resplandecía el candor de sus diecinueve primaveras – mi padre, a pesar de las juergas, ha sido mi mayor y mejor amigo.

Cirilo le cogió una mano entre las suyas, con infinito cariño, ansioso de confortarla. Después de algunos instantes en que el silencio de ambos era más elocuente que las expresiones verbales, la joven Vilamil, como si fuese arrebatada a una gran impresión del pasado, preguntó inesperadamente:

- Cirilo, ¿crees en los adivinos?

- ¡Ahora con esas! ¿Por qué preguntas? – exclamó intrigado.

- Es que, también en Granada – dijo Magdalena con gran sencillez – en una de mis rápidas visitas al hogar, estando en la puerta de la Alhambra con algunos compañeros de estudio, fuimos atraídos por un anciano que leía el destino de los transeúntes interesados en su extraña ciencia. Atendiendo al juego en general, me aproximé y le di la mano. Él pareció meditar un momento y habló: - “La niña es bien nacida, pero no tiene un buen destino”. Y después de mirarme a los ojos con una expresión inolvidable, dejó de sonreír y continuó aconsejándome: - “Prepárate, hija mía, y únete en la fe en Dios, porque tu cáliz, en el mundo, rebosará de amargura. No vivimos sólo esta vida. Tenemos varias existencias y tu existencia actual es promisoria de tiempos afanosos, para la redención.” Sus palabras me impresionaron hasta el punto de hacerme llorar copiosamente. Sentí una enorme conmoción y fue preciso que mis amigas me llevaran a casa, donde fui obligada a acostarme.

- ¿Dónde estaba D. Ignacio que no retiró al estúpido?

- indagó el joven Davenport bruscamente cortándole la palabra.

- Mi padre se puso furioso y, después de reprenderme severamente, tomó las medidas oportunas, mandando

que el hechicero fuese llevado al Tribunal de la Inquisición, que le aplicó disciplinas por una semana y lo detuvo encarcelado más de tres meses. Más tarde, el General de los Jesuitas certificó a papá que se trataba de un peregrino demente, de origen egipcio, que entró en el reino de España a través de Marruecos.

- ¿Y admitiste sus afirmativas? – interrogó Cirilo, mostrando ansiedad por apagar cualquier resquicio de impresión dolorosa en el espíritu de la joven.

- A pesar de impresionarme – esclareció Mademoiselle Vilamil – no creí en los sombríos vaticinios, pero, no puedo dejar de reconocer que, hasta hoy, Cirilo, mi vida ha sido un tormentoso mar de infinitas preocupaciones. Tengo la impresión de que alcanzaré los veinte años con un peso sofocante de vejez prematura.

Después de una ligera pausa, añadió:

- No deseo flaquear ni dejarme vencer por los presagios de un peregrino desconocido. Me siento fuerte en la fe en Dios y estoy convencida de que el poder celestial me auxiliará en las luchas humanas; entretanto, hubo un detalle en la conversación del viejecito, que nunca podré olvidar; en lo que se refiere a otras vidas. El destino está lleno de circunstancias misteriosas. Nuestra vida no habrá comenzado en el instante en que nacemos en el mundo. Debemos haber existido en otra parte. Creo que hemos amado y odiado, y el esfuerzo en que nos hallamos se destina al trabajo de redención de nuestras culpas. No me detengo en tales ideas tan sólo por haber oído las advertencias del adivino errante, pero he tenido sueños significativos...

El compañero, que seguía sus palabras con indisfranzable malestar, le apretó la mano y sentenció:

- ¿Qué es eso, Magdalena? ¿Desvarías? No te quiero ver entregada a filosofías absurdas. Si encontrase a ese

hechicero infame, endurecería las penas que le fueron impuestas por los inquisidores.

Deseoso por librarla de los amargos pensamientos, continuaba:

- Nos casaremos y encontraremos la felicidad sin fin. Nos quedaremos en París o donde quieras. Lucharé por ti, tengo brazos fuertes y enérgicos. En el futuro nos reiremos de esos temores infantiles, provocados por un mendigo irresponsable. Los egipcios, como los orientales, fueron siempre grandes imbéciles. En el caso de que sea de tu agrado, fijaremos residencia en Irlanda, junto a los míos. Más tarde te llevaré a Londres; viajaremos hasta Escocia y verás que, en todas partes, el amor sincero será la llave de nuestra felicidad inmortal. Las almas que se adoran se mueven en los caminos resplandecientes de la luz.

La joven, que lo escuchaba dominada por la emoción, pareció olvidar las ideas transcendentales y profundas, y respondió absorta:

- Sí, seremos felices para siempre. Te seguiré donde vayas. ¡Deseo conocer nuevas tierras, donde podamos sentir la felicidad unida a nosotros!...

- ¿Nuevas tierras? – preguntó Cirilo como iluminado por una idea súbita - ¿no será bueno que experimentemos los largos horizontes de América?

- ¡Ah! Eso ha sido siempre uno de mis sueños – dijo la joven con ojos fulgurantes. – Tengo una sed inexplicable del lejano nuevo mundo. Nuestras grandes ciudades, corrompidas, consternan y sofocan. Granada, Ávila, Madrid y París no difieren lo bastante unas de las otras. En todas veo a los hombres como locos, disputando realizaciones que les agravan los padecimientos espirituales. Siempre he soñado con las enormes florestas sombrías, con los ríos caudalosos, con las campiñas verdes y sin fin...

- Edificaremos por allá nuestro nido de amor – remataba el joven apasionadamente.

Y hablaron largamente de América, como dos criaturas ansiosas, cambiando compromisos sagrados.

Al término de la charla, el joven Davenport, consciente de todas las preocupaciones íntimas de su amada, prometió visitar a sus padres la noche siguiente, en la casa de San Honorato, para crear el ambiente propicio al culto de sus esperanzas en flor.

Después que Colete y Cecilia vinieran a buscar a la compañera para la vuelta, Cirilo fijó su mirada en el carruaje hasta confundirse del todo con las espesas sombras. Largo tiempo le llevó aún a meditar, sentado junto a los nichos externos, escasamente iluminados en el silencio de la noche.

Al día siguiente, al atardecer, tomó su carro ligero, dirigiéndose a la residencia de los Vilamil y haciendo lo posible por apagar los recelos que le causaban perturbación en el alma inquieta. ¿Cómo se comportaría en la hipótesis de encontrar allí a Antero de Oviedo? ¿Tendría la suficiente fuerza para tratarlo fraternalmente? ¿Cómo lo comprenderían, por su parte, los padres de Magdalena? Absorto en vastos cismas íntimos, paró a la puerta de la casa indicada. Se trataba de un antiguo edificio, de los que comúnmente eran alquilados a familias de tratamiento, pero de reducidos recursos financieros. Una gran cancela, en el centro un gran portón pintado de azul, rodeado por un gracioso jardín donde las flores disputaban el beso de la primavera; al fondo, la residencia de aspecto antiguo, con las características exteriores de la época de Luís XIII.

Cirilo llamó discretamente, siendo atendido rápidamente por un criado que lo invitó a entrar al interior, donde le esperaban con cierta curiosidad.

D. Ignacio vestía correctamente, como si fuera convocado para asistir a una ceremonia solemne, mientras la esposa, muy pálida, se acomodaba en una gran poltrona de reposo, dando la impresión de que allí se conservaba no por impulso espontáneo, sino por inevitable obligación de la vida en familia. Ambos estaban envejecidos y debilitados prematuramente; él, tal vez por extravagancias de toda suerte; ella, debido seguramente a los constantes disgustos. Junto a los dos, en la sala que se caracterizaba por líneas monótonas, Magdalena con su radiante juventud parecía un rayo de luz ahuyentando las tristes impresiones.

D. Ignacio acogió al joven con manifestaciones de ruidosa simpatía.

- No tendrá, en esta casa, las designaciones debidas a los jóvenes de tratamiento, en París – dijo satisfecho –; lo llamaremos Don Cirilo, en homenaje a nuestra España lejana.

- De ese modo será más íntimo – añadió Dña. Margarita Fourcroy de Saint-Megrin y Vilamil con una sonrisa.- Deseamos que éste hogar sea también suyo.

Mientras los jóvenes se alegraban, experimentando la certeza de la condescendencia de los viejos generosos, D. Ignacio añadió:

- Y puede estar seguro, D. Cirilo, de que su estrella debe ser muy brillante, porque mi esposa no acoge a cualquiera, en la primera visita.

Una risa general coronó esa afirmativa, al mismo tiempo en que la conversación derivaba para los recuerdos de las patrias distantes. El joven Davenport habló de sus recuerdos de Irlanda y, después de abordar innumerables comentarios en torno de las relaciones de españoles e irlandeses, D. Ignacio acentuó:

- Nuestras afinidades religiosas con Irlanda siempre fueron estimables y confortables. Además, yo fui quien

tuvo la honra de encender la primera vela enviada por los devotos del santo arzobispo de Armagh, en Dublín, en la hoguera en que fueron castigados, en Granada, algunos herejes del Longford, en una de nuestros mayores autos de fe.

Cirilo frunció en ceño como que le desagradaba el asunto, y añadió:

- La psicología de la gente irlandesa es muy difícil y complicada.

- Igual que la nuestra, en la Península – atajó el viejo hidalgo – es imposible que olvidemos nuestras tradiciones para acompañar el ímpetu de locuras y novedades que terminará proyectando los pueblos en el abismo. No podemos confundir libertad con licenciosidad y sería falta grave aplaudir esa ola de tolerancia criminal que barre actualmente el mundo. Tenemos que ser exóticos en cualquier parte de la Tierra. ¿Será lícito establecer el desorden y decir que se propague? Entonces, ¿España toleraría el llamado Edicto de Nantes? ¡Nunca! Creo que la hoguera debe rodear a los herejes y a los apóstatas donde quiera que estén. Por lo menos, eso constituye una elevada instrucción de nuestros santos padres. Si el traidor de la patria debe ser condenado, mucho más criminal es el traidor de la fe.

El joven esbozó un gesto de leve desacuerdo, obtemperando delicadamente:

- De acuerdo, en lo que se refiere a la política. La administración desordenada es síntoma de desagregación y ruina. Lo mismo, sin embargo, no ocurre en cuanto a creencias. Considero que, en materia de manifestaciones religiosas, otras serían las circunstancias si todos entendiésemos el valor del perdón.

- El señor es muy joven – replicó D. Ignacio, sereno, - sólo más tarde podrá comprender que el perdón disuelve la familia.

El joven hizo mención de espanto y respondió instintivamente:

- Pero Jesús perdonó siempre, D. Ignacio.

El viejo hidalgo, entretanto, como si estuviera habituado a interpretar los textos evangélicos, *pródromo sua*, esclareció sin ninguna preocupación de espíritu:

- Ese problema fue estudiado por mí, junto al Inquisidor Mor de Granada. Después de algún tiempo llegamos a la conclusión de que si Cristo soportó a los verdugos, también mando que el hombre orase y vigilase, incesantemente. ¿El señor vio a alguien vigilando sin armas? ¿En qué lugar del mundo el centinela puede abrazar al enemigo?

Cirilo no estaba acostumbrado a discusiones religiosas y, oyendo tal argumento, calló con profunda extrañeza, mientras que el interlocutor, observando la desaprobación en su mirada, trató de cambiar el asunto añadiendo:

- No podríamos aplaudir nunca una Corte desordenada e indiferente, como la de Francia.

En este punto de la conversación, D^a. Margarita, considerando que las expansiones del marido podrían afectar al joven, advirtió serenamente:

- Ignacio, no generalices. Supongo que, a tu edad, cualquier persona debe examinar acontecimientos y hechos sin la pasión que suele envenenar a las mejores fuentes del camino. ¿Por qué acusar a la Corte, cuando la culpa no puede caer indistintamente? Todos los gobiernos son óptimos, cuando somos jóvenes.

El viejo hidalgo levantándose, se atusó los bigotes, miró a la esposa con soberbia, y sentenció:

- ¿Entonces, la señora cree que yo hablo porque lo oí decir? Hace tres años, con la misma vejez de hoy, asistí a la firma de nuestro tratado con Francia, en la Isla de los Faisanes, acompañando a D. Luís de Haro y no sentí

ningún desaliento. A mi modo de ver, las aguas del Bidasoa estaban bellas como nunca. Pero no puedo repetir semejantes emociones en esta tierra de polifrontes.

- Entonces, ¿consideras que los franceses deben pagar por tu abatimiento de ahora? – preguntó la noble señora serenamente – Hay tanta gente sin juicio en París, como en cualquier gran ciudad española. Además, cada región tiene sus propias costumbres y, naturalmente, un francés no se sentiría tan bien si fuese obligado a vivir bajo el ritmo de las tradiciones españolas.

- ¡Ah! Sí – replicó D. Ignacio sin conseguir disfrazar la irritación – para los franceses todos los descalabros pueden estar bien; pero yo soy un hombre antiguo y es necesario que no olvidemos que mi familia descende de parientes de la reina católica.

Después de un gesto significativo, concluyó orgulloso:

- Mi hija y yo no nacimos en los márgenes del Garona, tampoco al pie de las aguas sucias del Sena.

En ese instante, con todo, antes de que Cirilo pudiese interferir con alguna observación afectuosa y conciliadora, se oyó el ruido de un carro que parecía conducido por caballos fatigados.

Doña Margarita, como si ya estuviese aburrida de la pequeña desavenencia doméstica, hizo una señal a la hija, revelando una maternal preocupación, y habló:

- Magdalena, avisa allá dentro. Antero debe estar regresando de Versalles.

Mientras la joven se dirigía a la sala del comedor, el joven Davenport prestó atención, a fin de observar al recién llegado, cuyas fuertes pisadas se escuchaban casi junto a la puerta de entrada.

Por fin iba a conocer al rival. La presencia del sobrino del D. Ignacio, en plena sala, no le dio oportunidad a más consideraciones íntimas.

Antero exhibía singulares dotes de belleza física, en sus treinta años bien formados. Alto, elegante, cabellos negros y ondulados, tez levemente morena, peninsular, vivos e indefinibles ojos, daba a entender en la delicada manera algo intencional. Se diría que sus actitudes delicadas no eran sinceras, sino oriundas del profundo artificialismo de quien no se deja conocer tal como es. Presentado al joven irlandés, lo saludó cordialmente, aunque sus ojos pareciesen interrogar la razón de su presencia allí, y, después de encaminarse hacia el interior, mientras la conversación proseguía suavemente, regresó a la sala, donde prestó una singular atención a las significativas miradas intercambiadas entre la prima y el visitante inesperado, comprendiendo que su campo afectivo era invadido por influencias extrañas. Aunque no manifestase el malestar que, poco a poco se le apoderaba del espíritu, de vez en cuando dirigía la mirada indagadora hacia la tía y madre adoptiva, como interrogando sobre las pretensiones desconocidas del intruso.

A una pregunta directa del viejo hidalgo, en cuanto a la marcha de los trabajos de su competencia, respondió cortésmente:

- Todas las obligaciones obedecen al ritmo normal y el señor puede creer que, en breves días, Versalles reunirá a toda la Corte y será el centro de la vida política de la nación francesa.

- ¿Y el rey? – preguntó D. Ignacio expresando cierta inquietud en la mirada – ¿dio la orden de pago de mi disponibilidad?

- Hasta ahora, no – esclareció el interpelado.- Hoy, sin embargo, pude entrevistarme con Su Majestad cuando buscaba al Sr. Colbert, trayéndole la buena noticia de que el soberano pide su comparecimiento en palacio.

- ¿Para qué? – rezongó el noble español casi colérico – mañana, harás el favor de decirle al rey de los franceses que, si me llama para despojarme de algún bien, sus ministros ya me usurparon las dignidades; si pretende entregarme honras, las agradezco; y si me ofrece algún favor, no necesito de sus limosnas

Tras una pausa que nadie osaba interrumpir, concluyó con esta afirmativa:

- Y, si Su Majestad manda buscarme mirando a fines más rigurosos, puedes afirmarle que no será necesaria mi presencia en palacio, para que me mande a la picota. Bastará una orden...

Magdalena, muy tímida, observaba a Cirilo que acompañaba el diálogo del tío y del sobrino con alguna extrañeza.

Esperaba que Doña Margarita se uniera a la discusión con intervención conciliadora, pero fue Antero el que rompió el silencio, ponderando con calma:

- No obstante, tío, es posible que las cosas se arreglen en su favor. Como sabemos, el Sr. Fouquet ya no está a la cabeza de los negocios públicos.

- ¿Y crees por ventura que el soberano es mejor que el ex-ministro? Un remendado no podrá condenar a un andrajoso. Fouquet no se retiró del cargo por su prodigalidad en los gastos. Por esa causa, en el capítulo de su dimisión, fue el escándalo de los celos por Mademoiselle La Vellière.

Antero iba a expresarse con un gesto de desacuerdo, pero el hidalgo continuó:

- No permito que me contradigas. ¿Acaso no estás harto de saber que aquí, en Francia, son las mujeres las que hacen a los ministros?

Doña Margarita, deseosa de dar un nuevo rumbo a la conversación, a fin de que el esposo no incidiese en los comentarios apasionados, aventuró:

- Supongo, Ignacio, que debes ir. Aunque no consigues un acuerdo para recibir lo que se te debe, esa visita te dará la oportunidad para cualquier combinación con la reina.

- ¿Yo? – gritó él con energía - ¿qué me podría dar la desventurada infanta, necesitada de casi todo en su ambiente doméstico? Podré buscar a la hija de mi soberano para llorar las desdichas, pero sin alimentar nunca el propósito de pedir alguna cosa.

- En todo caso, sería útil algún intento – exclamó Cirilo Davenport tímidamente, receloso de ser visto como un indeseable en las conversaciones familiares.

D. Ignacio Vilamil, sin embargo, cargó más expresivamente el semblante y sentenció:

- Pero yo soy un hombre de antiguo temple.

El joven, comprendiendo su resistencia inquebrantable, bajó los ojos y se calló.

La conversación llegó a su fin, con las expresiones conciliadoras de todos, ante la intransigencia del viejo hidalgo. Ningún argumento modificó su actitud.

En las despedidas, notando la ternura de las miradas y gestos de la prima y del joven Cirilo, Antero sintió que unos mortales celos le envenenaban para siempre el corazón.

Pasaron dos semanas, repitiéndose diariamente la visita de Davenport, las ideas intransigentes de D. Ignacio y la perplejidad del sobrino de los Vilamil, que venía de Versalles a París, cada tres días.

La pareja venturosa continuó tejiendo, cariñosamente, los hilos dorados de sus sueños de felicidad, mientras Antero disimulaba hábilmente el profundo rencor que le dilaceraba el espíritu. A pesar de la odiosa amargura, trataba a Cirilo con maneras cautivantes. Íntimamente detestaba al rival, que le trituraba muy despacio las esperanzas; no obstante,

buscaba conquistar su confianza, intencionadamente maquinando proyectos sutiles y terribles de venganza, a su tiempo. El propio Cirilo estaba sorprendido. La amistad que Antero de Oviedo le demostraba era un obstáculo más que librar. La certeza de que el compañero de la infancia de Magdalena comprendiera sus propósitos sinceros, constituía una fuente de tranquilidad para su corazón. Estaba, por eso mismo, plenamente satisfecho. Respiraba los aires de París a largos sorbos. El servicio de largos años se le hizo leve y dulce, el nuevo estado de espíritu le mostraba profundos horizontes en el entendimiento justo de la vida. Esperaba la noche ansiosamente, y, mientras en compañía de la joven amada, renovaban, los dos, los votos afectuosos, los juramentos sublimes y las promesas de eterno amor.

Surgió la ocasión en que Magdalena se preocupó con la actitud de la familia Davenport e insistió para que el joven comunicase a sus parientes de Belfast el proyecto de casamiento. Cirilo prometió escribir, pero alegó que, antes incluso de la consulta a los padres, procuraría oír al tío Jaques, en Blois, que le tenía un paternal afecto desde los primeros días de su vida. Mademoiselle Vilamil mostraba justos cuidados y, con todo, en el espíritu de resolución que le era característico, Cirilo consideraba semejante celo sin importancia, pues a su parecer, se casaría aunque no tuviera para eso la aprobación de la familia. Dada la insistencia de la joven en las conversaciones confidenciales, Davenport se dirigió, cierto día, a Blois, a fin de que el tío le aconsejase, antes de asumir el compromiso deseado.

Durante todo el viaje, Cirilo se entregó a singulares ilusiones. Susana, hacía varios días que había vuelto de París para el nido doméstico y el joven recordaba su mirada inolvidable, cuando se despedían. Su expresión mostraba una mezcla de frialdad y dolor, de

resentimiento y crueldad. ¿Por qué? Ignoraba la violencia de sus intenciones, buscaba en vano acertar con la causa de su tristeza. Inútilmente procuraba aproximarla a Magdalena, convidándola a acompañarlo en alguna de sus habituales visitas al barrio de San Honorato. La prima lo rechazaba siempre, en términos ásperos que le herían el corazón. Además de eso, adelgazó, se volvió irascible. Nunca más se aproximó a su elegida, ni incluso para las cortesías comunes. En sus pensamientos íntimos ponderó más seriamente aquél procedimiento de la prima. Seguramente, ella dio oídos, en la infancia, a posibles proyectos familiares, de casarse con él.

Relacionó, en sus reminiscencias, los pequeños detalles de los planes paternos y se compadeció de la compañera de infancia. Con todo, en breves instantes, buscó deshacerse de semejantes impresiones. Al final de cuentas, reflexionaba, las inclinaciones de la prima no pasarían de ser, seguramente, deseos transitorios de la juventud. Ella encontraría nuevos afectos. Era señora de una gran dote, no le sería difícil encontrar un partido rico, que le pudiese satisfacer los caprichos de jovencita. Si fuera posible, le hablaría personalmente, asegurándole siempre su amistad.

Buscando deshacerse de las preocupaciones que no se adaptaban a sus propósitos del momento, Cirilo entró en las calles de la vieja ciudad, ansioso de abrazar al fiel amigo y confiarle las más íntimas esperanzas.

El profesor Jaques Duchesne Davenport residía en un antiguo parque, que adquirió para la instalación de su escuela, de vastas proporciones, destinada a la preparación de niños de ambos sexos, antes del acceso a los monasterios de la época, consagrados al servicio educativo. Viudo desde hacía algunos años, el bondadoso amigo de la infancia, con la cooperación de dos profesores dedicados, vivía allí entre los niños de Blois como si

estuviese olvidado de las meditaciones más fuertes del mundo. No era propiamente un anciano, en la justa expresión del término; sin embargo, los hilos grisáceos se destacaban en la cabellera y las arrugas poblaban su rostro, aunque sólo estaba próximo a los sesenta años. Muy raramente dejaba el bastón, que le daba el aspecto de patriarca junto a los pequeños, y los niños lo adoraban como a un padre. No obstante las profundas experiencias de la vida, que sus actitudes demostraban, sus ojos eran vivaces y amorosos, dando la impresión de que en el pecho palpitaba el corazón de una gran criatura, afectuosa y comprensiva.

Las familias de Blois encontraban en él un gran apoyo, para la solución de todos los problemas, relativos a la infancia. El “maestro” Jaques era un punto de referencia de extraordinaria importancia, entre todas las clases sociales. Los ilustres lo amaban por su noble entendimiento de las cosas prácticas, y los desfavorecidos de la fortuna encontraban en su cariño fraternal la protección prestigiosa de un bienhechor. Los padres católicos estimaban sus preciosas cualidades de cooperación y los protestantes admiraban su respeto a las creencias y opiniones ajenas. Y en su pequeño mundo de amigos leales y niños amados, Jaques Duchesne Davenport se sentía confortado y casi feliz.

Anochecía, cuando Cirilo golpeó un gran portón rodeado de enredaderas y madre selvas. Los árboles vetustos y acogedores del gran jardín hacían del paisaje un trecho de paraíso, por su paz al susurro del viento suave. La casa, muy antigua, daba la impresión de ser una gran mansión de reposo, en el seno de la tarde amiga.

Susana vino a atenderlo, rápidamente, y no pudo disfrazar su sorpresa por la llegada del primo, sin previo aviso. Entre tanto, lejos de perder su aspecto voluntarioso, lo saludo casi fríamente, conduciéndolo al

interior y absteniéndose de las expansiones afectivas con las que lo recibía otras veces.

No ocurrió lo mismo, sin embargo, allá dentro, donde Jaques abrazó al sobrino, rebotante de alegría. El viejo educador casi cargó a Cirilo en sus brazos, como si recibiese a la más adorada de sus criaturas en el camino de la vida.

- ¡Cuánto tardaste, hijo mío! Hace muchos días que te busco, inútilmente, entre todos los caballeros que pasan por Blois.

Cirilo se sensibilizaba profundamente con tales expresiones de cariño.

En un afable bienestar familiar, cenaban juntos.

Después de intercambiar las primeras impresiones y cuando la noche vestía suavemente el paisaje, el estimado educador, viendo que Susana y Carolina se apartaban deliberadamente, llamó al sobrino al gabinete particular y exclamó golpeándole cariñosamente en el hombro:

- Vamos Cirilo, encendamos el viejo candelabro. Tus ojos indican que tienes alguna cosa importante que decirme.

El joven lo acompañó con ternura y respondió vacilante:

- Es verdad, tío...

Sentados en confortables poltronas, junto a una amplia ventana por la que se divisaba el cielo lleno de estrellas, fue Jaques quien inició la conversación diciendo al joven de las nuevas impresiones que alimentaba a su respeto.

Atendiendo a una interrogación directa, el joven esclareció:

- Sí, encontré una joven que resume mis esperanzas.

- ¿La conozco? – interrogó afectuoso.

- Es Magdalena Vilamil.

- ¡Ah! ¡Muy bien! También en eso nuestras afinidades se manifiestan y tus inclinaciones me alegran el alma. La conocí cuando su visita al antiguo palacio de Luís XII, y eso bastó para que la estimase infinitamente. ¡Qué interesante es todo eso, hijo mío! Jamás me olvidé de esa joven, tanto es así que, cuando Carolina y Susana van a París, les recomiendo que no regresen sin noticias de ella.

- Esa circunstancia es una enorme alegría para mí – dijo el joven bastante conmovido.

- No podías haber hecho mejor elección – concluyó Jaques, convencido. - ¿Cuándo pretendéis casaros? No sería lógico aplazar tan feliz evento. Además, cuando amamos, es natural que el corazón sea atendido.

Amparado por semejante comprensión, Cirilo Davenport no conseguía definir el alegría que le inundó el alma.

- Su parecer, tío, ennoblece mis propósitos; no obstante, estoy francamente indeciso, en cuanto a la fecha de la boda, ya que aún no he comunicado a mis padres mis intenciones.

- ¿Y pretendes ir a Belfast, con ese fin?

- Si fuese posible...

Jaques meditó algunos instantes y, como persona habilitada a aconsejar con perfecto conocimiento de causa, volvió a decir:

- No vayas a Irlanda antes del casamiento.

- ¿Por qué? – indagó Cirilo un tanto sorprendido.

- No estoy haciendo apología de la desobediencia o de la anarquía familiar, pero recuerdo mi casamiento y no puedo dejarte desamparado. En nuestra isla se acostumbra poner el interés por encima de las inclinaciones naturales. Cuando conocí a Felícia – la santa compañera que me espera en el cielo – nuestros parientes me hicieron una guerra permanente y me fue indispensable un acto de fuerza para desposarla. Si vas a

Belfast, comenzarán a criticar tu elección y cada amigo envenenará tu espíritu con supersticiones inoportunas. Serás herido con tantas llamadas extrañas, entre misas y promesas, que tal vez quedes por allá, cargando para siempre un sueño muerto. Samuel permanece distante de nuestra comprensión de la vida. Tu madre es sensible y amorosa, pero está presa a los excesos devocionales. Tus hermanos son afectuosos, pero son espíritus muy inquietos. Tal vez a eso deban la difícil situación en que se encuentran.

- ¿Cómo procedo, entonces?

- Escribiré a tu padre diciéndole que, desde hace mucho, me encargaste pedirle el debido permiso, pero, debido a trabajos imperiosos, prorrogué el asunto, obligándolo asumir conmigo el compromiso de acceder a tus deseos y explicando que la futura nuera es mi hija del corazón. Samuel, naturalmente, al principio quedará preocupado, pero cederá satisfecho, estoy seguro. En cuanto a la aceptación de tu madre, sabemos, por anticipado, que estará de acuerdo con nosotros, en todos los sentidos.

Cirilo estaba tan contento que no sabía cómo agradecerse.

- Y no te detengas en conjeturas inútiles – continuó el bondadoso educador. – Magdalena es digna de tu amor y ambos serán mis hijos, con la obligación de poblar de nietos mi camino, para que no me falte un rayo de luz en la noche de la decrepitud, que todos los hombres deben esperar.

En el gabinete en el que se amontonaban cuadernos y libros esparcidos, había una atmósfera de felicidad indefinible. Por la ventana abierta, penetraba el aroma del jardín próximo, como si la naturaleza perfumase el entendimiento afectuoso de dos almas afines en el mismo ideal.

Observando que el sobrino permanecía callado, Jaques interrogó:

- ¿Tienes alguna dificultad para realizar mis consejos?

- Reconozco, tío, que mi salario es exiguo – explicó el joven algo tímido.

- No digas eso. Los mejores tiempos de mi vida conyugal fueron, justamente, cuando Felícia y yo luchábamos contra todos los obstáculos para asegurar nuestra felicidad. Mi familia, en Irlanda, era contraria a nuestros sueños, mientras los parientes de Blois hostilizaban mis pretensiones. Nos casamos sin el apoyo de nadie. Mi salario, como profesor, era irrisorio, pero las barreras, aparentemente, intraspasables, parecían valorar nuestra unión. Con las luchas intensas de cada día, las horas de convivencia doméstica eran mucho más bellas. Sin embargo, hijo mío, cuando Felícia me obligó venir a este país, donde nos esperaba la valiosa herencia dejada por su madre, el júbilo perfecto pareció huir del alcance de nuestras manos. La vida en Blois era muy diferente a la de Belfast. En Irlanda teníamos un nido; en Francia encontramos una casa. En el nido, vivíamos en amor y paz; en la casa, la existencia obedeció a las imposiciones de los numerosos cuidados por las muchas convenciones sociales. No quiero decir con eso que las casas sean organizaciones dispensables, sino que deben ser nidos simples y acogedores, donde cada miembro de la familia experimente la tranquilidad debida. Mi pobre Felícia, sin embargo, no supo resistir el peso del bienestar y, finalmente, fuimos menos felices, desde que las posesiones de Blois nos obligaron a numerosos esfuerzos de manutención y defensa. Mis hijas, habituadas desde el principio a la sencillez, crecieron entre exigencias de toda suerte. Susana es un corazón inquieto, insatisfecho, resistiendo siempre a mis paternas consejos y Carolina, contra mis tendencias, va a casarse por simple cuestión de

dinero con el Sr. de Nemours. Pero, ¿qué hacer? Mi inolvidable compañera creyó más en la sociedad humana que en las leyes simples de la vida, y su ansiedad separó a las pequeñas de nuestro antiguo ideal.

Jaques Davenport pareció meditar un instante, dejando percibir que volvía, en espíritu, a los tiempos de su lejana juventud. Después de un prolongado silencio, como despertando de una profunda divagación, interrogó:

- ¿Comprendiste?

- Sí, tío, y agradezco la belleza de sus enseñanzas; no obstante, ha de considerar que Magdalena desciende de hidalgos, mientras que yo soy muy pobre.

- ¿Pobre? – dijo el educador, sonriente y optimista – conviene mantener por encima de la clasificación común, de pobres y ricos, la tabla de valores reales, que define a los hombres como trabajadores u ociosos. Hay indigentes en el seno de tesoros inapreciables y hay personas de reducidos recursos financieros, singularmente ricas de esperanzas y de ideal. Por eso, hijo mío, el peligro está en que el hombre sea ocioso. Quien trabaja debe esperar siempre lo mejor; pero quien pierde el tiempo, alcanzará la miseria.

Las enseñanzas del bondadoso anciano caían en el alma del joven como un bálsamo.

Reparando en el efecto benéfico de sus conceptos, Jaques continuó:

- El trabajador posee el tesoro de la paz de cada día, el ocioso encuentra cada noche el padecimiento de la insatisfacción; uno vive en la claridad de la esperanza; el otro en la tormenta de la ambición. Una casa sin lacayos es un refugio de reposo espiritual, en estos tiempos de libertinaje. Muchas veces, el hombre que dispone de muchos criados les paga por supuestos servicios, pero lo que recibe, en verdad, es calumnia e ingratitud.

Cirilo, radiante al escuchar tan sabios conceptos, exclamó:

- Sus palabras, tío, me confortan profundamente. Siendo así...

- Declaremos la guerra a las reticencias – atajó él bondadosamente – ya que no eres ocioso, puedes casarte cuando quieras.

Y como si hiciese una cuenta mentalmente, tras una pequeña pausa, añadió:

- Los esponsales de Carolina están marcados para noviembre próximo. Inútilmente intenté convencerla para que los fijara en Navidad. De ese modo, Cirilo, designaremos tus nupcias para el próximo 25 de diciembre.

- ¿Tan pronto? – preguntó el joven bastante admirado. – Eso es casi imposible, pues aún no solicité a los padres de Magdalena el necesario consentimiento.

- Estoy convencido de que han de ceder por la felicidad de su hija.

- Pero, ¿y los preparativos indispensables?

- Serán atendidos – murmuró el tío con una significativa alegría. – Te guardo dos mil escudos, a título de cooperación afectuosa en tu sueño de amor.

El joven Davenport estaba lleno de alegría, pero, después de pensar algunos momentos, advirtió:

- Tío, tanta generosidad es de más. Me conformo con su apoyo moral, porque, con relación al auxilio material, mis primas serían capaces de oponer alguna objeción.

- No des guarida a tales desconfianzas. Dios me libre discutir con la familia por cuestiones de dinero. Cuando Felícia murió, renuncié sinceramente a todos los derechos que me correspondían, a favor de las hijas, que dividieron entre sí la herencia materna. Sólo deseé quedarme con mi libertad y con mi escuela. La contribución, por tanto, es

de mis propios haberes y no tengo que dar ninguna satisfacción a Susana o Carolina.

El joven no cabía en sí de alegría. La preciosa oferta solucionaría el delicado problema económico que lo perturbaba. No quería casarse sin una base de recursos a cultivar. Muy agradecido, tomó la diestra del tío, la apretó con cariño y exclamó:

- No sé cómo demostrar mi gratitud.

- ¡Ahora esa! Ni yo deseo que te perturbes por demostrar agradecimiento. ¿Crees, acaso, que el dinero es definitivamente propiedad nuestra? Todo el caudal financiero es de Dios, que lo distribuye en consonancia a las necesidades de cada uno, por intermedio de los propios hombres.

La afectuosa conversación se prolongó hasta entrada la noche, cuando un viejo reloj marcó las once horas. Jaques recordó que necesitaba su brebaje habitual para el estómago, y el sobrino se despidió agradecido y feliz.

- Tío, hoy dormiré uno de los más tranquilos sueños de mi vida.

- Y lo deberás sólo a Dios – exclamó el generoso amigo, alejándose al sonido del bastón, como para dispensar al joven de nuevos agradecimientos.

Mientras Cirilo se recogía, dichoso, en su cuarto para dormir, Jaques fue abordado por Susana en copioso llanto, cuando buscaba el remedio de la noche en el viejo armario de la ropa.

- ¡Oí todo, padre mío! – exclamó deshecha en lágrimas, demostrando un profundo rencor.

- Pero, ¿de qué se trata? ¿Qué oíste?

- Sus acuerdos con Cirilo.

- ¿Por qué no viniste a participar de nuestra conversación en el gabinete? – indagó el padre muy admirado. - ¿Tratábamos, a caso, de asuntos secretos que

justificasen la curiosidad de alguien escuchando detrás de las puertas?

La joven no respondió, limitándose a sollozar convulsivamente.

- Pero, ¿qué significa todo eso, hija mía? – dijo el bondadoso anciano abrazándola.

- Padre mío, amo a Cirilo y no me conformo con su decisión.

Jaques Davenport, se inclinó hacia la joven, profundamente preocupado. Ahora comprendía sus amargos secretos, sus inquietudes aparentemente injustificables, de los últimos días. Se sentó pausadamente, conteniendo a toda costa la propia aflicción y la hizo tranquilizarse a su lado, murmurando después:

- Hija, ten calma y fortaleza, porque este es un deseo que tu viejo padre no puede satisfacer.

Y el amoroso Jaques, con su espíritu eminentemente conciliador, le hizo ver la necesidad de rectificar las inclinaciones afectuosas, hablando largamente de la delicadeza de la situación, destacando la elección del sobrino y los méritos innegables de Magdalena Vilamil.

Desengañada de sus sinsabores crueles, Susana reprimía con dificultad las expresiones de ironía y celos que le explotaban en el corazón. Ante el amoroso padre, a cuyo espíritu se sentía unida por un irresistible magnetismo, no hacía más que llorar conmovedoramente, ansiosa por desahogarse de la mezcla de cólera y angustia que le apesaba el alma caprichosa.

El cariñoso padre, reconociendo que la hija aprobaba sus palabras en silencio, prosiguió aconsejándola:

- No desesperes. El corazón tiene mil caminos para la felicidad, cuando procuramos aceptar la voluntad de Dios. Y por todo lo que tenemos de sagrado, no demuestres rencor con la elección de tu primo. Necesitas comprender

que la resolución de Cirilo es respetable, y que Magdalena es también mi hija por los lazos divinos del espíritu. Naturalmente que en su noviazgo estarán en esta casa, cuando se verifiquen las solemnidades del próximo matrimonio de tu hermana, y yo espero, Susana, que la educación recibida en el hogar te otorgue comedimiento a tus actitudes. Hay ocasiones en que necesitamos aplastar los sentimientos cultivados en excesivo cariño, en la precipitación de las expectativas injustas.

La joven deseaba presentar furiosas objeciones, desobedecer al padre muy amigo, por primera vez; se contenía, con un inmenso esfuerzo, mordiéndose los labios con furia y dando la impresión de que sollozaba de infinito dolor, sin ningún otro sentimiento menos digno. Sinceramente condolido por aquellas lágrimas, Jaques consideró:

- Valoro tu amargura pero, con todo, sería una falta muy grave aplaudirte. Procura acariciar otros sueños; renueva los pensamientos. Creo que tus inclinaciones no pueden obedecer sino a caprichos procedentes de la infancia.

- Padre mío, nunca podré ser feliz – dijo en el auge de la desesperación.

- Sólo los criminales pueden hablar así – añadió el padre siempre delicado.

- No tengo fuerzas para asistir a las nupcias de Cirilo – continuaba Susana, enjugándose las lágrimas.

El viejo profesor la contempló afligido y reaccionó después de un instante de meditación:

- Fortalece tu voluntad debilitada. Tras el casamiento de Carolina podrás divertirte en Irlanda por algunos meses. Fortalecerás las energías en el paisaje de tu infancia y creo que la providencia te será inmensamente benéfica al corazón. La época será impropia para el viaje, pero yo permito que satisfagas semejante deseo.

Encontraremos embarcación y compañía adecuada. Por hoy, hija mía, recógete en la paz de la noche y no llores más. Tu desesperación no es justa y debes rogar a Dios que te conceda la curación de la enfermedad espiritual que te atormenta el alma inquieta.

Susana quiso responder ásperamente, declarar que semejantes afirmativas la humillaban en exceso, pero disimuló la cólera, se calló y obedeció en silencio.

Cuando la vio retirarse, el cariñoso padre se llevó la diestra al pecho, intentando aliviar el sufrimiento íntimo, frente a la angustiada revelación de la hija; y se retiró a su alcoba silenciosa, sin conseguir explicar el triste presentimiento que le traspasaba el corazón.

Al día siguiente Cirilo regresó a París, lleno de esperanzas. Si el tío le orientó bien el espíritu en cuanto a lo que le competía hacer, él ejecutó mejor sus consejos. Después de compartir con Magdalena la alegría que le entusiasmaba, dirigió una ceremoniosa carta a D. Ignacio Vilamil y esposa, exponiendo sus pretensiones.

La misiva produjo gran sensación en el domicilio de San Honorato. Los padres de Magdalena no esperaban semejante sorpresa. Cuidadosamente, profundizaron el espíritu de la hija, verificando el consentimiento y la resolución, en el cometimiento que correspondía con su felicidad futura. Entretanto, había alguna cosa que considerar y que representaba un amargo aborrecimiento para los viejos hidalgos. Era el implícito compromiso familiar con Antero de Oviedo. Doña Margarita y D. Ignacio sentían, sinceramente, el hecho de estar obligados a presentar al sobrino una negativa inesperada y demoledora de todos sus sueños de joven. Ambos lo consideraban como otro hijo adoptivo. No obstante, no sería posible contrariar las inclinaciones de Magdalena, que nunca les causó el menor pesar. Muy preocupados, los bondadosos ancianos esperaban la primera

oportunidad para conversar a solas con el sobrino, lo que ocurrió dos días después, tras el recibimiento de la carta de Cirilo. Magdalena se ausentó y esa circunstancia daba oportunidad a entendimientos deseables y justos.

D. Ignacio, esa noche, trató al joven con mayor comprensión, no sabiendo cómo abordar el asunto. Doña Margarita, muy cariñosa, observando que el marido titubeaba y vacilaba, fijó los ojos serenos en el sobrino y habló:

- Hijo mío, hoy tenemos una noticia que darté: - Magdalena fue pedida en casamiento por D. Cirilo Davenport.

Antero palideció y respondió rudamente:

- Cosa extraña, en verdad, porque espero a mi prima desde la infancia.

- No obstante – continuó Doña Margarita con voz pausada – Magdalena está de acuerdo y no podemos ni debemos contrariarla.

Antero se levantó y se paseó nerviosamente por la sala y observó exaltado:

- ¡Es una ingratitud! ¿Dónde está mi tío que no le hace sentir su autoridad, capaz de barrer de su camino a ese atrevido irlandés, sin títulos y sin dinero?

D. Ignacio respondió:

- Magdalena nunca me dio el más leve disgusto y la autoridad sólo se ejerce con aquellos que no la respetan.

- Ese casamiento, sin embargo, es un absurdo – exclamó Antero fuera de sí.

- ¿Quién podrá descifrar los misterios del corazón, hijo mío? – atajó Doña Margarita afectuosamente.

Y la discusión se encendió. Con esfuerzo el joven se sentó al lado de su anciana tía, atendiendo sus llamadas cariñosas. Pero tanto manifestó sus pensamientos de inconformismo y de ironía, que D. Ignacio fue dominado

por una violenta irritación. Oyendo ciertas palabras ásperas del tío, el joven contestó con brusquedad:

- No puedo dar tan gran derecho a sus opiniones. Al final de cuentas, el señor tiene débitos muy pesados para conmigo, antes de considerar cualquier privilegio al miserable irlandés que anula mis esperanzas.

D. Ignacio Vilamil, esbozó un gesto de justa indignación y exclamó:

- Sé que te debo dinero, pero no ignoras que nos debes los cuidados de la educación. ¿Supones, acaso, que te criaste del aire y de promesas brillantes en nuestra casa? Si reclamas aquello que te debo en escudos, ¿cómo te podría pagar con las cosas privadas del corazón de mi hija?

El joven recibiendo la ríspida reprimenda, mal se pudo contener para no agredir al viejo tutor, que le hablaba y gesticulaba muy irritado.

La buena señora intervino amorosa, y como el sobrino lloraba de rabia, le tomó las manos con mucho cariño y procuró consolarlo:

- ¡No te encolerices, Antero! ¡Eres nuestro hijo del corazón, ante todo! Considera, pues, que Magdalena es tu hermana. ¿Podrías estimarla, tan solamente a título de esposa? Recuerda que no podemos prescindir de tu afectuosa compañía... ¿Quién nos ha confortado el corazón, en tiempos tan duros de pruebas y de esperanzas deshechas? No guardes rencor, modifica los sentimientos con respecto a tu hermana. Ha de surgir, seguramente, en tu camino, un matrimonio feliz. Eres joven, activo y trabajador. No te faltará una novia cariñosa, que llene tu camino de luces nuevas. Todo será cuestión de tiempo y de buena voluntad...

El joven, a pesar de la pasión enferma que le llenaba el cerebro de odiosas preocupaciones, amaba singularmente a la vieja tía – la única alma que le había

proporcionado en la orfandad cariños y halagos maternos. Oyéndola, se desahogó. No sabía si lloraba de amargura o de despecho, pero, fuese como fuese, aquél llanto convulsivo le aliviaba el corazón.

D. Ignacio lanzó al sobrino una mirada de ironía y, después de un gesto de enfado, abandonó la sala, mientras Doña Margarita continuaba, también con los ojos rasados de lágrimas:

- ¡Calma el espíritu, hijo mío! Insisto para que continúes junto a nosotros. Pediremos a D. Cirilo que resida en esta casa, después de la boda y, cuando te decidas a organizar tu casa, permanecerás, igualmente, en nuestra compañía, hasta que me cierres los ojos para siempre. Si Dios me da vida, Antero, consagraré mi vejez a tus hijitos, que serán mis nietos del corazón. Acostúmbrate, pues, a ver a Magdalena de otro modo. No odies a D. Cirilo, a quien sus sueños de moza eligieron novio amado, en este mundo. ¿No será mejor que se unan y vivan junto a mí, como cariñosos y dedicados hermanos? Además, es indispensable que consideres, en todo, la ejecución de los santos designios de Dios. Naturalmente que tu felicidad no será olvidada por el Cielo. Rogaré al Altísimo te conceda una esposa dedicada y afectuosa, a fin de que, más tarde, pueda yo acariciar a tus hijitos, cada día.

Ante aquellas manifestaciones cariñosas, Antero pareció lavar el corazón, expulsando lejos del espíritu las amarguras más fuertes; con todo, en lo recóndito del ser guardaba rencor indefinible y profundo, que le arruinaría la existencia. Se sentía sin fuerzas para retirar la figura de la prima del cuadro de sus ideas más íntimas. Se conformaría con lo inevitable, pero no renunciaría a sus deseos. Doña Margarita repetía los conceptos cariñosos, que le caían en el alma como suaves anestésicos, pero a medida que enjugaba los ojos, él guardaba, en el fondo del

espíritu, propósitos de venganza, como venenos sutiles. Después de largos minutos de meditación, tenía los ojos fijos, como alucinado por una idea terrible. Permanecería, sí, junto a la vieja tía, cuyo afecto le preparaba la vida con infinita ternura; pero, se sentía inclinado a disputar a Magdalena hasta el fin de sus días. Recordaba, rencorosamente, las observaciones ásperas y frías del tío, y reflexionó que D. Ignacio le pagaría las objeciones, a su modo de ver, audaces e ingratas. No le cobraría los débitos contraídos con él mismo, pero el viejo hidalgo tenía otros acreedores, cuyos títulos él cedió, confiadamente. Buscaría, de ese modo, retirar las garantías dadas, cuando creyese oportuno. En cuanto al atrevido Davenport, ese tendría que experimentar, tarde o temprano, el peso de su cruel venganza. El tortuoso camino del mundo estaba lleno de sorpresas. Se mantendría al lado de la prima, como un centinela sin reposo. El afecto que le dedicaba, a su modo de ver, no admitía condenables sustituciones. Continuaría amándola toda la vida. No podía pensar en otra mujer que ocupase su lugar en el corazón. ¿Quién adivinaría el futuro? Magdalena podría no casarse y, si lo hiciese, es posible que sobreviniese el desencanto conyugal, o que enviudase algún día. Si tal cosa ocurriese, estaría, pues, a su lado, con el fin de atender su primera señal.

Después del incidente doméstico, disimuló con habilidad el odioso rencor que le invadía el espíritu, pareció resignado con la marcha de los acontecimientos.

Cirilo y Magdalena estaban lejos de pensar en las maquinaciones sombrías del primo, que presenciaba el romance de amor, entre sonrisas indefinibles y complacientes.

Las semanas corrían bellas y serenas, adornadas de proyectos deliciosos para el porvenir.

Susana, a su vez, en virtud de la influencia paterna, ocultó el odio mortal que le intoxicaba el corazón y, en las festividades con que fue celebrado el casamiento de Carolina, en la tranquila ciudad de Blois, procuró aproximarse a Magdalena, con sorprendente hipocresía. En el baile, exhibía una preciosa fantasía, tranquilizando al viejo Jaques por el ruidoso placer y acogimiento cariñoso que dispensaba a los novios, venidos de París.

Al final, todo parecía concurrir para la felicidad de los jóvenes, que no cabían en sí de alegría y esperanza.

Una larga carta de los padres de Cirilo daba cuenta de su consentimiento al matrimonio, en vista de las afectuosas observaciones de Jaques. Dirigían al hijo y a la futura nuera deseos de felicidad y paz y lamentaban la imposibilidad de su viaje a Francia, para abrazarlos por el auspicioso acontecimiento. Magdalena se sintió más tranquila tras esa carta, desvaneciendo los últimos resquicios de inquietud.

El joven Davenport, plenamente identificado con los futuros suegros, sin mayor experiencia del mundo, concordó satisfecho, con la solicitud de vivir todos juntos. D. Ignacio Vilamil fue el primero en tocar el asunto, alegando la molestia de la esposa y su demasiado apego a la hija. La joven siempre fue el amparo de su casa y el confort de sus días. Hija única, Magdalena era para los amorosos padres el punto central de sus intereses afectivos. Doña Margarita andaba siempre enferma, y en cuanto a él, desde hacía mucho se sentía abatido. La ausencia de la hija sepultaría el ambiente doméstico en una tristeza irreparable. Consintiendo en casarla, no deseaban pensar en el alejamiento, y sí en la adquisición de un hijo más, que sería el yerno, aumentándoles el patrimonio de santas esperanzas. No solamente los aspectos espirituales fueron recordados. Semejante decisión ahorraría a los cónyuges el laborioso montaje de

una casa con todos los requisitos de la vida común. D. Ignacio ponderó las mínimas conveniencias de fondo económico, imprimiendo a las palabras la fuerza poderosa de sus convicciones íntimas. Cirilo escuchó sus pareceres con atención, accediendo, conmovido, a sus pedidos y, comprendiendo las dificultades de orden material, procuró allanar todos los obstáculos afrontados por la familia de la novia.

Y fue así que, en una atmósfera de profunda sencillez y simpatía, se realizaron las nupcias de Magdalena con el joven irlandés, en el modesto templo consagrado a la memoria de Santa Genoveva, en París. (1)

Carolina y el esposo, que pasaron a residir en el lejano Villarejo del norte, no se decidieron a viajar con el frío intenso, y Susana, después de ligeras disposiciones en la capital francesa, partió días antes, para Irlanda, en compañía de una familia amiga, de Alenson; pero el generoso Jaques tomó un carruaje en Blois, con el fin de asistir a la modesta ceremonia, trayendo cariñosos recuerdos de su viejo parque para los queridos novios.

Con excepción de tres queridas amigas de la joven, inclusive Colete y Cecilia, la solemnidad fue sólo acompañada por el tío de Blois, por los padres de la novia y por Antero de Oviedo, que difícilmente disimulaba el odio que le corroía el alma ardiente.

(1) No nos referimos a la Abadía de Santa Genoveva, que se encontraba, antiguamente, al sur de París. — *Nota de Emmanuel.*

RENUNCIA

Cirilo y Magdalena, sin embargo, en aquél instante, ignoraban que hubiese perversidad en la Tierra y no querían saber de homenajes mundanos. Unidos en su inmenso amor, ante el altar dedicado a la patrona de París, fue con sublime embeleso que recibieron la bendición del sacerdote, en nombre de Dios. Se miraron recíprocamente, en sus votos de imperecible alianza, como si estuviesen atravesando, en aquella hora, las brillantes puertas del Paraíso, y, entre los abrazos afectuosos que los rodeaban en una dulce vibración de cariño, la joven pareja, temblando de alegría, creyó haber encontrado el nido de la felicidad perpetua.

III

Camino de América

La llegada de Susana a la hacienda de los Davenport, en los primeros días de diciembre, en Belfast, marcó acontecimientos de importancia en el ambiente doméstico.

Samuel y Constanca, su esposa, recibieron a la sobrina sin excesible satisfacción.

La joven, sin embargo, no consiguió disimular la sorpresa que le causaban las modificaciones hechas allí. La propiedad iba en franca decadencia. Los aposentos de la casa habían perdido la bella decoración de otros tiempos. Samuel daba la impresión de padecer un profundo desaliento, mientras la esposa, con los ojos hundidos, parecía refugiarse en la paciencia, del torbellino de amarguras que le herían el corazón. Guillermo, Patricio, Jaques, Carlos, Dorotea y Helena, los seis hermanos menores de Cirilo, estaban pálidos y mal nutridos.

Susana percibió que los golpes del infortunio continuaban vibrando en aquél hogar amoroso, que venía soportando las persecuciones religiosas durante muchos años. Procuró, con todo, disimular la decepción y pasó el primer día de permanencia en la graciosa vivienda próxima a Belfast, en dulce recuerdo de episodios familiares, llenando a la bondadosa Constanca de cariñosos consuelos.

Tras la cena muy sencilla, procuró aislarse con los tíos en el amplio balcón que daba a un trozo de tierra empobrecida, buscando sondearles sus pensamientos con relación a la penosa situación que atravesaban.

- Infelizmente – declaró Samuel evidenciando un enorme desánimo – nada más tenemos que esperar de la

tierra que nos vio nacer. Las crueldades iniciadas aquí por los mensajeros de Cromwell fueron completadas por la criminal ambición de Lawrence Morrison, que nos arrebató las últimas migajas, sólo por una cuestión de inflexibilidad religiosa.

- Es horrible – dijo la joven impresionada – pero siento aquí un lastimable olvido. Creo que Cirilo no está informado de este cuadro de tan grandes necesidades.

- ¡Ah! Sí – dijo Constanca resignada – nuestro hijo tiene sus ideales, Susana, y no nos parece justo arrancarlo de sus esperanzas y actividades en París, sólo por el egoísmo del hogar.

- Aquí, no obstante, no se trata de egoísmo – replicó la joven. – Francamente, no esperaba encontrarlos en una pobreza tan cruda. ¡Y pensar que Cirilo se casará ignorando todo eso!

- No sería razonable incomodarlo, hija mía – atajó Samuel conformado. – La carta de Jaques nos notificaba el acontecimiento con profunda certeza de su felicidad. Sería una falta muy grave, por nuestra parte, desviarlo del destino feliz junto a la joven elegida.

La joven hizo un gesto de celos que pasó desapercibido, y volvió a insistir:

- Considero, entretanto, que para todas las cosas hay un tiempo adecuado. Cirilo necesita conocer esta angustiosa situación.

Constancia, muy cariñosa, recordó conmovidamente:

- Ahora, Susana, creo que no debemos perturbar a nuestro hijo sino en circunstancias extremas. ¿Quién sabe si tendrás algún medio de socorrernos, sin que tengamos que mandar a París ninguna noticia torturante? Mucho podríamos obtener de tus valiosas relaciones en Inglaterra.

Muy sensibilizada con la llamada de socorro, la joven añadió con afectuoso interés:

- Sin duda no volveré a Blois si haber atendido a vuestras necesidades. Tengo recados de Enriqueta para Londres y espero que las cosas sean convenientes a nuestro favor. No me conformo con esas criaturas casi desamparadas en el cuadro de infortunio que estoy viendo.

Y, con un gesto expresivo para Constancia, pregunto con su orgullo herido:

- ¿Dónde está el clavicordio que tanto la distraía en las noches de invierno? ¿Qué ha sido de los tapices y de la vajilla de plata?

La bondadosa señora explicó con una sonrisa humilde:

- Fueron vendidos al Sr. Gottfried, cuando Patricio y Dorotea fueron atacados por la fiebre.

- El terreno del Lino ¿fue alquilado? – interrogó la joven con decisión.

- Lawrence Morrison movió una acción contra nosotros y fuimos despojados de ese terreno – explicó Samuel afligido.

- ¿Y los rebaños?

- No tenemos más recursos en pastos. Sólo conservamos algunos bueyes para el servicio y algunas cabras.

- Eso es insoportable – exclamó la joven bastante irritada.

A continuación, tras una larga pausa en que los tres se sentían frente al serio problema, Susana interrogó con firmeza:

- ¿Qué sugieren para que yo pueda comenzar el trabajo de reivindicación de tantas injusticias?

Samuel Davenport clavó los ojos en el horizonte empañado del crepúsculo, meditó largamente y respondió:

- Hija mía, no desearía acabar mi existencia aquí, donde el recuerdo de la juventud venturosa me agrava los terribles disgustos. Nuestra isla está dilacerada por las persecuciones y nuestra fe religiosa es irreductible. No me siento capaz de adular a los protestantes impiadosos y, por este motivo, debo contar con las humillaciones de toda suerte mientras viva. No soporto a los impíos ingleses y moriré en el seno de nuestra amada Iglesia. En este caso, vengo soñando últimamente con una vida nueva, en la gran colonia de América, hacia donde se fueron muchos de nuestros amigos expoliados.

Y experimentando otro ánimo, imaginando la soberbia visión del nuevo mundo, continuó:

- Allá se encuentran los Taylor, los Dalton, los Harrison y los Richmond. Todos prosperan rápidamente y creen en Dios como entienden. Levantan capillas en los montes, crían grandes rebaños, al margen de los caudalosos ríos y de pastos siempre verdes. Dicen, Susana, que por allá el cielo es muy azul y que las flores pueblan los caminos, casi en todo tiempo, favorecidas por la bendición constante de un sol ardiente y amigo. Arquímedes Taylor, que volvió a Belfast el mes pasado, a fin de buscar algunos documentos importantes, visitó nuestra granja y me animó mucho para que partiera con la familia. Nos informó de que en América protestantes y católicos se unen, fraternalmente, en la faena de los trabajos comunes, en actitud muy diversa de la adoptada por los viejos compañeros irlandeses que se cambiaron para la política de los señores poderosos y nos dejaron abandonados. Con excepción del viejo Gordon, que pretende irse también para la colonia, el próximo año, nadie más nos visita. Con ocasión de la grave molestia de los niños, yo y Constancia luchamos con la enfermedad completamente desamparados. Estamos cansados de sufrir injusticias. El padre Bernardo, que nos confortaba

en las fatigas diarias, fue desterrado hace dos semanas. Por todo eso, vengo acariciando la idea de buscar otras tierras.

La joven anotaba, en silencio, las alegaciones del tío, procurando sacar sus conclusiones con respecto a las providencias sugeridas. A medida que Samuel Davenport exponía sus planes y sufrimientos, ella consideraba el asunto, calculando por anticipado las consecuencias.

A su modo de ver, la partida hacia la colonia era una idea aprovechable. Buscaría envolver a Cirilo en el proyecto. ¿No sería interesante vengarse de Magdalena Vilamil, obligando al marido a partir hacia tierras tan lejanas? Si pudiese, obligaría al primo a partir sólo, sin la compañera. Detestaba a la hija de D. Ignacio, que le arrebató el sueño de la juventud. Sin embargo, aunque no consiguiese el principal objetivo con la ausencia sólo del primo, de cualquier modo gozaría viéndolos partir como exilados de Europa, dejándola libre de la visión de su felicidad.

Obcecada por el recuerdo de Cirilo, de quien no conseguía olvidarse, ponderó con atención en el socorro indispensable a los tíos de Belfast, concluyendo mentalmente que sería fácil ir a Londres y obtener los medios políticos para que se les hiciese justicia en la propia tierra que los viera nacer; pero, según sus convicciones íntimas, no encontraría oportunidad más adecuada para vengarse, Magdalena conocería el peso de su fuerza cruel. Dominada por semejantes sentimientos, la joven de Blois sentenció:

- Sus planes, tíos, son loables y lamento sinceramente no poder acompañarlos a la lejana colonia. Las nuevas tierras siempre entusiasmaron a mi imaginación por su riqueza y grandiosidad, de acuerdo con las noticias traídas por los valientes conquistadores.

Tras un momento, en que Constanca y el esposo le seguían atentamente los mínimos gestos, continuó:

- ¿Cuáles serían las primeras disposiciones para realizar nuestros propósitos?

- Bastaría que alguien se interesase por nosotros, en la Corte – acentuó el tío con inmensa esperanza brillándole en los ojos. – Lord Arligton es hoy una autoridad incontestable en la nueva política y, con su influencia, podrá facilitarnos un título de propiedad agrícola en la colonia. Consiguiendo eso, venderíamos lo que nos resta y elegiríamos la llamada región de Connécticut, donde pretende residir nuestro generoso Gordon, el próximo año.

- Pues iré a Londres para ese fin – exclamó la joven con decisión. - ¿No existe también una ayuda financiera para los que parten? El gobierno de Francia acostumbra amparar a las familias que se dirigen a las regiones inexploradas.

- En Inglaterra, los prestigiados por personas influyentes también consiguen, a veces, idéntica ayuda.

- Insistiré a las autoridades competentes para que recibamos el beneficio. Si Lord Arligton no dispusiera de elementos con los que me pueda atender, recurriré a la propia Corona.

Los cariñosos tíos se miraron con viva satisfacción, como quien recibía el socorro muy esperado.

- Nos falta por saber – proseguía la sobrina, decidida, - cómo y cuándo partirá Abraham Gordon con los suyos.

Visiblemente confortado, Samuel Davenport explicó:

- Creo que el viaje se realizará en la segunda quincena de julio del próximo año, y el Capitán Clinton facilitará el pasaje en sus barcos a precios módicos; entretanto, en sus experiencias del mar, él exige que cada familia presente tres hombres válidos para cooperar en los trabajos de la travesía. Creo, pues, que encontraremos ciertas

dificultades tan sólo para atender esa exigencia, porque no me siento muy bien de salud, y Guillermo es ahora cuando cumple los dieciocho años.

- ¿Y Cirilo? – interrogó Susana – naturalmente no será posible eximirlo del cumplimiento de ese deber.

Constancia movió la cabeza negativamente como quien no deseaba perturbar al hijo, pero Samuel obtemperó:

- Pensé incluso en convidarlo a partir con nosotros, pero el casamiento tal vez le haya impuesto otros proyectos definitivos para el futuro.

Susana reflexionó un instante, ocultó los verdaderos sentimientos que nutría sobre la rival y murmuró:

- Magdalena Vilamil es buena mujer y comprenderá las nuevas necesidades apremiantes. Sin duda, acompañará al marido, y dado que no lo pueda hacer, no por eso le impedirá cumplir el deber filial. Tengo absoluta seguridad de que conseguiré los títulos de posesión, en Londres, y, mientras iniciamos las providencias, podrán escribir a Cirilo exponiéndole la situación con franqueza, diciéndole que conviene que esté aquí en abril, para interesarse del asunto y prepararse convenientemente para el viaje en julio. Hasta la primavera, habrá gozado bastante de su luna de miel y no es mucho que se le pida su comparecimiento en Belfast de aquí a tres o cuatro meses.

Después de una ligera pausa, acentuó:

- Y es justo que no olvidemos de escribir igualmente para Blois.

En su profundo potencial psicológico, estaba segura de que Cirilo no dejaría de pedir consejo a su tío y concluía:

- Conocemos la influencia de papá sobre la índole caprichosa del primo y se hace necesario que ambos conozcan el carácter urgente de las decisiones a tomar.

Constancia, jubilosa, admiraba el poder de resolución de la sobrina, y habló satisfecha:

- Dios nos oiga, porque ya comentamos el asunto como si todo estuviese hecho con entera seguridad.

- No lo dude la señora – esclareció la joven – no descansaremos hasta que todas las cosas se resuelvan. Estas criaturas – y señaló con un gesto el interior de la casa, donde los niños brincaban con alboroto – han de crecer en una nueva vida. Es imposible que agachemos la cabeza ante el asedio de la miseria. En muchos casos la resignación deja de ser virtud para volverse un cruel enemigo.

Enseguida, cuando el velo de la noche se echó del todo, cambiaron la conversación para la sala espaciosa con chimenea de invierno, donde Samuel, mucho después de haberse recogido la sobrina y la esposa, aún permaneció largo tiempo meditando, como si conversase con las astillas ardiendo de aquella amada leña del Ulster, que encerraba para su espíritu en un cofre sagrado de inolvidables tradiciones.

Después del Año Nuevo, Susana fue a Dublín, donde tomó una embarcación que salía del Canal de San Jorge con destino a los puertos de la Mancha. Partía en busca de las concesiones de Londres, interesada y esperanzada, después de haber orientado a los tíos con relación a las misivas dirigidas a París y Blois.

Y, así, en febrero de 1663 las cartas de Belfast cambiaban las perspectivas entre los felices cónyuges.

Cirilo leyó, emocionado, la carta paterna que le hablaba de los enormes prejuicios e infortunios experimentados y de la resolución de partir para América, en busca de nuevos valores, suplicando su amparo filial en tan graves circunstancias. Insistía para que lo acompañase en el viaje, aunque no pudiese venir definitivamente con la joven esposa para el Nuevo

Mundo. Calculaba que bastarían algunos meses de cooperación y podría volver a reasumir las obligaciones que lo retenían en la capital de Francia. Samuel sugería, cariñosamente, que la esposa lo acompañase en el largo viaje, emprendido para la tranquilidad de todos. En cuanto a los encargos de orden material, esperaba compensarlo, dándole parte del producto de la venta del resto de su propiedad rural en Irlanda del Norte.

Magdalena, por su parte, se mostraba profundamente sensibilizada. Constancia le envió una cariñosa carta en la que le rogaba asistencia y ayuda moral para el cambio deseado, destacando el obsequio que la nuera les haría favoreciendo la partida de Cirilo, de manera a atenuarles el rigor de los innumerables trabajos. Le enviaba con halagos maternales, una delicada hoja de trébol como recuerdo de la misa a la que asistió con intención de su felicidad conyugal, en la víspera de las nupcias; relataba – la madre afectuosa – las jaquecas del marido, las necesidades de los hijitos. Procuraba, en fin, convencer a la nuera de que debería partir también con ellos y le hacía sentir que su casa era igualmente de la nuera, en cualquier tiempo.

La joven esposa de Cirilo lloró, emocionada, al recibir las confidencias de la suegra. Si hubiese sido posible, habría partido para Belfast aquél mismo día, a fin de confortarla, pero no podía considerar siquiera la posibilidad de hacer una visita al Ulster en los próximos meses, porque Doña Margarita empeoró mucho de su viejo mal cardíaco. Postrada, palidísima, no apartaba el pie de la cama, reclamando asistencia cariñosa y constante. A veces, las disneas le sobrevenían noche tras noche, agravándole los atroces padecimientos.

¿Qué hacer ante tan angustiosos obstáculos?

Al crepúsculo de ese día de noticias singulares, en que las emociones agradables se habían mezclado con el

dolor, Cirilo y Magdalena se encaminaron al templo de Nuestra Señora (Notre-Dame), ansiosos por una inspiración que les aliviase el alma inquieta.

Magdalena deseaba sinceramente ir a Belfast, atendiendo a las afectuosas llamadas de la suegra, pero la precaria salud de su madre le impedía hacer cualquier proyecto al respecto.

- Al final de cuentas – decía a Cirilo bajo el manto estrellado de la noche, que siempre le llenaba de encanto el espíritu soñador – no debemos sufrir tanto, anticipando hechos que se resolverán según la voluntad del Padre Celestial. Partirás en marzo y, después, ¿quién sabe?

Él, sin embargo, no acataba sus afectuosos argumentos, con el habitual buen humor. Sin poder explicar lo que le ocurría en su interior, permanecía taciturno, ajeno a sus rutinas características de resolución.

- No puedo comprender, Magdalena, por qué ese viaje forzado a Belfast me entristece el espíritu, llenándome de preocupaciones.

- ¿Viaje forzado? No digas – replicó la esposa con bondad. – Para nuestros padres todos los trabajos constituyen motivos de satisfacción espontánea. ¿No has hecho lo posible por la tranquilidad de papá y por la salud de mamá? Es indispensable no olvidar que tenemos igualmente dos viejos amorosos esperando nuestra ayuda en Irlanda del Norte.

Visiblemente nervioso, el joven dijo:

- Sí, pero ¿y mis trabajos en París? ¿Y si no me puedes acompañar a Belfast? ¿Y si Doña Margarita empeora hasta el punto de ser forzado a asumir compromisos con los míos, partiendo sólo en ese largo itinerario hasta América?

- ¡Cuántas interrogaciones prematuras! – contradijo ella esforzándose por mantener una sonrisa menos pesimista – si nos ocurriese lo peor ¿no deberíamos, aún así, inclinar el corazón a la voluntad de Dios? Si nos separamos por algunos días, no será por motivos frívolos, sino por atender a necesidades imperiosas de nuestros amorosos “viejecitos”.

Procurando deshacer las penosas impresiones del esposo, la hija de D. Ignacio continuó:

- Con relación a tus trabajos, creo que no será difícil obtener una licencia sin remuneración; y si mamá empeora, impidiendo mi partida, estaremos juntos en las sinceras oraciones al Cielo, para que todas las dificultades cesen después. Además, ¿no debemos contar con la asistencia del tío Jaques? De Blois a París no es larga la distancia. Necesitamos coraje, Cirilo, pues Jesús no nos dio la felicidad solamente para la satisfacción personal sino para que aprendamos a extenderla a otros seres. Nuestros padres están cansados y enfermos, es justo que les ofrezcamos nuestra disposición para el trabajo y el socorro de nuestra juventud sana.

El joven ponderó aquellas palabras dejando percibir que había encontrado la deseada solución y la abrazó con mucha ternura.

Embelesados en la cariñosa contemplación de la noche amiga, hablaron aún largo tiempo de sus esperanzas y proyectos de futuro, regresando al nido doméstico, cada cual haciendo lo posible por mostrarse más optimista, mirando el confort recíproco, pero, cuando fue a atender a la madre enferma, Magdalena contempló el crucifijo de madera que Doña Margarita conservaba en el cuarto, pendiente del lecho y, fijando sus ojos en la imagen de Jesús, le pidió con fervor le diese paz al corazón atormentado por infinitos celos. Después de verificar que la madre reposaba en profundo sueño, se

arrodilló, besó aquél símbolo de su fe y limpió una lágrima, cuidadosamente, para que el esposo no le sorprendiese los amargos presagios.

Las semanas pasaban al ritmo de las renovadas preocupaciones.

Después de consultar al tío Jaques, que fue igualmente informado de la precaria situación de Samuel en Belfast, Cirilo Davenport, se decidió a hacer el viaje, a fin de ayudar a los padres en lo que fuese posible. Preparó su falta temporal al trabajo, tomó las providencias necesarias, pero Doña Margarita empeoraba lentamente, imposibilitando, de cualquier modo, la ausencia de la hija.

En vista de eso, el joven se vio obligado a partir sólo hacia Irlanda, a finales de marzo.

Informado de que Susana permanecía en su tierra natal, Magdalena le dirigió una cariñosa carta, junto a la que escribiera, con mucho afecto, a la bondadosa suegra, explicando la imposibilidad de visitarla y solicitándole que, como prima dedicada, la representase en la familia, orientando a Cirilo en sus necesarias decisiones de ayuda a los padres.

De ese modo, el hijo de Samuel partió dejando a la esposa en el círculo habitual, formado por D. Ignacio, siempre nervioso, Doña Margarita, gravemente enferma, y Antero, que iba de París a Versalles y viceversa, como quien persevera en los mismos propósitos, esperando las oportunidades.

La llegada de Cirilo fue un acontecimiento con mucha repercusión en el hogar paterno.

Susana, días antes, había regresado de la capital inglesa con todos los documentos legales, concernientes a la emigración de Samuel y familia para la lejana colonia. Después de hacer una visita personal a Carlos II, en la que alardeó del valor de sus relaciones prestigiosas en la Corte de Francia, todas las puertas se le abrieron con

sorprendente facilidad. Además de conseguir las dotaciones necesarias, inclusive simientes y otras utilidades, solicitó también la ayuda financiera para el viejo Gordon, que recibió su gentileza profundamente sensibilizado. Al júbilo de las concesiones obtenidas, se añadió ahora, la alegría de la llegada del joven, reforzando las esperanzas de los perseguidos irlandeses.

Constancia no sabía cómo expresar su alegría maternal. Reunió todos los recursos humildes de la despensa doméstica y ofreció una comida muy sencilla, en ese día en que, por encima de todo, hablaba el sincero cariño del corazón. A la noche reunió a la familia en oraciones a Dios, agradeciendo a la Providencia los favores de su misericordia y, tras las oraciones comunes, expresó un voto de reconocimiento a San Patricio, por la feliz llegada del hijo, lo que, hecho en voz alta en la espontaneidad de su afecto, arrancó muchas lágrimas al joven, que permanecía igualmente de rodillas, en obediencia a la tradición familiar.

Conforme le ocurrió a la prima, Cirilo se impresionó fuertemente con los cuadros de infortunio resignado y de velada pobreza que vio en el paisaje querido de su infancia, y hacía lo posible por no repetir las expresiones de espanto, cuando llegaba a ese o aquél lugar, en busca de viejas impresiones de su niñez. No consiguió expresa la emoción que le envolvía el alma entera. La humildad con que Samuel expresaba la necesidad de su protección, las miradas amorosas de la madre, la dulce delicadeza de los hermanos, penetraban en su espíritu con indefinible intensidad. Leyó a Constancia la tierna misiva de Magdalena y vio, emocionadísimo, cómo la madre enjugaba las copiosas lágrimas con el dobléz del delantal muy blanco. Tenía la impresión de haberse sumergido en un buen sueño, en el que, en el maravilloso tapete de los suaves recuerdos, volvía a ser niño.

En cuanto a Susana, recibió las delicadas letras de Magdalena, leyéndolas a solas, después de cerrar cuidadosamente la puerta del cuarto y reprimiendo una intensa cólera. Ninguna frase de aquél mensaje fraternal consiguió modificar sus decisiones. ¿No era un atrevimiento de la rival dirigirle semejante llamada? En un ímpetu de celos y despecho, hizo la intención de romper el cariñoso documento, pero, como si fuera advertida por las ideas criminales que le asaltaban, a veces, en la imaginación sobreexcitada, exclamó consigo misma: - “¿No será mejor conservar esta carta para algún día de la vida?” “¿Quién puede saber el futuro?” Y modificando la primitiva actitud, guardó la carta con cuidado, en la carpeta reservada a los objetos más íntimos.

Abraham Gordon, por la noche, vino a participar de las alegrías familiares, abrazando con alegría al recién llegado de París, a quien amaba como si fuera su hijo, desde el día en que Samuel y Constancia lo llamaron para llevarlo a la pila bautismal.

A escondidas, el padre de Cirilo, tímido por tener que incomodar directamente al joven, solicitó al antiguo compañero de luchas dirigiese al hijo la llamada final, para acompañarlos en el largo crucero transoceánico.

Gordon aprovechó el encanto del momento, lleno de cariñosas intimidades y, cuando terminaron las oraciones de alabanza a Dios, dispuso al grupo familiar en torno de la larga mesa de los Davenport, que recordaba a los numerosos antepasados, dedicados a las tradiciones domésticas. Aplaudido con calor por Susana, que participaba en la conversación con interrupciones sagaces e inteligentes, el notable anciano después de exaltar las grandiosidades del Nuevo Mundo, que conocía personalmente, en virtud de una visita a los parientes

exilados en Virginia, notificó al joven la necesidad de su apoyo a la gran hazaña.

- Contamos contigo, Cirilo – afirmaba el viejo irlandés bondadosamente – y no podría ser de otro modo. Samuel y Constancia esperan tu imprescindible amparo. Somos viejos y el capitán Clinton necesita de jóvenes para la travesía, que no es tan fácil como parece a primera vista. Ya envié instrucciones a Oxford para que Carlos y Juan estén en Belfast, en el mes de junio. No podemos prescindir del esfuerzo de los hijos, en la realización de la empresa.

- Entretanto – murmuró Cirilo un tanto esquivo, dado su problema de naturaleza sentimental, reflexionando en la esposa y en sus fatigas domésticas – ignoro si podré partir en la época prevista.

- No hay más tiempo para vacilaciones – replicó el viejo Gordon, después de golpear con la cachimba en la mesa, en un gesto muy suyo –; la cuestión no es de posibilidad, es de imperiosa necesidad. Entre padres e hijos no hay consultas, hay compromisos. El capitán Clinton exige la contribución de los más fuertes y no será razonable prescindir de tus esfuerzos.

El joven se sonrojó por la observación directa que le era dirigida, y ocultando sus recónditas preocupaciones sentimentales, recelando ser tenido como cobarde, consideró:

- No me aparto de lo que es para mí un grato deber, pero, como saben, mis servicios intelectuales en París, son bastante expresivos y no sé si me permitirán una ausencia prolongada.

- Hijo mío – exclamó Abraham, convencido – no te ilusiones sobre pretendidas realizaciones intelectuales de nuestros tiempos. Eso es un miserable engaño, Cirilo. Los espíritus vulgares alardean de conquistas mentirosas, mientras esconden la conciencia vestida de andrajos.

Semejantes fantasías van conduciendo a los hombres más sabios a la confusión y a la ruina total. Las luchas religiosas, que nos expulsan de la cuna, ¿no serán los resultados del desorden del pensamiento? ¿Por qué motivo los protestantes, e incluso los católicos eminentes, se empeñan en luchas de muerte? ¿Será porque trabajaron con las manos, o porque se desviaron del camino de Dios por el abuso de raciocinio? Las manos no se equilibran sin el impulso orientador de las ideas, como las ideas no se materializan sin el concurso de las manos; sin embargo, supongo que los hombres van olvidando el don del trabajo por los excesos del pensamiento en desvarío.

Todos acompañaban con atención los profundos argumentos, mientras el joven fijaba los brillantes ojos en el rostro simpático del bondadoso viejecito. Estaba tocado en las fibras más sensibles y contemplaba al antiguo mentor, en respetuoso silencio, ansioso por no perder uno sólo de sus elevados conceptos.

- En diversas regiones del sur – continuaba Gordon, percibiendo el poderoso efecto de sus palabras – existen católicos que asesinan a los herejes bárbaramente; y aquí en el Ulster los partidarios de la llamada Reforma nos invaden las tierras y deshonoran los hogares. Enviados prepotentes de la política de Londres nos insultan y asaltan nuestras propiedades laboriosas y honestas. Si toda esa gente trabajase más y discutiese menos, ¿no acabarían estableciendo la certeza de que todos somos hijos del mismo Dios? Las legítimas renovaciones, Cirilo, no se destinan sólo a la tarea y a los efectos de la inteligencia, sino también al esfuerzo de labrar con amor la dadivosa tierra. ¿Qué ha sido la existencia de Europa sino una guerra incesante? Todos los pueblos progresan para dominar a los más débiles, prosperan a fin de ganar la fuerza y ejercer la opresión. Todo eso significa que el

hombre no necesita ser más agudo para explotar al prójimo, y sí que comprenda y ame la vida. Y nadie, hijo mío, entenderá el propio camino sin el intenso trabajo por concretar un ideal de virtud, en la marcha hacia Dios.

Susana reparaba en el viejo amigo de su infancia, manifestando la gran satisfacción que sus alegaciones le causaban, y el marido de Magdalena, seducido por los argumentos, sentía la renovación del antiguo idealismo. Aquellas palabras vibraban con extrañeza en su alma, tenía la impresión de que resurgía en su interior alguna cosa ofuscada y casi perdida, que era el inmenso amor a la gleba, la dedicación a la tierra a la que se acostumbró a querer todo lo mejor, por las vigorosas lecciones recibidas en la infancia. Por maravillosas disposiciones del pensamiento, se sentía transportado a la lejana niñez, atravesaba descalzo los pastos llenos de rocío en busca de los bueyes que mugían a lo lejos. Veía los grandes árboles tratados amorosamente y deseaba esquilarse, de nuevo, a los gordos y mansos carneros. El ambiente social de París le eclipsaba el gusto por las mañanas lluviosas, con el ruido del arado surcando la tierra llana. Súbitamente, experimentaba la ansiedad de volver a beber la luz de los paisajes campestres, en compañía de los fogosos y resistentes caballos. La inclinación del hombre consagrado al esfuerzo de la tierra triunfaba por encima de todas las preocupaciones de orden puramente intelectual. Ahora, recordaba que Francia estaba repleta de silogismos inútiles. Clérigos y filósofos disputaban estérilmente, redundando sus meditaciones en una comedia ridícula, en la que cada cual permanecía más vanidoso, al lado de las aflicciones de los más débiles, en el seno del pueblo perjudicado y engañado. La guerra constituía, invariablemente, el producto sutil de esos excesos de los conductores de la multitud. Eran raros los propósitos serios, los impulsos nobles, exentos de vanidad

o egoísmo. Cirilo estaba magnetizado por la grandeza de los conceptos emitidos: Abraham Gordon tenía razón. Era necesario volver a la tierra y elegir la flor de la paz en su seno acogedor.

- Ahora comprendo – exclamó, dejando entrever que descubrió la ecuación indispensable. – No puedo saber cómo andaba tan olvidado...

Viéndolo pasar la mano por la frente, los presentes se miraron entre sí satisfechos. La rendición de Cirilo, con respecto al asunto, les causaba un enorme placer.

- Aún así – continuaba Gordon animoso – estábamos seguros de que no fallarías en hacer lo justo.

- Sus opiniones son incontestables.

- ¿Reflexionaste ya en ese Nuevo Mundo que los navegantes nos trajeron?

- Sin duda – exclamó el hijo de Samuel, bastante impresionado – tendrá una finalidad mucho más importante que la de simple colonia, que le podamos atribuir.

Abraham Gordon sonrió y continuó:

- Yo, que conozco su grandeza insondable, puedo afirmar que América es una región destinada por Dios a los flagelados y desilusionados de Europa. Sus florestas se asemejan a un océano de verdor. Sus caudalosos ríos llaman a las criaturas para los trabajos promisoros de paz y esperanza, sus iluminados horizontes prometen la corona de la libertad y de la vida. Estoy convencido de que el nuevo continente representa una dádiva de Dios para los hombres trabajadores y valerosos. Debe ser la realización de la promesa a los corazones de buena voluntad. Creo que allá, nuestros descendientes han de amar los valores legítimos de la vida y harán cesar la cadena de ruina y destrucción, que siempre amenaza la prosperidad europea, en las guerras hambrientas. A los que se encuentran cansados de tolerar la criminal

influencia del dominio insaciable, que domina a nuestros príncipes, la Providencia da la oportunidad de hacer posible un hogar entre las flores de una naturaleza diferente y libre, cuya paz es garantizada por los abismos de las aguas.

Cirilo, oyendo las ardientes palabras del viejo amigo, se sentía transformado. Comenzaba a admitir que, seguramente, su felicidad residía al otro lado del gran mar. En un instante, llegaba a olvidar los libros, los pergaminos, las controversias indefinibles de los filósofos del tiempo, los principios expuestos por los teólogos de la universidad. Imaginaba el futuro hogar, donde Magdalena y él cuidarían de la felicidad de hijitos amados, en el maravilloso país cuya grandeza parecía contemplar, a través de las descripciones vivas del anciano de Belfast. Recordó que sus ideales eran idénticos a los de la esposa, con relación a la lejana América. Magdalena también tenía sed de aquellos largos horizontes, de aquella tierra fecunda y perfumada. Sintiendo que podía hablar igualmente en su nombre en aquella asamblea familiar, asumió el compromiso de irse definitivamente para el Nuevo Mundo.

Después de afirmar su decisión, que despertó una enorme y general alegría, la conversación giró en torno de las futuras realizaciones. Susana y Constanca prestaban a la conversación la más vibrante alegría, terminando las combinaciones iniciales del viaje con expresivas demostraciones de júbilos sinceros.

Diariamente, se repetían las reuniones afectuosas en la acogedora casa, programándose todos los proyectos para llevar a cabo.

Para que Cirilo partiese tranquilo, quedó establecido que aún volvería a París, no obstante las dificultades de los viajes de entonces, a fin de consultar con la esposa, en cuanto a la posibilidad de su partida. En la hipótesis de

que ella continuara impedida por la enfermedad de la madre, él acompañaría a los padres hasta América, los dejaría instalados y volvería a Francia para buscar a la compañera. Estaba seguro de que la esposa aprobaría sus decisiones y compartiría sus esperanzas. Ella también amaba, desde hacía mucho tiempo, aquellas florestas desconocidas, donde fundaría la casa venturosa para su prole.

En el transcurso de una quincena, todas las deliberaciones estaban organizadas. Abraham Gordon hizo a Samuel un préstamo de dinero, para que el hijo pudiese dejar a la esposa algunos recursos, una vez verificada la imposibilidad de su partida. Dentro de algunas semanas, Constanca y el marido venderían la parte restante de la propiedad y pagarían la deuda.

De ese modo, nadando en la esperanza de un maravilloso porvenir, Cirilo regresó a Francia con la promesa de volver a Belfast a finales de junio.

Su regreso al hogar fue acogido entre cariñosas alegrías de la esposa, y, con todo, los planes trazados en Irlanda causaron a Magdalena cierta extrañeza, sin que ella misma pudiese explicar el motivo de las dolorosas angustias que le asaltaban el corazón.

El marido trató de organizar numerosas providencias, rápidamente, destacándose la de su despedida de la universidad, en carácter definitivo, con las ocultas preocupaciones de la esposa. Decidió ir a Blois, sin que la compañera pudiese participar del viaje, dado el estado grave de la suegra.

Estaba ansioso por abrazar al viejo Jaques. El tío amigo lo acogió con la satisfacción habitual, oyó con interés el relato verbal de la visita al Ulster y concordaba, en tesis, con las alegaciones de Abraham Gordon, sobre la traslado para regiones tan distantes. El joven lo informaba, entusiasmado, de las menores decisiones

tomadas, al mismo tiempo que el profesor de Blois lo consideraba un tanto cambiado. Cirilo se refería con mucho calor a grandes extensiones de tierras, a prósperas haciendas, comentando, por anticipado, el valor de los rebaños y de las labranzas que mantenían el equilibrio económico de las organizaciones rurales y de las ricas plantaciones de tabaco, que garantizarían el dinero del exterior, en la dilatación del patrimonio futuro. En toda su conversación, no había una referencia a los religiosos inteligentes, como ocurría otras veces. Ya no comentaba de los autores romanos y griegos o la sabiduría de ese o aquél documento antiguo, enriqueciendo la conversación de observaciones elevadas y útiles. Jaques lo escuchaba admirado, disfrazando a toda costa la impresión de extrañeza. Concordaba con la ida del sobrino para el nuevo continente, porque Cirilo era muy joven y tenía ante él un radiante porvenir; pero no podía aplaudir su actitud centralizando todos los intereses en problemas de aspecto material.

Después de oírlo durante algún tiempo en silencio, el austero profesor, como quien no puede omitir las cosas esenciales, preguntó:

- ¿Cómo quedan tus trabajos la Sorbona?
- Me despedí definitivamente de la universidad.
- ¿Y Magdalena?

- Dentro de un año volveré a buscarla, después de instalar nuestra nueva casa. La precaria salud de Doña Margarita, actualmente, no nos permite partir juntos.

En vista de la formal respuesta, el viejo educador comprendió, hábil psicólogo, que era inútil intentar disuadir al joven de las decisiones tomadas; sin embargo, como advertencia oculta, se limitó a decir:

- Nunca me separé de Felicia hasta que el poder de Dios nos hizo doblegarnos ante la muerte.

Cirilo, no obstante, dominado por la visión de los intereses inmediatos, no pudo percibir la sutileza del aviso y pasó a fundamentar los motivos de su resolución, recordando los apuntes de Abraham Gordon relativos al panorama de las luchas estériles de Europa, acusando a los gabinetes políticos como focos de matanza y destrucción. Jaques lo escuchó nuevamente sumergido en silencio, dominado por una singular impresión. Por fin, insistiendo en sus pareceres más claros, Cirilo manifestó su deseo de que el tío los acompañase en breve tiempo, para reunirse todos en América, para la continuación feliz de los emprendimientos sanos y realistas.

El bondadoso profesor fijó su mirada en el viejo parque que se vestía con el delicioso ropaje de la primavera, escuchó el rumor de los niños que brincaba bajo los grandes árboles y respondió:

- No conozco el futuro, hijo mío, mas, mientras tanto, no me sería posible examinar semejante hipótesis. ¿Quién sabe si pensaré en eso mañana? Por ahora, siento que no debo abandonar mis viejos libros ni mis nuevos alumnos.

- Con todo – insistió el joven – estoy seguro de que antes o después, el señor se reunirá con nosotros. No es posible que continúe soportando el ambiente europeo, envenenado de luchas odiosas y seculares. De aquí a un año, al regresar para llevarme a Magdalena, es muy posible que haya cambiado de opinión.

Mientras hacía una pausa, el tío esclareció:

- Estoy de acuerdo contigo, porque ignoró si residiré en Blois hasta el fin de mis días.

- Pero, ¿por qué no asume con nosotros el compromiso de partir? No puedo olvidar las observaciones de nuestro viejo amigo de Belfast, con relación a las luchas de esta nuestra Europa, en cuyo seno todo es ilusión precediendo ruinas.

- No desapruero la argumentación de Gordon, pero por ahora quedaré, como alguien que desea permanecer en una casa incendiada, alimentando la intención de salvar alguna cosa.

El sobrino, que se refería insistentemente a las dificultades del viejo Mundo, experimentó cierto choque al oír aquella afirmativa y, con todo, no respondió, prefiriendo callar, para no alterar los fundamentos de su compromiso.

Entretanto, a pesar de la manifiesta divergencia entre ambos, se despidieron emocionados, como padre e hijo obligados a soportar las amarguras de una larga separación.

Las penosas contrariedades del educador de Blois eran iguales a las de Magdalena, que las experimentaba con mayor intensidad, en el ambiente doméstico. En casa, todo se resumía a movimientos rápidos de providencias precipitadas. D. Ignacio animaba al yerno, estimulándole el espíritu emprendedor y llegando incluso a declarar que, si no fuera por la grave enfermedad de la vieja compañera, partirían todos para el Nuevo Mundo, en busca de las experiencias más elevadas. A veces discutía, acaloradamente, por demostrar que la humanidad debía el beneficio a los valientes navegadores españoles, y comentaba con envidia la posibilidad dada a los católicos irlandeses. Antero, igualmente, mantenía una actitud de alegre aprobación a los proyectos de Cirilo, y exponía sus deseos de buscar, más tarde, a diversos parientes castellanos localizados en el sur del nuevo continente.

La única persona que comprendía las angustiosas preocupaciones de Magdalena era la enferma, que intercambiaba significativas miradas con la hija, acusándose íntimamente como obstáculo de su partida en compañía del marido.

La joven compañera de Cirilo, con todo, buscaba no traicionar su amargura, en los menores gestos, y besaba a la madre con más cariño, ansiosa por hacerle sentir la satisfacción con que quedaría a su lado, en el desempeño de sublime deber.

Transcurrido un mes, llegó la víspera del viaje para Irlanda, consonante a las obligaciones asumidas.

En ese día, Cirilo y la esposa se miraban como dos criaturas extremadamente afectuosas, despertadas de un sueño encantador para realidades dolorosas.

A la noche, no obstante la disnea de Doña Margarita, ambos salieron a contemplar la Naturaleza, ansiosos por tener algunos minutos de plena soledad, que les permitiera intercambiar las impresiones más íntimas.

El cielo de París brillaba como nunca, lleno de estrellas y cada jardín exhalaba los dulces perfumes de la primavera.

Los jóvenes esposos recordaron que había transcurrido justamente un año de su primer encuentro. Hablaron de la Fiesta de junio de 1662, entre cariñosas evocaciones. Ciertamente, la mayoría de los amigos no recordaba ya los jolgorios populares, pero los pequeños encantos de la festividad representaban para ellos poderosos motivos de reminiscencias gratísimas. Pasó un año con la rapidez de una breve semana. A cierta altura de la conversación, amorosa y confidencial, Cirilo tomó con más vivacidad las manos de la esposa y consideró:

- Querida, no sé lo que tengo: mi valor parece disminuir a medida que se aproxima el instante de la separación.

- No te dejes abatir por emociones contrarias a tus compromisos, Cirilo – murmuró ella esforzándose por mantener una actitud de extrema fortaleza moral, de modo a animarlo, sin demostrarle el propio dolor – un año más, y estaremos juntos, por encima de todas las

contingencias materiales. Hasta entonces, mamá habrá mejorado y partiremos todos. En primer lugar, seguirá nuestra familia de Belfast y, después, nosotros, los de París.

- Reconozco todo eso y tengo esperanzas – dijo el joven – entretanto, mortificantes pensamientos me dilaceran el corazón.

Ella, que le hablaba con el alma oprimida, no consiguió esconder por más tiempo la emoción y dejó caer una lágrima, aunque hiciese lo posible por ocultarla.

- ¿Lloras, Magdalena? – preguntó el joven tristemente sorprendido - ¿Sufres también?

- No, Cirilo, mi lágrima es de esperanza, pues la añoranza significa la propia esperanza llorando de ansiedad y alegría.

El hijo de Samuel comprendió que necesitaba controlar las propias fuerzas, a fin de levantar el ánimo de la compañera abatida por graves pruebas domésticas y, abrazándola con mucho cariño, procuró consolarla:

- No llores, Magdalena... Brevemente regresaré a buscarte y seremos felices para siempre. Edificaré nuestra casa en alguna ladera llena de verdor, donde podamos todas las noches, contemplar el cielo. Abraham Gordon me detalló el paisaje de nuestro futuro “hábitat” y creo saber de antemano el lugar donde formaremos nuestro nido. Admiraremos la belleza y la inmensidad de los horizontes. Un gran río baña nuestras tierras. Cuando termine la casa, la rodearé de jardines. Cuando tú llegues, todo ha de ser primavera, vida y alegría. Y más tarde, querida, criaremos nuestros hijos bajo el palio de un firmamento luminoso y libre.

La hija de D. Ignacio enjugó las lágrimas con sincera conformidad, y habló conmovida:

- Cirilo, no deseo que partes sin oírme...

Esas palabras eran dichas con inflexión de voz indefinible y, sin embargo, como si se perdieran en tímidas reticencias.

- Di, Magdalena, ¿de qué se trata?

- Es que, en estos últimos días, vengo sintiendo conmociones extrañas y mamá cree que sea nuestro primer sueño...

Él la abrazó sensibilizado.

- ¡Qué feliz soy! – murmuró lleno de júbilo.

- No quedaré tan sola – concluyó con resignada sonrisa.

Y así permanecieron largas horas, en la contemplación de la noche, intercambiando promesas de infinito amor y mutua comprensión. Cirilo edificaba mil castillos para el porvenir, mientras la esposa lo escuchaba embelesada, con los ojos llenos de esperanza, lo acompañaba en el ardiente ideal. Discutieron los detalles de la futura residencia en América; hablaron de los hijos que Dios les mandaría al hogar y que serían educados lejos de los centros del despotismo y de la ambición. En ciertos momentos, la voz de la joven se embargaba de lágrimas, pero hacía lo posible por demostrar paciencia y energía, en tan amargas circunstancias. Ante la nueva perspectiva, el joven prometía esforzarse para volver antes de un año. Así, acariciando mutuas esperanzas, pasaron la última noche, ansiosos por dilatarla al infinito.

Al día siguiente, por la mañana, la familia Vilamil, excepto Doña Margarita, estaba congregada en pequeño consejo. Antero, con su expresión artificial, justificaba la preocupación de Cirilo en cuanto a la construcción del hogar, en el seno agreste de la naturaleza, pues también él, según afirmaba, a cualquier situación destacada en París preferiría un rincón simple y tranquilo en Versalles; y mientras D. Ignacio hacía al yerno sus alegres y últimas recomendaciones, Magdalena contemplaba con angustia

al esposo, deseando repetirle las observaciones del amor infinito. Tenía sed de volver a decirle al oído los mil pequeños cuidados del corazón; pero la presencia de Antero y del padre le impedía las cariñosas expresiones. El viejo hidalgo enfrentaba su estado de espíritu con ruidosos veredictos, que la hija era obligada a recibir con humildad y complacencia, esforzándose por ocultar la amargura indefinible que le partía el corazón.

En ese momento, Cirilo hizo a D. Ignacio la entrega de diez mil francos para que fuesen atendidas las necesidades de orden inmediato, en su ausencia, prometiendo traer más cantidad, a su regreso. El suegro agradeció la dádiva con cariño, sin que nadie notase la expresión diferente que se hizo en la mirada de Antero de Oviedo.

Enseguida, el viajante buscó un pretexto para hablar a solas con el primo de la esposa y, con toda su ingenuidad y buena fe, le recomendó con interés:

- Antero, puedes creer que parto absolutamente confiado en tu espíritu de iniciativa y generosidad. Espero que tu dedicación vele por Magdalena y por nuestros amados viejos, con la misma disposición sincera de auxilio que me has dispensado desde que nos abrazamos por primera vez.

El joven español lo detestaba bastante para no gozar con sus sufrimientos, pero esbozó una actitud exterior de fraternidad, concordando:

- Puedes partir tranquilamente. Comprendo las imperiosas contingencias que te obligan a tan gran sacrificio. Para mí, Magdalena es como una hermana a quien consagro mi mejor estima; en cuanto a los tíos, ellos son, de hecho, los padres que encontré en la vida.

Después de otras consideraciones afectivas, Cirilo le apretó la mano confiante y agradeció el compromiso, con los ojos húmedos. Recomendaciones finales, últimos

abrazos y, bajo la mirada de resentimiento de Antero, el hijo de Samuel besó a la esposa por última vez. Magdalena enjugó las lágrimas que no pudo contener y Cirilo, con el alma torturada, se aposentó en el pequeño carruaje de un amigo, que debería conducirlo hasta el puerto de Brest.

El matrimonio Vilamil-Davenport tenía el espíritu angustiado por perspectivas atroces. Magdalena, sin embargo, elevaba ardientes oraciones al Cielo, suplicando a la Madre de Jesús le balsamizase el cerebro torturado por martirizantes presagios.

En Irlanda, desde la llegada de Cirilo, todo era un torbellino de medidas y decisiones de últimos días. Naturalmente, la mayoría de los emigrantes se mantenían en amarga expectación, considerando el momento de abandonar el paisaje que los viera nacer; pero cada cual trabajaba por demostrar alegría y valor, con un esfuerzo heroico. Susana, que esperaba la partida de los parientes para volver a Francia, coopero en los pequeños problemas, proporcionándoles una justa solución.

La nave del capitán Clinton era de construcción reforzada y largas proporciones, pero no podía transportar todo lo que Constancia deseaba llevar como recuerdo del Ulster; entretanto, la buena señora hizo pequeños paquetes con simientes de árboles y flores a su alcance, con la intención de cultivar los recuerdos irlandeses en las tierras fecundas de América. El día del embarque, Susana llegó a afirmar, con cara de alegría, que el navío de Clinton se asemejaba al Arca de Noe, en miniatura.

En la playa, el joven de Blois contempló la embarcación hasta que desapareciese, en la lejanía, las velas enfundadas. Recogida en su imaginación enferma, Susana pensaba consigo misma: - “Estoy satisfecha, la victoria me pertenece.”

Mientras la embarcación atravesaba el Canal del Norte, todo fue un acontecimiento de adioses y entretenimientos cariñosos. Aquí y allá, saludos desde la costa haciendo ademanes al ánimo patriótico de los viajeros; pero, cuando el navío se alejó en el segundo día, la situación se volvió muy diferente. Llegada la noche, con el viento favorable, la embarcación se hallaba en pleno mar. El día se había sumergido bajo un manto de indefinible tristeza. El mismo Abraham, asegurando tranquilamente la cachimba, miraba, con los ojos nublados por las lágrimas, el rumbo de la costa que quedaba lejana. En todos los espíritus la añoranza eclipsando la esperanza. Cuando la oscuridad de la noche se hizo del todo sobre la inmensidad movible de las aguas, el anciano de Belfast encendió una antorcha y abrió el Nuevo Testamento.

- Esta noche – dijo él con voz grave y pausada – leeremos el Libro arrodillados.

Los presentes lo acompañaron con singular interés, en genuflexión.

El viejo Gordon, abriendo las páginas amarillentas sobre una tosca mesita, donde se esparcía una débil la luz, leyó en voz alta todo el capítulo 27 de los Hechos, que relata las noticias del viaje de Pablo de Tarso a Roma. Hecho eso, retrocedió las páginas, se detuvo en el Versículo 15 y repitió en actitud solemne: - “El barco fue embestido y, no pudiendo resistir al viento, nos dejamos llevar a la deriva.” Después de la pequeña repetición, el bondadoso viejito alzó la mirada a lo alto y exclamó:

- ¡Señor! ¡El navío de nuestros bienes fue embestido en nuestras manos, en la tierra en que nacimos! ¡Nuestra existencia en Irlanda sufría inútilmente el golpe de los vientos contrarios a nuestro amor y sabiduría! ¡Es por eso, oh Divino Salvador, que aquí nos encontramos en

esta cáscara de nuez, esperando que se cumplan vuestros insondables designios!

El capitán Clinton, antiguo corsario habituado a expoliar para no ser expoliado y a matar para no morir, al ritmo de las rudas leyes que imperaban en el océano, rodeado por numerosos hombres, armados de mosquetes, sables y puñales, murmuró compungidamente:

- ¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!...

Terminadas las oraciones la luz fue apagada, a fin de evitar cualquier desperdicio. Fue entonces que Cirilo, más fuertemente tocado en el corazón, abrazó a la vieja madre en el seno de las sombras, como la única persona indicada para comprender su alma herida. Constancia percibió la angustia del joven y le habló con ternura:

- Dios sabe, hijo mío, que es por su amor que enfrentamos los abismos oceánicos.

Cirilo, con todo, no conseguía soportar por más tiempo las olas de dolor que se le contenían en el pecho. Apartándose a un oscuro rincón, donde soplaban las brisas favorables de la noche, contempló el cielo estrellado y lloró amargamente...

La viruela

Regresando a Francia, Susana se quedó en París dos semanas, que las ocupó en pequeños viajes y paseos ociosos.

Ahora, podía notársele cierto cambio de actitudes, tanto que se aproximó a la casa de Magdalena, con el pretexto de serle útil, de alguna manera, en los días aciagos de la enfermedad de su madre.

La esposa de Cirilo, enfrentando heroicamente las dificultades de la situación, recibió la visita con afecto y reconocimiento. La hija de Jaques le satisfizo a las mínimas preguntas sobre el embarque, el navío, las disposiciones del compañero. Susana tenía una respuesta pronta a cada pregunta, en su falsa afabilidad. La nota más interesante, con todo, es que Antero de Oviedo, encargado de trabajar algún tiempo en París, en la transferencia de importantes documentos para Versalles, se aproximó a la joven de Blois, de manera sorprendente. La propia prima notó con simpatía semejante atracción, animándoles los sentimientos afectivos, pues Magdalena siempre se preocupó por la suerte del joven, que creció a su lado, como un hermano. Por la noche salían, a veces, a solas, frecuentando el teatro o paseando bajo la luz de la luna, sobre las aguas del Sena.

La hija de D. Ignacio se equivocaba, no obstante. Antero de Oviedo se deleitaba en su compañía, porque Susana parecía poseer la llave que le abría el corazón lleno de pasiones secretas y violentas. Ella comenzó a conquistar su espíritu, revelando sus inclinaciones por el hijo de Samuel Davenport, discretamente, profundizando sus pensamientos. Retribuyendo esas pruebas de confianza, el joven inició igualmente sus conversaciones

confidenciales, comprendiendo que se enfrentaba a la primera enemiga del feliz matrimonio. En la quinta noche que conversaron a solas, se entendían francamente. Ambos estaban satisfechos con la oportunidad de poder desahogarse. Sus observaciones convergían, invariablemente, para los caprichos del destino. Antero insistía en afirmar que no conseguiría olvidar a la prima, mientras la joven irlandesa confesaba abiertamente que no renunciaría a sus propósitos y continuaría esperando la oportunidad de probar a Cirilo su gran amor. Aquello que la familia Vilamil apreciaba como afecto, entre los dos, era un desvarío sin límites, oriundo del odio que ambos alimentaban.

Por fin, Susana regresó a Blois, dejando en la casa de San Honorato alegres y confortadoras impresiones sobre el futuro del sobrino de D. Ignacio. Al despedirse, Magdalena la abrazó confiada y le pidió que rogase a Dios por la paz y salud de Cirilo en América. Envío también, por su intermedio, un breve mensaje a Jaques Davenport, recordándole que tendría un inmenso consuelo y justo placer con la visita de doña Margarita, a quien parecía quedarle pocas semanas de vida, concluyendo con deseos afectuosos y propuestas de gran dedicación y desvelado cariño.

Transcurrieron dos meses de la partida de Cirilo y la vida en la casa de los Vilamil seguía monótona e impregnada de amargas expectativas. Antero se sentía casi feliz, hallándose como antes, en calidad de único joven conviviendo con Magdalena, bajo el mismo techo, entre las vibraciones fraternales del ambiente doméstico. En las horas de costura, le miraba el semblante que el dolor espiritualizaba, seguía el movimiento de sus manos, como si atendiese a la voluntad de un poderoso imán. Experimentaba inmensos desvelos por la prima y, no obstante, no se reprimía a los celos violentos, a la ruda

pasión que lo torturaba duramente desde el día en que ella se le escapó de los brazos llenos de esperanza. Alimentaba el secreto deseo de que Cirilo se perdiese para siempre en los caminos desconocidos de las tierras inexploradas, a fin de conquistarla lentamente, entre amarguras, tormentos y dificultades. Confiaba en que el rival no volviese a Europa y que la prima, fatigada en la lucha, se rindiese a sus caprichos, aceptando su amparo, antes o después, en los cambios del destino.

Atendiendo a tales designios, después de ser buscado cierto día por uno de los acreedores más exigentes de D. Ignacio, recordó la suma que el marido de Magdalena confió al hidalgo y le recomendó que consultase al deudor en su propia casa, en cuanto a las posibilidades del pago. Oyéndole su parecer, el inflexible Sr. De Aurincourt se dirigió al barrio de San Honorato, donde el antiguo hidalgo recibió su visita, en compañía de su hija.

Sin más preámbulos, el acreedor fue directamente al asunto, en presencia de la joven señora, añadiendo con alguna aspereza:

- Como el señor no ignora, su título vencido hace varios meses me agotó la paciencia.

El tío de Antero remató, no solamente en virtud de la cobranza, sino por el modo con que era tratado en aquella sala, delante de la hija, que él deseaba mantener ajena a sus dificultades y que acompañaba el desarrollo del asunto avergonzada y afligida.

- Comprendo la exigencia, Sr. Aurincourt – dijo el viejo español, perdiendo el buen humor natural – no obstante, continuo en disponibilidad, esperando sólo una determinación de Su Majestad para que me sean pagados los debidos vencimientos.

- Lo siento mucho – volvió a decir el acreedor – pero yo no combiné nada con el soberano sino con ustedes. No podía prestarle dinero confiando en personas ajenas.

Confíe mis recursos a su honradez de hidalgo y no puedo aceptar estos argumentos suyos. Además, ¿cuánto tiempo hace que espero sus oportunidades?

La última frase, pronunciada en tono sarcástico, paró en el aire mientras D. Ignacio, confuso, buscaba en vano un nuevo motivo para justificarse. Muy pálida, reconociendo la perturbación del padre, Magdalena interrogó con serenidad y nobleza:

- ¿Cuánto es lo que importa el título?

- Ocho mil francos – respondió el visitante.

Y la joven señora, con la expresión confortada de quien se hallaba en condiciones de atender la dignidad herida, acentuó:

- Es razonable, padre mío, que el señor rescate el título hoy mismo.

- Entretanto... - respondió D. Ignacio indeciso, reflexionando si debía aceptar el ofrecimiento de la hija.

- Cirilo y yo – continuó Magdalena solícita – tenemos el placer de que el señor se valga de nuestros recursos.

D. Ignacio, que siempre encontraba un dicho chistoso en su proverbial buen humor, para enfrentar las situaciones más difíciles, no sabía cómo disimular la inquietud del sentimiento paternal, pero, ante las palabras resolutas de la hija y observando la ambiciosa mirada del acreedor, se fue hacia el interior de la casa, extremadamente decepcionado, y trajo la cantidad, recibiendo el título, con las manos temblorosas, después de mirar a la hija con sincero reconocimiento.

Al final de cuatro meses tras la partida de Cirilo, la situación doméstica era de las más penosas. Crecían las obligaciones forzadas, de los alquileres de la vieja hacienda, del mantenimiento del criado y dos sirvientas, los gastos del tratamiento de la enferma, las improrrogables adquisiciones de materiales y utilidades domésticas. La salud de doña Margarita iba de mal en

peor, imponiendo a la hija profundos disgustos y dolorosas viglias.

Cierta vez en que madre e hija comentaban las necesidades del hogar, Doña Margarita recordó dos viejas amigas de la infancia, en buena situación financiera. Eran las señoras Josefina Fourcroy de Falguière y Alexandrina de Saint-Medard, que habían sido sus compañeras de juventud, en los hermosos días del pretérito, en Toulouse. ¿Quién sabe si estarían dispuestas a auxiliarlas con un préstamo de algunas centenas de francos? Esa idea encendió muchas esperanzas en el cerebro cansado de la enferma. Seguramente, oirían su petición, ayudándola en aquellas angustiosas circunstancias, con la deseable discreción. Magdalena escuchó las sugerencias de la madre, que le pidió que las buscara en particular, hablándoles en su nombre, para que fuesen atendidas las necesidades más urgentes. La esposa de Cirilo, en su interior, se rebelaba contra los propósitos maternales; sin embargo, ¿cómo proceder ante la insistencia de la querida enferma, de cuya ternura siempre había recibido los más dulces cariños? Doña Margarita no deseaba importunar al sobrino en pequeñas cosas y suponía que el trámite sería bien llevado a cabo. Magdalena no podía desatender a sus deseos afectuosos.

Un día, por la mañana, buscó la calle de las Nonnains-d'Hyères y paró ante la Abadía de los Celestinos, en cuya barrio se levantaba la residencia aristocrática de Madame Falguière, que la recibió después de un largo movimiento de criados, arrogantes ante sus trajes modestos. Expuso, humillada y recelosa, el motivo de su visita y, no obstante, las maneras tímidas y sinceras no conmovieron a la dueña de la casa, que respondió altivamente:

- Lamento mucho no poder servirla, pues ha de reconocer que su madre es sólo conocida de tiempos

remotos y no existe entre nosotras credenciales de intimidad que justifiquen ninguna petición a mi marido, en su favor.

- ¡Ah! ¡Sí! Comprendo... - murmuró Magdalena, ahogando las lágrimas en el pecho.

- Diga a Margarita – prosiguió la vieja dama con rigurosa austeridad – que se resigne con la situación. En cuanto a mí, es preciso que ella sepa que, si fui favorecida con un casamiento feliz, tengo la vida repleta de grandes sinsabores. Si los pobres padecen por las necesidades, los ricos sufren mucho más con las obligaciones.

Y después de una mirada impiadosa y severa para con la visitante humillada, acentuó:

- Además, usted es joven y no le será difícil conseguir trabajo. ¿Qué quiere, hija mía? Son las contingencias de la suerte. Hay muchas casas nobles que buscan gobernantas.

La joven se ruborizó. No sabría decir si la emoción le provenía de la dignidad ofendida, o de la extrema vergüenza que le llenó el corazón. Quiso lanzarle al rostro la repugnancia que le causaba su cruel actitud, pero, se limitó a responder:

- De cualquier modo, señora, mi madre y yo le quedamos agradecidas. Dios permita que nunca tenga que experimentar nuestra angustia.

La señora Falguière esbozó una sonrisa intraducible y Magdalena salió, llena de repulsión, casi desesperada. En plena calle enjugó las lágrimas y reflexionó si debería buscar a la señora de Saint-Medard, en vista de lo sucedido con la primera tentativa. Experimentó un sincero deseo esquivar una nueva humillación, pero se acordó de las lágrimas de la madrecita enferma, cuando recordaba los antiguos tiempos de alegría con las inolvidables compañeras de la infancia, en Toulouse. Doña Margarita estaba tan confiada en su afecto sincero, que la esposa de Cirilo consideró practicar una falta si

dejase de ir hasta el final. Sumergida en profundas reflexiones, concluyo que debería hacerlo todo por amor a la madre. Posiblemente, la otra amiga sería más condescendiente y razonable. En esa esperanza, buscó otra casa elegante en las proximidades del mismo lugar. Anunciada por criados solícitos, fue recibida en una antesala lujosa, por una vieja señora que, por sus maneras, parecía más rígida y protocolaria que la primera. Sólo entonces la hija de D. Ignacio presintió que la experiencia, allí, tal vez le fuese más dolorosa.

En su natural timidez, expuso el motivo de su visita, pero la señora de Saint-Medard, mirándola con extrañeza, habló con aire sarcástico:

- ¡Ah! Sí me acuerdo, usted es Magdalena, ¿o no?

- Para servirla, señora mía.

- ¿Usted ya leyó, por ventura, unos versos del Sr. La Fontaine (1) sobre la cigarra y la hormiga?

Magdalena se extrañó de la pregunta, pero, en la ingenuidad de quien piensa de buena fe, guardando en el corazón sinceridad cristalina, replicó sin la menor preocupación:

- Sí, pero ¿qué quiere decir con eso?

- Pues diga a Doña Margarita – continuó la señora de Saint-Medard con profunda ironía – que ella y D. Ignacio cantaron mucho en Granada y que es justo que ahora dancen en París.

(1) Las Fábulas de La Fontaine, en su conjunto, surgieron entre 1668 y 1693, pero, como trabajos aislados, algunas ya eran conocidas en París en el año 1663, que marcaron justamente la entrada del poeta en la Academia. – **Nota de Emmanuel.**

Magdalena quedó lívida. En la primera casa, encontró altivez; en la segunda, escarnio cruel. Contempló a la interlocutora con el llanto a punto de saltarle de los ojos y exclamó:

- Que lo pase bien, señora.

Descendió la escalera, de prisa, con las ideas envueltas en un torbellino. Atravesó el jardín y se vio en plena calle, sin detenerse en la observación de cosa alguna. Las lágrimas le humedecían el rostro, mientras que, en su corazón, una furiosa tempestad de rebeldía le abatía los sentimientos. ¿Dónde tendría las fuerzas morales para no devolver el insulto execrable? Recorría calles y plazas a pie, automáticamente, ensimismada en la repulsión que le dominaba el espíritu. En la imaginación exacerbada veía a la genitora casi agonizante, confiante en los afectos falaces, y el padre decrepito, sin energías para defender el hogar de la ironía de los ingratos. Si sus lágrimas eran de amargura, se originaban mucho más en la humillación de los escrúpulos filiales.

Al doblar una esquina, sin embargo, en un rincón solitario, se encontró con un hornacina de la tradicional devoción popular, que le llamó la atención. Sin saber por qué, sintió una súbita necesidad de orar, con el fin de ahuyentar los pensamientos de rebeldía y amargura. Se encaminó al oratorio de la fe pública y vio la imagen de Jesús Crucificado, simple, sin adornos, cubierta solamente por un techo de madera, que resguardaba la obra de arte de las intemperies. Contempló, embelesada como nunca, la reliquia del pueblo y oró, a través del velo de lágrimas, por las llagas sangrientas y por la corona de espinas que pendía de la frente dilacerada. Como simple criatura anónima, se arrodilló en el polvo de la vía pública, invocando la protección del "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". En ese instante en que se humillaba, como jamás hiciera en acto de constricción

religiosa, la hija de D. Ignacio experimentó una sensación de consuelo que jamás conociera, en tiempo alguno. Se diría que su alma sufriente distinguía la presencia de un ángel, invisible a los ojos mortales, pasándole las manos por la frente con una cariñosa suavidad. Dulces emociones de maternidad se le elevaron del corazón al cerebro. La conciencia parecía dilatada a una esfera de comprensión divina. Al aliento de la energía desconocida, llegaba a rápidas y profundas conclusiones. El dolor ya no la humillaba, antes le engrandecía el corazón. Sentía algo semejante a una voz hablándole en el interior de su alma, en vibraciones de suave misterio. Tuvo la impresión indefinible de que alguien la tomaba del brazo con halagos cariñosos, convidándola a levantarse. Nunca supo pensar en Cristo como en aquella hora inolvidable. En pocos momentos, los ojos estaban enjutos. El profundo y cariñoso nombre de madre le resonaba en el pecho como incomprendible y sublime esperanza. ¿Quién era el hombre de la Tierra, y quién era Jesús? Esa pregunta se apoderaba de su mente, como si fuera sugerida por alguien, desde un plano más alto, le proporcionaba un infinito consuelo al alma herida. Las angustias del día se desvanecieron como un incidente fugaz. Los verdugos de Cristo debían haber sido mucho más crueles que las señoras de Falguière y Saint-Medard, que no pasaban de ser, a juzgar por su conducta, dos mujeres ignorantes y orgullosas, abusando de las posibilidades del mundo. ¿Y qué era su amargura comparada a la del Maestro que se inmoló por los pecadores? Sufría mucho en aquella hora, en retribución a los cariños y dedicaciones maternas; mas Jesús aceptó el madero por amor a los buenos y a los malos, a los justos y a los injustos. Besó entonces, conmovida, la pequeña cruz y se encaminó para casa, sintiéndose amparada por una fuerza invisible que jamás conseguiría definir.

Abrazando a la madrecita enferma, sintió que era indispensable mentir para confortar; esconder la dura verdad, para no abrir llagas más crueles. Sintióse fuerte y bien dispuesta al influjo de las fuerzas desconocidas que la amparaban, besó a la enferma con mucho cariño, mientras esta la interrogaba con una sonrisa de confianza:

- ¿Llegaste a obtener por lo menos mil francos, hija mía?

- Infelizmente, madre mía, nuestras amigas no estaban en casa.

- ¡Oh!... – exclamó la enferma sin disimular la súbita tristeza.

Y comenzó a recordar otros nombres, deseosa de encontrar un recurso rápido para la situación. Pero la hija percibiendo que su espíritu, lleno de buena fe, volvería a renovar las solicitudes afectuosas, procuró confortarla diciendo:

- Lo esencial, mamá, es que la señora esté tranquila, sin preocupaciones. De otro modo, no alcanzará la mejoría deseada. Jesús no nos olvidará. Además, el tío Jaques no tardará en llegar. Amigo de nuestra confianza, nos sentiremos mejor para tratar de ese préstamo.

- ¡Ah! Sí, será más práctico... Esperaremos, - dijo Doña Margarita, resignada.

Y Magdalena tenía razón, porque Jaques Davenport en tres días llamaba a su puerta en visita afectuosa. La sobrina sintió una inmensa alegría apretándole las manos bienhechoras. Después de conversar con D. Ignacio Vilamil, el bondadoso amigo entró a ver a la querida enferma, considerando muy grave la situación, por su penoso abatimiento.

Psicólogo profundo, el educador de Blois leyó en el semblante de Magdalena la expresión del oculto martirio doméstico.

Doña Margarita, muy confortada con la visita, contaba con detalles, sus padecimientos. Dormía poquísimo en vista de las aflicciones ininterrumpibles; se alimentaba con extrema dificultad, por tener el estómago herido, intoxicado por la multitud de las drogas en uso; las piernas muy hinchadas le impedían los libres movimientos, forzando a su hija a exhaustivos esfuerzos. Jaques la reanimó, sinceramente conmovido, comentando la situación de otros enfermos en situación más precaria, afirmaba haber visto casos idénticos, con síntomas más graves y que, no obstante, no pasaban de ser fenómenos orgánicos pasajeros, en ciertas fases de desequilibrio físico. La enferma sonreía, casi satisfecha, demostrando nuevo ánimo en el semblante abatido, pero, en la intimidad, cuando se retiró del aposento, Jaques llamó a la sobrina aparte, mudó de semblante y habló apenado:

- Hija mía, Dios te conceda fuerzas para la lucha, porque tu madre está viviendo los últimos días.

- Comprendo... - murmuró ella enjugándose las lágrimas.

- Abrázate a la fe, Magdalena. En tales instantes, el socorro humano, por más eficiente que lo consideremos, es siempre precario. Debemos estar seguros, sin embargo, de que Dios tiene un bálsamo para todas las angustias del corazón.

La sobrina no consiguió responder, sintiendo que la emoción le constreñía la garganta, pero, penetrando en las necesidades más sutiles, y después de herir el corazón de la hija, con expresiones menos generosas, el cariñoso amigo añadió:

- Magdalena, Cirilo me recomendó, en el último encuentro en Blois, que te trajese mil quinientos francos que representan una vieja deuda mía para con él. Guárdalos. En este trance, no faltará oportunidad de

emplearlos útilmente. Y en la hipótesis de que necesitases alguna cosa más, no te olvides, hija, que estoy a tu lado para todo lo que sea preciso.

La hija de D. Ignacio recibió los mil quinientos francos inmensamente conmovida. Una consoladora satisfacción le inundó el alma, por cuanto era posible atender ahora a los pequeños caprichos de la enferma, a quien llenó de mimos, entre dulces ternuras del corazón.

Jaques esperó al día siguiente al Dr. Dupont, con quien mantuvo una larga conversación. Aquellas manchas violáceas, que la enferma presentaba a flor de piel, no lo engañaban. El médico le reafirmó la convicción, declarando, discretamente, que Doña Margarita no podía vivir más de una semana. En vista de los pronósticos, el educador de Blois, aplazó el regreso, con la intención de ser útil a los Vilamil, en alguna cosa.

En efecto, la matrona empeoraba día a día, dando a todos la dolorosa impresión de una lenta agonía. No permitía que la hija se apartase, ni un minuto siquiera. Le hablaba, conmovedoramente, del futuro y le pedía que embarcase para América, para reunirse con el esposo, tan pronto le cerrasen la tumba. No obstante, le rogaba igualmente por Antero, por quien siempre experimentó desvelos maternales. La situación de D. Ignacio era también objeto de sus conversaciones “in extremis”. La pobre señora no sabía cómo proponer soluciones a Magdalena, que la escuchaba, con los ojos llenos de lágrimas. El viejo hidalgo acompañaba los sufrimientos físicos de la esposa, con el corazón angustiado, mientras el sobrino, que le tenía un inmenso afecto, se desdoblaba en atenciones y sacrificios para que fuesen satisfechos sus menores deseos. Jaques Davenport allí estaba cabizbajo y silencioso, aguardando el final de aquellos padecimientos, que parecían muy próximos.

En la última noche, Doña Margarita se confesaba aliviada y más lúcida. Tal circunstancia alegraba a todos los parientes llenándolos de sinceras esperanzas. Los hombres y las sirvientas se recogían más pronto; Magdalena, sin embargo, conservando en el espíritu sombríos presagios, se mantuvo vigilante al lado de la genitora, que parecía más serena y reposada.

Sintiéndose sola con la hija, Doña Margarita se miró las uñas rosadas, llevó la mano al pecho como para examinar el propio corazón y habló compasivamente:

- Magdalena, esta mejoría es la primera visita de la muerte, no nos debemos engañar.

- Ora, mamá – dijo la esposa de Cirilo después de darle un beso afectuoso – no hables así. ¡El médico se retiró hoy muy satisfecho y papá quedó muy contento!...

La enferma la escuchó atenta, sintiendo una gran emoción con los ojos rasados de lágrimas.

- El Dr. Dupont podrá haber hablado con optimismo a Ignacio, pero también oigo una voz que me habla aquí dentro del corazón. Mis horas están contadas. Doy gracias a Dios por llevarme de este mundo sin odiar a nadie. Llevo conmigo tan solamente las justas amarguras de una madre, por dejarte en la Tierra, a mercé de luchas muy ásperas, pero rogaré a Jesús para que te reúnas con Cirilo en breves días. Pienso, también, en Antero que crié como un hijo querido. ¡En cuanto a Ignacio, espero que Dios nos pueda reunir brevemente, en la eternidad!...

Su voz tenía un tono lúgubre, y Magdalena sollozaba bajito, angustiada, incapaz de responder.

- No llores, hija. Inclinémonos resignados a los sagrados designios de Dios. Seguramente, el futuro aún te reservará muchos sinsabores. Vas a ser madre, también, y comprenderás la montaña de sacrificios que tendrás que escalar por amor a los hijos; en el afán de las luchas y sufrimientos, no te olvides de la confianza sincera en el

Todopoderoso. Toda mujer, y mayormente todas las madres, necesitan comprender el valor de la renuncia, de la caridad y del perdón. El camino del mundo está lleno de malhechores. Aquí o allí, la ingratitud insulta y el egoísmo calumnia. Solamente la fe puede proporcionar el escudo indispensable al alma ansiosa y herida. Nunca pierdas la fe, hija mía, aunque los padecimientos sean los más duros. Recuerda a la Madre de Jesús en sus martirios y resiste a las tentaciones.

Después de una larga pausa para tomar aliento, continuó con visible emoción:

- Dios es testigo de que yo deseaba mucho recuperar la salud para esperar el fruto de tu amor, para envolverlo en mis cariños de abuela, pero el Señor, seguramente, tiene otros designios.

Oyendo la tierna observación, Magdalena murmuró entre lágrimas:

- El cielo nos restituirá la alegría, madre mía. Quedarás junto a mí por siempre.

- Esta noche – prosiguió Doña Margarita con ternura – soñé que mi madre venía a buscarme. Apareció como cuando yo era niña, brincando sin temor en las márgenes del Garona. Ella llegó, muy cariñosa, me tomó en sus brazos y preguntó, después de besarme, por qué me había demorado tanto, lejos de sus caricias. ¡Ah! Debe haber un lugar más allá de este, donde nos encontramos con nuestros muertos más queridos. La vida es más bella e infinita de lo que nos suponemos. Dios, que nos unió en los caminos del mundo, no podrá separarnos para siempre...

La voz se volvía melancólica, jadeante. El recuerdo del sueño pareció transportarla a divagaciones diferentes. En los ojos muy brillantes se reflejaba una luz extraterrena. La hija contemplaba el cambio fisonómico, con una mezcla de ternura y dolor indescriptibles. Le recordaba

los sacrificios domésticos y el heroísmo maternal, que el mundo no conociera. Recordaba sus cartas afables y consoladoras, cuando se encontraba en el internado. Ella, que conocía las liviandades del padre y las dificultades en que vivían, siempre notaba que la genitora nunca tuvo una palabra de blasfemia o falsa virtud, en toda su vida.

- Magdalena – continuó Doña Margarita, con la misma emotividad – si Dios te manda una pequeñita, ponle el nombre de Alcíone, en memoria de mi madre. No sé por qué misterio la siento aquí a nuestro lado, esperándome tal vez en el umbral de la tumba. Desde ayer me siento impresionada por dejarte sin recursos monetarios que te garanticen la tranquilidad, hasta que te reúnas definitivamente a tu marido. La noche pasada, reflexioné mucho sobre eso, porque ni incluso mis viejas joyas pudieron escapar a la vorágine de nuestras economías domésticas. Pero, ahora, hija mía, oigo en mi interior la voz de mi madre, que me sugiere dejarte nuestro viejo crucifijo de madera, confidente de nuestras lágrimas.

Señaló para el pequeño oratorio y acentuó:

- Guárdalo contigo, porque no habrá mayor tesoro que el del corazón unido a Cristo.

Magdalena lloraba discretamente. Doña Margarita, sin embargo, continuó hablando, pero, ahora, parecía responder a las llamadas de una sombra. Inútilmente, la hija intentó desviar la atención para otro asunto. Sus ojos, inmensamente lúcidos, daban la impresión de que estaban contemplando otros horizontes, mucho más allá de las cuatro paredes del cuarto lúgubre. Magdalena se alarmó, pero procuró mantenerse serena, sin llamar a los que reposaban después de una larga vigilia. Al amanecer el día, despertó a las criadas y llamó a D. Ignacio para comunicar el agravamiento de la situación. Doña Margarita, tras la última conversación, cayó en coma. La

mañana rayaba en dolorosas perspectivas. Mientras Antero tomaba las manos de la agonizante, D. Ignacio buscó un sacerdote que le suministró los últimos sacramentos. El profesor de Blois asistió a la muerte, en silencio, procurando animar a cada uno.

A la tarde, sin más palabras, D. Margarita entregaba el alma a Dios, perfectamente tranquila. La esposa de Cirilo no sabría definir el propio dolor, pero, amparada en la fe, amortajó el cadáver entre flores y oraciones tan doloridas como fervorosas.

Al día siguiente, Jaques acompañó el funeral y, después de las ceremonias luctuosas, insistió con Magdalena para que lo acompañase a Blois, para descansar algunos días. La joven, entretanto, reconociendo el extremo abatimiento del padre, rechazó el cariñoso ofrecimiento, presentando delicadas excusas. D. Ignacio, de hecho, se mostraba profundamente agobiado. No sería razonable dejarlo en París, en tal estado. El tío de Cirilo, extendió la invitación a todos los demás. Partirían todos en su compañía y, después de algún reposo en su viejo parque, volverían a la capital, retomando las preocupaciones y los menesteres. Íntimamente, Magdalena deseó aceptar la generosa propuesta, pero D. Ignacio se opuso. Alegaba que sería mucho más difícil consolarse de la pérdida que acababa de sufrir si partiese con la obligación de regresar antes o después. A su modo de ver, debería enfrentar las amargas impresiones, combatir las hasta el final, porque, después de la vuelta de Cirilo, pretendía volver a Granada, a fin de aguardar la muerte, ya que la viudez nunca le permitiría completa felicidad en la lejana colonia. Ni los pareceres de Antero, ni las propuestas afectuosas de la hija, consiguieron modificar sus intenciones.

Fue así que Jaques Davenport regresó al hogar, en dos meses, con la promesa de Antero, de llevar a la prima

a Blois, tan pronto llegasen a un acuerdo con D. Ignacio. El viejo educador, en la intimidad, fue más explícito con el joven. Insistía en sus propósitos, porque deseaba que Magdalena tuviese la criatura en casa de él. Antero demostró acatar su deseo, no obstante el feroz celo que le roía el corazón, y asumió el compromiso de acompañarla de ahí a dos meses.

Se sintió profundamente sola, tras el fallecimiento de la madre, Magdalena Vilamil repartía la existencia entre los deberes domésticos y las oraciones, en la casa enlutada y silenciosa.

Entretanto, no había transcurrido un mes sobre el triste desenlace, cuando la residencia de San Honorato pasó a participar de las inmensas angustias que comenzaban a pesar sobre la población parisiense.

En la ciudad sonaba la alarmante noticia. Se extendió un virus variólico de enormes proporciones. Toda la ciudad estaba agitada. Se decía en secreto que la enfermedad irrumpió entre los inmundos prisioneros de la Bastilla, mientras alguien garantizó que el rumor fue lanzado adrede por eminentes personalidades, para desviar la atención pública de algunos hidalgos recién llegados de España, atacados del mal, y que habían buscado socorro en París, sin ninguna preocupación por la salud del pueblo.

La terrible epidemia, traída de Europa por los sarracenos en el siglo VI, era, entonces, el terror de las ciudades populosas. La capital francesa ya conocía sus características execrables y, por eso mismo, sus colmenas humanas permanecían desoladas e inquietas. Mientras la enfermedad se circunscribía a las casas confortables de los más ricos, hubo medios para ocultar los cuadros más tristes. En pocos días, no obstante, la población experimentaba los penosos efectos de la epidemia fulminante.

Nadie se preocupaba ya con los juegos de la pelota, de la malla o del aro. Un espeso velo de siniestras aprensiones cubrió a la colectividad, de un día para otro. Los casos positivos y dolorosos ya no quedaban ocultos por el aislamiento en los palacetes de lujo de las calles aristocráticas. Las habitaciones burguesas de la Cité y de la Villa se poblaban de escenas angustiosas. La Universidad tomaba medidas extremas, frente a los imprevistos. Los numerosos enfermos surgían de la calle San Denis, de la Plâterie, de la Tixanderie. Miseras criaturas caían, sin recursos, junto al antiguo lugar de la Cruz Faubin. Los arrabales como Santa Genoveva, San Honorato y Montmartre, comenzaron a presentar cuadros dolorosos. En el barrio de San Denis, a lo largo de la zona tradicional de la valla de San Ladres, ocurrían numerosos fallecimientos. Las aldeas que se hallaban en los alrededores no eran menos devastadas; Issy, Montrouge, Vincennes, participaban en gran escala de los padecimientos en curso. Se improvisaban cementerios en las grandes planicies, aunque la autoridad eclesiástica ordenaba la apertura de un lugar aislado, en el viejo cementerio de los Inocentes, para los muertos cuyas familias pudiesen costearse el importe del entierro.

Nadie se atrevía a pasear en barca por el Sena, cuyas aguas inspiraban temor.

En Courtille y Vanbres, se organizaban socorros rápidos, pero eran raras las personas dispuestas a los servicios de asistencia.

El éxodo se inició con penosas características.

La Corte de Luís XIV, desde los principios de la epidemia, se recogía en el confort de Versalles, rodeada de alertas centinelas. Las grandes cantidades de personas que huían, no obstante, marchaban con enorme dificultad por los caminos de Êbreux, de Compiègne, de Auxerre, de Blois, llenas de contagioso pavor.

Es que el brote epidémico no era de simples síntomas pasajeros, con características benignas. Se trataba de la viruela negra. , hemorrágica, con un coeficiente de mortalidad aterrador. Quien escapase de la muerte, no huiría a la horrible deformación del rostro.

Numerosas casas religiosas abrieron, cariñosamente, sus puertas a los enfermos. Había puestos de socorro junto a los templos de Nuestra Señora, de San Jaques del Paso, de San Germano de los Prados. Generosos asilos fueron instalados por las “Hijas de Dios”, en la calle Montorgueil. Las autoridades concentraban la mayor parte de los trabajos en ayudas. El Presidente ordenaba medidas enérgicas, con la colaboración de la Universidad, pero, dado el terror que se instaló en el ánimo popular, se agravaban el descuido y la indiferencia por los enfermos, lo que hacía aumentar las defunciones en un veinte o treinta por ciento, en lugar de un diez, como otras veces, en epidemias anteriores. Nadie quería arriesgar la piel o la vida. Eran ampollas negras y, después de las pústulas repelentes, venía la deformación o la muerte. No se encontraban médicos ni otros servicios de enfermería. Sólo algunos sacerdotes abnegados visitaban los lugares llenos de llanto y luto, llevando el confort de sus experiencias o las palabras cariñosas de la extremaunción.

Cada casa infectada era marcada con una gran señal roja, en la puerta de entrada, por orden de los superintendentes de servicio.

El pueblo hacía ofrendas espectaculares en los altares de los templos. La iglesia de Santa Oportuna estaba repleta de devotos, día y noche, pidiendo milagros. La plebe parecía alucinada. Los hombres de ideas liberales eran acusados de provocar la peste, habida entonces como castigo del cielo, y la multitud pedía que fuesen quemados en el horno del Mercado de los Puercos. Se

hacían procesiones y exorcismos. Numerosas familias disponía de sus bienes a cualquier precio y se dirigían a los puertos del Atlántico, camino de América del Norte.

En las calles, todas las escenas de funerales eran pungentes y dolorosas. De cuándo en cuándo surgían mujeres locas, en penosa algarabía, obligando a los gendarmes a medidas más violentas.

Entretanto, lo más monstruoso, de todo eso, es que algunos agonizantes estaban siendo sepultados antes del último aliento de vida. Casi todas las actividades de orden público, en esas lamentables circunstancias, estaban afectas a hombres indignos, que asalariaban los esfuerzos de truhanes sin escrúpulos. No eran pocas las casas nobles que eran asaltadas y desvalijadas. Se valían, entonces, del terror para extorsionar y abusar. Muchos crímenes, en esas condiciones, fueron perpetrados en la sombra, con plena seguridad de impunidad.

En los cementerios improvisados en las planicies y en las aldeas próximas, no era difícil ver uno que otro moribundo abandonado en los fosos comunes, entre gemidos.

El soberano dio órdenes para que fuesen contratados hombres honestos para los servicios, pero los operarios más honrados no habían acudido, permaneciendo en la gigantesca tarea de salvar a la propia familia. Trabajadores necios y embriagados tenía permiso para invadir las residencias marcadas con la fatídica señal, a fin de alejar a cadáveres o enfermos graves hacia los núcleos de la calle del Horno.

Esa inmensa ola de pruebas colectivas abarcó la residencia de San Honorato en un velo de tristezas y preocupaciones infinitas. Magdalena, que aún no se había rehecho del golpe sufrido con la pérdida de su madre, se mantenía en actitud casi indiferente, incapaz de ponderar

la gravedad del peligro que los amenazaba; pero D. Ignacio y Antero estaban muy afligidos.

Como ocurrió a la mayoría de la población, los Vilamil sólo conocieron la terrible realidad cuando ya estaban rodeados por numerosos casos en la vecindad. Después de mucho hablar, tío y sobrino decidieron trasladarse a los suburbios de Versalles, sin pérdida de tiempo. Era inútil procurar la zona de arrabales parisienses. La enfermedad se extendía por todos los rincones. Sólo Versalles podía ofrecer alguna seguridad, por el gran número de guardias que obligaban a los infectados a tomar el camino de Ébreux, para no infectar la zona destinada a las personalidades más importantes de la Corte. Antero podría obtener concesiones, en vista de sus amistades con los funcionarios de distinción. No había que vacilar en las medidas urgentes.

El sobrino de D. Ignacio salió para intentarlo, pero tan grandes fueron los obstáculos, que sólo consiguió lo que pretendía tras cinco días de extenuantes trabajos. Conseguida la modesta casita que los ponía a salvo, el joven volvió a París para llevar a los familiares, pero, la primera sorpresa dolorosa lo esperaba como un espectro de amarguras inevitables.

Una de las antiguas sirvientas de Doña Margarita, de nombre Fabiana, cayó en cama, con fiebre muy alta y todos los síntomas graves de la epidemia.

D. Ignacio sintió un inmenso alivio con el regreso del sobrino, a fin de establecer las medidas salvadoras e indispensables.

En vano Magdalena rogó que encarasen la situación sin pavor, insistiendo incluso para que Fabiana fuese encubierta, discretamente, bajo sus cuidados. D. Ignacio no concordó con la hija, al mismo tiempo que Antero replicaba:

- Es imposible, Magdalena. La situación y el momento no admiten tergiversaciones y condescendencias, a título de generosidad. Llamaré a los encargados del servicio de salud pública a fin de llevar a la muchacha a los centros de socorro, incluso porque sólo nos falta el carruaje para Versalles.

Ella esbozó un gesto de amargura y sentenció:

- Pero esos funcionarios son hombres insensibles y crueles.

- ¿Qué podemos hacer, hija? – atajó D. Ignacio intentando convencerla a su vez. – Antero tiene razón y, además, si esos hombres son, a veces, groseros e intratables, representan el único contingente de que disponemos y no sería lícito despreciarlos.

- ¿Y si fuese uno de nosotros el necesitado? – interrogó súbitamente la joven, en un ímpetu de salvar a la antigua sirvienta de su madre.

Los dos percibieron el alcance y significado de la pregunta, mirándose entre sí admirados, pero D. Ignacio, dando a entender que no podía aprobar cualquier indecisión en aquél momento, exclamó para el sobrino, resolutamente:

- No podemos divagar. Llama a los hombres para que se lleven a la enferma y, si es posible, trae contigo el carruaje que nos lleve.

El joven no vaciló. El viejo hidalgo, ahora sólo con la hija, le hacía sentir la gravedad del peligro y la nobleza de la intención. Magdalena estuvo de acuerdo. Era el padre el que hablaba y no sería justo menospreciar sus afirmativas y determinaciones. Entretanto, no podía contener las copiosas lágrimas.

Antero no tardó mucho. El servicio de asistencia mandaría a los hombres aquella misma tarde. Lo que no fue posible encontrar era el carruaje. Después de una breve refección, salió nuevamente en un esfuerzo

supremo. Necesitaba un vehículo que pudiera transportar a cuatro o cinco personas. Sin embargo, la conducción deseada no fue obtenida en parte alguna.

Casi al atardecer, volvió profundamente descorazonado. El tío, que se contaminó de un lastimable pavor, procuró confortarlo, sugiriendo que se fuesen a caballo, al día siguiente. D. Ignacio, profundamente impresionado con las tristes escenas de la calle, suspiraba por un medio de abandonar la ciudad, de cualquier modo. Al principio, reflexionó incluso en la posibilidad de partir a pie, pero eso sería mucho arriesgar. Los caminos estaban llenos de enfermos sin hogar, de rostros deformados, extendiendo las horrendas y sucias manos a la caridad de los fugitivos sanos.

Antero aceptó la nueva sugerencia. Conseguiría caballos para el día inmediato. Casi terminaban las combinaciones, cuando llegaron los asalariados de la asistencia, a fin de llevar a Fabiana a la calle del Horno. La primera medida fue poner la tremenda marca roja en la puerta. D. Ignacio se sintió mal con el atrevimiento de los rudos enfermeros, pero, por otro lado, consideró que partirían al día siguiente para Versalles.

- ¿Por qué esa marca en la puerta cuando vamos a apartar de aquí a la única enferma? – interrogó Antero sin disfrazar la contrariedad que lo asaltaba.

- Sí – le respondieron – retiramos a la enferma, pero no sabemos si estamos apartando la enfermedad.

D. Ignacio acogió la respuesta al sobrino, con irreprimito espanto, pero, se cayó suponiendo que en breves horas, estaría respirando otros aires.

Fue muy conmovedora la despedida entre la esposa de Cirilo y la vieja sirvienta, que la había arrullado cuando niña. El genitor y el primo impidieron a Magdalena que la abrazara por última vez, cuando pasaba por la sala, cargada por groseros conductores. La hija de D. Ignacio,

no obstante, la confortó con palabras amorosas, dichas en voz alta. Sensibilizada con aquella manifestación de cariño, Fabiana hizo un esfuerzo y habló con doloroso acento:

- No llore, niña mía. Si yo sanara volveré de la calle del Horno para seguir sus pasos; y, si muero, iré en busca de mi señora en la eternidad.

La joven Magdalena no podía contener el llanto, a pesar de las observaciones casi ásperas del padre.

* * *

La noche cayó, pesada y angustiosa.

Después de salir la sirvienta, el viejo hidalgo comenzó a quejarse de malestar general con sensaciones dolorosas en todo el cuerpo. Horas después, tenía una fiebre devoradora, del período de incubación de la enfermedad. Magdalena y el primo rodeaban su lecho penosamente sorprendidos. Ante las lágrimas de la hija y las preocupaciones del joven, D. Ignacio ponderaba con firmeza:

- ¡Estén tranquilos, hijos! Estos síntomas no pueden ser los de la enfermedad execrable. Creo que la modificación de nuestro alimento habitual, impuesta por las circunstancias, me haya perjudicado el estómago. Esta fiebre es natural.

Pero los sofocantes gemidos, la transfiguración fisonómica debido a la fiebre, no podían engañar.

La hija no consiguió dormir. El enfermo no conseguía calmar su sed abrasadora. En vano recurrió a calmantes y tisanas, propias de la época. La mañana llegó con alarmantes perspectivas. Después de oír a la prima, Antero fue al cuarto del enfermo, viendo su profundo abatimiento.

- No te impresiones – decía D. Ignacio con un esfuerzo heroico para conseguir la retirada de París. – Creo que no podré salir a caballo, mas es posible que encontremos algún carro, aún hoy...

El sobrino, conmovido, procuró confortarlo, prometiendo acelerar las gestiones.

Retirándose, trató de intercambiar ideas con la prima sobre lo que podrían hacer. Magdalena no conseguía ocultar el pesimismo. Para ella no había dudas. Era positivamente la viruela en fase de incubación. Y para que D. Ignacio no fuese transportado a los grandes centros de socorro, donde la promiscuidad parecía convocar a la muerte más deprisa, era imprescindible el máximo cuidado, en vista de la marca de la puerta. Aquella señal roja era inexorable. Preocupadísimo, Antero volvió nuevamente a buscar medios para marchar a Versalles. Tenía la impresión de que la enfermedad sería benigna, una vez tratada en otro ambiente, lejos de la pesada atmósfera de París. Todos los esfuerzos fueron en vano. Ansioso por atenuar los rigores de la situación doméstica, buscó a un médico que se dedicase al tratamiento del viejo tío, pero en balde buscó valerse de sus conocimientos y relaciones. Los que no eran forajidos, estaban postrados, sin esperanza. Dispuesto a alcanzar cualquier recurso, llegó al templo Magloire, donde un antiguo sacerdote atendía a los pobrecitos.

El padre Bourget recibió su solicitud con mucho cariño. En otros tiempos, también tuvo póstulas, sintiéndose a la voluntad entre los numerosos enfermos.

Antero respiró. Era la primera persona que le hablaba con sincera tranquilidad. El abnegado hermano de los sufrientes lo acompañó a la casa llena de inquietud, examinó detenidamente al enfermo que le seguía los menores movimientos con angustiosa desconfianza, y acabó dirigiéndole palabras confortadoras, hijas de su

hábito de consolar a todos los afligidos. En particular, con todo, se dirigió a la joven señora y al joven, diciéndoles:

- En casos como este, hay que hacer frente a los acontecimientos, con la máxima resignación y fe en Dios. No debo ocultarles que el enfermo inspira serios cuidados. Además de la viruela, perfectamente caracterizada, hay otros síntomas graves.

Magdalena quiso enterarse de todo, conocer los pormenores, pero se sentía imposibilitada de hablar como deseaba.

- Vendré dos veces por semana – concluyó el bondadoso sacerdote.

Antero y la prima querían implorar que viniera más veces, que quedase en su compañía, pero, considerando que la ciudad casi entera estaba abandonada, se callaron conmovidos, seguros de que sería pedir mucho.

La situación doméstica prosiguió torturante. Cuando menos se esperaba, surgían los rudos auxiliares del servicio de salud, obligando a Antero mayor vigilancia, para que D. Ignacio continuase en casa a escondidas. Magdalena se multiplicaba en sacrificios silenciosos. Desvelada y cariñosa, casi no se separaba del lecho del genitor, que empeoraba por momentos. El viejo hidalgo pasaba largas noches delirando. Decía frases extrañas, inconexas, induciendo a la hija y al sobrino a graves reflexiones.

Al final de la semana, cayó la otra sirvienta de los Vilamil y, al día siguiente, el criado presentó los mismos síntomas. Antero no vaciló y mando alejar a ambos.

Ahora, como ocurría en la mayor parte de las casas nobles, él y la prima estaban obligados a ejecutar los mínimos servicios caseros.

Durante cuatro días, los problemas domésticos fueron solucionados satisfactoriamente, a pesar de los sacrificios que se imponían; al quinto día, no obstante, Magdalena

experimentó los primeros síntomas del mal devastador. Afligidísima, comunicó al primo su penoso malestar. El joven se inquietó vivamente. Dispuso el apartamento contiguo al del enfermo, buscó tranquilizarla, afirmando que, él sólo, se haría cargo de los trabajos de la casa. Ella aceptó el ofrecimiento, con los ojos llenos de lágrimas. Hacía dos días que experimentaba impresiones orgánicas muy angustiosas y deseaba reposar; sin embargo, se abstuvo de hablarle al respecto, obedeciendo al imperativo de sus pesadísimas tareas. El joven, entretanto, no solo por caballerosidad sino por el mucho amor que le consagraba, la consoló con las mejores muestras de cariño, que ella tuvo en cuenta como fraternidad sin mancha.

- Antero – dijo preocupada – no ignoramos la gravedad del estado de papá y no sé si yo llegaré al mismo estado...

- No te agobies – murmuró el joven solícito – hemos de ganar la batalla. Tengamos esperanza en los días venideros.

- He orado con fervor y no perderé la fe en Dios – acentuó la esposa de Cirilo, convencida. – La Providencia Divina sabrá la razón de nuestras agudas pruebas, y somos bastante pequeños para discutir los designios del Padre Celestial. Sin embargo, te pido dos cosas...

En ese ínterin, la voz se le embargaba en sollozos.

- ¡Di, Magdalena! ¿Qué no haría por ti? – exclamó el primo deseoso por confortarla con toda la ternura que vibraba en su alma.

- No me dejes a mercé de los acarreadores de enfermos, en el caso de que la fiebre me trastorne los sentidos – dijo muy conmovida – pues ignoro lo que sería de mí en la confusión de las casas de asistencia pública; y el otro favor es que mandes un emisario a Blois, llamando a tío Jaques, de mi parte.

- Nunca te llevarán a la calle del Horno – dijo el joven con firmeza. – Aunque yo enferme también, encontraremos un recurso. En cuanto al emisario para Blois, es posible que no encontremos un mensajero que vaya y vuelva a París, pero podré enviar una carta al profesor Jaques, por medio de algún fugitivo conocido.

Magdalena enjugó las lágrimas con un gesto de tristeza y sentenció:

- Dios recompensará tus sacrificios fraternales. En cuanto a provisiones, espero que Cirilo regrese de América, antes de lo que pienso, y entonces...

El joven le cortó la palabra murmurando:

- No hables de provisiones. El dinero no debe entrar en los problemas concernientes a nuestra paz y salud.

Aquél mismo día, Antero de Oviedo encontró a alguien que abandonaba la ciudad, rumbo a Blois, y la carta de Jaques Davenport fue encaminada con buena remuneración y especial cariño.

De ahí en adelante, el sobrino de D. Ignacio multiplicó las propias energías para atender las necesidades de los dos enfermos, que recibían sus demostraciones afectivas con profundo reconocimiento y mirada enternecida.

El padre Bourget, en sus visitas periódicas, movía negativamente la cabeza ante el viejo hidalgo, cuyo estado se agravaba con síntomas de muerte. En la segunda visita a Magdalena, el generoso sacerdote llamó al joven, al despedirse, y dijo:

- Hijo mío, todos mis deberes en esta calamidad pública han sido amargos y dolorosos. He aquí que debo cumplir uno más.

Antero se puso pálido. La soledad le angustiaba el espíritu. Al principio, esperó que Jaques o Susana apareciesen dispuestos a llevarse a la enferma a Blois, pero ya habían pasado ocho días del envío de la carta.

Atormentado, buscó inútilmente las palabras con que pudiese hilvanar una respuesta al sacerdote, cuando este, notando la palidez, prosiguió:

- No te dejes abatir por el desánimo. Dios conoce a los hijos que lo aman en la tempestad de amarguras y es preciso amar al Todopoderoso, acatando su justa voluntad. A pesar de nuestros esfuerzos, hijo mío, no creo que tu viejo tío pueda vivir más de dos días. En cuanto a la joven, solamente se salvará porque Dios concede fuerzas, que no comprendemos, a los corazones maternos; su estado, sin embargo, es delicado y difícil. Tengo casi la seguridad de que ella se curará de la terrible enfermedad, pero no sabemos cuándo podrá levantarse de la cama.

Antero de Oviedo sintió una profunda rebeldía en aquél penoso instante de la vida. Aunque estaba agradecido a la buena voluntad del sacerdote, experimentó un fuerte deseo de echarlo con violencia. ¿No habría otras nuevas noticias sino aquellas de angustiosos vaticinios? En otra ocasión, si estuviese delante de un médico, le diría fuertes improperios; pero la verdad es que allí estaba rodeado por la siniestra viruela, sin amigos y sin nadie. Aun así, no disimuló un gesto de profundo rencor y habló agitado:

- Está bien, padre Bourget. Quedo enterado de que el señor nada más tiene que hacer aquí.

El viejo ministro de la Iglesia contempló al joven, compadecidamente, y salió.

Cuando se vio nuevamente sólo, el mozo español entro en profunda meditación y lloró desesperado. Tenía dinero, disponía de prestigiosas relaciones, sin embargo, se veía privado de las cosas mínimas de la vida. Por un lado, el viejo tío, a quien consideraba como un padre, a punto de franquear los umbrales de la muerte, sin el confort de un médico a la cabecera; por otro lado, la

prima muy amada, la elegida de su juventud, con una fiebre intensa que la hacía delirar, doliéndole el corazón. Doña Margarita, amiga maternal de su infancia risueña, partió para siempre. Los sirvientes de la casa habían salido, uno a uno, golpeados por la impiadosa enfermedad. D. Ignacio estaba moribundo, como lo afirmaba el padre Bourget. ¿Y si Magdalena también partiese para las zonas ignoradas de la tumba? A ese pensamiento, un frío cortante le dominó el corazón. Ella era su última esperanza. ¿Por qué soportar la permanencia en Francia, sino por ella? España tenía otros muchos encantos que lo llamaban con insistencia. Entretanto, sentía casi placer en los trabajos pesados de París y Versalles, porque eso le daba la oportunidad de verla todos los días. Si no fuese por el cariño de la madre adoptiva hubiera aniquilado a Cirilo Davenport, antes que él la desposase. Toleró el hecho de sus nupcias con el joven irlandés, pero nunca renunciaría a sus propósitos. Por último, perseveraba en afrontar la situación peligrosa de la capital francesa, tan solamente por su amor. Íntimamente, se sentía capaz de todos los sacrificios por D. Ignacio; entretanto, verificaba que también eso sería por causa de Magdalena. La idea de que ella pudiese sucumbir en el torbellino de las pruebas amargas, lo amedrentaba tenazmente. El corazón, herido por los cuidados, comenzó a perturbarle el raciocinio. Comenzó a pensar fuertemente en la situación de Cirilo. Era posible que el rival nunca más regresase de la lejana América. Si eso ocurriese, se consagraría al único tesoro de su vida. Buscaría cautivar a la prima por maneras generosas. Acogería el fruto de su enlace con desvelos paternos. Y, ¿quién sabe? Tal vez Magdalena reconociese su dedicación y cediese a sus ruegos. Los malos pensamientos rondaban su mente. ¿Y si huyese con ella hacia la colonia del sur, seduciéndola con la promesa de

encontrar al marido en América del Norte? No faltarían pretextos para eso, principalmente después que D. Ignacio Vilamil expirase. El único obstáculo a considerar, en la realización del execrable proyecto, sería la presencia de Jaques Davenport, ¿pero quién podía saber lo que ocurría allá en Blois? Antero de Oviedo se pasó las manos por la frente como si quisiese expulsar los planes criminales que le asediaban.

Casi diariamente, atendía a los portadores de los variolosos, que venían en busca de informaciones, atraídos por la fatídica señal:

- Aquí no hay más enfermos – declaraba invariablemente.

En cierta ocasión, sin embargo, uno de ellos interrogó:

- ¿Por qué, entonces, insiste en permanecer en una casa tan triste?

- Tengo mis razones para proceder así – sentenció sin darse por aludido.

Las luchas proseguían ardientes, pero, en la segunda noche tras las declaraciones del padre Bourget, Antero tenía confirmados los dolorosos pronósticos. Transcurrido el día en largos sufrimientos, el viejo tío cayó en profunda postración, agonizando en pocos momentos. De vez en cuándo, Antero corría al cuarto de Magdalena y volvía junto al moribundo, que, al clarear el alba, entregó el alma al Creador. Absolutamente sólo, tomó las decisiones inmediatas, esperando el amanecer del día para atender a otras que se hacían imprescindibles. Un doloroso pensamiento acudió a su cerebro cansado. ¿Dejaría a Magdalena sola, febril, casi inconsciente de sí misma? ¿Y los enfermeros abominables? Se consoló con la idea de que siempre vendrían a la tarde, y que saldría a darle sepultura más o menos digna a D. Ignacio, por la mañana, en el

Cementerio de los Inocentes. Dejaría la puerta bien cerrada. Solucionaría todo deprisa, y antes del crepúsculo, todo estaría liquidado para continuar enfrentando la nueva fase de la penosa situación.

Sumergido en esos dolorosos pensamientos, Antero reposó algunos minutos.

* * *

La carta del sobrino de D. Ignacio llegó a las manos del destinatario, en Blois, tres días después de ser escrita. El buenísimo educador se alarmó, aunque estuviese igualmente en cama, atacado por la misma enfermedad, pero de forma bastante benigna. Imposibilitado de atender al llamado, consultó a Susana a propósito y la joven accedió animosamente:

- Cuando te encuentres mejor – dijo resoluta – iré a París para atender los casos.

- ¿Pero no tienes ningún recelo? – preguntó el padre bondadosamente – porque en esa hipótesis, podré enviar a algún amigo de aquí, que ya haya pasado la enfermedad y esté libre de contagio.

- No, padre mío – insistió la joven, fingiendo generosidad – estos casos deben ser resueltos por los propios parientes. Llevaré a Pierre conmigo y nada más. Nuestra vecina conoce remedios preventivos de primer orden y no debo temer.

Jaques Davenport dirigió a la hija una mirada de agradecimiento sincero.

Después de que se mejorara el padre, Susana hizo las gestiones necesarias, llamó a Pierre, empleado de su entera confianza y se encaminó a París, llevando en un pequeño vehículo todos los reducidos objetos de socorro que podría necesitar, tanto en remedios como en armas.

A medida que avanzaba por los caminos, más era su espanto por la mendicidad y la desolación esparcidas por todas partes. No obstante al esfuerzo empleado, se vio obligada a pernoctar en uno de los puestos de cambio, próximo a la ciudad, para llegar a las puertas parisienses al día siguiente por la mañana.

Frente a la casa de los Vilamil, en San Honorato, Susana entregó las riendas al compañero y se encaminó a la puerta marcada, algo conmovida. Llamó inútilmente. ¿Qué habría ocurrido? Forcejeó en balde la puerta, que parecía herméticamente cerrada. No se conformó con eso. Dio algunos pasos buscando el ángulo lateral de la casa, que daba al jardín. Preocupada, empleó toda su fuerza en la ventana más próxima, hasta que esta cedió, ofreciendo la entrada fácilmente. Una vez dentro, todo le pareció desierto, quedándose asombrada, aunque daba testimonio de tener coraje. Conocía el peligro que corría, pero no vaciló. Después de dar algunos pasos, entró en el cuarto donde el cadáver del viejo hidalgo yacía deformado sobre el lecho. No pudo evitar un gesto de espanto. Tenía la impresión de haber entrado en una tumba. Contuvo las emociones más fuertes y avanzó hacia el cuarto contiguo, ocupado por Magdalena. La situación de la esposa de Cirilo la impresionó profundamente. La hija de D. Ignacio reposaba en un sueño lleno de abatimiento singular. No obstante la fase eruptiva, cuando se atenúan los dolorosos fenómenos del período de incubación, Magdalena Vilamil estaba postradísima, bajo la presión de altísima fiebre. Las terribles moscas se le posaban en el rostro lacerado, sin que ella reaccionase lo más mínimo. Susana se inclinó hacia la rival, profundamente impresionada. ¿Dónde estaría Antero de Oviedo? Intuitivamente, llegó a la conclusión de que el joven estaría en el Cementerio de los Inocentes, proporcionando sepultura digna para D. Ignacio. La desolación de la casa inquietaba su espíritu.

Sentía la necesidad de estar con alguien para compartir la propia aflicción. Volvió a la ventana y se dirigió a la calle, deseosa de consultar a la vecindad.

- Pierre – dijo al criado, decidida – tengo necesidad de informarme en las casas próximas y te recomiendo mucho cuidado en la vigilancia del animal y también de esta morada. Cuando llegue alguien, búscame sin tardanza.

Mientras el sirviente hacía una señal de obediencia, Susana llamó en los alrededores, pero todas las puertas estaban silenciosas e impenetrables. La epidemia esparció el terror, despobló los hogares y, además de eso, los habitantes de París no conocían el compañerismo fraternal de la tranquila Blois. La joven, sin embargo, no se desanimaba: aporraceaba puertas, llamaba, insistía. Al llegar a la puerta de una casa más distante, prosiguiendo con la investigación inútil, surge Pierre, jadeante, llamándola:

- Dese prisa porque un grupo de cinco hombres, después de observar la marca roja, derrumbó la puerta, penetrando en la casa.

Susana retrocedió de un salto. Algunas carretas cerradas permanecían en la vía pública. Enseguida comprendió que los execrables vehículos recogían los muertos de la mañana.

Muy rebelada por la desenvoltura con que actuaba la turba de socorro, la prima de Cirilo penetró valientemente en el interior.

Dos hombres musculosos comenzaron a mover el cadáver de D. Ignacio Vilamil, mientras otros tres intentaban levantar a Magdalena, desalojándola del lecho.

- ¿Qué es esto? – gritó enérgica y estridente.

Los invasores temblaron oyendo su voz impulsiva. Inmediatamente se detuvieron en la lúgubre tarea y se acercaron a la joven, como si atendiesen a una voz de

mando. Con una rápida mirada, Susana percibió que eran operarios rudos y embriagados.

- Señora – exclamó uno que parecía el jefe de la turba – por orden del Director, ayudamos al traslado y enterramiento de los cadáveres...

- ¿Pero están enterrando personas vivas en París?

A esa pregunta formulada en tono enérgico, los míseros encargados de los servicios fúnebres se miraron entre sí recelosos.

- Pero aquí hay dos muertos – respondió el interpelado tímidamente.

Susana en ese instante fue asaltada por un pensamiento siniestro. ¿Y si permitiese que la detestada rival pasase como cadáver en las miserables ambulancias? ¿No sería una manera práctica de deshacerse de tan odiada enemiga? Magdalena estaba cubierta de moscas, sin la más leve reacción. Su cuerpo, abrasado por la fiebre, parecía insensible. No habría testimonios del trágico acto de su negro atentado. Pero la idea del crimen le repugnó.

Luchó contra la tentación de los instintos inferiores y grito en voz alta, estentórica, como si quisiese ahuyentar al genio perverso que pretendía apresarla.

- ¡Atrás, cuervos malvados! ¿No veis, entonces, que esa mujer está viva?

Esa reprobación fue gritada de manera tan violenta que los infelices temblaron, humillados.

- Cumplíamos órdenes, señora – aventuró el jefe titubeante – ya que reacciona contra nosotros...

- ¡Todos a la calle! – gritó Susana indignada – esta casa tiene dueño. No se llevarán de aquí ni una paja. Si retiran un solo objeto, mandaré encerrarlos en la Bastilla.

Cuando oyeron hablar de cárcel y ante aquella resistencia imprevista, no encontrada aún en otros hogares, donde las familias parecían ansiosas por

liberarse de los cadáveres y de los enfermos graves, a cualquier precio, los cinco trabajadores regresaron a la vía pública, retomando con timidez la lúgubre tarea.

Una vez sola, la hija de Jaques entendió que no debería quedarse inactiva. La idea de que podía haber apartado a Magdalena de su camino, la perseguía ahora, horriblemente. Si la hija de D. Ignacio hubiese muerto, sería libre para conquistar a Cirilo, en América. Convencería al padre de que deberían partir hacia la lejana colonia y procuraría sustituir a la rival, junto al primo, que no consiguió olvidar. Experimentando un inmenso recelo de las ideas que le surgían en el cerebro con fuertes llamadas al crimen, reflexionó que era necesario encontrar a Antero para tomar las diligencias que la situación exigía. Si el joven no hubiese huido de París, estaría, seguramente, en el Cementerio de los Inocentes. Era la única explicación que se le ocurría para justificar su ausencia en aquél ambiente de infinito dolor. Urgía encontrarlo. Podría enviar a Pierre en su búsqueda, pero el sirviente no lo conocía. Decidió buscarlo personalmente.

Ordenando al rudo ayudante que estuviera de guardia en la puerta de los Vilamil, con arma en puño, Susana concluyó:

- No te apartes de aquí para nada.

Y después de describir al ayudante cómo era Antero, fisonómicamente, como única persona autorizada de poder entrar en aquella casa, tomó el vehículo y fustigó al animal al galope, dirigiéndose al Cementerio de los Inocentes.

La prima de Cirilo no se equivocaba. En la portería encontró al sobrino de D. Ignacio, que esperaba ser atendido por un grueso abad, llegado hacía poco.

Antero recibió a la joven con infinita alegría. Era alguien que llegaba para compartir sus trabajos y sus

angustias. Susana le contó el terrible caso de la mañana y, observando su justa inquietud, informó que la puerta de entrada estaba ahora bajo la guardia de un criado fiel. El joven relataba las luchas y amarguras experimentadas, hasta que el eclesiástico, un viejito amable y bonachón, con el rostro marcado por la impiadosa viruela, lo llamó para anotar las debidas declaraciones.

Se aproximó.

- ¿Mucho trabajo, reverendo? – preguntó la joven deseando amenizar la triste situación.

- ¡Ah! Sí, hija mía, aquí estoy desde hace tres largos días, sin compañeros que me sustituyan. Aunque también sufrí la pérfida enfermedad que nos ha castigado con tanto rigor.

Y el abad Montruil abrió un cuaderno de notas provisionales. Susana contempló curiosamente los nombres de las últimas personas sepultadas. Entre los muertos del día anterior, leyó un nombre que era ante sus ojos una impresionante coincidencia:

“Magdalena Villar, española, procedente del arrabal de San Honorato, de veinte años de edad.”

Susana no escuchó más declaraciones de Antero al superintendente del gran establecimiento funerario, para sólo pensar en las ideas extravagantes que acudían a su cerebro atormentado. Defendió a la rival contra los cargadores infames, pero tampoco quería perder su oportunidad de renovar la gran tentativa de sus pasiones inferiores. Reaccionando al impulso criminal de incluir a la esposa de Cirilo entre los cadáveres destinados a la fosa común y ahora estaba considerando que si el plan constituyese una falta, esta no sería tan grave a sus ojos. El nombre de la muerta, registrado allí fortuitamente, le sugería un rol de proyectos indignos. La rival podría

pasar, en adelante, por muerta, si Antero de Oviedo se uniera a sus propósitos. Bastaría modificar el apellido Villar por el de Vilamil. Además de eso, a su manera de ver, en el cuadro de su pasión mezquina, la providencia sería una rectificación del destino. Jamás podría amar a otro hombre que no fuera Cirilo Davenport. El sobrino de D. Ignacio Vilamil, a su vez, según le confesara, jamás se uniría a otra mujer que no fuese Magdalena. La idea la aturdió. El veneno sutil de la tentación la entusiasmaba por completo. Esperó, ansiosa, que el joven terminase el diálogo con el abad Montreuil y, cuando él se disponía a regresar, le pidió un minuto de atención para tratar un asunto de gran importancia para ambos. El joven la atendió, curioso y solícito.

Apartándose algunos pasos, hasta la sombra de un viejo muro, Susana comenzó discretamente:

-Nunca pensé tanto en su situación, como ahora: Doña Margarita ya no pertenece a este mundo, su tío acaba igualmente de partir y Magdalena exige sus cuidados. ¿No considera, por ventura, las luchas que lo esperan? Desde que me confió sus padecimientos íntimos a cambio de mi confianza fraternal, reflexiono en la insatisfacción de su alma generosa.

- Sí, todo eso es verdad – confirmó él suspirando.

- Esta situación me impresiona y conmueve, porque sus aspiraciones no realizadas son idénticas a las mías. Sufro, aún más, porque estoy segura de que Cirilo se casó con Magdalena por un capricho. Mi primo no podrá amarla nunca, y reconociendo todo eso lo veo, por otro lado, incapaz de elegir a otra mujer.

La joven de Blois iba percibiendo el profundo efecto de sus palabras. Mostrándose sumamente reconocido a su cuidado, el sobrino de D. Ignacio añadió:

- Estamos en perfecto acuerdo.

Ella aprovechó la brecha y lanzó la gran interrogación:

- ¿No será justo rectificar tan deseado destino por nuestras propias manos?

El joven que, hacía dos días, venía reflexionando cuál sería el mejor medio de separar a Magdalena del marido emigrado, aun en la lucha íntima por desembarazarse de semejante sugestión, preguntó atónito:

- Rectificar... ¿pero cómo?

- No será tan difícil – murmuró la joven.

Y pasó a exponer el plan que tenía en el cerebro apasionado. Pagarían al abad Montreuil el trabajo de falsificar el nombre de la enterrada en la víspera. Magdalena Vilamil y no Villar, para todos los efectos. Identificarían la tumba con adornos preciosos, antes que eventuales interesados pretendiesen descubrir cualquier engaño. En casa, con todo, tratarían a la enferma con desvelado cariño y cuando mejorase le notificarían por carta, que ella, Susana, se ocuparía de enviar desde Blois, que Cirilo había perecido en un naufragio, antes de llegar a tierras americanas. Naturalmente, tendría un gran disgusto, pero Antero buscaría distraerla llevándola a España, o incluso a la colonia sudamericana, donde ya tenía parientes. Ella, Susana, obligaría al viejo padre a partir y procuraría renovar sus ideales amorosos junto al hombre amado, mientras él, Antero, conquistaría a la prima ofreciéndole un feliz porvenir.

El joven castellano estaba entusiasmado. Al final de cuentas, ¿no era eso mismo lo que intentaba descubrir, en vano? Buscaría ardientemente una fórmula sutil, que solamente ahora le aparecía por inspiración de Susana, allí, junto a las tumbas, donde no habían ojos ni oídos humanos capaces de reconocer el terrible secreto. Con la mirada fija, abstraído de cualquier otro pensamiento, él experimentaba la renovación de los sofocados impulsos.

La sugerencia le daba la victoria. Sentiría placer en comunicar a Magdalena que el marido se sumergió en el torbellino de las aguas insondables. La llevaría a España y, desde allá, si fuera posible, irían a América del Sur, llena de leyendas fantásticas. Daría largas al espíritu aventurero que le palpitaba en las venas. La prima, en breve, si escapase a la viruela, tendría una criaturita necesitada de protección paternal. Le daría esa protección. A su parecer, no creía que Magdalena rechazase el afecto en tan duras circunstancias. La hija de Jaques veía el cambio de expresión fisonómica, visiblemente satisfecha.

Como despertando de un sueño, el joven acentuó:

- ¡Magnífica inspiración! Hace dos días que buscaba, sin conseguirlo, un medio de reconstituir mi tranquilidad. Llevando a cabo ese plan, ya no seré el más desgraciado de los hombres.

- ¡Qué bien! – dijo la joven con alegría.

- Pero... ¿los detalles? - añadió Antero ansioso. - ¿Y el criado que te acompaña?

- No te preocupes – esclareció resoluta. – Con el pretexto de preservarle la salud, le mandaré que me espere en el puesto de cambio, próximo a París. En cuanto al resto, es muy fácil para nosotros dos. Mañana mismo volveré aquí para procurar un mausoleo adecuado a D. Ignacio e hija. Después que mejore Magdalena, regresaré a Blois, donde informaré a mi padre, de su fallecimiento. Sabiendo cuánto la estima, convendrá que te traslades a algún barrio distante, o a Versalles, porque naturalmente deseará visitar la tumba y la casa donde ella murió. Un mes después de mi regreso, te escribiré desde Blois comunicándote a ti, como a tu prima, el naufragio de Cirilo y nuestra resolución (mía y de papá) de seguir para América. De esta manera, a mi modo de ver, todo quedará concluido.

Antero no podía disimular la gran sorpresa. La joven razonaba tan clara y naturalmente, que las gestiones se asemejaban más a un viejo proyecto, sólo pendiente de la oportuna aplicación. Entretanto, de cualquier modo, la satisfacción del joven español era enorme e intraducible. Después del solemne juramento de silencio perpetuo, se dirigieron al oratorio del abad superintendente, a quien Susana habló en estos términos:

- Reverendo Montreuil, deseamos un gran favor de su parte.

- Decid sin recelo – respondió el interpelado con una benevolente sonrisa.

Antero parecía vacilante, la joven prosiguió:

- Para nuestra desgracia, perdimos al mismo tiempo un tío y una prima, y deseáramos que sus tumbas estuviesen una al lado de la otra.

- Eso no es difícil – respondió el eclesiástico – pero, como tal vez no ignoren, las autoridades religiosas ordenaron la apertura de cierta zona del cementerio a los que puedan contribuir con sus óbolos más voluminosos a nuestras obras pías. De esta forma, podremos atender a vuestro deseo, pero eso costará cincuenta francos.

- Pagaremos de buen grado – declaró el sobrino de D. Ignacio, más animado.

- Ahora, reverendo, también un otro favor – añadió la hija de Jaques resolutamente – necesitamos ver el lugar donde fue sepultada Magdalena Vilamil, nuestra prima, en la fecha de ayer.

El abad tomó maquinalmente el cuaderno y preguntó:

- ¿Magdalena Villar?

- Hay un evidente equívoco – interpuso la joven acompañando la lectura – el nombre de familia es Vilamil. Le ruego el favor de corregirlo.

El superintendente esbozó una sonrisa y explicó:

- La rectificación, no obstante, cuesta cincuenta francos más. No os admiréis, hijos, así lo exige la caridad de la Iglesia.

- De muy buen grado – respondió Susana sin vacilar.

El abad Montreuil rectificó el nombre, pero Susana aún no se daba por satisfecha.

- Ahora – dijo ella con naturalidad – deseo un certificado, o copia de los registros.

El reverendo no puso ninguna dificultad para atender la nueva solicitud, después de exigir el pago de unas decenas más de francos.

La prima de Cirilo, no obstante el paisaje fúnebre del momento, no disimulaba la satisfacción que sentía en el alma. Al retirarse, depositó en las manos del superintendente sorprendido la cantidad de cien escudos, doblando así las exigencias de su tarifa de precios.

El sepulcro destinado al hidalgo español fue escogido junto a la presunta tumba de la hija. Se llevaba a término el paso decisivo para la dolorosa modificación del destino de nuestros personajes.

Con una energía increíble, Susana cooperó en todas las gestiones necesarias al enterramiento de D. Ignacio, valiéndose de Pierre en ese sentido. Después, mandó que el criado la esperase en el puesto de cambio, a pocos kilómetros de París y ayudó a Antero hasta que Magdalena estuvo convaleciente. Para el sobrino de los Vilamil, esa colaboración fue preciosa, permitiéndole reponerse de la inmensa fatiga. Deseosa de captar su simpatía cada vez más profunda, la joven irlandesa hizo todo lo posible para ayudar a Magdalena a mejorarse, esfuerzos esos que Antero acompañaba con una sonrisa de sincero reconocimiento.

Al final de la semana, Magdalena estaba en vías de una franca convalecencia. La muerte del padre le causó

una profunda consternación, pero la esperanza de reunirse, en breve, con el esposo, renovaba sus energías.

Ante sus afectuosas preguntas, Susana explicaba que su padre no pudo venir a París, por haber sido igualmente atacado por la cruel enfermedad, pero que lo haría, tan pronto se lo permitiesen las fuerzas.

- ¿Y Cirilo? – preguntó, después de volver en sí del estado delirante – ¿no hay noticias en Blois de su llegada a América?

- Por ahora, nada de positivo – esclareció Susana.

Pero, ensayando la trama del criminal drama, acentuaba:

- Amigos recientemente llegados del Ulster, nos afirmaron que dos embarcaciones del capitán Clinton habían naufragado en el litoral de la lejana colonia, pero, hasta ahora, hemos esperado ansiosamente informes detallados del siniestro.

La pobre señora consideró, muy pálida:

- ¡Cómo me asusta eso! Espero en Dios que nada haya ocurrido de malo, pues desde hace muchos meses vengo pidiendo a la Virgen Santísima la protección de Cirilo.

- Yo también – dijo la joven – estoy segura de que la Providencia Divina no nos olvidará.

Transcurrida la semana que marcaba las mejoras promisorias de Magdalena Vilamil, entre conversaciones afectuosas, Susana Duchesne Davenport regresó al hogar, llevando al padre la noticia de los dolorosos acontecimientos.

El generoso Jaques tuvo una profunda conmoción. Al saber que los Vilamil habían desaparecido en circunstancias tan trágicas, se sintió inconsolable. Recordaba la resignación silenciosa de Magdalena cuando ocurrió la muerte de Doña Margarita y recordaba, con espanto, el modo con que ella insistía para que lo acompañase a Blois. Tenía la impresión de escuchar las

negativas reiteradas de D. Ignacio y su oposición irreductible a la invitación afectuosa. Concluía, entonces, que ciertamente, interfirieron en los hechos los ascendentes de la Voluntad Divina, que no le era dado a conocer o investigar. Durante un mes, no dejó ni un sólo día de huir de dolorosos recuerdos. Y estaba, en verdad, exhausto. Enflaquecido por la cruel enfermedad, la convalecencia parecía prolongarse indefinidamente, por su invariable tristeza. Ante sus ojos fatigados, aumentaba la fila de los alumnos muertos. Muchos niños de Blois habían sucumbido, no obstante la relativa benignidad del mal, en los ambientes campesinos. El bondadoso educador pensaba en la reapertura de las aulas, muy aprensivo. Un día la hija se aproximó a su banco, entre los árboles susurrantes del parque, y le dirigió la palabra conmovida:

- Papá, he hecho todo lo posible para que tus sufrimientos sean atenuados y tus lágrimas menos abundantes.

- ¡Ah! Hija mía, no te preocupes por mí – exclamó en tono de suprema resignación – las lágrimas que menos dilaceran el alma deben ser las que nos caen de los ojos aliviando el corazón.

- Hoy, sin embargo, noto que estás más triste – añadió con cariño.

- La respuesta del Sr. Antero de Oviedo, describiéndome los últimos sufrimientos de Magdalena, me conmovió mucho. La pobrecita debió padecer mucho, antes de entregar el alma a Dios. De cualquier manera, sin embargo, esa carta vino a cerrar el capítulo de mis preocupaciones, pues alimentaba ciertas dudas con relación a la criatura. Ahora sé que la primera flor del matrimonio de Cirilo no llegó a brotar. Y mientras él enjugaba una lágrima, Susana añadió:

- Padre, nunca experimenté tanta angustia en Francia, como ahora. En cada rincón tengo la impresión de contemplar fantasmas de amargas persiguiéndonos sin treguas. ¿No le parece razonable la idea de unirnos a nuestros parientes allá en América? Aquí, en Blois, desaparecerán con la peste devastadora los alumnos que más te comprendían. Carolina parece no acordarse más de nosotros, y en cuanto a los lazos que ataban a Cirilo a París, quedan sólo dos tumbas tristes en el Cementerio de los Inocentes.

Jaques Davenport miró a la hija que tenía los ojos llenos de lágrimas y exclamó:

- Tienes razón.

Ojeó el enorme recinto silencioso, pareció escuchar atento el susurro del balanceo de las ramas por el viento y habló:

- Cuando Cirilo partió, mis planes eran otros, pero ahora mi viejo parque también está muerto. El frío más doloroso es el de la desilusión y el de la añoranza, hija mía...

Susana no insistió. Comprendió que aquellas palabras equivalían a un compromiso firmado para el futuro.

Dos meses después, padre e hija realizaban un viaje para visitar la tumba de Magdalena. Ordenaron que las sepulturas fuesen distinguidas por losas preciosas. Sobre la de D. Ignacio el profesor de Blois mandó colocar una cruz; pero, identificando la losa sepulcral donde suponía descansaba aquella a quien amó como a una hija, ordenó que la adornaran con una hermosa figura de ángel llevando en la diestra un corazón atravesado por un puñal, ignorando la extensión del grandioso símbolo. También mandó grabar epitafios de recuerdos y fe, con frases afectuosas. Jaques hizo intención de visitar la casa de San Honorato, donde se habían desarrollado los luctuosos acontecimientos. Encontrándola cerrada,

indagó de la vecindad relativamente a los criados, ya que Antero de Oviedo, en la misiva que le envió a Blois, datada desde Versalles, le hacía partícipe de la decisión de regresar a España dentro de pocos días. Fabiana había fallecido, pero la otra sirvienta y el criado habían conseguido escapar de la muerte. El profesor también procuró visitarlos en la residencia de Santa Genoveva, donde trabajaban, siendo que ambos habían sido informados, por Antero, del fallecimiento de la joven señora y del viejo patrón, cuya pérdida recordaban llorosos.

En París, tras el regreso de Susana a Blois, la situación continuó mucho más triste y extraña para Magdalena, incapaz de advertir toda la trama dolorosa que ennegrecía su destino.

Su estado mejoró en general y, sin embargo, según previno el padre Bourget, los pies se le quedaron inertes, casi paralíticos. Mientras se mantenía inmóvil, los dolores le disminuían; pero, si intentaba levantarse y andar, reaparecían las sensaciones extrañas, forzándola a sentarse en el lecho. El primo, sin embargo, se deshacía en atenciones y desvelos. Tan pronto volvió Susana a la casa paterna, él dispuso el traslado para Versalles, con el consentimiento de la enferma, la cual estaba ansiosa por cambiar de ambiente, creyendo que con eso se le atenuaría el malestar orgánico. El sobrino de D. Ignacio notificó a las amistades más íntimas de los Vilamil – como, por ejemplo, a las familias de Colete y Cecilia – el fallecimiento del viejo hidalgo y de la hija, añadiendo informaciones sobre la situación de las respectivas tumbas en el Cementerio de los Inocentes. A los vecinos los informó por mediación de los viejos sirvientes con mensajes verbales, en el caso de que escapasen de los martirios de la calle del Horno.

Aseguradas todas las resoluciones de conformidad con su argucia psicológica, trató del cambio para Versalles, efectuándolo a altas horas de la noche y valiéndose de la confusión aún reinante en el barrio desorganizado por las consecuencias de la epidemia devastadora. Al rayar de un lindo día, Antero llegó con la convaleciente a la pequeña ciudad de la Corte, donde se instaló en una casa confortable de los alrededores.

La necesidad de una sirvienta de confianza era lo que más se imponía. Un amigo le indicó una huérfana castellana, de nombre Dolores, que había perdido a la madre, única persona de la familia que le quedaba en la vida, entre los muertos de Vincennes. La pobre criatura fue recogida medio muerta, en la entrada de Êbreux, cuando intentaba huir de los tristes cuadros parisienses. Estaba casi restablecida y podía prestar óptimos servicios. El sobrino de D. Ignacio la buscó y de hecho encontró en esa joven de veinte años, de tez morena – pues descendía de padre esclavo – una compañera abnegada para Magdalena, que la recibió con los brazos abiertos, en un verdadero transporte de consuelo y de alegría.

Bajo el guante de las pruebas que la rodeaban, la esposa de Cirilo no conseguía disimular la extrañeza que le causaba la falta de noticias del profesor de Blois. Inútilmente le escribió dos largas cartas, sin poder imaginar que serían destruidas por el primo, encargado de expedirlas, y así se mantenía con el corazón en un presagio.

Pasado algún tiempo, nació la hijita bajo la asistencia cariñosa de Dolores, que se reveló como una hermana dedicada y fiel, en las mínimas circunstancias. El advenimiento llenó la casa de dulce confort y Magdalena, guardando a la recién nacida en los brazos, con infinito cariño, le llamó Alcíone por primera vez. Una larga misiva fue escrita a Jaques y entregada al primo, pero este, que la

redujo a cenizas instantes después, ya se encontraba sumamente preocupado por la demora del mensaje de Blois, anunciando la supuesta desaparición de Cirilo.

Un mes después del nacimiento de la niña, llegaba a Versalles una larga carta de Susana, anunciando, en nombre de Jaques, el supuesto fallecimiento de Cirilo Davenport. La misiva contenía consideraciones dolorosas, al mismo tiempo que procuraba confortar a la viuda en su gran dolor. La joven comunicaba igualmente que había decidido trasladarse a Irlanda, donde el padre deseaba unirse a algunos parientes y allá esperar el fin de su vida. Prometía escribirle en un futuro, dando informaciones más detalladas de la nueva situación.

Antero, fingidamente conmovido, leyó la carta a la pobre joven – que no deseaba otra cosa sino morir, allí mismo, en la inmensidad de su desdicha. Casi paralítica, Magdalena Vilamil lloraba delante del primo y de Dolores que, en vano, procuraban consolarla.

Se sentía sola y desamparada en el mundo. Cirilo era su última esperanza en la Tierra. Con el corazón lleno de angustia, rememoró la infancia, la primera juventud llena de cuidados de su madre y recordó la figura del mendigo de Granada, que le predijo sinsabores y amarguras en el porvenir. Estaba enferma, sin el apoyo afectuoso de nadie, se sentía la más desdichada de las criaturas. Inútilmente la nueva sirvienta la rodeó de cariño y gentilezas.

A la noche, Antero se aproximó profundamente sensibilizado y le habló con ternura:

- Magdalena, no todo está perdido.

- No me queda nada más – murmuró entre lágrimas.-
He luchado con valor contra la adversidad, pero ahora...

El primo se sentó a su lado y continuó:

- Eres joven y Dios no te negará salud para reconquistar la felicidad que parece destruida. Puedes

contar conmigo en todas las circunstancias. También soy un hombre y no me faltan las energías para vencer las luchas más ásperas.

La prima lo contempló a través del velo de llanto, para verificar la diferencia de expresión magnética de aquellas palabras en confrontación con los vivos recuerdos del esposo. Cirilo también le hablaba así, en las horas tristes, pero sus gestos e incluso la entonación de la voz eran profundamente diferentes. En un instante, comprendió hasta dónde quería llegar Antero, reconociendo que podría estimarlo como a un hermano; jamás, sin embargo, podría aceptarle el viejo sueño conyugal, de otros tiempos.

- No dudo de tu valiosa amistad – esclareció la supuesta viuda con delicadeza fraternal – pero la muerte de Cirilo me deja aniquilada para siempre.

- Pero tienes una hija que exige tus desvelos – advirtió algo celoso, recurriendo a sus sentimientos de madre.

Magdalena tomó a Alcíone en el regazo, como para buscar el último motivo de su apego al mundo, mientras el joven continuaba:

- No te dejes abatir por impresiones transitorias. La luz vuelve del cielo, diariamente, la alegría se renueva siempre. Después de los días amargos volverá la dicha de adaptación a los nuevos hábitos. He pensado en los muchos dolores que nos probaron en Francia y también estoy ansioso de cambiar de vida. Di lo que quieres y yo lo haré. ¿No desearías ir a nuestra muy amada España? Si te place, volveremos a Granada, a fin de recordar nuestra infancia feliz y despreocupada. Veremos de nuevo el cielo de la patria y Alcíone crecerá a la sombra de nuestro afecto.

A tales palabras conmovedoras, Magdalena quiso decir que deseaba ir a Blois inmediatamente, a fin de

arrodillarse a los pies de Jaques, para implorarle que no la abandonase con la criaturita. Le suplicaría que la llevase consigo a Irlanda, después de confiarle sus grandes amarguras. Entonces, podría esperar tranquilamente la muerte, confiándole a Alcíone como su propia hija. No obstante, recordó que el educador y Susana habían sido muy reservados en su doloroso mensaje. Ambos debían conocer su gran angustia, los apuros en que se veía y, sin embargo, no la habían invitado para acompañarlos a Irlanda. No sería justo molestarlos. Además, guardaba nítidas las reminiscencias de la difícil fase, enfrentada por la larga enfermedad de su madre. Posiblemente, el tío de Cirilo acogería sus súplicas con su bondad innata, pero, pensó que Susana tal vez le respondiese como la señora de Saint-Medard. Después de mucho reflexionar, volvió a decir:

- Comprendo que mi hija necesita de mi constante asistencia y que no debo desanimarme, pero la verdad es que me siento desorientada y enferma. ¿Cómo pensar en la posibilidad de traslados si ni siquiera me puedo mover?

- ¿Y para qué sirven los carruajes? – dijo él enternecido – podremos partir cuando quieras. Alcíone tendrá mi afecto paternal, y cuando te restablezcas has de reconocer que la felicidad tiene infinitas modalidades.

Magdalena se concentró un instante y declaró:

- De nada valen los traslados cuando padecemos de males incurables; pero, si fuese posible, partiría a Connécticut, a fin de saber las últimas noticias sobre Cirilo. La carta de blois cuenta que el naufragio ocurrió en las costas de la colonia. ¿Quién sabe si se salvaron algunos náufragos? La familia Davenport se componía de varias personas. Mi suegra parecía una criatura virtuosa y santa. Es muy probable que esté allá y me reciba con cariño. Es verdad que no me conocen, pero tengo las

cartas afectuosas que me escribieron desde Belfast, ellas me identificarían.

Y pensando de esa forma, tenía los ojos rasados de lágrimas.

- ¿Quién sabe si los sobrevivientes fueron recogidos por manos piadosas? – proseguía más animada – tal vez aún encuentre la tumba de Cirilo para cubrirlo de flores.

Antero, que la escuchaba con atención, respondió:

- Por ahora, no podemos pensar en un viaje tan largo, pero podremos regresar a España y desde allá intentarlo en cualquier momento. Allí no faltan embarcaciones seguras y confortables.

- Rogaré a Dios que nos conceda esa gracia.

- Y yo no descansaré mientras no tengas alegría – concluyó el joven, revelando una extrema dedicación.

Después de algunas palabras fraternales Magdalena quedó sola, nuevamente entregada a sus amargos recuerdos. Una vez apagado el candelabro, parecía que la sombra aumentaba su angustia. No obstante a las afirmativas animosas del primo, se preguntaba y examinaba la extensión de su inconsolable amargura. Aunque fuese a América, aunque encontrase la tumba del marido y conociese todos los pormenores de la catástrofe, no dejaría de padecer con su viudez y la orfandad de su hija. Si llegase a abrazar a Constancia, sería para llorar, sin esperanza de nuevas alegrías. Se sentía enferma, abatida, sin esperanza. ¿Y si no consiguiese caminar más con agilidad? ¿No sería un espectro encadenado a la cama, una carga para otra persona? En vano, intentaba coordinar planes. Por otro lado, no creía en el absoluto desinterés del primo. Tarde o temprano, tal vez él le hablaría de amor. ¿No sería una temeridad aumentar su deuda de gratitud? Podría recibir sus favores, aceptar su dedicación, pero, ¿y si un día él decidiera exigir lo imposible?

La hija de D. Ignacio se sentía morir. Mientras se desboronaba en silenciosas lágrimas, una siniestra idea se le pasó por el cerebro atormentado. ¿No sería preferible morir? Alucinada, acarició la sugerencia. Viuda, se reconocía desamparada e inútil. Sabía que algunas mujeres habían buscado la muerte por motivos fútiles. La siniestra intención se le acrecentaba en el cerebro. Recordó el frasco minúsculo, en el cual su padre guardaba un tóxico fulminante. Bastarían unas gotas en una copa de agua. Si no le fuese posible andar algunos pasos, le pediría a Dolores que lo trajese como un simple calmante para conciliar el sueño. De este modo, no sería una carga para nadie, no tendría que temer a la influencia indefinible de Antero, ni suplicar la piedad de los Davenport.

Presa de la tentación que la envolvía sutilmente, iba a llamar a la sirvienta a fin de consumir el siniestro deseo, cuando Alcíone lloró reclamando sus cuidados.

Se asustó como si despertara de una pesadilla. Hizo un movimiento instintivo con los brazos para atender a la criaturita, pero la mano que se movía en la oscuridad tropezó en el crucifijo que le dio su madre antes de morir. La pequeña cruz le cayó sobre el corazón, como si fuera una advertencia indirecta y profunda. Pareció comprender la magnitud de la llamada, pensó sinceramente en Jesús, como hizo un día en la vía pública de París, y se dispuso a acomodar a la niña. En ese gesto, sin embargo, le esperaba una sorpresa aún más singular. Alcíone movía los bracitos, como si la buscase con ansia, y cuando se vio envuelta en su ternura, se agarró a su cuello apretándolo con sus delicadas manitas. La pobre madre tuvo la impresión de que la recién nacida le pedía socorro y buscaba un dulce refugio en su seno de madre. Comprendió el silencioso mensaje de Dios, en lo íntimo del corazón. La emoción que le embargaba las fibras más

RENUNCIA

íntimas, la hizo deshacerse en lágrimas y besos sobre la pequeñita. Así fue que la hija de D. Ignacio, especialmente conmovida, murmuró al oído de Alcíone:

- ¡No llores más, hijita! Jesús se compadeció de mi alma atormentada... ¡Estaré contigo hasta el fin!...

En la infancia de Alcíone

Establecido el acuerdo del traslado a España, en la expectativa del posible viaje a América del Norte, Antero de Oviedo resolvió los negocios pendientes, consiguiendo reunir considerables recursos para comenzar una nueva vida.

Magdalena Vilamil, manteniendo un riguroso luto, aguardaba paciente el curso de los acontecimientos. La dedicación de un médico de la Corte le restituyó, en parte, el movimiento de los pies, sin poder, con todo, caminar muchos pasos seguidos. Incluso en casa, era obligada a apoyarse en Dolores, siempre que insistía en permanecer de pie por más tiempo. El constante dolor de los tobillos había desaparecido y eso ya era un gran consuelo. Continuaba poniéndose los fomentos que le habían sido recetados, con la gran esperanza de curarse completamente y llevaba la prueba, resignadamente, como destino inevitable en su condición de viuda. Interpelada por Antero, con relación a la ciudad española en que prefería residir y tratarse, hasta que pudiesen visitar la lejana América, escogió Ávila por el dulce atractivo que esa ciudad ejerció siempre en su espíritu. El sobrino de D. Ignacio concordó, satisfecho, alegando que la región de Castilla La Vieja le facultaría un buen empleo de capitales; y, más por temor de conocidos que por conveniencia, consideró que la jornada no se haría por los puertos del Atlántico, sino por el Mediterráneo, obligándose los viajantes a un verdadero viaje por tierra, hasta el sur de Francia.

El viaje dirección Marsella fue difícil y penoso, aunque Antero de Oviedo hizo lo posible por demorarse

con las tres compañeras en las ciudades más interesantes, a título de entretenimiento y reposo.

Desde la ventana de los carruajes, siempre diferentes en cada puesto de trasbordo, Magdalena contemplaba los campos de Francia, llena de inmensa nostalgia y dando la impresión de que regresaba a la cuna donde nació como alguien que se siente perseguido por la cruel realidad, después de un sueño maravilloso.

Tras muchos días de jornada, llegaron al antiguo puerto vecino de Cataluña. Ahí descansaron dos semanas, tomando enseguida un confortable navío, de la época, que los conduciría a Valencia. Una vez acomodados, con inmensos sacrificios para Magdalena, que se amparaba en Dolores llevando a la hijita colgada de su cuello, Antero reencuentra a un viejo amigo de la infancia, abrazándose ambos con mucha alegría.

Federico Izaza y el sobrino de D. Ignacio, después de mucho conversar sobre innumerables problemas, como suele ocurrir a los conocidos que no se ven desde hace muchos años, pasaron a tratar del regreso del hidalgo a España. Antero confesó la intención de poner en movimiento el capital traído de Francia, en la perspectiva de buenos negocios. Izaza, sin que él lo percibiese, tiene un extraño brillo en los ojos agudos y exclama: - ¡Pues mira que feliz ocasión nos vuelve a juntar! Es que tengo justamente entre manos el mejor negocio de los últimos tiempos.

- ¿Cómo es eso? – interrogó el joven, curioso,

- ¿Conoces el mercado de esclavos para las colonias extranjeras?

Ante la actitud de extrañeza del interlocutor, Federico prosiguió animado:

- Es el negocio más rentable en los tiempos que corren. Como no ignoras, el nuevo Continente necesita de los brazos de los esclavos. Los emigrantes de Europa no

podrían realizar, solos, el desbravamiento de la tierra. Las epidemias, las dificultades, las florestas inhóspitas, destruirían los organismos delicados y, con algunos navíos y pocos hombres de confianza, es posible obtener una fuente de lucros óptimos, con un esfuerzo casi insignificante.

- Pero... ¿cómo? – inquirió el otro.

- Bastan algunas naves valientes que visiten periódicamente la Costa de África.

- ¿Sólo eso?

- Nada más. A cambio de pequeñas bagatelas, conseguiremos un elevado número de salvajes que, a pesar del cautiverio, pasan a gozar de los beneficios de la civilización. De modo que – explicaba Izaza con la virtud egoísta del hombre que desea disfrazar propósitos execrables – además de proporcionarnos transacciones lucrativas, también repartimos numerosos beneficios entre los negros bárbaros, de costumbres primitivas.

Después de una pausa, entraba en otros pormenores:

- Creo que llegas a España en el momento más favorable para tus intereses, por cuanto yo y mis hermanos necesitamos de un socio capitalista para el incremento de grandes iniciativas. Sólo dispongo de un navío y, hemos perdido buenas oportunidades en los mercados más rentables. Las colonias inglesas, francesas y portuguesas son grandes centros de consumo.

Y el astuto amigo pasaba a detallar y encarecer la importancia de lucros tan fáciles, seduciendo al compañero para el riesgo de las grandes aventuras.

Las conversaciones se renovaban durante todo el viaje y, cuando desembarcaron en Valencia, Antero de Oviedo ya estaba convencido de las ventajas del tráfico de negros, decidido a entrar en la empresa con todos los recursos disponibles. Obligado a conducir el pequeño séquito hasta Ávila, se despidió del amigo con la promesa de

encontrarse al mes siguiente, para tomar las decisiones definitivas.

La reducida caravana descansó algunos días antes de atravesar Aragón, en demanda de las regiones de la antigua Castilla; pero, a finales de la segunda semana de permanencia en España, se instalaron en una modesta vivienda a tres kilómetros de la ciudad donde Magdalena recibió la mejor educación, en un establecimiento religioso de las Carmelitas.

El paisaje no era bello. Las aguas del Adaja fertilizaban la tierra empedrada, con una minúscula corriente robada al lecho del río, y algunos árboles frutales mitigaban la aridez del suelo. No era una casa grande, en la que el poderoso señor D. Diego Estigarríbia movilizaba gran patrimonio rural, y el modesto sitio se asemejaba más a un lugar maldito, abandonado. Antero, sin embargo, lo adquirió en definitiva, ofreciéndolo a la prima, que recibió la dádiva con justa y sincera satisfacción.

Al fondo del paisaje, despuntaban las torres de las viejas murallas de la famosa ciudad y, los broncees de sus templos románicos, llenaban el ambiente con repiques impregnados de dolorosos recuerdos.

Los primeros días, Magdalena Vilamil no sabía explicar la sensación de tristeza que la envolvía íntimamente. Observaba el caserío a distancia, experimentando impresiones indefinibles. Aquellas antiguas murallas, con sus ochenta y seis torres originalísimas, le hablaban a su alma sensible. Se sentía encarcelada, presa de extraños celos, en un conjunto de amargas sensaciones que la desolación de la tierra empobrecida más acentuaba.

Una vez terminados los servicios de la instalación, Antero viajó a Madrid, para cuidar los nuevos intereses. El joven, entretanto, fuera de las disciplinas a que lo

sometían los protocolos franceses de Versalles y París, y sin la asistencia afectiva de Doña Margarita, que maternalmente se desveló por su pureza de hábitos y de carácter, se entregó, después del primer contacto con la capital española, a peligrosas disipaciones, con la lamentable ausencia de escrúpulos. Federico Izaza, en posesión de la presa fácil, lo conducía día tras día al total olvido de sus obligaciones. Así, empleó la mayor parte de su fortuna en las aventuras del tráfico de negros, firmando grandes compromisos con prestamistas y astutos e inflexibles financieros. Como si deseara vengarse de los días lúgubres de la epidemia parisiense, comenzó a divertirse en las noches alegres, llenas de placeres y de vinos caros. Al principio, recordaba a la prima y el ardor de la pasión que lo llevó a participar de un crimen; pero, con el egoísmo propio de la criatura humana, recordaba que Magdalena continuaba enferma, incapaz de deliberar algo en conciencia. Intentar imponerse a la prima enferma, se le figuraba una extrema cobardía. Era más noble esperar la oportunidad adecuada, y, hasta que la oportunidad llegase, se entregó a la voluptuosidad de gozos fáciles y aventuras peligrosas.

Hacía un mes que se ausentó. La hija de D. Ignacio, no obstante, a pesar de la monotonía del campo, procuraba hacer frente a las dificultades con el heroísmo de las almas creyentes.

El primo no le había dejado mayores recursos, pero, aún así, estaba satisfecha. En lo íntimo, estimaba aquella ausencia. Comprendía bien las miradas que el joven le dirigía, en todo el recorrido del largo viaje. Concluía incluso, considerando sus silenciosas actitudes, que la enfermedad era, para ella, el mejor escudo y el mejor antídoto contra aquellos propósitos inferiores. Subyugada por el malestar de la extrema dependencia en que se encontraba, cierto día se dirigió a Dolores, encareciendo

el valor de un trabajo más intenso en la vivienda empobrecida. Podrían enriquecer el pomar con nuevas plantas, cultivar legumbres para vender. La sirvienta se entusiasmó. Organizaron proyectos de numerosos servicios. El terreno no era fértil, pero tenía bastante agua. El trabajo y el abono harían el resto. La idea le dio a Magdalena Vilamil nuevas fuerzas. Andaba con dificultad, pero el intenso deseo de resolver el problema de la economía doméstica le triplicaba las energías. En la casa vecina, la familia Estigarríbia podía disponer de numerosos sirvientes, pero la valiente esposa de Cirilo no quería considerar la diversidad de los destinos y sí que había trabajo reclamando su atención. Las primeras actividades le costaron dolorosos esfuerzos. A veces, era tan grande el dolor en los pies que necesitaba interrumpir la tarea para reposar; aun así, auxiliada por la fiel sirvienta, preparó y abonó el quintal, liberando a los árboles frutales de los parásitos que los ahogaban. Faltaban simientes y variación de plantas, pero Dolores, que tenía un genio alegre y comunicativo, prometió que se las pediría a uno de los sirvientes de la casa vecina, en la primera ocasión que tuviera. Entre los jóvenes de color bronceado que trabajaban, todos los días, en el campo próximo, la joven desde hacía mucho tiempo se había fijado en uno, que siempre la observaba con atención. Se valió de esa circunstancia y, en la primera ocasión, entabló una ligera conversación con el simpático desconocido, junto a la tapia que dividía las propiedades. Se trataba de un semi-liberado de la familia Estigarríbia, jefe de los compañeros de servicio. Él y los subordinados no eran esclavos, propiamente, pero habían nacido cautivos en la colonia portuguesa. D. Diego y el hijo, D. Alfonso, tenían grandes intereses en el tráfico de hombres libres y habían seleccionado a los mejores operarios para las labores de la gran hacienda de Castilla La Vieja.

Juan de Dios, el criado que narraba a Dolores sus luchas en la vecindad, contemplaba a la criada de Magdalena con una expresión de enorme alegría y gran bondad. Atendiendo a su petición, le prometió las simientes y la variación de plantas, y, como tenía descanso los domingos, después de misa, se ofreció para cooperar semanalmente en la huerta que pretendían plantar.

Con plena aprobación de la hija de D. Ignacio, que notó, enseguida, las apreciables cualidades, el criado de los Estigarríbia empezó a frecuentar la casa los domingos, contribuyendo decididamente para el enriquecimiento del quintal.

Horas después, Juan de Dios contaba a las dos mujeres el martirio de los cautivos en las colonias lejanas. Ellas no podían contener su asombro. Les parecía increíble que hubiera ciudades en el mundo, donde los hijos eran separados de los amorosos padres y vendidos a señores bárbaros y execrables. El joven les contaba las bárbaras escenas del tronco, del látigo hiriendo a carnes vivas, de las pesadas cadenas atadas a los pies de los que intentaban huir. Aquellas narrativas llevaban al corazón de la esposa de Cirilo indefinibles consuelos. Consideraba que había tierras donde las criaturas trabajaban sin descanso con mucho más sacrificio y sufrimiento que ella misma. Confidencialmente, Juan les explicaba su condición personal. En verdad, no había cautiverio allí en la hacienda, teniendo todavía que proceder y actuar como esclavo de los Estigarríbia, si no quisiera volver a la colonia, para serle tal vez puestos los grilletes. De nada le valdría reclamar, pues D. Diego era hermano de un obispo bastante poderoso. Conquistó su simpatía y, por eso, aprendió a leer y a contar, asumiendo entonces el cargo de administrador.

Para Magdalena, esas confianzas acarreaban siempre consuelos y fue con buenos ojos que vio el creciente afecto de la joven pareja.

Después de tres meses de bohemia y aventuras en Madrid, en la perniciosa compañía de Federico Izaza, Antero volvió a casa, completamente cambiado en sus hábitos y actitudes. Sólo comentaba las ventajas del oro fácil y exponía largos proyectos para la adquisición de minas en Potosí. La transformación de la humilde hacienda le sorprendió. En todos los rincones había una cosa diferente. Allí, el agua multiplicó beneficios a la tierra; aquí, surgía una tabla de legumbres; más allá, los árboles parecían más verdes y vigorosos. Milagrosas manos habían tratado la tierra empobrecida. Acentuando el agradable cuadro, Magdalena estaba más bella, aunque reflejase en el rostro, invariablemente, un sutil velo de invencible tristeza. Su salud mejoró, de modo general. Ya podía permanecer de pie más de una hora, sin necesidad de reposar. Se consagraba al hogar y a la hija con heroica dedicación. Antero de Oviedo, contemplando su afecto de madona, sintió reavivarse la pasión que lo atormentaba desde la infancia.

Al segundo día de su llegada, procuró tener con ella una afectuosa charla, contándole detalladamente el éxito superficial de sus transacciones en Madrid.

Mientras la conversación se mantenía de forma fraternal, la prima le correspondía de buenas maneras, despreocupada en defenderse; pero, a cierta altura, el joven fijo en ella sus ojos brillantes y dijo:

- Siento que no debo ocultar, por más tiempo, mis intenciones; supongo que ahora puedo hablar de mi gran amor.

Era completamente de noche, manifestando su manto de sombras por el paisaje ambiental.

- Pero, ¿qué quieres decir con eso? – interrogó la prima, adivinando sus íntimos propósitos.

- Te ofrezco mi fuerte brazo en las luchas de la vida. Seremos felices, puedes creerlo. Espero consolidar mi fortuna en breve tiempo. Mis actuales negocios auspician fabulosas ganancias. Construiremos un hogar lleno de ventura. No importa el pasado ni las amargas vividas. Comprendo cómo el soplo de la adversidad deshizo tus sueños de juventud; entretanto, no creas que seas la única que sufre. Sigo tus pasos, silenciosamente, desde los primeros albores de nuestra juventud. Y cuando surgió el intruso Davenport, sólo yo sé del odio que me envenenó el alma. Ahora, sin embargo, la senda de nuestra felicidad se presenta llana y libre.

Ella lo escuchó sin disimular la profunda sorpresa que le asaltaba el corazón. Después de reflexionar un minuto, respondió delicada y firmemente:

- Tu confesión me sensibiliza y, no obstante, esa realidad es imposible, ya que el verdadero amor trasciende a todas las eventualidades del mundo. Mi elección ya fue hecha y permanece irreductible.

El joven demostró su contrariedad con un gesto espontáneo e insistió:

- ¿Pero no te consideras libre por la viudez? ¿No sería una locura consagrar el resto de tu vida al luto y a los recuerdos de la muerte?

- Para mí – respondió revelando una profunda serenidad – la viudez significa un pesar inconsolable y no una disponibilidad del corazón.

El joven español se mordió los labios y exclamó desilusionado:

- Es casi increíble que te propongas tan absurdo sacrificio por un hombre que se ausentó para una aventura arriesgada, casi en la luna de miel.

- Pero Cirilo procedió así en obediencia a las circunstancias indispensables.

- No lo creo.

- No obstante, no puedes negar la enorme diferencia de ventajas entre la Corte de Versalles y la Sorbona.

- Pero en este caso – intentaba explicar el sobrino de D. Ignacio, colérico – no podrás invocar los salarios franceses y sí examinar el problema de la dedicación y del amor.

- Olvidas, entretanto, - esclareció la supuesta viuda – que Cirilo tenía unos padres cariñosos y necesitados, además de hermanos más jóvenes y carentes de su auxilio, hubiera sido un crimen secuestrarlo a la madre desvelada, que lo acarició en los brazos, mucho antes de mi amor. Además, él hizo todo para que lo acompañase al lejano continente y tú no ignoras que la enfermedad de mamá me obligó a quedarme en París, muy a mi pesar. Cirilo nunca me censuró esa conducta involuntaria, y tampoco yo podría recriminarle el impulso generoso de socorrer a los suyos.

Reconociendo que las armas de su despecho eran inútiles, Antero probó con otros argumentos, murmurando con cierta ansiedad:

- Al final de cuentas, supongo que deberás ser más sensata y razonable...

- Me es imposible transigir en lo que representa, sólo para mí, sagrados deberes.

- No te apegues a recuerdos enfermizos. Eres joven y puedo hacerte feliz. He trabajado toda la vida para realizar el ideal de nuestra unión. Sueño con un hogar alegre, con un dichoso porvenir.

- Y no debes perder la esperanza de un futuro venturoso, pero hay que reformular el objetivo de tus aspiraciones. Mi prueba conyugal ha terminado: la tuya, sin embargo, no comenzó. España está llena de nobles

muchachas y no te será difícil encontrar una compañera dedicada y digna de tu destino. Es verdad que jamás nos podríamos unir por los lazos del matrimonio, pero yo seré tu reconocida hermana, mientras me quede un soplo de vida. Conozco la extensión de tus sacrificios por mí y te beso las manos. No teniendo nada, entretanto, con lo que te pueda demostrar mi sincera gratitud, sería feliz en poder, en cualquier tiempo, dar mis caricias de madre a los hijos de tu esposa. Dios te ayudará, concediéndote alguna joven rica de sentimientos, digna, en fin, de tu corazón.

Esas palabras, dichas en un tono de cariñosa y fraternal sinceridad, desarmaron al joven, que se sentía enredado en los más contradictorios pensamientos.

- Ayer, Magdalena – decía insistiendo en los mismos propósitos – adquiriré una casa confortable, junto a la iglesia de Santo Tomás, a fin de instalarte allí con Dolores y Alcíone.

- Te lo agradezco, Antero, pero la verdad es que no pretendo salir de ésta casa. Jesús me dará, algún día, los medios de retribuir tus beneficios, pues reconozco que no podemos exigir nuevos gastos de tu parte. Ya tenemos plantas que cuidar, las pequeñas ganancias de la huerta atienden nuestras modestas necesidades domésticas. Como ves, es la ocasión de pensar en ti mismo, en la administración de tus negocios.

Él comprendió que la prima prefería renunciar a cualquier expresión de confort, para emanciparse de su antecesor, y se manifestó presa de incontenido despecho. La expresión de ternura fue sustituida por la de extrema cólera. En el fondo, experimentó un diabólico placer al recordar el pacto con Susana. Tomaba la resistencia de Magdalena a cuenta del orgullo femenino, pero esa resistencia le aguzaba los intentos criminales de persecución y de posesión.

Se aproximó más e insistió ardientemente:

- Me diste tus razones, defendiste al intruso irlandés, me induces a buscar en otros lugares la felicidad conyugal, pero yo no renuncio. Consiente que me aproxime a tu corazón, a fin de reanimarte para la vida. Somos jóvenes, el futuro nos llama...

Entretanto, a un gesto más significativo, la pobre señora se concentró y habló noblemente:

- Es imposible y espero que te contengas en los límites debidos. Aunque el recuerdo de mi marido no llegue a disuadirte, recuerda que la sombra de mi madre se levanta entre nosotros.

El recuerdo de Doña Margarita produjo un extraordinario efecto. Antero, muy pálido, retrocedió, como si obedeciese a una imposición del plano invisible.

La hija de D. Ignacio, asumiendo una actitud serena, se valió de la circunstancia y prosiguió:

- Estoy de acuerdo en que nuestros antepasados hayan tenido muchos defectos, pero no me consta que un Vilamil, algún día, hubiese abusado de una hermana viuda y enferma.

Oyendo la censura formulada con enérgica inflexión de voz, el joven se ruborizó y se retiró a su cuarto, no sin antes decir:

- Antes o después, cambiarás de opinión.

Desde esa noche, no volvió a hablar de sus propósitos enfermizos, y, aunque esperase la oportunidad de una capitulación dictada por los extremos de una vida mísera y desolada, pareció desinteresarse completamente del asunto. No permanecía en la casa de Ávila más que una semana cada tres meses. Ahora era cuestión de corresponder a la resistencia de Magdalena con frialdad fraternal. Además de eso, los placeres madrileños le cambiaron los rumbos de la suerte. Las malas compañías le arruinaban el carácter. Había mucho dinero para las

diversiones licenciosas, pero, se comenzaba a indagar sus orígenes.

*

Pasaron tres años.

Magdalena Vilamil luchaba heroicamente. La pobreza de los terrenos de Castilla La Vieja exigía muchos sacrificios a cualquier cultivo agrícola, pero, por eso mismo, sus plantaciones regulares se volvían utilísimas. Dolores volvía, todas las mañanas, del mercado de legumbres con diminutos, pero, aún así, suficientes recursos para la provisión doméstica. La dueña de la casa todo lo atribuía y agradecía a Dios, y la vida continuaba. Las ausencias prolongadas del primo eran consideradas como treguas, para su alivio. Desde aquella noche inolvidable, él parecía contemplarla con expresión de rencor. Siempre que venía, era para sobresaltar su corazón. Además, ella prefería criar a la hijita sin caprichos satisfechos. Aquél sitio avaro debía ser su primera escuela. Más tarde, entonces, pediría a las monjas Carmelitas que se encargasen de su educación intelectual; pero, como madre, estaba decidida a hacer todo para que Alcíone se habituase más pronto a los deberes laborales.

Así transcurrían los días, cuando se difundieron en Ávila extraños rumores sobre la situación de Antero, en Madrid. Se decía que los Izaza estaban denunciados al Santo Oficio por el rapto de niños en las colonias de América y África, y que el socio respondería con los criminales por la nefasta acción. En sus visitas periódicas a la granja, Magdalena lo informó de las versiones que corrían, pero Antero la escuchó sonriente y displicente, alegando que se trataba, naturalmente, de puras habladurías, fruto de la envidia y del despecho humano.

Los meses corrían rápidos y los rumores también crecían.

Magdalena se preocupaba. Un día procuró conocer lo que Juan de Dios sabía y pensaba al respecto.

- ¡Ah! Señora – replicó el pretendiente de Dolores, en tono confidencial – los Estigarríbia son señores poderosos y no toleran que les hagan competencia en el tráfico de cautivos. En Segovia, no hace mucho, dos valientes navegantes fueron asesinados por orden ellos. En Valladolid había un grupo de hombres trabajadores, que cuidaban del mismo negocio, y un bello día el Santo Oficio les confiscó los bienes, sin ninguna justificación, encarcelándolos para el resto de sus vidas. D. Diego y D. Alfonso disponen de la autoridad del clero. Dicen que ellos ceden a los inquisidores algo de los patrimonios conquistados, manteniéndoles la simpatía constante. El Obispo D. Leoncio Molina forma parte de la familia y no es fácil escapar de su persecución, con la ayuda de los misioneros.

- Pero ¿crees que hayan hecho alguna acusación contra Antero? – preguntó la hija de D. Ignacio, naturalmente preocupada.

Juan de Dios miró hacia la puerta, para asegurarse que realmente estaban solos y respondió en voz baja:

- Oí alguna cosa en ese sentido. Una noche D. Alfonso le comentaba al padre que todo estaba dispuesto en Madrid; que los santos padres en misión en las selvas lejanas habían representado a la autoridad eclesiástica para que los Izaza y sus colaboradores fuesen castigados sin indulto, por robar niños indefensos en las aldeas del litoral, y que los acreedores de D. Antero iban todos a reclamar el pago de sus deudas, al mismo tiempo.

La joven Magdalena, muy impresionada, replicó:

- ¿Será posible que hayan personas capaces de raptar niños inocentes?

- En las colonias – esclareció el criado – puede creer que existen hombres crueles hasta ese punto; pero, en este caso, es posible que la acusación haya partido desde aquí mismo, de los Estigarríbia. Oí decir que, cuando D. Diego era más joven, mandó prender a su propio padre.

Magdalena Vilamil anotó mentalmente las tristes nuevas y procuró cambiar el curso de la conversación.

En los días inmediatos, deseó comunicarse con el primo, intentado salvar su reputación de hombre digno, pero, reconociendo la imposibilidad de hacerlo, se contentó con orar, encomendándolo a Dios, en fervorosas oraciones.

Ella, por sí misma, se habituó poco a poco al severo régimen del contacto directo con la naturaleza. La fisonomía, sin embargo, denotaba un gran abatimiento. Dividía las horas entre las labores domésticas y las meditaciones. Recordaba, siempre, que su primer proyecto, regresando a España, sería viajar a América, en busca de noticias exactas sobre la muerte del marido. La actitud posterior del primo aplazó la realización de los propósitos que animaban su espíritu decidido, mas no olvidó, del todo, su primer proyecto. Es verdad que continuaba enferma de los pies, imposibilitada de trabajar como era necesario, pero espera del Altísimo la recuperación de la salud, para intentar, en compañía de la hija, la gran aventura, tan pronto se realizase el casamiento de Dolores. Nunca más pudo ser feliz, como en los días alegres de la lejana juventud, pero, ahora la hija era su divino consuelo.

Alción, a sus cuatro años de edad, era una criatura adorable. Sentada, con el rostro apoyado en las manos, como “una persona mayor”, permanecía muchas horas al lado de su madre, escuchando historias de una profunda enseñanza. Magdalena le repetía, conmovida, las lecturas que guardaba de su propia infancia. La pequeña rogaba

noticias de los príncipes encantados, de los genios ocultos en los bosques; pero, cuando escuchaba la palabra maternal sobre Jesús, sus ojos se volvían más brillantes y preguntaba la razón por qué los hombres inventaron la cruz para el Salvador que Dios mandó a la Tierra.

A veces, en su condición de hija única, sin compañías infantiles, abandonaba súbitamente los pobres juguetes e iba a preguntar a la madre qué estaría haciendo Jesús. Y ante las vacilaciones maternas, ella misma explicaba mil cosas, en sus reflexiones ingenuas y puras. Si hacía frío, afirmaba que Cristo estaba socorriendo a los peregrinos que no tenían techo, y, en los días de excesivo calor, suponía que sus manos divinas acariciarían a las aves afligidas.

Magdalena se sorprendía. Aquellas sublimes ideas eran siempre espontáneas en aquella boquita mimosa.

La madre le enseñaba a ser agradecida a todos, a respetar a las plantas de la huerta y a ser generosa con los árboles del quintal. La mandaba en ayudar de Dolores, siempre que había mayor cantidad de frutos y legumbres, destinados a la feria de la ciudad vecina. Alcíone era amable con la criada y llevaba un pequeñito cesto, muy convencida de contribuir eficazmente en la solución de los problemas domésticos. Y en los momentos en que Dolores se sentía cansada por el sol ardiente, suponía que le atenuaba las fatigas besándola, porque su madre siempre decía que el cariño era el único remedio que podía aliviar a los corazones que sufren. La criada era muy sensible a tales muestras de afecto y, a veces, sólo para recibir las caricias de la adorable criaturita, decía que esta exhausta, junto a la Puerta de San Vicente, al terminar la parte más penosa de la tarea. Y era cuando Alcíone le tomaba las manos, besándolas con cariño.

Para Magdalena y los dos únicos amigos que poseía en la intimidad del hogar, la pequeñita era una fuente de inefables alegrías.

De vez en cuando, surgía con observaciones sutilísimas, que suscitaban profundos pensamientos.

Cierto día, el calor era casi insoportable y todos, ansiosos, deseaban lluvia. Alcione participaba de la inquietud general y, por insistencia de Dolores, hizo con las manos unidas las oraciones que su madre le enseñaba, pidiendo a Dios que no olvidase las plantas casi secas. El crepúsculo vino cargado de pesadas nubes y la niña, cada instante, iba a la puerta a mirar el cielo, como si esperase con certeza alguna cosa. A altas horas de la noche cayó un torrencial aguacero. Cesada la tormenta, Magdalena abrió la ventana, ansiosa por la frescura de la noche. La pequeñita siguió sus movimientos, con los ojos muy vivos y pidió que le dejaran una vieja silla para contemplar el firmamento, donde habían resurgido los astros centelleantes. Después de aspirar el aire puro que llenaba el ambiente, exclamó, con los ojos fijos en lo alto, en solemne actitud infantil:

- Te lo agradezco mucho.

- ¿A quién hablas, hija? ¿Viste a alguien allí en la carretera? – preguntó Magdalena con cierta curiosidad.

- Estoy hablando con Dios, mamá: ¿tú no me dices que debo ser agradecida? ¿No pedimos hoy el agua del cielo?

La madre no pudo disimular un gesto de admiración al observar la expresión de sincera confianza en la Providencia Divina.

Alcione parecía invadir la sombra de la noche con los ojitos indagadores y brillantes, permaneciendo en encantadora actitud de meditación. Después, como si regresase de un mar de reflexiones, interrogó:

- Mamá, ¿dónde trabaja la lluvia?

- En el seno de la tierra, hijita. El agua que desde lo alto alimenta la raíz de los árboles, lava las sendas por donde caminamos, renueva las fuentes para que no suframos sed y, en todos los lugares por donde pasa, esparce y entretiene la vida.

- ¿Y cuando tienes lluvia en los ojos? – continuó preguntando con sincera atención.

- ¿Pero qué deseas decir con eso, Alcíone? – dijo Magdalena impresionada.

- Es porque, a veces, mamá, cuando es de noche tus ojos están llenos de lluvia.

La pobre madre comprendió la alusión y le explicó, bastante conmovida:

- ¡Ah! Sí, hijita, esa es la lluvia de las lágrimas y también desciende del cielo para nutrir y purificar el corazón.

La pequeñita pareció reflexionar en la respuesta, volvió a contemplar las hojas mojadas de los árboles e inquirió:

- Mamá, ¿cuándo lloverá en mis ojos?

- ¡No pienses en eso, hijita!

Y Magdalena Vilamil cambió la conversación, distraendo su atención.

Otro día, Dolores trabajaba en la casa de campo, acompañada por Alcíone, que cavaba la tierra con un minúsculo instrumento. En cierto momento, surge el “Lobo” – gran perro de D. Diego – que intentaba perturbar, todos los días los trabajos de la muchacha.

Dolores toma rápidamente una larga vara y, valiéndose de la oportunidad, golpea al animal que inútilmente busca una salida.

- ¡No golpees así a “Lobo”! – exclama Alcíone perturbada y afligida.

Y como comenzó a gritar, la sierva habló bajito:

- ¡Cálmate, hija mía! Vamos a aprovechar mientras estamos sin vigilantes en el otro lado.

La niña, entretanto, esbozó un gesto significativo y recordó:

- Pero nosotras no estamos aquí solitas. Jesús está con nosotras.

Notando la advertencia, la criada permitió que el animal se escapase del círculo en el que se hallaba rodeado, y esclareció, como quien se veía obligada a dar una explicación de su acto:

- Éste perro, Alcíone, es vagabundo y ladrón.

La pequeña no respondió de pronto, pero se dirigió al interior de la casa a pasos lentos, tomó el crucifijo de Doña Margarita, que siempre estaba en la cabecera de la cama y se encaminó nuevamente al quintal. Se aproximó a Dolores que la observaba, muy admirada, señaló, con mucho cariño, la escultura y esclareció en su lenguaje infantil:

- ¿Estás viendo, Dolores? Mamá me contó que, cuando Jesús murió, estaba entre dos hombres que robaban.

- Pues bien – dijo la empleada sonriendo frente a la profunda advertencia – después hablaremos con Doña Magdalena sobre el caso de ese perro.

Y Alcíone volvió a guardar el crucifijo, con la impresión de que había cumplido una gran tarea.

*

La vida en la casa de campo continuaba llena de poesía que siempre adorna la pobreza resignada.

Otro tanto, sin embargo, no le ocurría al sobrino de D. Ignacio. Él parecía cada vez más desorientado, desde el siniestro día en que consintió en el criminal pacto con Susana Davenport. El destino no correspondió a sus

expectativas de hombre de mundo. La mentira sombría sólo esparcía terribles rumores en su camino, de los cuales buscaba evadirse, de cualquier forma. Su proyecto mezquino sufrió el primer estremecimiento el día en que Magdalena Vilamil no pudo levantarse más de la cama, en Versalles. Asediar a la prima enferma, representaba mucha cobardía ante sus ojos. La enfermedad, entretanto, no fue un simple incidente, persistió semanas y semanas. En ese ínterin, ella, Magdalena, por la paciencia demostrada y la maternal dedicación para con la hijita recién nacida, creció mucho a sus ojos, impidiéndole los ímpetus de suprema violencia. Y, desde la noche en que hiciera alusión a la sombra de Doña Margarita, él no la contempló más sin ver en su rostro el de la venerada madre adoptiva, que lo acarició desde los primeros días de su infancia. Pasó, entonces, a frecuentar raramente la casa de campo y, en lo íntimo, llegaba incluso a pensar en un viaje a América, para deshacer el terrible engaño, y esperar la vejez, sin el recuerdo de un crimen en la conciencia. La noble resistencia de la prima enferma y sacrificada parecía imponerle el recuerdo de Doña Margarita, en sus tiempos de intraducibles amarguras. El joven español, no obstante, deseaba reparar la falta, con la debida prudencia. A final de cuentas, en lo más profundo de su alma, no obstante a la situación que lo sensibilizaba, nunca dejó de considerar a Magdalena excesivamente orgullosa. Además, temía deshacer la odiosa trama, sin antes oír a la prima de Cirilo. ¿Qué habría ocurrido en América durante aquellos cuatro largos años? Era necesario esperar para no incidir en nuevos desatinos.

Entretanto, ahora entregado a la idea reparadora, se veía presa de los Izaza, que lo arrastraban a condenables desórdenes. Envuelto en negocios sospechosos, y desmandado en los placeres que le agotaban las fuerzas,

no puede percibir la trama cavilosa que lo acogía en la sombra, lentamente.

Cuando menos se esperaba, estalló en Ávila la triste nueva: condenado por el Santo Oficio a prisión y confiscados todos sus bienes, Antero de Oviedo apareció muerto, en Madrid, junto a la Puerta de Toledo. Se hablaba a media voz que él había preferido el suicidio a la ignominia de la cárcel. En otros círculos, sin embargo, afirmaban que no era más que otro crimen odioso de la familia Estigarríbia. El proceso, así como todos los documentos en examen en el tribunal del Santo Oficio, tuvo los trámites en el más riguroso sigilo. La condena alcanzó a Antero y compañeros, pero solamente Gaspar Izaza fue hecho prisionero, pues Federico y Domingo habían desaparecido misteriosamente.

El sobrino de D. Ignacio bajaba así a la tumba con el gran secreto de su vida, tan pronto concluida por sus excesos y liviandad.

Magdalena aún no consiguió aliviar la angustiosa aflicción que la atormentaba, cuando Juan de Dios llamó a la puerta, antes del amanecer. La pobre señora se asustó, pero el joven tenía motivos para apresurarse.

- Señora – dijo amedrentado – huí para traerle graves noticias. Esta noche oí el acuerdo de D. Diego y su hijo, en relación a esta casa.

- ¿Cómo así? – interrogó Magdalena muy pálida.

- Sé que el Santo Oficio va a ocupar las propiedades del Sr. de Oviedo y que los Estigarríbia desean incluir esta casa de campo en la confiscación del fallecido.

- Pero esta casa me pertenece – interrogó la hija de D. Ignacio con energía.

- Proceda, entonces, como convenga.

A esa altura el semi-liberto masticó las palabras, como receloso de proseguir.

- Pero es una iniquidad – exclamó Magdalena, convencida.

- Y no es eso sólo... - replicó el joven, reticente.

- ¿Qué mayor infortunio podría sobrevenirnos?

- D. Alfonso – explicó el servicial criado – en conversación confidencial con el padre, dijo que, no siendo Alcione hija del finado, puede ser incluida en el patrimonio, como esclava; y sé que tomó esa actitud, por la atracción que la misma siempre ejerció sobre él.

- ¡Horrible! –, exclamó la viuda palideciendo - ¿no habrá justicia para semejantes bandidos?

- La justicia, por cierto, no autoriza esos crímenes, pero mis señores están con los padres de la iglesia y será conveniente que la señora tome las precauciones posibles, para defender su hogar.

Mientras el joven se retiraba deprisa, para no despertar sospecha en la casa donde servía, Magdalena se llevó las manos a la cabeza, intentando contener el volcán de ideas que la encendían. Ninguna preocupación en su vida tenía el amargor de ésta que ahora la atormentaba. Separarse de la hija, cuando la viudez ya le había mortificado el corazón, sería condenarse a un perpetuo martirio. Reaccionaría contra los criminales sin conciencia. En el torbellino de sus dolores, entretanto, procuró encomendarse a Dios con sincero arrepentimiento. Que Jesús se dignase velar por su flaqueza de mujer, defendiendo a su hija de los lobos desalmados. El Sol ya brillaba en el horizonte y el corazón materno continuaba suplicando silenciosamente, invocando la misericordiosa protección del Crucificado. Procurando ocultar su aflicción a la sirvienta y a la hijita, decidió llamar a la puerta de las monjas Carmelitas, con la intención de solicitarles fraternal amparo. En todo el tiempo de su permanencia en Ávila, frecuentó los oficios religiosos en la Iglesia de Santo Tomás apenas dos veces,

por la dificultar del transporte; pero eso fue lo suficiente para abrazar a viejas maestras, entre las cuales se destacaba la Madre Concepción del Santísimo Sacramento, generosa directora del colegio donde ella, Magdalena, recibió las primeras lecciones.

Esa veneranda criatura, pensaba la hija de D. Ignacio consigo misma, no la dejaría sin asistencia.

Con enorme dificultad, dada la atrofia de los pies, por la mañana se encaminó a la ciudad, en compañía de Alcíone. Desde que fue rechazada con poca delicadeza por las amigas de su madre, en París, hizo el propósito de no pedir nada en su beneficio; pero en aquella hora grave en que le faltaba el amparo del primo, tenía la necesidad de una mano amiga para que se respetasen sus derechos. No disponía de otras relaciones, más allá de los lazos afectivos con las religiosas que tanto la beneficiaron y acariciaron en la infancia.

Con bastante inquietud, pidió hablar con la Superiora del Convento de San José.

La vieja monja, en cuyo rostro las arrugas marcaban los largos inviernos y padecimientos, la recibió con afabilidad y dulzura, visiblemente satisfecha con la inesperada visita.

- Madre Concepción – comenzó diciendo tímida y afligida – esperaba pedir la ayuda de vuestra bondad más tarde, cuando mi hija estuviese en edad de iniciar los estudios, pero, importantes circunstancias, como imprevistas, en mi vida, me obligan a incomodaros más pronto.

- Di, Magdalena – respondió la religiosa con bondad natural – no te perturbes, confía en nuestra vieja amistad. Desde que nos vimos por última vez, mucho he pensado en ti, en tus penas angustiosas; con todo, hija, son numerosas las antiguas alumnas que se encuentran sufriendo la viudez.

- No vengo aquí traída por dificultades materiales, mi buena Madre.

Y pasó a relatar sus amarguras frente a la desaparición del primo, que la dejaba en una penosa situación moral, por motivo de las persecuciones que lo hicieron víctima. Lentamente, imprimiendo en cada palabra la fuerza de su emoción, explicó cuanto sabía respecto a la sentencia del Santo Oficio, que llevó a Antero de Oviedo a la suprema ruina. Enseguida, habló de la maternal angustia, debido a las odiosas pretensiones de la familia Estigarríbia, en arrebatarle la propiedad rural y, además de eso, secuestrar a su propia hija.

La vieja religiosa atendía sus palabras, llena de singular admiración. La vio terminar, exhausta, pálida, cabizbaja, consternadísima. Destacando las últimas asertivas, exclamó inquieta:

- ¡Pero el país no está en régimen de cautiverio! ¿Cómo puede alguien esclavizar a una niña inocente?

- Los que tienen bastante dinero para disuadir a los jueces – dijo Magdalena convencida – es cierto que podrán gozar de los beneficios de las leyes; pero yo soy muy pobre y mi Alcíone podrá ser llevada por manos criminales, a la rebeldía de la justicia. No ignoramos que se habla bastante, en la actualidad, de los mestizos que no valen para nada, en el concepto de los señores de tierras, sino para los servicios rudos del Nuevo Mundo. ¿Y si D. Diego Estigarríbia pretende que mi hija sea de esa especie de criaturas? Él tiene las arcas abarrotadas de pesetas para comprar a los hombres indignos. Sus violencias tal vez no lleguen a constar en los procesos escritos.

La Madre Concepción tenía una gruesa lágrima en los ojos. Maternalmente, tomó las manos de la interlocutora y habló:

- Comprendo tus angustias, entretanto...

- ¿Será posible que no pueda contar con su auxilio? – preguntó Magdalena atemorizada.

- Es que, hija mía, se trata de una cuestión con el Santo Oficio. En esta casa, somos muy indigentes para auxiliarte con éxito, contra un enemigo tan poderoso.

Y, después de levantarse e investigar la puerta de al lado, dijo a Magdalena en voz muy baja:

- Por defender a dos hombres calumniados ante los Inquisidores, dos hermanas y yo, fuimos azotadas cinco veces, en el mes pasado.

- ¡Ah! ¿Cómo se permite semejante tribunal en el seno de la Iglesia? – indagó la hija de D. Ignacio penosamente sorprendida.

La monja enjugó las lágrimas con la manga del hábito desgastado y murmuró:

- Tal vez, hija mía, Dios haya permitido el funcionamiento de esa institución impiadosa para que seamos probados en nuestra fe. Hoy en día, considero que no existe mayor cilicio que el soportar la evidencia de tantos crímenes en nombre del propio Dios.

La joven viuda comenzó a llorar en silencio, pero la respetable amiga ponderó con solicitud:

- No te desesperes: a Jesús no le falta la misericordia. Haz lo posible por seducir a algún hombre de mérito, que propugne tus derechos. Estoy segura de que el cielo nos ofrecerá los medios necesarios.

Magdalena Vilamil se despidió con palabras de sincero reconocimiento, pero no pudo disimular el desánimo casi invencible. Al vencer la distancia que la separaba del humilde techo, sentía que las piernas se le volvían más torpes. Incluso así, quiso socorrerse de las autoridades civiles o religiosas, pero la falta de dinero le amortiguaba los impulsos. Los jueces, de uno y otro lado, no trabajaban gratis. Los procesos no se movían sin las verdaderas piezas.

Alción le seguía los pasos muy admirada de sus lágrimas y de su mutismo. Llevada de la mano, la delicada niña parecía ansiosa por una oportunidad que le permitiese confortar el espíritu materno. Cuando atravesaron las murallas, ya en el camino empedrado, de regreso al hogar, preguntó con su infantil curiosidad:

- ¿Mamá no dijiste que íbamos a otra casa?

- No es posible, hija mía.

- ¿Por qué?

- No tenemos la llave de oro con la que podríamos abrir la puerta – concluía Magdalena como si estuviera hablando consigo misma.

Y pasó el resto del día sumergida en dolorosas preocupaciones. Se veía, en su imaginación, arrojada en el torbellino del destino. El Santo Oficio le arrebataría todo, todo... La pequeña granja, cultivada con tantos sacrificios, sería arrebatada por crueles verdugos. Cuando pensaba en la eventualidad de separación de la hija, una profunda rebeldía dominaba su corazón. Sería la última prueba de su dedicación maternal, porque la muerte, seguramente, vendría en ese momento congelándole las venas.

Mientras Dolores trabajaba en el quintal, intrigada con copioso llanto del ama, Alción permanecía en el aposento materno, procurando animar a Magdalena, con sus observaciones piadosas, aunque infantiles.

El crepúsculo llegó, pesadamente y, a la noche, Juan de Dios reapareció. Después de informarse del resultado de la visita al convento de San José, habló a la desolada señora, dejándole entrever nuevas esperanzas:

- Doña Magdalena, conozco a un padre que tal vez nos pueda ayudar.

- ¿Quién es? – indagó ansiosamente la interpelada.

- Es el padre Damián, que oficia en la iglesia de San Vicente. Él ha sido mi migo en las ocasiones difíciles, es muy posible que resuelva satisfactoriamente el caso. Si la

señora quiere lo llamaré hoy mismo, porque D. Alfonso deberá venir aquí mañana, después del medio día, para poner en su conocimiento el odioso mandato.

- ¡Oh! ¡Sí! – exclamó agradecida – ve sin demora, hablaré con ese hombre de Dios.

El joven salió, y, cuando el reloj marcaba las nueve horas, regresaba en compañía del eclesiástico, recibido por Magdalena con inequívocas demostraciones de reconocimiento y aprecio.

El padre Damián era un hombre de unos cincuenta años y por la expresión de la mirada, como por las canas prematuras, daba cuenta de sus penosas luchas.

En breves instantes, se establecieron entre él y los presentes los lazos cariñosos de la intimidad y de la simpatía. Escuchó con atención los informes de la viuda Davenport, entendiendo sus razones afectuosas, como si escuchase a una hija. La narrativa de sus sufrimientos le infundía un respeto paternal. En breve, cambiaba impresiones y ya parecían viejos conocidos. También estuvo en París por motivos de la viruela del 63 y, por las marcas, también sufrió la dolorosa enfermedad, en una institución religiosa. Magdalena Vilamil estaba igualmente satisfecha. La palabra del interlocutor le parecía la de un amigo sincero, que tardó en aparecer. Narrando los incidentes de su viudez, el padre prestó mayor atención al caso y sentenció:

- Es muy extraño que la señora haya luchado con tan infausto destino, ante una simple noticia. ¿Nunca recibió informaciones más positivas de América?

- Nunca.

- También – continuó – es necesario considerar la soledad en que quedó, allá en Francia. La muerte de los padres, la rebelde enfermedad, la necesidad imperiosa de atender a la recién nacida...

- Sí – explicó Magdalena agradecida a su afectuoso interés – pero no renuncio a mi vieja idea de efectuar un viaje a la colonia del norte. No deseo morir sin obtener las últimas noticias de Cirilo.

El religioso hizo un gesto de aprobación y acentuó:

- Siempre abrigué el deseo de compartir los trabajos misioneros en América y, si algún día lo consigo, me ofrezco a llevarla, con su hijita.

Magdalena Vilamil agradeció con una gran sonrisa. La conversación proseguía, animadamente, hasta que la avanzada hora determinaba las despedidas. El padre Damián se refirió a su disposición sincera de enfrentar la osadía criminal de los Estigarríbia y prometió que a las doce horas del día siguiente estaría allí. Y como la viuda quiso reiterar los agradecimientos, muy conmovida, él la interrumpió, diciendo:

- No se dé al trabajo de manifestar gratitud. En este mundo somos deudores unos de los otros y, en éste momento, tengo la impresión de estar rescatando una deuda.

Y se retiró acompañado por Juan de Dios, mientras la pobre señora experimentaba un gran alivio y desahogo de la mente atormentada.

Al día siguiente, a la hora convenida, el eclesiástico franqueaba la puerta y esperaba los acontecimientos.

En las primeras horas de la tarde, D. Alfonso Estigarríbia se aproximó acompañado por sus hombres, a fin de darle más pompa al hecho. Notando la presencia de un sacerdote en la casa que suponía estaba indefensa, no pudo esconder la decepción; pero Damián, queriendo conocer todo el ardid de la cruel escena, tomo una actitud humilde, hizo un gesto de extremo desinterés por la causa y exclamó, tras el primer saludo:

- ¡Entrad, hijos míos! Viva Dios y bendito sea nuestro Santo Padre.

Animados con semejante acogida, D. Alfonso y los partidarios recobraron el aliento y leyeron el torpe mandato, con aires de triunfo. El hijo de D. Diego hizo la solemne y pausada lectura, mientras Magdalena y Dolores oían la sentencia, excesivamente pálidas. Terminada la citación, el joven Estigarríbia explicó que la granja debería ser desocupada dentro de tres días y que, habiendo allí una niña mestiza, traída por Antero de Oviedo, le correspondía al Santo Oficio decidir su destino, por lo que exigía su entrega inmediata.

En posesión de todos los hilos de la perversa madeja, el Padre Damián ciñó el semblante y declaró con enérgica serenidad:

- Conocemos la fuerza del Tribunal que así ordena, pero estamos obligados a declarar que existe una lamentable equivocación a corregir. La Inquisición habrá tenido motivos para condenar a nuestro pariente Antero de Oviedo, cosa que no pretendemos discutir; consideramos, sin embargo, que la sentencia de confisco ya fue ejecutada con la ocupación de su casa en Ávila, y de otras propiedades en Madrid. Creemos, también, que si eso no bastase, el condenado ya pagó duramente sus faltas con la muerte.

D. Alfonso se quedó lívido.

- ¿A qué equivocación os referís? – indagó.

- Esta casa de campo no pertenecía al reo.

- ¿Las pruebas? – acudió el jefe de la expedición, contrariado.

A un gesto del religioso, Magdalena Vilamil trajo el documento de la donación, firmada por el fallecido.

- Pero, evidentemente – exclamó D. Alfonso – ésta declaración no tiene efecto legal. Es una simple transacción entre parientes. La sangre da igual.

- ¿Creéis, entonces – continuó Damián – que las personas honestas pueden responder de los delitos de los

hermanos consanguíneos? Jesús era el Salvador y no impidió que Judas apareciese en la reducida familia de los discípulos.

Ante la inesperada contradicción, el hijo de D. Diego se mordió los labios, encolerizado:

- Debéis saber que la condena del Santo Oficio incluye a la parentela.

- No lo ignoro – explicó el padre – que el Santo Oficio muy cruelmente persigue al condenado en la persona de los descendientes, pero nosotros no somos de la estirpe de Antero de Oviedo.

Incapaz de rebatir los argumentos del interlocutor, el jefe de la diligencia acentuó:

- Consultaremos al Obispo D. Leoncio Molina.

Comprendiendo que el joven se refería al pariente, lleno de influencia política, Damián añadió:

- Y nosotros indagaremos la razón por la cual la familia Estigarríbia anda requisando niños libres en las ciudades independientes de España. La Corte nos informará en cuanto a eso.

El vecino hizo mención de retirarse con los compañeros, pero, antes de hacerlo, el sacerdote concluyó:

- D. Alfonso, id en la paz de Jesús. Esta casa está dispuesta a vivir cristianamente en vuestra vecindad, pero no olvidéis que tenéis un alma para prestar cuentas a Dios.

La expedición partió cabizbaja, mientras Magdalena se retiraba hacia el interior y besaba el crucifijo que su madre le había dado, agradeciendo a Jesús aquellos inefables consuelos.

Nuevos rumbos

La familia Estigarríbia no volvió a reiterar sus absurdas exigencias, y el propio D. Alfonso hizo lo posible por demostrar nuevas actitudes y cambios de propósitos, ya que la torpe extorsión no llegó a consumarse. Consciente del hecho, el Obispo Molina desautorizó los criminales intentos y ordenó para que el confisco no pasase los límites indicados por los inquisidores.

Cerrado el incidente, la vida en la granja proseguía en adorable sencillez.

Alción se hizo amiguita fiel del Padre Damián y Magdalena parecía regocijarse con la nueva compañía.

El eclesiástico revelaba ideas diferentes de su época. Instruido en las venerables tradiciones del pasado, no podía comprender los crímenes tramados en la sombra, en nombre de Dios. Apreciaba la filosofía antigua, despreciaba las exageraciones del fanatismo y no estaba de acuerdo con la tiranía del Santo Oficio. Casi diariamente, por la noche, iba a la modesta casa de la viuda Davenport, a cuya puerta la pequeñita Alción se colocaba para saludar graciosamente al caballo paciente y manso, que le servía en el pequeño trayecto.

Las interesantes conversaciones se desarrollaban, animadas. Magdalena Vilamil parecía encontrar en las interpretaciones del religioso los más duraderos consuelos.

- Padre Damián - decía - la Iglesia parece despreocuparse de nuestras amarguras. En todas partes preponderan las imposiciones políticas, mientras que Jesús fue bien claro en las enseñanzas relativas a su Reino, que aún no es de este mundo. Todavía, en vez de cuidar de la redención de las almas, la mayoría de los

clérigos permanece en vanas disputas. Vivimos una época de espesas tinieblas. La Inquisición es mucho más poderosa que los reyes sin corazón. ¿A qué se debe tantos desmanes? ¿No consideráis que hayamos sido esclavos antes que devotos?

- Sí, hija mía – esclareció el amigo con su madura experiencia de la vida – tus observaciones son justas. Dios crea la vida, no el cautiverio. Entretanto, esos clamorosos desvíos son de las instituciones humanas. Los padres ambiciosos de poder temporal constituyen una fila casi interminable en los tiempos actuales, pero nunca podrán destruir el Cristianismo en su eterna y divina esencia. La misericordia de Dios tolera sus insultos, pero ha de llegar el día en que se establezca la verdad. Soy de la opinión de que todas las iniquidades de la Tierra son impotentes para aniquilar una centella de nuestra fe.

La última frase despertó en Magdalena nuevos pensamientos. En un bello instante de meditación, olvidaba las vicisitudes de la Tierra y las angustias del Tiempo, para elevarse en los sublimes problemas del alma.

- La fe – replicó – ¿cómo adquirirla, padre? Yo la entiendo como un estado superior, conseguido en la oración. He hecho todo lo posible por encontrar alivio y refugio en la confianza en Dios. No obstante, me siento muy lejos de la paz íntima que tanto deseo.

El eclesiástico la miró significativamente, como diciéndole que le era imposible resolver definitivamente la cuestión y explicó:

- No podremos crear los valores de la fe, mientras estemos inquietos, y creo que nuestras relaciones con la Divinidad deben ser lo más sencillas posible. En cuanto a mí, considero que cada día es una oportunidad renovada para la labor de nuestra redención. Resumo mis oraciones a la vigilia de la mañana, en la cual procuro la inspiración

del Evangelio o de los libros que nos suscitan deseos de perfecta unión con Cristo, y en la alabanza de la noche, cuando busco examinar las ocasiones de servicio o testimonios que el Señor me facilitó.

Ella no comprendió la alegría e interrogó:

- Pero... ¿Cómo?

- Toda lectura edificante derivó de la Providencia por intermedio de sus mensajeros, en nuestro socorro; con sus advertencias y conceptos, sabios y preciosos, hago la vigilia matinal y a la noche doy gracias al Padre, en conciencia, por los favores que de Él recibí. En la vigilia, me propongo propósitos redentores; y en el examen de la noche me juzgo a mí mismo, para ver dónde se cristalizaron mis mayores flaquezas, a fin de enmendarlas al día siguiente. El mundo, a mi forma de ver, es una vasta oficina, donde podemos reparar muchas cosas, pero reconociendo que las primeras reparaciones son intrínsecas a nosotros mismos.

Muy interesada, la supuesta viuda de Cirilo insistió:

- Si dais tanto valor al esfuerzo espiritual de la mañana y a las meditaciones de la noche, ¿cómo enfrentar el día?

- Creo que entre la vigilia y la noche está el trabajo que el Señor nos concedió. El día constituye la oportunidad de realizar las intenciones que la matinal vigilia nos sugiere y que a la noche hacemos el balance.

El reducido auditorio, es decir: Magdalena, Alcíone y Dolores, bebían los conceptos con profunda atención.

La sirvienta, tal vez impresionada por sus definiciones de trabajo, indagó:

- Padre Damián, ¿cómo proceder, entonces, en los días en que las circunstancias nos impidan trabajar? ¿Estaremos huyendo a la oportunidad que Dios nos concedió?

El religioso comprendió el móvil de la pregunta e intentó explicar:

- ¿Crees, entonces, que sólo a los brazos le fueron concedidas las atribuciones de servicio? Los oídos trabajan cuando oyen, los pies cuando caminan. La lengua se esfuerza, la inteligencia actúa. Cuando cesan las posibilidades de acción en el exterior, hay en lo íntimo de la criatura todo un mundo a dominar. Llego a la reflexión de que, a veces, la enfermedad atormenta a la criatura para que ella mire dentro de sí misma y aproveche la oportunidad, en el esfuerzo laborioso de su renovación.

Para la hija de D. Ignacio, aquellas conclusiones sobre la oración eran nuevas y sorprendentes. Tal como ocurría en todas las esferas religiosas de su tiempo, suponía que orar equivalía a pedir. Las ceremonias de la iglesia, casi siempre, se resumían solamente en largas súplicas. Los libros devocionales englobaban rogativas, desde la primera hasta la última página. Las ofrendas, las procesiones, los sermones públicos, representaban pedidos insistentes. Por eso mismo, la viuda interrogó con cierta indecisión:

- Vuestros esclarecimientos en cuanto a la oración me sorprenden; con todo, necesito exponer mis dudas más íntimas. ¿No habría concedido Dios al mundo la facultad de rezar, a fin de que el alma humana aprendiese a pedir? Siempre conocí esa manifestación del sentimiento como rogativa. Considero, entretanto, que, si toda nuestra actividad religiosa estuviese circunscrita a los actos rogatorios, no pasaríamos, en este mundo, de ser una asamblea de mendigos. ¿Qué decir del hombre que reclamase, sin hacer nada, el manjar del cielo, solamente por retener el sacrificio en la siembra de su quintal? ¿Podría alguien insistir en la obtención de la verdadera paz, cuando aún disputa a hierro y fuego la posesión de

bienes percederos? ¿Llegará alguien a la esfera de los ángeles, cuando aún no llegó a ser hombre?

Reconociendo el interés despertado por sus palabras, Damián se sintió animado y continuó:

- Naturalmente que deberemos suplicar al cielo, pero, no interpretar la oración como rogativa, supongo que no debemos ir más allá del “Padre Nuestro”, porque, por encima de todo, creo que la oración debe ser un esfuerzo para mejorarnos. Dios nos busca en todo momento y el acto de devoción será, entonces, una tarea incesante del espíritu, apagando las imperfecciones, para que el Padre nos encuentre.

- Pero, hay criaturas que maldicen el destino – añadió Magdalena muy interesada. - ¿Cómo no importunar al Cielo, cuando padecemos necesidades angustiosas? Para mucha gente, la Tierra sólo es un odioso destierro y el cuerpo representa una oscura cárcel.

- No lo creo. Sólo hay mendicidad en nuestra alma. Y en lo que se refiere al paisaje del mundo, el propio desierto tiene su belleza. Las sendas que pisamos están repletas de perspectivas encantadoras. Una hoja de la primavera o un puñado de arena son documentos de la gloria de Dios en nuestros caminos. Cuando nos referimos a regiones sombrías o desoladas, generalmente olvidamos que ellas se localizan en nuestro mundo interior. La idea de cárcel, como el dolor del remordimiento, nunca fueron observados en el horizonte azul ni en el canto de los pájaros, simplemente porque residen dentro de nosotros mismos.

- ¿Y el sufrimiento, padre Damián? – preguntó Magdalena Vilamil, tocada por aquellos altos conceptos. - ¿Qué me decís del problema del destino y del dolor? Nuestro futuro espiritual, tras la muerte, ¿no está encerrado en el cielo, en el purgatorio o en el infierno, sin remisión?

El interpelado sonrió y esclareció:

- Esta palabra, oída por la Inquisición, representaría un crimen de traición para el fanatismo de nuestra época y nos llevaría a la hoguera. Esta circunstancia nos lleva a reflexionar en la magnitud de la tarea a realizar, pero, ¿si yo dijera que mi interpretación es diferente? La muerte no existe como la entendemos. Lo que se realiza, sólo es una transmutación de vida. Los teólogos suprimieron la simple llave de nuestras creencias. Cuando el cuerpo es reclamado por el sepulcro, el Espíritu vuelve a la patria de origen, y como la Naturaleza no da saltos, las almas que alimentan aspiraciones puramente terrestres continúan en el ambiente del mundo, aunque sin el revestimiento del cuerpo carnal. Desde la más remota antigüedad, los hombres se comunicaron con sus semejantes ya muertos.

Y, ante la admiración de la joven señora, Damián pasó a recordar:

- Eneas consultó a Anquises, por medio de los extraños poderes de la hechicería de Cumas; Plutarco afirmaba que los seres del otro mundo se manifestaban en los Misterios; Sócrates tenía su genio familiar; Apolonio de Tiana se sentía auxiliado por entidades invisibles; los emperadores romanos buscaban las informaciones de los habitantes de ultratumba, con la cooperación de los Oráculos; Vespasiano buscó la palabra de los numes titulares en el Oráculo de Geryón; Tito hizo lo mismo en la Isla de Chipre; Trajano los imitaba, investigando las revelaciones del Oráculo de Heliópolis, en Siria; los antiguos cronistas declaran que Augusto, después de iniciado en el culto de Eléusis, tenía contacto con los fantasmas; en las páginas sagradas de la Biblia vemos a Saúl buscando al fallecido Samuel por intermedio de la pitonisa de Endor, y contemplamos a los discípulos de Jesús protegidos por el Espíritu Santo, en el glorioso día de Pentecostés...

¡Es extraordinario! – exclamó la esposa de Cirilo feliz por los nuevos conocimientos.- ¿Quiere decir que los entes queridos, que nos anteceden en la tumba, nos esperan en el umbral de la otra vida, para las alegrías del reencuentro?...

Damián hizo un gesto muy significativo y añadió:

- No siempre será indispensable partir para reencontrarse...

- ¿Por qué? – interrogó admirada.

- Nuestra época no tolera la divulgación de las supremas verdades, pero nosotros nacemos y renacemos. La vida es una sola; entretanto, son diversas las experiencias. El propio Jesús declaró a los mentores de Israel que no era posible alcanzar el Reino de Dios sin renacer de nuevo. Infierno o purgatorio son estados del espíritu en tribulación por faltas graves, o en vías de penitencia regeneradora.

La “viuda” Davenport tuvo la sensación de haber sido llevada a un puerto de grandes revelaciones. Recordó, súbitamente, su primer coloquio con el joven irlandés que eligió como compañero de su existencia, cuando le confió las predicciones del viejecito de Granada. La figura casi apagada del egipcio errante le surgió en los arcanos de la memoria, con los mínimos contornos. Así, vio en la tela de la imaginación las puertas del Alhambra y las amigas bien amadas, destacándose de todos los recuerdos las palabras consejeras del desconocido: “Prepárate, hija mía, y únete a la fe en Dios, porque tu cáliz, en el mundo, rebosará de sufrimientos. No vivimos sólo esta vida. Tenemos varias existencias y tu existencia actual es promisoria de tributos afanosos para la redención.” Sinceramente impresionada, relató el incidente, que el religioso acogió con singular cariño.

- Puedes creer – afirmó convencido – que ese anciano debería ser un gran inspirado.

- ¿Pero será posible que se cambie de cuerpo como se cambia de vestido?

- Justamente. Sólo eso, hija mía, explica las profundas diferencias del camino. En las sendas en que buscamos la luz de la salvación, encontramos a los seres humanos más dispares. Allí, nos encontramos un hombre impiadoso, poseedor de una sólida fortuna; allá, un justo lucha entre el hambre y la enfermedad, que parecen interminables. En un mismo hogar nacen santos y ladrones. Existen padres excelentes cuyos hijos son indeseables monstruos. Una vía pública exhibe jóvenes elegantes y miserables criaturas que se arrastran entre la lepra y la ceguera. ¿Podrías admitir que el Creador, magnánimo y sabio, dejase de ser padre para ser un experimentador desalmado? No admitamos ese absurdo teológico, pero ponderemos en la verdad de que se cumple, desde ahora, el “a cada uno según sus obras”, de las enseñanzas de Jesús. En la obra divina, infinita y eterna, cada hijo tiene su propia responsabilidad. La criatura se engrandecerá o se someterá al rebajamiento, conforme utilice las posibilidades recibidas. En el caminar de cada día, podemos observar a los que ascienden, a pesar de los dolorosos testimonios; a los que se estacionan en recelos inútiles; a los que rescatan y a los que contraen nuevas deudas.

Magdalena Vilamil, después de apurar aún más las propias impresiones, consideró sensibilizada:

- Vuestras razones me suscitan más vastos raciocinios. A veces, padre, sueño con reuniones que me fuerzan a decisiones prejudiciales, con plazas armadas y donde mi voz ordena acciones crueles... me veo, entonces, poseedora de poderes, rodeada de numerosos súbditos... A continuación, despierto exhausta, con la impresión de haber regresado de una región de reminiscencias indeseables.

- ¡Ah! ¿Sí? – murmuró Damián con una sonrisa – ¿quién sabe si nuestra permanencia en Ávila constituye una repetición de circunstancias del pasado ominoso? Es posible que hayamos tenido riqueza y autoridad, ejerciendo la tiranía. La casa de Dios está llena de justicia con misericordia.

La viuda Davenport meditó algunos instantes en las pruebas sufridas, consideró la razón de los conceptos examinados y concordó:

- Es verdad. Mi existencia parece obedecer a ese plan de tributos expiatorios. Desde niña, vengo observando que en las situaciones decisivas estoy obligada a inclinarme ante las circunstancias. En los grandes impulsos, tengo la impresión de que mi voluntad es anulada por un misterioso poder...

- Y eres muy feliz en no desobedecer.

- Entretanto, padre, las amarguras son muchas y rudas.

- Pero si el esfuerzo divino de Jesús fue aureolado en el Calvario, ¿quién podrá pensar en la gloria celeste sin la corona de espinas? Las personas felices acostumbran a no tener historia, y, cuando la tienen siempre registran episodios más dignos. Con esa idea, no quiero decir que debamos andar por el mundo como aventureros del sufrimiento, harapientos y quejosos, mas deseo alcanzar el valor de las luchas incruentas del corazón, que templan el carácter e iluminan la vida. La mayoría de los santos estuvo indecisa, hasta que el testimonio redentor, por la dilaceración de sí mismos, les abrió los horizontes infinitos de la Eternidad. Nacemos y renacemos, hasta que podamos encontrar las alas de la sabiduría y del amor hacia los vuelos supremos.

- Vuestras ideas respecto a la pluralidad de existencias – dijo Magdalena – dan inmensos consuelos. Cuando volví de Francia, fui dos veces a la iglesia de

Santo Tomás y asistí a los oficios religiosos, pero nunca podré definir las emociones que sentí al contemplar las antiguas imágenes. Al arrodillarme al lado del púlpito, la grandeza del viejo templo parecía llevarme a recuerdos imprecisos de otros tiempos, que yo no conseguí definir. Terminada la misa, visité todos los altares y me extasié contemplando el viejo claustro... Poderosas impresiones me dominaron el pensamiento... Quedé convencida de que cada cosa, allí, me era familiar y, con todo, cuando niña, en el internado, algunas veces visité ese templo y nunca experimenté tales sensaciones.

- Sí – consideró Damián en actitud de profunda reflexión – la iglesia y el claustro de Santo Tomás tiene una larga y extraña historia. Allí fueron llevadas a cabo muchas deliberaciones importantes, en las reuniones de los reyes católicos con los miembros del Santo Oficio.

Hubo una pausa y luego la joven interrumpió:

- Ya que esas teorías instruyen tanto, ¿por qué no cuida la Iglesia de divulgarlas?

- No debemos pensar en eso. Estas revelaciones espirituales nos llegan de la más remota antigüedad, pero la Iglesia Católica no podrá tan pronto esparcir la claridad de esas verdades confortadoras. La noche que descendió sobre nosotros aún no terminó.

- Pero, ¿acaso no se trata de divinos consuelos?

- Sí, pero nuestra creencia actual tiene su base en el terror de la tiranía religiosa y no en la libertad sublime del Evangelio. Si Jesús volviese ahora, a la Tierra, sería perseguido como impostor, con suplicios tal vez mayores que los de la cruz. La barca de Roma es diferente de la barca de Galilea. En la primera tenemos sacerdotes ambiciosos e insaciables; en la segunda, teníamos pescadores. En Roma, brillan palacios; mientras que en Belén resplandecía el pesebre. En el Vaticano, deslumbran piedras preciosas en la tiara pontificia; en

Jerusalén el cáliz era de vinagre y la corona hecha de espinas.

Magdalena recogía las citas con indisfrazable interés, mientras el eclesiástico concluía:

- ¿Comprendes las diferencias?

- ¿Abrazáis entonces la Reforma? – arriesgó, refiriéndose al movimiento religioso iniciado por Martín Lutero.

- Acepto la necesidad de la reforma íntima. Si los protestantes pudieran alcanzar semejante renovación, seguro que serán bienaventurados. Por lo demás, si aún me encontrase sin responsabilidades definidas, sería justo empuñar una espada de guerrero activo en pro del establecimiento de la verdad; con todo, si Dios me llamó para la labor del ministerio católico, debo obedecer, comprendiendo que mi lucha es en el silencio y en la meditación, lejos de los ojos indiscretos del mundo.

*

Aquellas constructivas conversaciones se repetían diariamente. Cuando el sacerdote no comparecía, la viuda Davenport, Dolores y Juan de Dios, seguidos por Alcione, proseguían en los mismos comentarios. Eran pasajes evangélicos, libros de meditaciones, cuentos educativos, el material de luz de las charlas fraternales del modesto grupo. El Padre Damián, de vez en cuando, contaba la historia de los primeros mártires del Cristianismo, y el recuerdo de los sacrificios provocaba un manantial de lágrimas benéficas. El recuerdo de su resistencia heroica, de su ejemplificación de coraje, bondad y fe, encendía en todos, nuevas claridades confortadoras.

Los meses corrían rápidos para aquella reducida asamblea de corazones, que no deseaba otra cosa sino la paz perfecta en Jesús.

La pequeña Alcíone encontraba singular encanto en las descripciones de los tiempos remotos, en que los cristianos perseguidos se reunían en las catacumbas abandonadas. La narrativa de las bárbaras festividades de la época de Nerón le nublaban los ojos, pero, cuando oía la lectura de las firmes respuestas de los mártires a los verdugos, gozaba de entusiasmo. Dando a conocer la vocación para el sacrificio, cierta vez interrogó:

- Padre Damián, ¿dónde está ahora el circo? ¿Y las fieras? ¿Aún podemos sufrir para mostrarle a Jesús que no estamos de acuerdo con los que lo crucificaron?

Al religioso le hizo mucha gracia el recuerdo y explicó:

- Sin duda, podremos dar testimonio de nuestra fe en todo tiempo, en todas las circunstancias.

Y observando que la niña esperaba una respuesta completa, concluyó sonriendo:

- Ahora el circo es el mundo y, en la mayoría de los casos, las fieras son los hombres.

*

Pasaron dos años, relativamente tranquilos. El religioso amigo vivía siempre con la expectativa de realizar un viaje a América. Cuando todos los planes parecían ajustarse a la realización, surgía un imprevisto dominante. Entonces se aplazaban las esperanzas, indefinidamente. Magdalena Vilamil gozaba de mejor salud, con excepción de los pies, que la obligaban a contentarse con el pequeño paisaje de su pobre granja. Se movía, no obstante, sin mayores torturas, dentro de la casa y en el ámbito del quintal, y eso era motivo de una enorme satisfacción. Las conversaciones y reflexiones diarias, sobre la vida espiritual, le renovaban las fuerzas psíquicas. Tenía una ilimitada confianza en el futuro de más allá de la tumba. En el trato de las nuevas ideas,

llegaba a la conclusión de que la viudez y la pobreza material representaban condiciones de testimonio y en todo había posibilidades de honrar los decretos divinos. Recordaba el pasado, se detenía en las reminiscencias de los días más tormentosos y reflexionaba en que las peores situaciones habían pasado. Además, la Providencia le concedió un bálsamo celestial en las caricias de la hijita, cuya compañía representaba el alfa y el omega de su vida. Su fe religiosa, al influjo de los nuevos conocimientos, ganaba maravillosos poderes de resistencia. Estaba segura de que encontraría nuevamente al esposo y a sus padres, cuando entregase el cuerpo material a las sombras de la tumba. Esa creencia le proporcionaba una constante renovación de energías morales, y llegada la noche, en la hora de las oraciones, sentía una dulce tranquilidad de conciencia e infinita esperanza llenando su herido corazón.

Por esa época, se realizó un memorable evento en el lugar. Atendiendo a la generosa interferencia de amigos, los Estigarríbia consistieron en el casamiento de Juan con Dolores; y Magdalena se alegró mucho con el hecho. La ceremonia, muy sencilla, fue celebrada en la residencia de la novia, por el padre Damián, con la presencia de D. Alfonso, que veía en el hecho un eslabón para unir la poderosa hacienda a la humilde casa de campo lindante.

Juan de Dios, no obstante, se casó bajo la condición de continuar en la misma situación de semi-liberto, de la cual la esposa tendría que participar. Dolores, todavía, quedó libre para proseguir cooperando con la ex-señora, como le aprovechase, a pesar de haber contratado Magdalena otra sirvienta, indispensable para los trabajos de la huerta y del pomar.

La familia Estigarríbia, deseando tal vez apagar las malas impresiones del pasado, mandó construir una casita modesta para el matrimonio, justamente al lado de

la casa de campo, para que la señora Vilamil no estuviera separada de sus serviciales amigos.

De este modo, el casamiento de la sirvienta no alteró el régimen doméstico de Magdalena, de manera esencial.

Y, como la interpenetración de planos constituye un fenómeno indiscutible en el curso de la vida, veamos lo que le ocurría a Antero Oviedo en el plano espiritual.

En una región de sombras compactas, su espíritu reparaba con lágrimas de dolor la inconsciencia del pasado. Azotado por el remordimiento, tenía la impresión de estar sumergido en una noche infinita, en el inmenso interior de un insondable abismo. Dos años le parecían dos siglos de amargura inconcebible. De cuando en cuando, intentaba levantarse del abatimiento que lo postraba, para luego recaer en una apatía de agonía, como si no le fuera posible intentar, siquiera, desprenderse de aquél infierno.

Al principio, tenía hambre y sed, pero al poco tiempo, tales sensaciones se transformaban en padecimientos más atroces. Las últimas impresiones de la trágica muerte subsistían y hasta se perfeccionaban, aplastándolo, cual cascada de indefinibles angustias. Un terrorífico silencio lo envolvía, uniforme, invariable. Cuando deseaba oír voces humanas, le llegaban ruidos confusos de carcajadas escarnecedoras, dejándolo casi convencido de estar siendo espiado por enemigos intangibles, que, aunque igualmente sumergidos en el manto de tinieblas espesas, se burlaban de Dios y de las ideas santificantes de la vida.

Dolorosas lágrimas le lavaban el rostro, incesantemente. A pesar de estar convencido de su desprendimiento del cuerpo carnal, tenía la impresión nítida de su personalidad humana.

Condenado impenitente, recomponía los mínimos eslabones de las experiencias en las que fracasó. La infancia en España, los desvelos maternos de Doña

Margarita, las preciosas oportunidades perdidas, todo, todo lo atormentaba y transformaba el corazón en fuente de llanto inestancable. Las posibilidades de París le aparecían ahora como largos caminos que lo habían conducido al deber más noble, y, no obstante, cruel y egoístamente despreciado. El recuerdo del crimen practicado con la prima, enferma e indefensa, era una úlcera envenenada que agravaba su desdicha. Era como si la tuviese allí, reviviendo la falsa noticia de la muerte del marido, acariciando a la recién nacida, deshecha en llanto. Después, era el joven irlandés viajando lleno de confianza en sus servidores fraternos, y – icosa extraordinaria! – en la confusión de los recuerdos como que oía sus últimas palabras en la víspera de la partida.

Afligido por el remordimiento, volvía a las calles parisienses asoladas por la repugnante viruela, e inútilmente intentaba regresar en el tiempo, a fin de corregir el gran error. En las pesadillas que lo asediaban, veía la casa de San Honorato, ansioso por defender a Magdalena hasta el fin, pero, simultáneamente, el recuerdo del cementerio, con las alevosas sugerencias de Susana, pasaban por su cerebro desequilibrado, como una nube de fuego, una cascada estridente de reminiscencias amargas que parecían no tener fin. El recuerdo del regreso a su tierra natal con propósitos poco nobles y la insistencia brutal por satisfacerlos con la prima, que debería respetar, lo llevaban al borde de la locura. Federico Izaza surgía como un verdugo de cuya influencia envilecida era necesario huir.

Lo atemorizaban las reminiscencias relativas al comercio y tráfico de esclavos. Volvía a vivir las torpes escenas de las embarcaciones negreras, en las raras veces que las visitó a lo largo de la costa africana. Oía las lamentaciones del gran número de los que se veían obligados a la separación de los seres queridos. Todo le

afloraba a la mente dolorida, con prodigiosa vivacidad y nitidez.

¿Por qué no consiguió ver la verdad en la Tierra? ¿Qué extraña venda le cubría los ojos? ¿Por qué no amparó a Magdalena en las vicisitudes, en vez de arruinar su porvenir de esposa y madre? ¿Por qué consintió la criminal sugerencia de abusar de las criaturas ignorantes, conduciéndolas a un inmerecido cautiverio, cuando le competía ayudarlas, fraternalmente, por simple deber de humanidad?

Recordando el pasado, Antero de Oviedo lloraba convulsivamente, fustigado en la conciencia.

El veneno fulminante, con el que se suicidó, parecía corroerle aún las vísceras, en un suplicio sin fin.

Temblaba, lloraba, se aniquilaba dentro de su inmenso dolor.

¡El hecho que más lo impresionaba era tener la diestra y uno de los pies reseco! Las tinieblas le impedían la visión, pero, de vez en cuando, por el tacto, con sensaciones dolorosas, iba comprendiendo la singular anomalía. Transcurridos más de setecientos días de inconmensurable amargura, cierta vez rogó a Dios, con todas las fuerzas de su corazón, le permitiese una limosna de luz en el seno de las tinieblas que lo envolvían. Recordó la figura de Cristo, que jamás procuró entender en la Tierra, y lloró como nunca. Imploró, entonces, arrepentido, que el Salvador se apiadase de su infinita angustia. En voz baja, como un débil niño, pidió con sinceridad, aunque reconociendo el propio demérito, que lo auxiliase, permitiendo que su madre adoptiva viniese a traerle una palabra de ánimo y confortamiento.

Después de recurrir así con la humildad de quien suplica saturado de inútil desesperación, vio, por primera vez, destacarse en las tinieblas un círculo de claridades confortadoras. Asombrado, sintió que alguien se

aproximaba en su socorro. Algunos momentos más y el espíritu de doña Margarita se le hizo visible.

- ¡Ah! ¡Madre mía!... – exclamó, arrastrándose para besarle los pies - ¿cuántos siglos hace que me separé de su corazón afectuoso?

La esposa de D. Ignacio, rodeada por un halo de luz, tenía los ojos nublados por las lágrimas. Se inclinó y murmuró dulcemente:

- ¡Oh! ¡Hijo mío, cómo te encuentro!... ¿Qué hiciste con el amor que te di? ¿Por qué te pervertiste en la torpeza de las pasiones humanas, cuando te enseñé a elevar el pensamiento hacia Dios, desde los primeros días de tu infancia?

En actitud maternal, se sentó a su lado y le acarició la cabeza, que el joven conservaba sobre la mano izquierda, llorando convulsivamente.

- ¡Cómo te encuentro, Antero! Los mensajeros de Jesús me permitieron que viniese a traerte algún consuelo. ¡Reánimate, hijo!...

- Lo perdí todo – exclamó el desventurado – no me queda de la experiencia humana sino un mar de tormentos y lágrimas. ¡Y, por fin, madre mía, Dios me arrojó en este abismo abominable!...

Pero la noble entidad le cortó la palabra, aseverando:

- ¡No blasfemes! Dios es Nuestro Padre y nos creó para la luz eterna. Somos los responsables de nuestra caída en los desfiladeros cruciales. La Providencia nos rodea de todos los cariños, traza las sendas de amor que debemos recorrer y, no obstante, hijo mío, en el círculo de la relativa libertad humana, la pasión nos aniquila, el orgullo nos ciega y el egoísmo nos encarcela en sus prisiones inmundas. ¿Cómo puedes afirmar que el Señor te condujo a este lugar tenebroso, si despreciaste el camino de su infinita misericordia?

Antero, entretanto, tocado por los angustiosos recuerdos terrenales, acató con amargura:

- ¡Pero todo el mundo conspiró contra mí!

- ¿No sería más acertado que dijeras que conspiraste contra todo? Combatiste los sentimientos nobles que te infundí en la infancia; luchaste contra la paz de nuestro hogar; tramaste contra los seres nacidos en libertad. Donde puse, en tu corazón, las enseñanzas de Cristo, entronizaste la indiferencia; en el camino de dos almas en unión santificada por Jesús, sembraste la mentira y el sufrimiento; en los lugares destinados, por Dios, a la vida libre, plantaste las espinas de la esclavitud. ¿No habría sido misericordia arrancarte de los precipicios del mal, trayéndote a esta noche desolada para que pudieses meditar? Bendice los dolores que hieren tu espíritu y destrozan tu corazón. Esas amarguras atroces te obligan a callar, para que la verdad hable a tu conciencia. Aun para los más agresivos criminales, endurecidos en el mal, siempre surge un momento en que, oprimidos por el dolor, son forzados a oír la voz de Dios.

El réprobo sollozaba en los brazos de la interlocutora, cual hijo ansioso por desahogarse de todas las amarguras en el regazo materno. Aquellas palabras le dieron gran aliento a su corazón dolido.

- ¡Reconozco mis grandes faltas – afirmó humildemente – entretanto, madre, fui huérfano de todas las alegrías!

- No fuiste tal, sino un ser inconformable.

- Aspiraciones cortadas por un destino cruel...

- Nadie puede alcanzar la felicidad cuando transforma las aspiraciones en caprichos inferiores.

Haciendo un gesto de oposición y desacuerdo, insistió:

- Todas las luchas terrestres me hubieran sido favorables si Magdalena hubiese atendido a mi corazón. A

su lado yo cultivaría la virtud, huiría del mal, hubiera vencido las más violentas batallas, pero...

La noble entidad, aprovechando la reticente pausa, replicó con energía y serenidad:

- No acuses a tu hermana por faltas oriundas de tus propias flaquezas. Magdalena jamás te faltó con la ejemplificación fraternal. Asediada por crueles necesidades, fue tu amiga desvelada; en las horas de inseguridad, siempre tuvo una palabra de inspiración para tus designios. ¿Qué más podrías desear?

Él movió la cabeza y respondió:

- Pero, de corazón siempre fue inflexible. Tal vez un gesto de ternura, un beso, una esperanza... me hubieran salvado...

- ¿Cómo no te acordaste nunca de ofrecerle el cariño con desinterés de corazón? ¿Por qué no recordaste el beso fraternal, con cuya esencia podrías rectificar la mentira execrable que agravó sus padecimientos en el mundo? Viviste, hijo mío, aprovechando las situaciones críticas para forjar acciones criminales; acompañaste sus lágrimas con actitudes frías y gozaste íntimamente con la separación de dos almas que Jesús había unido en sus bendiciones de amor. ¿Qué sería de ti si Magdalena hubiese atendido a tus arrastres inferiores, olvidando los deberes sagrados de esposa y madre? Tendrías una noche más oscura, dolores más crueles. ¡Caíste, es verdad; pero, aún puedes orar, aún tienes la dádiva del llanto remisora!...

El sobrino de D. Ignacio, ahora, parecía flagelado por una tempestad de lágrimas. Tenía la impresión de recuperar la razón, mediante aquellas recriminaciones lanzadas cara a cara por la lealtad de la madre adoptiva. Aun con los sufrimientos que experimentaba, no había aprendido todo. Solamente ahora conseguía calcular la extensión de su ceguera criminal en el mundo. Amargado por el justo reconocimiento de las faltas clamorosas, se

sintió incapaz de objetar algo más, permaneciendo a mercé de los dolorosos remordimientos.

Doña Margarita, después de una larga pausa, le acarició la mano reseca y habló:

- ¿Ya reflexionaste en los resultados de la empresa que intentaste en el mundo? El menosprecio de la oportunidad reparadora ahora te hiere con amargas consecuencias. La mano que firmó documentos condenables, ahí la tienes reseca; el pie que se movió rumbo a los hechos delictuosos también está reseco; los ojos que procuraron el mal se llenan de sombras oscuras...

Al oír tales cosas, el joven mostró reconocer con un gesto su penosa situación, pero, acordándose súbitamente de la presteza con que su oración fue atendida, en el caso de la venida de su madre por los lazos espirituales, aseveró humildemente:

- Rogaré a Jesús para que me ayude con la libertad de movimientos.

- Sí – explicó doña Margarita – el Señor no te negará la herencia de su excelsa bondad, pero sólo al contacto de nuevas luchas terrenas conseguirás reintegrarte en las facultades sagradas que pisoteaste, olvidando voluntariamente los más nobles deberes.

- ¿Cómo? – interrogó admirado.

- Jesús perdona, no con las fórmulas verbales, tan fáciles de decir, sino con la renovación de la oportunidad de purificación. El cuerpo carnal es una tienda preciosa, en la cual podemos corregir o engrandecer el alma, quitar las manchas del pasado oscuro, o desarrollar alas divinas, por liberarnos a pleno espacio en busca de los mundos superiores. Solamente en la Tierra, hijo mío, donde imprimiste tan negro cuño a los propios errores, encontrarás medios de regenerar la salud espiritual, pervertida en el crimen.

- Pero, ¿no bastaría la misericordia divina en mi favor? – volvió ansioso, por apartar la perspectiva de humillaciones en el ambiente humano.

- La misericordia jamás falta, en tiempo alguno; ella permanece en el afecto sincero de los amigos espirituales, que velan por ti, y en el propio remordimiento que te hiere el espíritu desolado. Dios nos concede todo, pero no nos exime de las experiencias necesarias. El perdón del Padre, para el labrador ocioso, está en la repetición anual de la época de la siembra. En esa renovación de posibilidades, el sembrador indolente encuentra los medios de regenerarse, mientras que el trabajador diligente y activo enfrenta condiciones de engrandecimiento siempre mayor. ¿Comprendes, ahora, el perdón de Dios?

- ¡Lo comprendo!

- Pues bien; si rogaste al Señor mi presencia, yo imploré igualmente a Jesús que me permitiese reorganizar tus posibilidades de trabajo en el orbe terrestre. La bondad infinita del Maestro me concedió esa dicha. Sólo así podrás restablecer el equilibrio de tu personalidad.

Y ante el gesto de espanto del joven, que la escucha en silencio, la benefactora prosiguió:

- También podrás aprovechar la misión de Alcíone, que volvió a nuestro núcleo familiar a fin de enseñarnos a todos la humildad, el amor, el perdón recíproco y la obediencia a Dios. No tendrás la belleza física de otros tiempos, ni la libertad plena de movimientos, porque regresarás al mundo para un esfuerzo de curación; además, si supieras renunciar a tus caprichos, al terminar las futuras pruebas estarás reintegrado en la armonía espiritual, para el proseguimiento de nuevas tareas evolutivas, en la carne o fuera de ella. Jesús me concedió la felicidad de traerte esta dádiva. Sin embargo, de ti

depende ahora prolongar tus sufrimientos expiatorios, o asumir el compromiso de abreviarlos.

Antero temía las angustias de la Tierra, pero, comprendiendo la generosa intención de la venerable amiga, murmuró:

- Acepto.

*

Desde el momento en que se reveló absolutamente conforme, sintió que el Espíritu maternal lo sostenía en los brazos fuertes y acogedores.

¿Por cuánto tiempo anduvieron así, los dos, a través de extensos parajes sombríos? No lo sabría decir.

En un dado momento, no obstante, se vio con la benefactora, frente a una modesta casa rodeada de árboles. No tuvo dificultades para reconocer el humilde techo donde había instalado a Magdalena. Se aproximaron. La esposa de Cirilo se entretenía cosiendo junto a su hija, que parecía estar muy atenta al trabajo materno. El joven hizo un gesto y tuvo una exclamación de sorpresa, pero luego comprendió que nadie vería su presencia en aquél aposento bañado de sol.

Doña Margarita lo tranquilizó con un gesto y añadió:

- ¿Ves? Ella viene luchando heroicamente y aprovecha ahora las contingencias de la pobreza material para elevarse a Dios.

El condenado meditó profundamente. En unos instantes, la graciosa Alcíone, como tocada en lo más profundo del corazón, exclamó con un extraño brillo en los ojos:

- Mamá, ¿te acuerdas del primo Antero?

- ¿Por qué lo preguntas?

- Es que hoy quiero pedir a Dios por él, cuando vayas a rezar.

————— RENUNCIA —————

- Pues sí – dijo la esposa de Cirilo, conmovida.

- Mamá, ¿cuánto tiempo hace que él se fue al Cielo? – interrogó la linda criatura, con su encantadora ingenuidad.

- Hace poco más de dos años.

No sabían que Antero de Oviedo, estaba allí arrodillado junto a ellas y deshecho en lágrimas, al reflexionar que aquellos dos años le parecían dos largos siglos.

Caminos de lucha

La llegada de los inmigrantes irlandeses a tierras de América ocurrió sin mayores incidentes, teniendo en cuenta la larga duración del viaje, normal en aquella época.

El viejo Gordon, como guía con experiencia, condujo la caravana con seguridad al lugar de destino, donde los inmigrantes se instalaron en la zona más tarde absorbida por los suburbios de Hartford.

Todos los corazones estaban agitados por nuevas esperanzas.

Cirilo estaba deslumbrado por la riqueza de la tierra, impresionado con la belleza de los horizontes. El paisaje evidenciaba, de hecho, un mundo diferente, que, como decía Abraham Gordon, era el lugar destinado por Dios a los hombres de buena voluntad.

La adaptación de la pequeña comunidad no presentó dificultades apreciables. En breves días, se veía satisfecha con los cambios habidos, instalándose en perspectivas promisoras. La caza y la pesca eran novedades que a todos les proporcionaban no solamente diversiones inéditas, sino también un abundante abastecimiento.

Samuel y Abraham, instalados en la nueva tierra, adquirieron una centena de esclavos, y, con la ayuda de los brazos negros, iniciaron los primeros cultivos. Al calor de fecundos entusiasmos, se desplegaron energías para las inmensas tareas, señalándose que, al final de pocas semanas, todo el trabajo estaba normalizado.

Recordando la tierra natal, la extensa zona que abarcaba las dos grandes propiedades rurales fue bautizada con el expresivo nombre de Nueva Irlanda.

Samuel y Constanca no cabían dentro de sí de alegría y, a pesar de las añoranzas del Ulster, hacían lo posible para reproducir y conservar las pequeñas cosas que adornaban las antiguas haciendas de la lejana Irlanda. Se movían los emprendimientos, en ese sentido, no sólo en el interior doméstico, sino igualmente en la división de los pastos, en la situación de la agricultura de batatas y legumbres, en la avicultura, establos y rediles.

Cirilo, al lado de Juan y Carlos Gordon, promovía importantes iniciativas. Llenos de energía y juventud, los tres realizaban una verdadera revolución agraria, dirigiendo grandes grupos de criados, en la transformación benéfica de los patrimonios de la naturaleza. Aquí, eran brazos de agua, captados a kilómetros de distancia, para fertilizar los pastos y accionar los molinos; más allá, eran los campos de experimentación de los cereales encontrados. Se aprovechaban todos los consejos de los colonos que llegaron antes que ellos. Grandes zonas fueron destinadas a la plantación de tabaco – base económica de mayor importancia para el comercio de exportación.

Cirilo, principalmente, no tenía metas de reposo, encantado con la grandeza del territorio que desafiaba su robusta y emprendedora juventud. Con la actividad puesta en el intenso trabajo y el pensamiento en el lejano hogar, inició la construcción de su propia casa, fiel a los diseños traídos de Europa. A ejemplo de lo que hacen las aves prudentes, escogía con desvelado cariño el material más adecuado para la construcción del nido de su futura tranquilidad. Recordaba las menores observaciones de la compañera, con relación al asunto, para que fuesen cuidadosamente realizados los servicios iniciales. El paisaje parecía corresponder a los más íntimos deseos de la esposa, pues de hecho encontró una pequeña zona de verdes dunas, regada por las claras

aguas de Connecticut, distinguiéndose en un magnífico fondo azul. Cirilo cercó el lugar con particular cuidado, para que los árboles frutales desarrollasen las primeras ramas.

Escuchando los planes de futuro, todos calcados en sueños de paternal felicidad, Constanca sonreía, embelesada, y, al mismo tiempo, idealizaba mil cosas para que la nuera sólo encontrase bienestar en el ambiente colonial.

Pronto iba a cumplirse un año en que habían emigrado, un año de esperanzas y trabajos para Cirilo, y también de nostalgias y ansiosas expectativas de noticias que jamás le llegaban, exceptuadas las cartas recibidas en los primeros tiempos.

Ahora, él esperaba una embarcación segura para volver a París, en busca de la esposa que tanto le preocupaba. Entretanto, ese navío que lo debería llevar, le traía una dolorosa carta de tío Jacques, en la cual, con mano temblorosa, comunicaba los tristes acontecimientos de Francia. Relataba la epidemia con todas las apariencias luctuosas y, por fin, señalaba pesaroso, la espantosa noticia del fallecimiento de Magdalena y de su padre, poco después de la muerte de Doña Margarita, y además que, de Versalles, Antero de Oviedo le comunicó que seguiría para América del Sur, sobrecargado de profundos disgustos.

La lectura de la luctuosa carta se hizo acompañar de efectos fulminantes. El joven en vano esbozó un gesto de resignación ante la fatalidad que modificaba su destino. Las letras se le amontonaban en la retina, trémulo de asombro. Lágrimas ardientes se mezclaban a los sollozos de irremediable aflicción, a pesar de las expresiones confortadoras de su madre. En aquél momento, todo se había terminado para su corazón afectuoso. ¿De qué le serviría tanto bagaje de esperanzas si la fatalidad anulaba

así todos los proyectos sublimes? Ahora, concluía que el cambio, efectuado con tan grandes aspiraciones de futuro venturoso, no pasaba de ser un extraño y miserable exilio. Le costaba admitir la realidad de las informaciones inesperadas y exasperantes. Entretanto, la carta del viejo amigo de Blois no daba lugar a ninguna duda. Además de eso, en la misma embarcación que le trajera la infausta nueva, llegaron diversos inmigrantes franceses, que se declaraban involuntariamente expatriados, ante la epidemia devastadora.

El pobre joven cayó en una situación desesperada. Lo espantaba la tremenda imposibilidad de cualquier lenitivo. Su intraducible sufrimiento tenía, a su modo de ver, el sello de la fatalidad irremediable. Postrado con fiebre alta, fue forzado a guardar cama, poniendo en movimiento toda la “Nueva Irlanda” al rededor de su lecho. En vano, sin embargo, se sucedían los argumentos consoladores. Su mirada era casi indiferente a las exhortaciones evangélicas del anciano de Belfast y reaccionaba, difícilmente, incluso a las llamadas maternas. A su modo de ver, aquél dolor era inaccesible al raciocinio de cuantos lo rodeaban. Ninguno de los suyos había conocido a Magdalena y nadie en la colonia podía valorar sinceramente su desgracia irreparable.

Constancia, sin embargo, se deshacía en desvelos, en su infinita capacidad de amor. En la víspera de la misa que mandó celebrar en atención a la nuera supuestamente fallecida, se acercó al lecho del hijo inconsolable y le habló con cariño:

- ¡Hijo mío, es verdad que tu sufrimiento es indefinible y que lejos estamos de imaginar toda la intensidad de tu disgusto, pero, te pido que consideres mi confianza de madre!... ¿Acaso se han terminado todos tus deberes en este mundo? ¡Reconozco que tu amor

conyugal es muy grande; no obstante, nosotros también te amamos mucho!...

Quiso responder, aseverando que su felicidad estaba destruida, que el mundo no le ofrecía nuevos ideales; con todo, la voz se le moría en la garganta oprimida.

- No te entregues a ese abatimiento fulminante de corazón – continuaba la palabra maternal con un profundo desvelo.- No te pido ese sacrificio de tus sentimientos sólo por mí. ¡Hace tres noches que Samuel no duerme, diciendo que es perseguido por atroces remordimientos, por haberte traído sin tu esposa! No sé que más hacer, hijo mío, por demostrar que en todo debemos obedecer a la voluntad del Padre que está en los cielos...

En ese ínterin, la bondadosa señora se calló para enjugarse las lágrimas.

- También sufro por los pensamientos que afligen a tu padre, pero ¿qué sería de nosotros, aquí, sin tus iniciativas y el valor de tus brazos? Como ves, la felicidad en la colonia no se resume en un sueño de quien cambia la cuna en que nació por una patria diferente. El equilibrio doméstico exige alta suma de esfuerzos y de sacrificios. ¿Cuál sería nuestra situación si no te hubieses venido? No podíamos continuar dependiendo tanto de los Gordon, nuestros viejos amigos. ¿No crees, hijo mío, que se hayan cumplido insondables designios de Dios? Si pudieras, tranquiliza a tu padre y a mí también, en este trance tan amargo, revelando conformidad y paciencia; y si no fuera un agravio para tus sentimientos íntimos, acompáñanos, mañana, al oficio religioso por la paz de Magdalena en el seno de Dios.

Las consideraciones maternas, dichas con inflexión de inmenso cariño, llegaban al fondo del corazón del hijo.

- ¡Cuando puedas, levántate – prosiguió, pasándole la mano por los cabellos – recuerda nuestras necesidades de trabajo, piensa en tus hermanos!...

Él continuó silencioso, no obstante a los inestimables resultados de la exhortación insistente y humilde.

Cuando la genitora volvió al interior de la casa, él comenzó a meditar más seriamente en su necesidad de reaccionar. ¿No sería egoísmo aislarse, de modo absoluto, en el dolor que lo agobiaba? Le correspondía no agravar las amarguras maternas, ni abandonar al genitor, en medio de tantos emprendimientos iniciados. Nada en el mundo podría cicatrizar la úlcera que se le abrió en el alma y, con todo, era necesario ocultarla, retomar el arado cotidiano y renovar las disposiciones, a fin de no parecer cobarde. Se levantó con gran esfuerzo. La contemplación del ambiente de la naturaleza no le devolvió las alegrías primeras. El magnífico paisaje americano asumía, ahora, a sus ojos, el aspecto de un cementerio adornado de espléndidos árboles, llenos de flores.

La misa del día inmediato fue particularmente penosa para su espíritu afectuoso. Los Gordon y los Davenport ocupaban los lugares más destacados del interior de la capilla, mientras los esclavos se mantenían a cierta distancia, mirándolo con ojos piadosos. El pobre joven, trajeado con riguroso luto, no sabía cómo disfrazar por más tiempo las emociones que le estrangulaban el alma sensible. Al terminar el oficio, cuando recibió el último abrazo de condolencias, sintió un gran alivio.

Ahora deseaba ardientemente embarcarse para Francia, al menos para visitar la tumba de la inolvidable compañera y volver a visitar los lugares inolvidables de su efímera felicidad conyugal; pero el profesor de Blois anunciaba su venida en breve, y definitiva, acompañado de Susana. Jacques reveló en todos los párrafos de la carta, una amarga desolación. También fue víctima de la

terrible enfermedad. La amada escuela estaba cerrada. Y pretendía embarcar, sin pérdida de tiempo, atendiendo a los ruegos de la hija, afligida para distanciarse del lugar de acontecimientos tan tristes.

Cirilo dijo que sería conveniente esperarlos. Seguramente le traerían noticias que deseaba conocer. De ahí en adelante, duplicó las propias tareas, buscando en el trabajo, un lenitivo a la profunda amargura que lo devoraba. Taciturno y, no obstante, enérgico y resolutivo, se levantó cuando aún las estrellas lucían en el firmamento, participando en el esfuerzo rudo de los esclavos. Acostumbraba a tomar los alimentos en el campo y sólo regresaba al hogar cuando despuntaban los astros de la noche.

El cuadro doméstico proseguía sin alteraciones, cuando la llegada de Jacques con la hija suscitó nuevos asuntos. Diariamente, por la noche, se retomaban las animadas conversaciones, en casa de Samuel o en la de Abraham, al ritmo de la curiosidad general por las noticias del Viejo Mundo. El esposo de Magdalena logró algún bienestar con la presencia del servicial amigo y, fumando su cachimba, en silencio, oía las dolorosas descripciones de la epidemia que flageló los pueblos franceses del norte. De vez en cuando, Susana intervenía en el tema, con sutileza, para dar sus impresiones personales. Contó a todos que no pudo abrazar a Magdalena Vilamil en la hora extrema, aunque tuvo la oportunidad de acompañar a Antero de Oviedo en los últimos homenajes debidos a D. Ignacio. Dada su presencia en París, podía describir los impresionantes cuadros de la capital francesa – circunstancia que explicaba con entusiasmo – cargando con tintas negras para producir mayor efecto en el auditorio atento y aterrado.

Cirilo guardó cariñosamente la copia de las escrituras de la sepultura recogidas por la prima, en París. El fúnebre documento, a sus ojos, era el último capítulo de la realidad sin remedio.

La situación en “Nueva Irlanda” era muy próspera. Las dos haciendas realizaban grandes negocios. Con la llegada de los dos colonos tan importantes, se resolvería un gran problema, que era el de la escuela. Abraham Gordon ya había reflexionado sobre el asunto y decidido a buscar un profesor para el gran centro rural. El educador de Blois, no obstante, atendió con ventaja a semejantes necesidades.

Espíritu valiente y realizador, en pocos días iniciaba el movimiento de enseñanza primaria, aplaudido con entusiasmo por todos los compañeros. Las haciendas vecinas se interesaban igualmente por la iniciativa. Desde muy lejos venían niños a matricularse en las prestigiosas aulas, dirigidas por un profesor de reconocido mérito.

En Susana se notaba una transformación singular, parecía otra, en el ambiente americano. Renunciaba a sus costumbres frívolas, dejaba a un lado la ociosidad y ayudaba al padre en los trabajos escolares. El propio Jacques esta impresionado con aquella transformación. Con gran sentido psicológico de mujer, Susana dividió por grupos las clases, estableció mejor aprovechamiento de los horarios, ideó planes sorprendentes. Conociendo el interés de Cirilo por los esclavos, consagró parte del día a la enseñanza de los hijos de los cautivos, visitaba las cabañas por la mañana, impartiendo nociones de higiene y enseñando el mejor medio de lograr armonía doméstica. Lanzó la idea de formar un grupo musical, realizado por los criados, iniciativa que alcanzaba un enorme éxito, tras algún tiempo de laboriosa preparación.

Se volvió, en fin, creadora de la estima general, se esforzaba por ser útil a grandes y pequeños, a pesar de los

sentimientos menos dignos que movían su corazón. Se transformó en el alma de todas las realizaciones más íntimas, por la afabilidad con que disimulaba las intenciones. No solamente se dedicaba al trabajo gratuito en beneficio de los niños necesitados, sino que también organizaba los servicios de la capilla, cooperaba en todos los menesteres de asistencia a los enfermos, prestaba ayuda eficiente a los matrimonios improvisados.

No era raro que llegaran a Hartford pequeños grupos de jóvenes huérfanas o de otras candidatas al matrimonio en la colonia, donde el número de hombres sobrepujaba, con mucho, al de mujeres y constituía un espectáculo interesante el desfile de los jóvenes del campo, consultando las cualidades de las futuras esposas. Raramente se examinaban los trazos de belleza física. Casi todos, sin embargo, se interesaban por la salud de las que reunían mejores requisitos de capacidad para el trabajo, principalmente fuerza en las manos y piernas. Los servicios de la colonia exigían pesados esfuerzos físicos, o largas caminatas detrás de los arados. Las que se consideraban no aptas difícilmente conseguían novio.

Las familias se entretenían asistiendo a las interesantes competiciones, encontrando en ellas inagotables temas para veladas de diversión. Jacques Davenport llegó incluso a observar que el nuevo continente era la primera región del mundo en la cual la mujer debería vencer, lejos de la moda y de la elegancia femeninas.

En tal ambiente era de prever que Susana Duchesne interesase a todos los jóvenes de noble educación. Inteligente y afable, estimada por toda la comunidad, dado sus iniciativas de trabajo, empezó a ser galanteada con empeño. Y, con todo, ella se mostraba insensible a las atenciones de Carlos Gordon, que la cortejaba seriamente. En el fondo, Susana reprimía su despecho muy femenino,

al verificar que el primo, cuyo amor no dudaba en conquistar mediante un crimen, le daba la impresión de no percibir su presencia, sino como hermana desvelada y sincera.

Es verdad que el tiempo deshizo su sombría apariencia, como si se hubiese acostumbrado al propio dolor, sin conseguir alejarlo. Nunca más, con todo, volvió a ser el mismo hombre de alegría sin mácula. La tristeza de las primeras semanas de viudez fue sustituida por un constante retraimiento, y la risa franca y sonora de otros tiempos se transformó en una discreta sonrisa, aun así rara. Transcurrido el primer año, en que sobrepusiera todas las expresiones individuales en servicio efectuado, la familia comenzó a preocuparse con su viudez.

Constancia, instigada por la sobrina, secretamente, cierta noche en que se encontraba a solas con el hijo, le llamó la atención sobre el caso. Con mucha delicadeza, manifestando noble prudencia maternal, comenzó diciendo, sensibilizada:

- En verdad, tu situación de viudo me preocupa muchísimo. ¿No crees que deberías rehacer tu vida y pensar en un nuevo hogar? Ya tienes la casa que la fallecida, cuya memoria recordamos, no logró disfrutar. ¡Cuando te veo cultivar, sólo, las rosaledas y los frutos, siento que el corazón se me oprime en el pecho!... Más valdría que abandonaras aquellas plantaciones, que sólo tendrían significado si tuvieses la suerte a tu lado.

El joven no podía percibir la intención materna y ponderó con sinceridad cristalina:

- Tengo la impresión de que Magdalena me acompaña en pensamiento. Ya en París habíamos combinado los dispositivos para decorar esta vivienda. Las rosaledas del portón, el cultivo del melocotonar e incluso la casa mirando al río, son ideas de ella, que no podré olvidar. Ya que no me dejó al menos un hijito para poderlo besar,

guardaré esos recuerdos como prueba de fidelidad a su memoria.

- Estoy de acuerdo con la nobleza de tus recuerdos, pero no puedo aprobar la soledad en que vives. Supongo que podrías aliar las nostalgias a los imperativos de la vida real, pues, mozo como estás...

Parando de pronto la mal disfrazada sugerencia, Cirilo respondió:

- Creo, madre mía, que nadie puede amar dos veces.

- Será tal vez un engaño, pues los afectos de la vida no se confunden nunca. Como esposa y madre, conozco el amor en diferentes formas y estoy capacitada para decir que amo al marido y a los hijos con un solo corazón, pero a cada uno de cierta manera. Y cuando mi experiencia fuese particular, has de convenir que, si muchas veces hay matrimonios de amor, tampoco faltan los de conveniencia.

- ¿Mamá, no admites que un hombre pueda vivir sólo?

- No voy tan lejos, pero no veo la razón para que un joven, de tu edad, se aísle totalmente de la vida, como vienes haciendo.

- Pero... ¿por qué? – indagó Cirilo intrigado.

La buena señora tuvo dificultad en buscar una respuesta, pero, en un momento, encontró una buena salida refiriéndose a los argumentos religiosos:

- Hijo mío, si Jehová se preocupó de la soledad de Adán en el Paraíso, dándole por compañera a Eva, ¿qué no siento yo, en mi maternal fragilidad humana, al verte siempre sólo y triste? Y la verdad es que Dios estaba en el cielo y nosotros estamos en el mundo...

- Pero el Creador – dijo el joven esforzándose por sonreír a las delicadas sugerencias maternas – no dio a Adán dos Evas...

La genitora también sonrió medio contrariada y, con todo, prosiguió firme:

- Dejémonos de humorismos. Yo estoy encarando en serio la situación. Óyeme, hijo: ¿por qué no esposas a Susana, para que nuestra alegría se complete? Tu prima siempre acompañó tus pasos con extrema fidelidad. Desde la infancia se interesa por tu bienestar y busca tu corazón. Jamás le escuché ninguna censura a los respetables sentimientos que te llevaron al primer matrimonio. Es un corazón afectuoso, dedicado, fiel. ¿No sería la criatura tallada para restituir tu felicidad que bien mereces? ¿No sería loable que le ofrecieses ahora tu brazo protector?

Cirilo hizo un gesto de que veía confirmadas ciertas sospechas más íntimas y afianzó:

- Desde la llegada de tío Jacques, noto de hecho, en la prima, ciertas pretensiones, pero la verdad es que no puedo esposarla. No se debe mentir ni al propio corazón.

- De cualquier modo, sin embargo, - acentuó Doña Constancia - no se justifica la soledad en que vives. La propia Magdalena, si estuviese con nosotros, no estaría de acuerdo con semejantes actitudes.

Cirilo dio a entender que las propuestas serían objeto de apuradas meditaciones, pero estaba lejos de pensar que la investida materna representaba el inicio de una cerrada ofensiva familiar, a fin de modificar sus puntos de vista.

De ahí en adelante, empezó a reparar más detenidamente en las mínimas actitudes de Susana, comprendiendo sus razones sutiles en el tratamiento delicado dispensado a sus sirvientes. Con el pretexto de atender a los niños negros, ella recorría frecuentemente las zonas de trabajo rudo, distribuyendo sonrisas y palabras de confort. Cirilo comenzó a pensar en aquellas necesidades del hombre joven, aislado del mundo, sin la

asistencia afectuosa de un alma femenina y sin el estímulo de los hijos, cosas que su madre hacía cuestión de destacar, casi todas las noches, en las tertulias domésticas. A veces, las ideas luchaban en su cerebro oprimido. Se veía frente a caminos de lucha áspera, en que necesitaba vigilancia para no caer. Asediado por un torrente de opiniones, llegaba a temer que las propias ideas le faltasen en el momento oportuno. La idea de segundas nupcias le causaba tal o cual repugnancia. Siempre consideró el amor como patrimonio intransferible. Era imposible dividir en dos el alma, traicionar los latidos espontáneos del corazón.

*

Los meses corrían con grandes expectativas para la hija de Jacques, cuando un inesperado acontecimiento vino a dar nuevo rumbo a la situación.

Cierta mañana de un radiante domingo, después del culto, el anciano de Belfast buscó a Susana, declarándose mensajero de un grave asunto, que deseaba examinar a solas con ella. La joven lo atendió, algo perturbada, ya que no podía contar con la asistencia del genitor, que se encontraba ausente.

Cuando se encontraban a solas, en la salita particular, Abraham Gordon se explayó con alegría:

- No te atormentes – exclamó sonriente, con aires patriarcales – tu padre no ignora lo que te vengo a decir. Conversamos ayer noche, asegurándome que el caso no reclama su autoridad paternal y sí tu corazón de hija.

- Pero, ¿qué es todo esto, “tío” Abraham? – interrogó la joven obediendo a las costumbres familiares, con la intención más íntima.

- Te lo diré sin rodeos – respondió el anciano sonriente: - la colonia está necesitando gente nueva y

nuevos hogares, y Carlos me encargó consultarte en cuanto a la posibilidad de un enlace, que para todos nosotros parece auspicioso.

Susana palideció. No esperaba tal cosa. La presencia del viejo amigo, al que respetaba desde niña, le imponía una respuesta leal. Pero la sinceridad y nobleza de la consulta le causaban una extraña emoción. Admiraba a Carlos Gordon, como joven culto y digno, pero no conseguiría ir más allá de eso. Puesto que se le imponía una formal negativa, buscaba inútilmente, los recursos de la palabra.

- Di, Susana – continuó el anciano solícito - ¿por qué te perturbas? Considera que no tienes ningún compromiso.

Y viendo que ella no le correspondía con satisfacción lo que le ofrecía con tanta alegría, calculó la lucha íntima que tenía en el alma y procuró ayudarla:

- Tus ojos rasados de lágrimas, así como la expresión de tu rostro, son bastante elocuentes para mí. Ya sé que no puedes llenar el futuro de Carlos, tal como lo imagina él.

En esta ocasión, sintiéndose fielmente esclarecida, la joven Susana rompió en llanto, dando a entender que alimentaba viejas amarguras. Abraham, tocado por las profundas experiencias de la vida, se inclinó paternalmente y dijo:

- ¿Acaso tienes sentimientos que yo no conozco? No creo que estés indiferente en esta nuestra Nueva Irlanda. Naturalmente, has de tener inclinaciones que ignoro. Carlos y Juan son hijos de mi hogar; Cirilo es también mi hijo, por afinidad. Tus lágrimas revelan alguna cosa en tu corazón, que yo necesito conocer. ¿Por ventura, esperas el brazo de Cirilo para penetrar los misterios del amor?

A tales palabras, dichas con un tono de inmenso cariño, la hija de Jacques levantó la mirada e hizo un

gesto afirmativo, que no podía dejar lugar a ninguna duda.

- Pues bien – dijo el bondadoso viejecito revelando una cariñosa comprensión – queda tranquila, yo mismo me entenderé con Cirilo.

Ella hizo un gesto de gratitud y habló:

- “Tío” Abraham, has sido para mí un segundo padre; entretanto, no deseo ofender los nobles sentimientos de Carlos.

- ¡Ahora con esas! No te incomodes con eso. Mi hijo no sabrá de ésta conversación nuestra. Le diré que, informado de tu preferencia decidí no tocar el tema, mirando la completa felicidad de Cirilo.

- ¡Cómo te lo agradezco! – murmuró la joven besándole tiernamente las manos.

Y mientras el anciano se retiraba, Susana experimentaba nuevas esperanzas bañándole el corazón.

En la noche de aquél mismo día, Gordon solicitó del hijo de Samuel una entrevista en particular.

Cirilo lo acompañó a un ángulo de la extensa terraza, no libre de alguna inquietud. La influencia del viejo amigo de los Davenport era siempre decisiva en su camino. Lo que Jacques conseguía de él por efecto de amor, Abraham igualmente lo obtenía por la fuerza de la autoridad moral. Algo perturbado, el hijo de Constancia le seguía los mínimos gestos, hasta que el padrino comenzó a hablar, después de largas reflexiones:

- Hijo mío, vengo a tratar la solución de un problema de capital importancia para nuestras familias; así, espero que comprendas mi intención, como si fuese expuesta por tu propio padre...

- Soy todo oídos – replicó el joven, considerando la solemnidad del preámbulo.

- Es que – continuó el viejo con bondad – no podemos estar de acuerdo con tu aislamiento, y tal vez sepas que Susana te ama desde la adolescencia.

- Pero yo ya me casé una vez... - replicó Cirilo, deseando huir del tema.

- Eso, sin embargo, no impide que rehagas tu vida.

- No me siento bien al pensar en eso. A veces, tío Abraham, cuando esas ideas me llegan, tengo la impresión de traicionarme a mí mismo. El amor conyugal, a mi forma de ver, es único, insustituible. Siempre vi el segundo matrimonio como una copa vacía. ¿Qué tendría, entonces, para ofrecer a Susana?

- Esas ideas, cree, no pasan de ser fantasías, sin fundamento en el plano de las realidades positivas. Soy casado en segundas nupcias y no por eso me considero el peor de los hombres.

El joven experimentó un leve estremecimiento, ya que no tenía encarado el problema bajo ese aspecto, firme en el propósito de aislarse en su infortunio, en culto de eterna nostalgia.

Gordon continuó:

- Entretanto, comprendo tus escrúpulos, hasta cierto punto. La juventud nos llena el corazón de sublimes idealismos. Todavía, las voces de la experiencia son muy diversas. Sé de la nostalgia que te embarga el espíritu afectuoso, incluso porque, dada tu presente conducta, me parece que la esposa muerta resumió en el mundo el conjunto de tus mejores ideales; no obstante, podrás guardarla en la memoria como símbolo de inspiración, como página viva para volver a leer, diariamente, en el fondo del alma, a fin de crear una nueva situación feliz. La primera mujer fue la jardinera cuidadosa y fiel, que te dejó el perfume de lecciones sacrosantas para toda la vida, pero no hay que olvidar que no estás fuera del jardín de la vida.

Cirilo no respondió, sumergido en una profunda meditación.

- ¿Crees, acaso, hijo mío, que “Nueva Irlanda” podría progresar solamente a expensas de nobilísimos ideales? Muchas veces he oído tus enérgicas apologías a la opulencia de la tierra que nos fue confiada. Repara en el macizo de la vegetación exuberante que se pierde en la noche, observa cómo el río va esparciendo la vida, silenciosamente. Toda la vastísima extensión que nuestra vista puede abarcar, espera el brazo del hombre. Meditemos en ese imperativo de la naturaleza. La criatura vive por el corazón, pero necesita aplicar y multiplicar los brazos para colaborar en la obra divina. ¡La floresta requiere cuidados, la tierra aguarda el intercambio de las simientes en el seno fecundo, el curso del agua reclama rectificaciones para los trabajos provechosos, los campos más áridos sueñan con un brazo de río!... El mundo material es una tienda de esfuerzos infinitos, donde fuimos llamados para colaborar con el Creador en el perfeccionamiento de sus obras. Es imposible la cooperación perfecta, sin hogar y sin prole.

El hijo de Samuel deseaba contradecir, impugnar con argumentos ponderosos, pero la autoridad patriarcal de Gordon era siempre sagrada a los ojos de todos. Las razones invocadas por él, frutos de madurez y buen sentido, también le parecían dignas de ponderación y respeto. Al final, el venerado anciano siempre tenía una preocupación más elevada por el bien colectivo, una observación sensata, objetivando el supremo blanco de la vida: perpetuar la especie. Su dedicación a los problemas de la tierra de labor, manifestada no sólo teóricamente, sino ejemplificada con sacrificios, era una de las muchas cualidades que realzaban su personalidad. Todavía, examinando y profundizando los más recónditos dictámenes del corazón, Cirilo se sentía extrañamente

angustiado, cuando era obligado a pensar en un segundo matrimonio. Sin duda, la prima lo colmaba siempre de gentilezas y atenciones especiales. Se asociaba, de buen grado, a sus planes de servicio, le ayudaba en los emprendimientos con el prestigio personal adquirido por su afabilidad, junto a todos los sirvientes. A su modo de ver, ella respondería al papel de una buena amiga, pero no podría jamás sustituir a Magdalena, en su corazón. Las afirmaciones de Gordon, aún eran ponderables. Presentaban argumentos más fuertes que los maternos. El anciano de Belfast no se refería sólo a intereses personales, sino a la colectividad, al personal, al mundo, a la obra de Dios por intermedio de la naturaleza.

Reconociendo su necesidad de razonar, el tío hizo una larga pausa, volviendo a insistir:

- Espero, pues, que medites el asunto y nos proporciones la seguridad de la breve restauración del hogar, para que “Nueva Irlanda” se enriquezca, más tarde, con tu descendencia...

Forzado a tomar actitudes decisivas en la respuesta al viejo amigo, pero queriendo aplazar un compromiso formal, el joven dijo sensatamente:

- Mientras tanto, creo que no me debo pronunciar en definitiva, reservando cualquier decisión para después de la visita que tengo la intención de hacer a la tumba de Magdalena, en París.

Abraham Gordon, no obstante, consideró que la respuesta equivalía a medio camino andado.

La situación del restricto ambiente de “Nueva Irlanda” continuaba, así, esperando la oportunidad de ansiosas expectativas en torno del caso de Cirilo. La renuncia de Carlos en favor del compañero, volviéndose esquivo, sin que el hijo de Samuel pudiese acertar con la causa de su retraimiento, imprimía nueva fuerza a la opinión de los charlatanes. El joven se sentía cada vez

más oprimido en el círculo de los comentarios familiares, mientras la hija de Jacques continuaba actuando. El generoso profesor de Blois no encaraba los rumores con simpatía espontánea, pero tampoco deseaba intervenir en decisiones de tal naturaleza, no sólo porque podría parecer egoísta al sobrino, sino ingrato e insensible a la hija, que ya le había confiado sus pareceres más íntimos, por ocasión del casamiento de Magdalena.

Después de acordar el viaje para Francia, con la intención de visitar la tumba de su esposa, Cirilo notó que Susana deseaba la misma cosa. La joven temía, íntimamente, que el primo pudiese encontrar algún dato de la sombría trama, y se disponía a seguirlo en una jornada tan penosa, con la intención de vigilar sus pasos. Frente a las objeciones familiares, alegó que necesitaba material escolar para dar nuevos impulsos a sus trabajos educativos. A fin de no agravar la preocupación de los parientes, decidió llevarse a Dorotea, una de las hermanas menores de Cirilo. Decía estar deseosa de visitar, igualmente, la inolvidable tumba y aprovechar la oportunidad para visitar también a las antiguas amistades en París.

Y no hubo cómo disuadirla. Tras más de dos años de ausencia, el marido de Magdalena regresaba a Francia, impaciente con amarguísimos recuerdos. No estaba propiamente fatigado, pues el trabajo continuo del campo lo robusteció; sin embargo, la mirada reservada, la comunicabilidad esquiva, daban a entender su profundo cambio. La llegada a la capital francesa, después de largos días de viaje exhaustivo, se realizó sin incidentes dignos de mención, a no ser la gentileza creciente de Susana.

Cirilo procuró encontrarse con los viejos amigos, que lo recibieron alegremente. Cada paisaje, cada calle, marcados por las antiguas costumbres, fueron otros tantos agujones de consternación. Los antiguos

compañeros le pintaban a lo vivo las escenas tétricas e inolvidables de la viruela devastadora. Muchos seres queridos habían partido para siempre. En compañía de Susana, visitó la casa de San Honorato, el adorable rincón de su primera felicidad. Los nuevos inquilinos simpatizaron con él y lo convidaron a pasar al interior de la antigua morada, en atención a los antepasados de la visita. Entró en los aposentos conmovido y respetuoso, dando la impresión de que entraba en un santuario muy amado. Susana le describía el último cuadro, indicando el lugar donde reposó D. Ignacio Vilamil, por última vez, junto al sobrino enloquecido de dolor. Cirilo fue más lejos. Se entrevistó con la sirvienta que sobrevivió a tantos infortunios, viendo confirmadas las angustias reminiscencias, de las que la prima parecía fiel intérprete. De las amistades afectivas de la fallecida encontró sólo a Colete, que se refirió a la muerta con copiosas lágrimas. No consiguió verla en el último instante, pero fue informada de su muerte, tras la nube de sufrimiento que cubrió París, por varias semanas, añadiendo que su tumba, en el cementerio de los Inocentes, era objeto de su constante cariño.

Donde, sin embargo, se hicieron más dolorosas las impresiones de Cirilo, fue justamente en el silencioso panteón de los muertos, cuanto llegó allá al atardecer, en compañía de la prima y de su hermanita. Se aproximó a los dos sepulcros con infinito respeto y se arrodilló junto a la tumba que tenía el nombre de Magdalena. Se fijó en el rosado corazón de mármol, atravesado por un puñal, símbolo profundo que debía a los recuerdos del tío Jacques y, oprimido por la nostalgia, sollozó largamente. La presencia de la prima no le impidió llorar. Sumergido en oraciones, no reparó en que Susana sacaba del bolso un papel. La joven parecía releer viejas palabras, tocada igualmente por vibraciones de indecible tristeza. Se

trataba de la carta que la hija de D. Ignacio le escribió a Irlanda. Después, ella se aproximó y le entregó la carta al primo, diciendo:

- Mira, es de nuestra querida Magdalena.

Él leyó deseosos el documento. Entre otras muchas advertencias afectuosas, allá estaban las recomendaciones de Magdalena: - “No dejes de amparar... a Cirilo, durante mi ausencia. Si yo pudiese allí estaría para ayudarlo a resolver con nuestros familiares los problemas urgentes, pero obligaciones ineludibles se oponen a mis deseos. Confío, entretanto, en tu amistad. Aconséjalo. Ayúdalo como si fueses yo misma.”

El joven besó el papel y habló conmovido:

- Nadie se desvelaba tanto por mí.

*

Dejemos ahora al hijo de Samuel Davenport entregado a su lucha espiritual y volvamos a la modesta casa de campo de Ávila, donde examinaremos un nuevo acontecimiento.

Precisamente un año después del auxilio prestado al Espíritu de Antero de Oviedo, por aquella que fue su madre adoptiva en la Tierra, nacía el primer hijo de Dolores.

Todos esperaban aquél evento con gran alegría, pero la criatura causó la mayor decepción. La manita y el pie derecho presentaban deformaciones, y no sólo eso, también singular defecto del aparato visual. La mano tenía sólo dos dedos, mientras que el pie los tenía torcidos y retraídos. El primer día, los padres intentaron cubrir el hecho, oprimidos y celosos; pero la vieja sirvienta que hacía de partera en la gran propiedad de los Estigarríbia, llevó la noticia a D. Alfonso, cuyo padre no admitía la existencia de lisiados en sus dominios.

En la mañana del segundo día, Juan de Dios fue llamado por el amo más joven, que le habló severamente e irritado:

- Has de reconocer que fuimos bastante tolerantes con tu matrimonio, pero la hacienda no puede mantener criaturas anormales.

El pobre padre no ignoraba la suerte reservada a los pobrecitos que nacían marcados por los estigmas más dolorosos, incapacitados para el trabajo, y respondió humildemente:

- Ya lo sé, señor, pero os lo pido por el amor de Dios que mi hijo no sea eliminado, pues hoy mismo le daremos un nuevo destino.

D. Alfonso consintió, mientras el infeliz sirviente regresaba al ambiente doméstico. Después de comunicar a la esposa lo ocurrido, mezcló con las de ella sus lágrimas, pensando en recurrir a la bondad de Doña Magdalena, para que la criatura fuese debidamente socorrida. Pensaron en las dificultades extremas de la generosa benefactora y, tímidos en hablarle directamente, resolvieron llamar a la pequeña Alcíone que, con seguridad, los auxiliaría con su infantil ternura.

Atendiendo a la llamada, la graciosa niña se aproximó curiosa a la cuna improvisada.

Dolores hizo un gran esfuerzo para no llorar y habló:

- Mandé buscarte, Alcíone, para decirte que el pequeño es tuyo y de tu madre.

La niña abrió con gran alegría los ojos, demostrando el asombro infantil. Sin decir nada, extendió los brazos con una sublime expresión de dulzura. Juan de Dios envolvió al niño en la camisola adornada con encajes que Magdalena le había dado y la ayudó a asegurar a la criatura. Alcíone gozaba de alegría. Con enorme cuidado, volvió a la casa, provocando la admiración maternal.

La esposa de Cirilo se sorprendió. Llena de júbilo, Alcíone le mostró a la criaturita, murmurando:

- ¡Creo que la cigüeña dejó caer al pequeñito en el lugar equivocado! ¡Dios no lo mando para Dolores, porque ella me dijo que el bebé es mío y tuyo!

- No es posible – afirmó Magdalena curiosa.

La hija hizo un gesto de quien no desea ninguna modificación en el destino, y sentenció:

- ¡Ah! Mamá, no hables así...

Y como buscando una defensa previa, se aproximó más a la madrecita y continuó diciéndole con una graciosa expresión:

- Si tú lo dejas conmigo, nunca más pediré juguetes... Y se lo cargó en brazos, para no darle trabajo...

La genitora suponía que todo aquello no pasaría de ser un capricho infantil y añadió:

- ¡No podemos separarlo de Dolores, hija mía! ¿Tendrías valor de verlo llorar, lejos de su mamá?

Juan de Dios acompañaba el diálogo, ahogando su corazón en lágrimas, pero viendo que Alcíone se preparaba para responder, pidió a Doña Magdalena un momento de atención, a solas, y habló gravemente:

- Mi señora, conocemos vuestras dificultades; entretanto, no tenemos otra fuente de caridad a la que podamos recurrir. Tal vez ignoráis que los incapacitados o ciegos de nacimiento de los esclavos de algunas haciendas coloniales, son eliminados al nacer. Los Estigarríbia adoptan ese régimen. Es verdad que Dolores no tiene el estigma del cautiverio, pero, lo tengo yo, infelizmente, en la calidad de padre. Esta mañana, D. Alfonso me llamó para tratar el caso.

- Pero eso es una imposición criminal – atajó la hija de D. Ignacio.

- Aun así, es tradición en la colonia, donde los blancos tienen hijos, mientras que los negros sólo tienen crías.

Sería, tal vez, interesante reclamar y defender mis derechos, pero sé que no adelantaría nada, o quizá, me valdría para llevarme encadenado a los duros trabajos de mi primera juventud.

- Comprendo...

- Entonces, Dolores y yo, decidimos solicitaros este sacrificio. Por quien sois, ayudadnos a salvar al pequeño.

Magdalena consideró los apuros en que se veía para mantener el exiguo hogar, pero, profundamente conmovida, no dudó un minuto y respondió:

- No creí que se tratase de un problema tan grave; pero ya que así es, ustedes deben contar con nosotros. Su hijito será también mío. Dolores vendrá a amamantarlo, en mi compañía, y por todo lo demás queden tranquilos, porque el pequeño será el hermano menor de Alcíone.

- Será vuestro siervo – murmuró el semi-liberto, enjugando una lágrima.

- Será mi hijo – enmendó la hija de D. Ignacio, volviendo rápidamente a la sala, donde la criatura lloriqueaba en los brazos cariñosos de la hija. La tomó y la llevó al corazón. No sabría definir jamás las dulces emociones que sintió en el alma generosa. Acarició la manita defectuosa y la besó con ternura. El recién nacido se calmó. Y mientras Juan de Dios se despedía, para atender la labor del día, la esposa enfermiza de Cirilo Davenport se sumergía en un abismo de profundas interrogaciones. ¿Por qué misterio el hijo de Dolores iba a reclamar sus caricias maternas? Contempló detenidamente sus grandes facciones, aliadas a los defectos físicos que la habían marcado tan doloroso destino. Sumergida en un mar de preocupaciones atroces, rogó a Dios le concediese fuerzas para desempeñar la tarea maternal hasta el fin. No ignoraba los grandes sacrificios que la decisión le imponía en las luchas diarias... Entretanto, la criatura reclinada en su seno

parecía hablarle íntimamente de un infinito reconocimiento. No podía contar con las propias fuerzas, pero se habituó a confiar en la misericordia de Dios.

A la noche, como de costumbre, el Padre Damián apareció para la tertulia habitual.

Le relató el hecho de la mañana, extremadamente conmovida, comentando el carácter inexplicable de sus conmociones y el viejo amigo acentuó:

- Dios tiene numerosos medios de aproximar a las almas. ¿Quién podrá saber de dónde viene esta pobre criatura tan penosamente marcada desde la cuna? ¡Estemos preparados para cumplir los celestiales designios y agradezcamos sinceramente la emotividad maternal que recibió su corazón! No acababa de decirlo, cuando Alcíone entró en la sala con el niño en el regazo. Después de saludar afectuosamente al sacerdote, le presentó “a su bebé”, con esmerado cuidado.

- Este niño, padre Damián, fue la cigüeña quien lo trajo del Cielo, para mamá y para mí. ¡Vea qué bonito es!...

El eclesiástico tomó al pequeño, cuidadosamente, mientras la niña lo ayudaba a asegurarlo convenientemente en los brazos, murmurando:

- Sin duda, es un bello rapaz que Dios nos mandó.

A continuación, fijó en ella los ojos e interrogó, tras una pausa:

- ¿Cómo se llama?

Alcíone recordó la historia que más admiraba, entre las que la madre acostumbraba escoger de las obras irlandesas, que el marido le dejó, y volviéndose hacia la genitora, como para pedirle su aprobación, respondió:

- Se llama Robbie.

- Un lindo nombre de las tierras de tu padre – dijo el religioso, revelando interés. – Y ¿por qué escogiste ese nombre?

- ¿El señor no conoce la historia?

- No. Cuéntala...

La pequeña Alcíone asumió una encantadora actitud, por coordinar detalles en la mente infantil, y explicó:

- Robbie era un niño que la cigüeña olvidó en una calle, cuando todos dormían; pero, después, fue encontrado por una señora de buenos sentimientos, que lo crió para las cosas de Dios. Para la gente era insoportable porque era muy feo, pero era tan generoso y tan humilde que recibió de Jesús una gran misión.

- Recordaste muy bien, Alcíone, y estoy seguro de que el Salvador ha de amparar a este nuestro Robbie.

El sacerdote examinaba al niño con atención. Después de observar el defecto de los ojos, examinó el pie y la manita enflaquecidos.

- Parece enfermito – añadió un tanto impresionado. Creo que no podrá trabajar muy bien cuando llegue a ser hombre.

Alcíone se había colocado en una actitud expectante y, oyendo la alusión del viejo clérigo, añadió solícita:

- Mamá ya habló de eso, pero ¿el señor no cree que Robbie podrá aprender música?

Damián comprendió el alcance del infantil recuerdo y opinó satisfecho:

- ¡Muy bien acordado! Estudiará en nuestras aulas y, cuando crezca, le daremos un violín de Cremona.

La niña batió palmas de alegría, como si hubiera resuelto un problema de gran relevancia y, aproximándose al sacerdote, retomó al pequeñín con infinitos cuidados, mientras la madre acompañaba sus movimientos con una mirada de ternura indefinible.

Así regresaba Antero de Oviedo al cenáculo del mundo, para las tareas laboriosas de la redención.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

El padre Carlos

Transcurría el año 1681.

En Ávila hubo algunas modificaciones. Magdalena Vilamil pasó a residir en la ciudad, en una casa modesta y confortable, habiendo arrendado la casa de campo a los Estigarríbia. La educación de Alcíone exigía el cambio, además llevado a cabo con grandes dificultades.

La pobre señora estaba prematuramente envejecida. Si no fuese por los extremos cuidados a Robbie y el cariño a la hija dotada de virtudes preciosas, tal vez ya hubiera atendido a las llamadas de la nostalgia, buscando las regiones de la muerte. Varias veces, en las crisis periódicas de la enfermedad de los pies, la aproximaba a la tumba; pero la dedicación maternal vencía siempre, aumentándole las fuerzas físicas. Así, oscilaba ella entre los dos seres más amados, como un péndulo afectuoso, sin ninguna preocupación por el resto del mundo, excepto el antiguo proyecto de hacer una visita a la lejana América.

Excepto los propósitos ardientes del padre Damián, relativos a una posible misión religiosa en tierras del Nuevo Mundo, sus esperanzas se esfumaban en planos vagos e indefinidos. Y la vida continuaba entre esperanzas y recuerdos.

Robbie tiene ahora siete años, y Alcíone cuenta con diecisiete primaveras. El pequeño comienza sus estudios primarios, mientras la joven ha terminado el curso escolar en los módulos de la época. La hija de Cirilo, protegida por la Madre Concepción y bajo los desvelos del Padre Damián, sabe latín, inglés y francés,

distinguiéndose igualmente en la música por sus formas e inspiradas composiciones. En el canto es la primera voz del coro de la catedral de la famosa ciudad. Sus amigos más íntimos la admiran por su delicadeza femenina, aliada a sus vastos conocimientos científicos. En las reuniones más selectas es convidada a tocar al clavicordio sus más inspiradas composiciones. Artista por temperamento, no por eso flaquea, sino que aumenta la llama, la inclinación religiosa. Lee los textos del Evangelio en los originales en latín y comenta sus pasajes bajo nuevos prismas. De entre los que la aman, Damián y Magdalena, no obstante la larga convivencia, son sus mayores admiradores. Y es que la joven, con tantas dotes de inteligencias y corazón, nunca tuvo una palabra de superioridad jactanciosa, jamás se desinteresó del trabajo doméstico en sus mínimas facetas. La hija de D. Ignacio, para atender las necesidades del hogar, tuvo que intensificar los trabajos en la costura, auxiliada por la hija siempre incansable y servicial. Alcíone nunca olvidó los días felices de lectura espiritual, en compañía de Dolores, en el mercado de verduras; entregaba las costuras de la genitora, con la misma humildad de los primeros tiempos. El prestigio de su bondad adquiría para la tarea materna mayor aceptación. Como hija, era un modelo de virtud familiar; como discípula tuvo la felicitación de todos los profesores por la aplicación irreprochable a los estudios; como amiga, siempre era una compañera afable y cariñosa, dispuesta a colaborar en las situaciones más difíciles, con la sabiduría del amor fraternal.

Magdalena Vilamil y el Padre Damián, en tono confidencial, muchas veces analizaban sus actos de ejemplar pureza, con votos de sincera alegría y reconocimiento a Dios. La única cosa que de algún modo los preocupaba, era la indefinible actitud de Alcíone, con relación al casamiento y al amor conyugal. Dos nobles

jóvenes de Ávila ya se habían apasionado por ella, sin lograr otra retribución, más allá de una fraternal estima. A veces, cuando la genitora llamaba su atención para los imperativos de la vida humana, acostumbraba decir:

- Ahora, mamá, siempre me pareció que estos problemas nunca se resolverán por la necesidad, sino por los sentimientos espontáneos. Una necesidad atendida puede abrir camino a otras mayores; mientras que el sentimiento es patrimonio de nuestra alma eterna. ¿De qué me valdría aceptar la propuesta de un hidalgo, tan sólo para satisfacer a situaciones externas? ¿No sería traicionar al corazón que debemos consagrar a Dios?

Magdalena Vilamil la oía, entre satisfecha y orgullosa. Aquél espíritu de trabajo y decisión, de que Alcíone daba testimonio, proporcionaba un inefable confort a su corazón de madre. El pasado sólo le ofrecía tormento y lágrimas. Muchas veces, tuvo delante de los ojos el cáliz de la angustia a rebosar; pero el cariño de la hija era como un bálsamo poderoso que anestesiaba la úlcera de los recuerdos. ¡Sí! Alcíone tenía siempre una palabra mágica para cualquier dificultad; un motivo de edificación en los hechos más insignificantes. Desde que se unió a las conversaciones domésticas, insensiblemente la llevó a olvidar los motivos del abatimiento espiritual, que hacían de ella una prisionera de la melancolía, ensimismada en su pasado. La intimidad del Evangelio le daba a la expresión verbal propiedades eufóricas. El ejemplo de Jesús era aplicado como norma, en cada caso, precisa y lógicamente. Semejante actitud, sin embargo, no obedecía a posiciones hieráticas, a gestos estudiados, a mímica del fanatismo. Todo era espontáneo, como ocurre en la vida de las grandes almas, que descubren la presencia permanente del Maestro en sus caminos, sintiendo su divina compañía, cual Amigo Invisible midiéndoles cada paso, llenos de comprensión y de júbilo.

No obstante esa dádiva de Dios a su alma sufriente, la hija de D. Ignacio no podía precaverse a tantas preocupaciones más fuertes. El hijito adoptivo le inquietaba el espíritu, por su constante rebeldía. Lo que se diera con la educación de Alcíone, estaba lejos de lograrse con la índole caprichosa de Robbie.

En el tiempo al que nos referimos, él comenzó a frecuentar las aulas de estudios primarios, llevadas a cabo por Damián en la iglesia de San Vicente, y todos los días volvía al hogar con quejas y reclamaciones. Cuando se le preguntaba, alegaba las fatigas de la caminata, atento al pie defectuoso, encarecía las dificultades para escribir con la mano izquierda, siempre tenía una palabra más áspera con respecto a los compañeros.

Cierto día, regresó a casa deshecho en lágrimas convulsivas.

Magdalena lo llamó, le acarició los cabellos rizados y preguntó cariñosa:

- ¿Qué es eso? ¿Por qué lloras así?
- ¡Ah! No voy más a la escuela del padre Damián...
- Pero, ¿por qué, hijo mío?
- ¡Los niños me dijeron que tu no eres mi madre, que soy esclavo de los portugueses!...
- Pero no debes dar importancia a eso, Robbie. El buen niño es obediente, no presta oídos a tonterías. Tal vez no harías caso a los compañeros holgazanes, si te entregases enteramente a los estudios.

Y viendo que el pobrecito se enjugaba las lágrimas en las sayas de la madre, Alcíone intervino, diciendo:

- Perdona, Robbie. Tú has olvidado nuestros consejos de cada día. ¿No viste ayer, en la iglesia, aquél niño ciego? Su hermanita lo llevaba de la mano. ¿No tuviste tanta pena de su ceguera y de sus heridas? Era una criatura tan infeliz y, como no podía ver al padre Damián, le pidió la mano para besársela. ¿Cómo no te acuerdas de

esos ejemplos, cuando los niños ignorantes provocan tu cólera? Quien mucho se queja no sabe agradecer a Dios.

Como el pequeño no respondió, Magdalena preguntó:

- Quién sabe, hijo mío, ¿olvidaste rezar el “Padre Nuestro” por la mañana?

Robbie se limpió sus ojos ingenuos e hizo una señal de quien se había olvidado, a lo que la viuda de Davenport replicó:

- Pues, entonces, reza ahora. La oración siempre alivia el corazón.

Delante de las dos – que tenían los ojos rasados de lágrimas por ver la buena voluntad del niño en arrepentirse, a pesar de la rebeldía que vibraba en su espíritu – Robbie se arrodilló, cruzó las manos y comenzó la oración dominical en tono triste. Al terminar, la madrecita adoptiva observó:

- Estas palabras, hijo mío, son un legado de Jesús. ¿No reparaste en la rogativa: “perdónanos nuestras deudas, así como perdonamos a nuestros deudores”? Se trata de un pedido que el Salvador nos prescribió, y, si no perdonas a tus coleguitas malcriados, ¿cómo podrás vivir, más tarde, enfrentando las dificultades del mundo?

Entretanto, como le ocurre a mucha gente adulta, que repite las expresiones verbales, amorosas y sublimes, en las oraciones más significativas sin penetrar en su sentido, conservando intactos la amargura de la ofensa y el impulso de responder, el pequeño añadió:

- Pero los niños de la escuela, mamá, me llaman negrito.

- ¿Y qué pasa – replicó Magdalena sensibilizada – si en casa sé que eres mi hijo y que Alcíone es tu hermana?

El pequeño pareció meditar algunos momentos, mientras madre e hija ponderaban silenciosas la precocidad de sus objeciones. Pero enseguida él se aproximó a la joven que bordaba con atención, y después

de extender el brazo, comparando la epidermis, rompió a llorar abrazándose a Magdalena.

- ¿Estás viendo? La mano de Alcíone es blanca y la mía es oscura; ella tiene cinco dedos, yo tengo sólo dos.

- ¡Dios lo quiso así, hijo mío! – esclareció la esposa de Cirilo haciendo lo posible para no llorar también.

- Entonces Dios no es tan bueno como dices – advirtió, causando a ambas una profunda impresión.

En ese ínterin, Alcíone se levantó y dijo, con dulzura:

- Está bien, Robbie, basta de quejas. Mamá ya te aconsejó, ya rezaste, ya te pedimos que perdonaras. Has de olvidar estas tonterías. Vamos a la clase de música.

El jovencito hizo una expresión de enfado, pero fue al dormitorio y volvió con el delicado instrumento. La hermana le enseñó con ternura a tomar la posición adecuada y a continuación se sentó al clavicordio y dio algunas notas. El aprendiz movió el arco, con dificultad, acentuando a continuación:

- Creo que no funciona bien. El ruido de las cuerdas me causa malestar en todo el cuerpo.

- Al principio es así – explicó la joven bondadosamente.- Es preciso insistir.

Y Robbie proseguía con su clase de música, venciendo, pesadamente, los obstáculos del principio. Agotado el tiempo del estudio, Alcíone tocaba algunas melodías de la juventud de su madre, llenando la casa de suaves armonías.

*

La situación doméstica proseguía sin alteraciones, cuando Damián trajo la noticia de la próxima llegada de un pupilo suyo, que acababa de ser ordenado en un seminario romano. A las preguntas curiosas de

Magdalena y su hija, el viejo amigo informaba, con atención:

- Carlos es mi único sobrino y siempre fue merecedor de mi afecto. Su padre descendía de antiguos españoles, domiciliados en Irlanda tras el desastre de la Invencible Armada. En un viaje al continente, simpatizó con la hermana que Dios me había dado, desposándola poco después. Vivieron en plena armonía conyugal, durante cinco años, cuando mi cuñado pereció en un naufragio, dejando a la compañera destrozada y desolada. Para desgracia de Emilia, no hubo nada que restaurase las energías de su espíritu. Ni el hijo de tierna edad, ni la fe religiosa, consiguieron salvarla de la apatía a la que se entregó, hasta la muerte. Inútilmente intenté sacarla de la perturbación en que se sumergió, sin remedio. A la hora de la muerte, entregó una carta testamento a los familiares del marido, en la cual expresaba las últimas voluntades, determinando que el único hijo, tan pronto alcanzase la edad adecuada, fuese internado en un seminario romano, para consagrarse al sacerdocio. Para eso, le legaba la pequeña fortuna, diciendo no desear a su único descendiente el dolor inconmensurable de la viudez...

- Una historia muy triste – comentó Magdalena Vilamil, reflexionando en su caso personal.

- Y una preocupación muy injusta de mi hermana – acentuó Damián con firmeza. – El pequeño Carlos estuvo en mi compañía durante tres años, en su primera infancia. Estudiando su temperamento, hice lo posible por apartarlo del camino trazado por la determinación materna, pero sus tíos irlandeses hicieron tanta fuerza para atender al espíritu perturbado de Emilia que no hubo medios de sustraer al niño de sus propósitos. Tuve que asumir responsabilidades de tutor en el seminario

romano, y Carlos fue llevado, tal vez contra su voluntad, a recibir la tonsura.

- ¿Pero estáis en contra de la carrera del joven? – indagó la esposa de Cirilo con interés.

- No es eso. Mi hermana, cuando pretendió apartar al hijo de las amargas pruebas de la viudez, ignoraba los sacrificios que de él exigía. Considero el sacerdocio una tarea sagrada, pero que nadie debería aceptar por imposición y sin vocación natural, o determinación firme, después de grandes sufrimientos. Como Dios no se impone a las criaturas, parece que nunca será posible tiranizar en el capítulo de los servicios divinos. El resultado es que, cuando abracé al joven seminarista hace dos años, lo encontré singularmente oprimido, dándome la impresión de ser un hombre lleno de luchas interiores. Me compadecí de su tremenda lucha espiritual, pero nada pude hacer en su favor.

Alción parecía beber las palabras del apreciable ministro de Dios y, mientras él tomaba aliento, dijo:

- ¿Y cómo definís la vocación religiosa, padre Damián?

El viejo sacerdote esclareció sin ocultarse:

- Ante todo, considero que la vocación religiosa no será el primer impulso para vestir un hábito convencional. Semejante estado de espíritu significará, primeramente, decisión firme para el trabajo y testimonio con Jesús. Ahora, a mi modo de ver, el hogar es el primer lugar religioso aquí en la Tierra. Dentro de sus paredes, nobles o plebeyas, hay siempre grandes tareas a realizar. ¿Qué decir de un hijo que buscarse la sombra de un claustro porque sus padres viven luchando, porque sus hermanos no se armonizaron con su modo de pensar? ¿Dónde estaría la renuncia en un caso como ese? Seguro que la virtud no estaría en retirarse, en busca de puestos más cómodos. Si los trabajos domésticos, sin embargo,

dejasen de existir, si llegó la viudez sin hijos, si sobrevino el abandono del corazón, en tales circunstancias admito la oportunidad de mayores sufrimientos, sea en la ruda prueba de los que se encarcelan en lágrimas dolorosas, sea en los testimonios del amor universal, extendiéndose la dedicación fraterna a todos los seres. Supongo que el ambiente doméstico se resume a nuestra oficina principal, según los designios de Dios. Ahí se encuentran material y herramientas adecuadas al servicio de nuestra salvación. Entretanto, si esa tienda nos falta, la circunstancia significará tal vez que fuimos llamados, en nuestra vocación religiosa, a importantes trabajos de orden colectivo.

La joven, satisfecha con el esclarecimiento desde el punto de vista del interlocutor, no insistió en el asunto, pero Magdalena preguntó con delicadeza:

- ¿Tardará en llegar aún el padre Carlos?

- Creo que no, pues ya hace meses que está en Irlanda, donde celebró su primera misa, obedeciendo el deseo de sus parientes. No obstante, todos los preparativos para su instalación, aquí en Ávila, están hechos ante las autoridades que nos rigen. Tengo la intención de tenerlo a mi lado, no sólo porque podré ayudarlo con mis viejas experiencias, sino también porque aún no renuncié a la antigua idea de hacer un viaje a América y, en ese cometido, no puedo prescindir de compañeros de confianza.

La conversación se fijó en el plano de la gran jornada, comentándose las noticias generales y confusas, obtenidas en Castilla La Vieja, de los procesos de vida en la colonia.

No transcurrió un mes sobre esta conversación cuando el padre Carlos Clenaghan llegaba inesperadamente, a fin de cooperar con el tío en los servicios religiosos de la iglesia de San Vicente.

Alto, delgado, de maneras excesivamente simpáticas, por la bondad que evidenciaban, ojos muy lúcidos, el nuevo sacerdote impresionaba por el encanto del trato personal, dando la impresión de que se aproximaba a los treinta años. Naturalmente, la primera visita, en compañía del orientador de sus actividades, fue a casa de Magdalena Vilamil, que lo recibió con sinceras muestras de cariño. Al ser presentado, sin embargo, a la hija de la casa, el sobrino de Damián no consiguió disimular la profunda impresión que ella le causó. Ambos parecían perturbados. La joven, sintiéndose bajo el magnetismo de su mirada, palideció ligeramente.

- ¿Alción? – preguntó el padre, con cariñosa inflexión, demostrando, no obstante, en la voz la necesidad de readaptación al castellano. – ¿Dónde había oído este nombre? Tengo una vaga idea de haberlo oído antes.

- Entretanto, no es muy común – acentuó el tío satisfecho.

La primera conversación no fue más allá del comentario familiar de quien comienza nuevas relaciones. Carlos Clenaghan relataba sus emociones al contacto del altar irlandés, que le proporcionó la alegría de la nueva misa, cantada. Se habló de la misión sacerdotal, de los servicios de la Iglesia y de las condiciones generales de la vida en Ávila. Alcione impresionaba al recién llegado, cada vez más, con la ponderación de su espíritu esclarecido y afectuoso. El joven, que venía lleno de la teología del seminario, de cuando en cuando hablaba de algún asunto difícil en tema de teología o de historia; no obstante, la hija de Magdalena le respondía con una admirable precisión, con un lenguaje sencillo, brillándole en los ojos la pureza del corazón. Ella estaba al día con los clásicos griegos y romanos, enriqueciendo la conversación de indicaciones notables, apuntando cada parecer con las

luces de elevada sabiduría, llena de comprensión y de amor. Oyéndola hablar sin vanidad y afectación, el nuevo sacerdote tenía la impresión de oír a una niña venerable, hablando de su intimidad con Sócrates y Cicerón, colocando a cada filósofo en su lugar, frente a Jesús, el amado Salvador que le llenaba el alma de sublimes y ardientes inspiraciones.

Ambos experimentaban singulares ideas. Si no fuese mucho avanzar, habrían declarado, en un impulso espontáneo, que se habían conocido en otra parte, aunque la hija de Magdalena no había salido nunca de Castilla La Vieja.

El visitante se marchó de aquél primer encuentro bajo una verdadera fascinación.

- Tío, estoy maravillado – confesó de regreso al presbiterio – la joven Vilamil da la impresión de ser una criatura angelical, inspirada por la divinidad.

Damián se sintió orgulloso con el concepto, circunstancia que lo llevó a pensar en pedir la ayuda espiritual de la joven, para que el pupilo firmase directrices seguras en la carrera sacerdotal.

Al día siguiente, Damián llamó a la amiguita, después de la misa, y le habló confidencialmente.

- Sé que tus oraciones y tu pureza devocional son preciosos tesoros, ante el amor de Jesús, sin que mis palabras envuelvan ningún pensamiento de lisonja para envenenarte el corazón. Hablo como padre espiritual, pidiendo tu fraternal concurso para un otro hijo, pues así lo considero por los lazos del espíritu.

- Conozco mi indigencia, padre Damián, – replicó la joven con humildad – pero disponga de mi insignificancia como crea más oportuno.

- Se trata de Carlos, hija mía, para quien deseo la ayuda de tus consejos fraternales. No lo veo muy seguro de sus decisiones, en los caminos escogidos, y temo un

futuro desastre espiritual. Pero, consciente de la noble impresión que tu sana conversación le despertó, me agradaría mucho que lo orientases en nuestras tertulias, robusteciéndole el ánimo vacilante en la senda sacrificial del sacerdocio cristiano.

Ella bajó la mirada, mostrando la perturbación del espíritu humilde, por la confianza en ella depositada, y añadió:

- No creo que pueda tener alguna cosa de mí misma para auxiliarlo, pero estoy segura de que Jesús no nos faltará con el alimento de su amor inagotable.

El viejo eclesiástico no podía valorar el efecto de sus palabras, pero reparó que la hija de Magdalena volvió al hogar bastante impresionada.

Desde entonces, las visitas de Carlos a la viuda Davenport se repetían todas las noches. Se renovaban las encantadoras alegrías domésticas, se multiplicaban las disertaciones íntimas y preciosas.

La atracción de la joven pareja se hacía cada día más fuerte. El sacerdote tenía la convicción de agotar en aquella convivencia un saludable estímulo a sus energías morales, en la proporción que ella experimentaba una confortadora emotividad en su trato. Ambos sentían una indecible facilidad para el entendimiento de las cosas santas, siempre que enfrentaban el mismo tema. Él no ocultaba su deslumbramiento al observar que la interlocutora completaba sus teorías filosóficas, traduciendo en la disertación de su lenguaje los más profundos teoremas. Comenzaba a reflexionar, francamente, que Alcíone constituía la personificación de su ideal humano, la realidad viva e insofisticable de sus sueños más íntimos, pero las cadenas de la convención religiosa le ataban el espíritu al tronco del celibato.

Los días pasaban con el júbilo discreto de dos almas unidas en el mundo sublime de las ideas y, no obstante, separadas en el plano temporal.

A veces, el pupilo de Damián experimentaba un enorme deseo de revelarse, pero la conducta irreprochable de la joven le paralizaba los impulsos, obligándolo a convertir toda su ansiedad en un conjunto de gentilezas sutiles.

Carlos se interesaba, afectuosamente, por todas las cosas con respecto a ella. Colaboraba en la educación musical de Robbie, la acompañaba en las visitas a los desheredados de la suerte y a los moribundos desesperados. Se multiplicaba en atenciones cariñosas con los niños que oían sus lecciones, sencillas y puras de moral cristiana, y las horas de mayor descanso las pasaba en casa de Magdalena Vilamil, o en la iglesia de San Vicente cuando Alcíone arrullaba los cánticos sacros del ritual. En tales ocasiones el sacerdote parecía alimentar el corazón. El amor sincero y santo de dos almas tiene profundos y singulares misterios en sus fuentes divinas. Basta, a veces, un gesto, una palabra, una mirada, para contentarlo y cambiar la ansiedad en sublime esperanza.

Eso daba al padre irlandés motivo para cuidarse con esmero. La fisonomía ganaba nuevas expresiones de ánimo resolute, pero fraternal, expansivo y acogedor en el trato. Damián atribuía todo al ambiente de Ávila y se alegraba por la resolución de quedarse el sobrino en España, ignorando el drama silencioso de dos corazones.

Alcíone, a su vez, se volvía más pensativa, sin disfrazar nunca, no obstante, la alegría que sentía en la convivencia diaria con el joven sacerdote.

La situación proseguía así cuando llegó la Navidad de 1681. Las vísperas del Año Nuevo, en una esplendorosa mañana de domingo, según las costumbres de la época, varios jóvenes obsequiaban a sus elegidas con bellos

ramilletes de flores, a la salida de la iglesia, al finalizar la misa.

El padre Carlos y Alcíone contemplaban curiosamente la escena en que se revelaban los impulsos amorosos y espontáneos de la juventud. Instintivamente, intercambiaban la mirada, la cual daba a entender todo el afecto sublime que palpitaba en sus almas. El sobrino de Damián no resistió la interpelación silenciosa de la joven que resumía los sueños de su juventud y, cogiendo una linda hoja de trébol de un jarrón próximo, la ofreció a la amada con el afecto de su corazón, hablándole conmovedoramente, en un tono muy discreto:

- ¡Perdona! ¡No te puedo ofrecer el ramillete de la esperanza para un noviazgo feliz, pero te ofrezco esta hoja de trébol que es un símbolo de mi tierra!

Ella recibió la dádiva, muy temblorosa, emocionada, palidísima. Quiso agradecerse pero no conseguía articular palabra. En aquella hora recibía, inesperadamente, la revelación directa del espíritu que encarnaba sus más lindos ideales de mujer. Él comprendió la perturbación natural y añadió:

- ¡No sufras por eso!... Quiero sólo recordar que, si no fuera por el compromiso asumido, podría hoy decir que, a pesar de mis casi treinta años, osaría suplicar a Dios me concediese la felicidad de unirlos a tus dieciocho primaveras.

Alcíone quedó inmóvil. En su interior, obediente a la lealtad, nada tenía que decir sino que deseaba, igualmente, realizar el sueño común; que él era el único hombre, en el mundo, capaz de proporcionarle la dulce luz de la felicidad conyugal, pero las convenciones también le cerraba pesadamente los labios. En ese momento, notó en el semblante del interlocutor algunas lágrimas que se le escapaban furtivamente de los ojos. No pudo permanecer más tiempo en la silenciosa expectación

del alma herida. Una dolorosa conmoción le oprimió el alma sensible y, con el llanto ardiente fluyéndole del interior, extendió la mano cariñosa y temblorosa, exclamando:

- ¡Padre Carlos, puede creer que sus palabras llegan al interior de mi corazón!...

- Alcíone – habló el pupilo de Damián profundamente conmovido – si te fuera posible, de ahora en adelante llámame Carlos sólo, en la intimidad. De los demás soportaré el título de apóstol sin serlo.

La joven pronunció un monosílabo que se traducía en aprobación, mientras el sacerdote acentuaba conmovido:

- Hablaremos después...

Aquella noche, en casa de Magdalena, los dos disimulaban con mucho esfuerzo la ansiedad que les llenaba el espíritu. Carlos ardía en deseos de arrebatarse a Alcíone de la sala, a fin de comunicarle sus infinitas angustias, mientras ella imploraba íntimamente a Jesús le concediese una oportunidad, para ser comprendida. La oportunidad surgió cuando, tras una hora de música, el pequeño Robbie pidió al padre Damián que lo llevase hasta las murallas, paseando a la luz de la luna. El viejo eclesiástico accedió, con mucho placer. A pesar del frío, la noche tenía una belleza excepcional. Magdalena prefirió quedarse, alegando la costura, y los cuatro alcanzaron la Puerta de San Vicente, en alegre conversación. Mientras Damián atendía los caprichos del pequeño, la joven pareja encontraba la deseada oportunidad para alejarse.

- Alcíone – comenzó el sacerdote conmovidamente – el destino levantó en mi espíritu altas murallas y colocó en mis labios una fuerte mordaza; entretanto, espero me perdone este cariño sincero, por el amor de Jesús, a quien sirves con tanto fervor. Siento que aún no lo sé atender con la dedicación que te marca los gestos de santa

y, por eso mismo, aguardo tu cariñosa comprensión, cuando no me puedas corresponder en espíritu...

La hija de Magdalena nunca experimentó una lucha íntima tan grande. El primer impulso del corazón que ama es siempre el de consolar o defender el objeto amado.

- Dime – proseguía el joven en su pasión ardiente – si de hecho me comprendes y disculpas mi desvarío.

- Por lo mucho que he llorado en mis oraciones – respondió la joven suspirando – Jesús sabe que entiendo tu corazón.

El cariñoso acento de esas palabras no daba lugar a dudas. Carlos Clenaghan, tan solamente frente a la declaración afectiva, se sentía el más feliz de los hombres.

- Tus ojos me hablaban, Alcíone, pero yo esperé, ansioso, que tus labios confirmasen mi felicidad. ¡Qué largas han sido mis noches de dolorosas vigiliass! ¡Es verdad que soy prisionero de una convención poderosa y terrible, pero tu comprensión y tu afecto representan, para mí, la visita y el interés de un ángel sentenciado a trabajos forzados en una cárcel sombría!...

- No digas eso, Carlos – dijo la joven conmovida, evidenciando, no obstante, la suprema lucha íntima – el deber no puede, jamás, volverse un fantasma a nuestros ojos. Dios sembró la creación de infinita alegría y nosotros estamos en el divino trabajo de purificación espiritual. Toda obligación noble embellece el camino y no debemos andar tristes en la tarea grandiosa o sencilla, que nos fue confiada.

El sacerdote sentía la belleza de la concepción, pero, replicó:

- Entretanto, para mí, la existencia ha sido una madrastra.

- ¿Crees, no obstante, que la vida se encierra en los días fugaces del mundo? – dijo Alcíone cariñosamente. – Para nuestro concepto de paz y felicidad, son casi

mezquinos los períodos de tiempo que marcan, en la Tierra, la infancia, la juventud y la vejez. Somos espíritus eternos. El mundo, Carlos, debe ser una gran escuela, donde el Señor nos proporciona benditas posibilidades de trabajo y educación para la vida sin fin...

El joven se enternecía al oírla. Su voz parecía venir de lejos, de la región de la verdad y de la esperanza, que le mecía los sueños más íntimos. Aquellos conceptos caían en su corazón herido, como un bálsamo precioso.

- Entretanto – dijo con amarga inflexión – por más que me acoja al manto de la fe, no me libero de un pesar inmenso, oriundo de la promesa de mi madre, que me esclavizó para siempre.

- No culpes a tu madre del círculo de obligaciones y testimonios que te corresponden – advirtió ella con criterio –; por encima de cualquier decisión humana está Dios, que dispone de infinitos medios para ejercer su voluntad soberana. Además de eso, tu madre, pensando así, obedeció a propósitos muy dignos, ofreciéndote a Dios en dulce consagración. Y si el Padre aceptó el voto maternal es que existen, en el contenido de la decisión, imperativos de la ley ineludible de perfeccionamiento por el dolor.

Reparando que él la escuchaba con sorpresa, continuó:

- ¿Crees, a caso, en la afirmativa de muchos teólogos de que Dios crea las almas en el mismo momento del nacimiento del cuerpo?

Carlos Clenaghan pareció meditar largamente y añadió:

- No ignoro que gran parte de la Iglesia antigua no autorizan esa opinión.

- A pesar de las pavorosas crueldades del Santo Oficio – acentuó, con los ojos brillantes, la hija de Cirilo – prefiero acompañar la corriente de los viejos pensadores,

que admitían la multiplicidad de las existencias. Es imposible, Carlos, que estemos en la Tierra por primera vez. Los libros del padre Damián me hicieron sentir esa consoladora verdad. ¿Cuánto tiempo hace que hemos enfundado las velas del barco de nuestra vida, en busca del amor paternal de Dios? ¿Cuántas veces hemos naufragado en nuestras intenciones más santas? ¿Cuántas veces hemos conducido la embarcación hacia las negras rocas del crimen? Hace más de cinco años que busco, ávidamente, los indicios de esa ley poderosa que nos equilibra los destinos. A veces, me pierdo en la lectura de los grandiosos pensamientos de cuantos ya recorrieron nuestros caminos. Esos mensajeros de la sabiduría y de la paz no habrían sido portadores de vanos mensajes. Y, por encima de ellos, tenemos la palabra de Cristo en los Evangelios, diciéndonos que el hombre no alcanzará el reino de Dios sin renacer de nuevo...

El padre Carlos estaba muy admirado, como alguien que retomase viejas ideas abandonadas desde hace mucho tiempo. Pero, reconociendo el efecto de sus aserciones confortadoras, la hija de Magdalena prosiguió tranquilamente:

- En este mundo no será posible despertar para los elevados dominios del conocimiento, sin volvernos con atención hacia el problema del dolor. Desde muy pronto, me habitué a rebuscar comparaciones. ¿Por qué el leproso, al lado de los de rostro limpio? ¿Por qué se confunden, en la misma calle, los felices y los desgraciados? ¿Sería justo suministrar el pan a algunos y las piedras a otros muchos? En el cuadro de la teología actual, el Creador sería casi cruel. Pero es tan grande la misericordia divina que el Padre permite a los hijos la enunciación de los más locos raciocinios, hasta que se compenetren de la grandeza acogedora de su amor desvelado. Naturalmente, Carlos, somos espíritus

integrando la enorme caravana de la Humanidad. Hemos errado numerosas veces, huyendo a los designios del Señor para atender a nuestros míseros caprichos. No obstante, la Providencia nos acoge de nuevo en la escuela terrestre, dándonos un cuerpo diferente y renovándonos la oportunidad sacrosanta...

El joven sacerdote tenía la impresión de estar oyendo a un ángel, esclareciendo la esencia de los misterios divinos.

- De hecho – murmuró conmovido – son ideas que alivian el alma y ennoblecen la vida.

- ¿Quién podrá afirmar que la promesa de tu madre no signifique sólo una contribución para que se cumplan los designios de Jesús? Es innegable que nuestros corazones se preparan para soportar los dolores ríspidos de la separación, hallándonos tan cerca uno del otro en las sendas de la vida. Entretanto, estoy segura de que nuestras lágrimas han de ser recibidas en el Cielo, enriqueciendo nuestro patrimonio espiritual en el futuro. El indicador del Destino marcará la hora de unir nuestras manos para siempre... El derrotero doloroso nos revelará la luz del noviazgo eterno, pero, hasta entonces, es necesario que sepamos retribuir la bondad de Dios con testimonios de trabajo, bendiciendo los sacrificios.

En ese momento, con el corazón aliviado por la claridad de la enseñanza, Carlos le tomó la mano entre las suyas, tocándola en el fondo del alma, pero, viéndola retraerse en un movimiento instintivo, no ocultó su amargura, murmurando:

- Alcione, reconocemos que este afecto nuestro está tramado en sentimientos puros. Sé que mi condición sacerdotal acarrea responsabilidades pesadísimas; no ignoro que, no sólo por mi título, como por la edad, era a mí al que correspondía, antes que a ti, ejemplificar; pero, perdona: el padre es también hombre cargado de

flaquezas. Ahora, que sé que correspondes a mis más íntimos sentimientos, siento que un fuego abrasador me arrasa el espíritu abatido. Quiero detener el pensamiento en las infinitas esperanzas que me dejaste entrever, quiero ampliar mis conocimientos aquí en la Tierra, y ansío por fijar los impulsos del alma, en la comunión con Jesús; no obstante, el complejo de las tendencias, los deseos insatisfechos, me suscitan mayores inquietudes. El amor no es sólo un sol que ilumina, es también un volcán que arrasa... Révélame los impulsos imprevistos, enséñame, corrígeme. ¿Crees que nuestros sentimientos sean un pecado a los ojos de Dios?

- No lo creo – respondió cariñosa. – El amor es una ley universal, que une el Creador al Infinito de sus obras. Jesús pasó por la Tierra, amando siempre. Todas las almas nobles, venidas al mundo, no dieron diferentes testimonios, no obstante, Carlos, sería un crimen forzar la satisfacción de nuestra aspiración en la Tierra. Debemos ser dos almas unidas en una sola aspiración, pero conscientes de que nunca encontraremos las alegrías de la unión, sin la argamasa del sacrificio.

- Todo eso – añadió el joven con tristeza – porque la Iglesia nos encadena a compromisos absurdos. ¿Cómo adoctrinar a la familia si no la tenemos?

- No te dejes enmarañar en raciocinios revolucionarios. En el futuro, naturalmente, el ministro del Evangelio, en el Catolicismo, a ejemplo de lo que ya sucede con la Reforma, participará de las dulces alegrías de un hogar; pero, mientras tanto, Jesús no consideró conveniente la supresión de esa escuela de ascetismo, que la Iglesia Romana nos indica. Si erramos tantas veces en nuestros menesteres mínimos, de orden material, ¿cuántos crímenes llegaríamos a cometer si invadiésemos el terreno de la fe, donde el Maestro es el mismo para todos? La preocupación de concertar será tal vez loable,

pero un cerebro desesperado al lado de muchos otros que se acomodan a la situación, por necesidad de la experiencia, personifica la rebeldía criminal. ¿No será mejor adoptar la obediencia activa y operante, como Cristo? El hábito sacerdotal puede ser, a nuestro concepto, en razón de nuestros sufrimientos actuales, un instrumento de opresión y desventura; pero, ¿para cuántas almas él ha sido un refugio de paz entre los infortunios de la vida? Muchos lo deshonran por los abusos, en nombre de Dios, pero, ¿cuántos lo glorifican, en la renuncia y en la abnegación santificante? Los generosos misioneros salvan a los malos padres, como los justos salvan a los injustos. El amor, Carlos, es la luz del camino, mas el egoísmo trae la ceguera. Es indispensable guardar el corazón contra su asedio. Cuando observamos sólo nuestras conveniencias, nos volvemos ciegos infelices. Veamos las ventajas de los otros y la vida nos llenará de sus divinas compensaciones. Además de eso, el día de hoy acabará con la noche. Es necesario honrarlo con el trabajo sano y con la obediencia a Dios, para que el mañana sea el presente glorificado. Nadie deberá esperar la claridad en el porvenir, si se complace con el reposo en las tinieblas, durante el día que pasa.

El sacerdote bebía sus palabras profundamente enternecido. Nunca escuchó apreciaciones tan justas, relativas al sacerdocio. En el seminario, los preceptores eran pródigos de actitudes enfáticas y protocolarias, mientras los alumnos permanecían indecisos o rebeldes. Para unos, la Iglesia no pasaba de ser una institución humana, mientras que para otros representaba una cárcel de la cual era necesario huir por medio de criminales acomodaciones. Alcione, en su inspiración sublime, no pudo cicatrizar del todo su llaga espiritual, pero engrandeció a sus ojos la tarea apostólica, haciéndole sentir la grandeza de sus responsabilidades en el camino

hacia Dios. Todavía, en lo más recóndito del alma, a él le quedó un pensamiento amargo. En el fondo, era el egoísmo herido, la vanidad humana perturbada. Las sabias observaciones de la joven le parecieron desinterés sentimental. Ella no experimentaría, tal vez, el mismo afecto ardiente que lo afligía. Sus ideas generales revelaban un enorme desprendimiento del mundo. Carlos Clenaghan, en su condición de hombre, llegaba casi a tener celos de aquél Jesús tan amado e invocado en todo momento. Dominado por tales conjeturas dijo:

- Tus concepciones son nobles y elevadas, pero en mí las características sentimentales se presentan de otra forma. Comprendo la sublimidad del idealismo de la Iglesia, tal como lo expones, pero nunca podré perdonar la iniquidad del destino, privándome de un hogar y de las risas de unos hijitos. El ideal de la paternidad siempre me persiguió como una tremenda obsesión... Con tu sublime desprendimiento, tal vez no puedas comprender esta tortura espiritual.

- ¡Te equivocas! Tus ideales son los míos. Esperaba tu mirada, tus manos, tu palabra, tus pensamientos, en todos los lugares donde pasee, desde la hora en que desperté para el sentimiento. Pasaron muchos hombres. En algunos encontré las posibilidades de un paternal afecto; en otros, sólo lazos fraternales. Mientras esperaba tu venida, los sueños de un hogar poblaron mi alma, yo pedía al Sol que me diese sus ardientes rayos, a las estrellas rogaba una gota de su hermosura para tejer una red de alegrías, para solemnizar tu presencia, cuando llegases. Palpitabas en mi espíritu en la primera melodía salida de mis manos, cuando tuve la impresión de tocar al compás de tu cariño... Pero, después que nos encontramos, comprendí que mis antiguos ideales deberían ser renovados. Mis deseos se evaporaron en silencio, porque Jesús había establecido otros designios a

nuestras luchas terrenas. ¿De qué me valdría oponerme, provocando nuestra propia ruina? Te reconocí en la primera mirada. No me engañaría nunca. El alma se sirve por extraños poderes que el mundo aún no conoce. A pesar de eso, Carlos, sentí que mis labios se callaban bajo la presión de fuertes cadenas. Las condiciones en que nos encontramos eran como un gran mensaje. El Señor me recomendaba aplazar el idealismo de la mujer, sacrificando mis caprichos a favor de más altos propósitos. ¿Comprendes ahora?

Había tanta ternura en esas palabras que Carlos Clenaghan se sintió vencido. Angustiado en sus disposiciones interiores, acentuó:

- Tienes razón, Alcíone...

- En cuanto al hogar y los hijitos – continuó la joven cariñosamente – es indispensable que no nos perturbemos con las falsas visiones de la larga experiencia. El padre Damián está enfermo, fatigado con los intensos trabajos de su amada iglesia; mi madre ha sufrido, incesantemente, desde el primer día de su viudez; Robbie es un niño necesitado. ¿Por qué no vemos, no sentimos en los tres a nuestros hijitos del corazón? Y sin hablar de los más allegados, ¿dónde colocas a los pobres viejecitos y a los enfermos que te buscan, desamparados? El título de sacerdote infunde ser un padre.

El pupilo de Damián enjugó las lágrimas.

- Pedirás a Dios por mí, – dijo entristecido – rogarás al Cielo que mitigue mi dolor, por no poseer una familia directa.

- Sí, el hogar debe ser una isla de suave descanso en los torbellinos de las luchas terrenas, al afecto de un santuario sagrado donde la criatura consiga extender su amor a la comunidad universal. Poseerlo, será recibir óptima dádiva del Creador; entretanto, Carlos, para animarnos a todos en los testimonios de sufrimiento,

bastaría recordar que Jesús pasó por la Tierra sin familia directa.

En ese instante, Damián se aproximó, interrumpiendo el diálogo.

Alción tenía el corazón oprimido por una indefinible angustia. Consultando las tendencias de su sensibilidad femenina, experimentaba el deseo de encontrarse nuevamente con el joven, después de apartarse el viejo amigo, para reafirmar su afecto y su dedicación sin límites. Mientras intercambiaban trivialidades sobre la belleza de la noche, su alma cariñosa padecía una gran angustia. Después de la significativa confesión de Carlos Clenaghan, lo encontraba más bello. Sus ojos eran más brillantes, la fisonomía más expresiva. Alción recelaba de las conmociones que vibraban en su espíritu sensible. ¿No lo había soñado tanto? ¿No era él el hombre esperado ansiosamente? Pero la lección cristiana le hablaba, poderosa, en lo más íntimo. Era necesario conservarse con Cristo, aunque el mundo entero fuese adverso. Lucharía contra sí misma, hasta el fin.

En esa noche, sin embargo, sus oraciones se turbaron de lágrimas ardientes. Las declaraciones de Carlos no dejaban de sonar en sus oídos y la hija de Magdalena, por primera vez, en la Tierra, se sentía cautiva de singulares pesadillas.

El pupilo de Damián, a su vez, estaba impresionado y decidido a cultivar el sublime amor, por encima de todo. Suponía haber valuado el amor sincero de la joven por el tono de su voz, por el ardiente impulso que vislumbraba en sus palabras de profunda espiritualidad. Experimentaba, también, en las manos, el calor de la mano temblorosa que esquivaba su cariño, como un pájaro asustado. Alción estaba llena de una sabiduría diferente, pero la elevación espiritual, de la que daba testimonio, le exaltaba aún más los ardientes deseos. No

renunciaría a sus propósitos. Inútilmente tomaba los libros de oración, con el afán de atenuar la inquietud que lo atormentaba, pero era como si un espeso velo le vendase los ojos del alma. Razonaba, comprendía la sublimidad de los textos, pero no conseguía hacerlos llegar al corazón. La palabra serena y sabia de la joven lo forzaba a reflexiones más serias, pero, en el transcurso de los días, el sobrino del viejo sacerdote de la iglesia de San Vicente nada más hacía que exacerbar los propios deseos. De vez en cuando, volvía a hablarle del asunto, pero, encontraba su corazón encerrado en la fe, y siempre inspirada y vigilante.

Transcurridas algunas semanas, cierto día la encontró sola, en el santuario, retirando los adornos de un antiguo altar, tras la misa.

A su alrededor, todo era silencio en aquella mañana bañada de sol.

Damián, terminada la misa, se retiró al presbiterio, levemente indispuerto. El joven sacerdote, lleno de pasión, creyó que la oportunidad era óptima para expansionarse una vez más, recapitulando los idilios que hacen las delicias de los corazones enamorados.

Tras la salutación cariñosa, en la que los dos manifestaban una natural perturbación, el joven habló conmovido:

- No te admires de hablar así en el templo. Esta es la casa que Dios me dio y no dispongo de otro recurso. Hace muchos días, vengo esperando la oportunidad de tener algunos minutos, para confiarte mis infinitas inquietudes.

El propio Carlos notaba que la joven empalidecía por la conmoción que llegaba a su alma. Con todo, fuertemente apegada a sus principios de virtud, la joven respondió, esforzándose por mantener la mayor serenidad:

- Inquietarnos será un enorme error. Si Dios nos honró con los trabajos, no nos olvidará con los recursos de la paz necesaria para el cumplimiento del deber.

- Comprendo – replicó él, casi impaciente – pero comienzo a creer que no me amas lo suficiente. Me aproximo a ti, con el corazón sediento, y veo que tus objeciones paralizan mis impulsos...

Hablando de esa forma, observó que la joven se puso blanca como el mármol. Por primera vez, Alcíone lloró delante de él. El llamamiento era demasiado fuerte para que se contuviese impasible.

- ¿Desvarías, Carlos? – preguntó con angustia en la voz. – ¿Admites mi amorosa dedicación destrozando los programas de Cristo? Dios conoce mis vigilias en fervorosas oraciones. Desde que nos vimos por primera vez, mezclo mis más antiguas aspiraciones con dolorosas lágrimas.

Contemplándola en esa actitud, el joven avanzó algunos pasos visiblemente emocionado. Tomándole la mano y con los ojos húmedos de llanto, añadió:

- ¡Perdóname! El amor me alucina. He hecho todo lo posible por descansar la mente, confiante en Jesús y en la certeza de la vida eterna; entretanto, la pasión me nubla la razón y caigo siempre vencido en esas batallas silenciosas del pensamiento... ¡Tu imagen, siempre tu imagen, preocupándome el cerebro y el corazón atormentados! ¡Te veo a cada instante, en todo y en todas partes, te siento en las mínimas cosas de la vida y creo ver tu sonrisa hasta en el fondo de las hostias consagradas!...

- No procedas así – dijo la joven extremadamente conturbada –; tu dedicación afectuosa me sensibiliza el corazón de una manera intraducible, pero sólo Jesús es bastante digno del amor supremo. Te amo también, por encima de todas las cosas de la Tierra, pero soy una mísera criatura, Carlos. Llenemos nuestra alma con la

visión sublimada del sacrificio por el deber. No creas que yo puedo vivir sin soñar con tus caricias, pero considera que no será justo poner todos nuestros deseos en los aspectos exteriores de la vida. La felicidad en el plano inmortal debe ser como la planta que nace y se desarrolla gradualmente. ¿Por qué aniquilar el germen de nuestra sublime ventura, por simples inquietudes de espíritu inconformado? Y si el primer retoño de nuestra divina unión tiene la profunda belleza de un ideal celeste, ¿qué inmensa será su belleza cuando se convierta en una frondosa dádiva de amor, en los luminosos palacios de la eternidad? ¡Estamos en el período de las almas con esperanza, cuando las simientes brotan!... ¡Si es indispensable abonar con lágrimas, no dudemos un instante!...

El sobrino de Damián escuchaba embelesado. Sintiendo la delicada sutileza de las llamadas femeninas de la religiosa y amable Alcíone, le apretó la mano entre las de él, más fuertemente, y añadió:

- Concuerdo con tu admirable resignación, aunque no participe de tus celestiales virtudes; entretanto, pienso que no se niega una gota de rocío a la planta tierna. No me dejes huérfano de tu ternura. ¡Oye, querida! Concédeme la dicha de un sólo beso y seré el más dichoso de los seres...

La joven hizo un gesto de doloroso espanto, al mismo tiempo que su mirada vagaba por la silenciosa nave.

- No temas – proseguía Carlos febrilmente – los santos que nos asisten son más comprensivos que los hombres criminales. Bajo techos humanos, envenenarían nuestras sagradas actitudes, pero aquí estamos en la casa de Dios, que es Padre amoroso y sabio...

Alcíone Vilamil, no obstante, hizo un gesto de retroceder y murmuró:

- ¡No puedo!

- ¿Por qué? – dijo Clenaghan con tono de amargura. Entonces, envuelta en un halo de tristeza indefinible, ella explicó:

- El incendio devastador comienza con una simple chispa.

- Pero nosotros hemos sido desheredados, Alcíone...

- ¿Y qué decimos de un hombre – continuó con energía y serenidad – que, sintiendo el frío del invierno, encendiese un fuego imprudente en el seno de la floresta acogedora, amenazando la propia casa y la paz de sus habitantes, tan sólo con el pretexto de liberarse del frío?

Ante la inesperada resistencia, el pupilo de Damián se sintió avergonzado.

- Soy muy infeliz – dijo amargamente –; entretanto, estoy convencido de que nunca traicionaré mis deberes...

- Recordemos, Carlos, a los antiguos apóstoles de la Iglesia, cuando advertían que, después de cumplidos todos los deberes, aún nos deberíamos considerar siervos inútiles, porque todo nos viene de la misericordia divina...

El joven admiraba su energía afectuosa, cayó nuevamente en sí del desvarío momentáneo que le perturbó los sentidos, pero se conservaba inerte, dejando correr copiosas lágrimas.

Profundamente conmovida, la joven acentuó:

- No puedo darte el beso que me pediste, pero puedo darte el beso de mi alma.

Retiró del pequeño altar próximo un crucifijo de plata, poniendo en el pecho del Crucificado una pequeña hoja de trébol y añadió:

- Bajo el Cielo, Carlos, es mi mayor afecto; entre nosotros, sin embargo, está Jesucristo. En nuestra conciencia, el Señor aún no nos permite una aproximación integral. Pues bien: confío a Jesús el beso de mi alma, para que su misericordioso corazón te entregue mi pobre recuerdo.

A continuación, besó la hoja de trébol, pasando la pequeña reliquia de plata al elegido, que besó a su vez la pequeña hoja, con indecible cariño.

Aquella singular concesión pareció calmarlo. Sonrió confortado, agradeciendo con palabras afectuosas a la novia espiritual, diciendo a continuación:

- Es necesario soportar el aislamiento y cumplir el deber hasta el fin...

Alción, casi satisfecha, le contempló la concepción en estos términos:

- De ciudad en ciudad, hay siempre una distancia a recorrer. Es intuitivo que desde la imperfección de nuestros espíritus a la perfección de Cristo hay una distancia casi inmensurable... Por tanto, cualquier discípulo sincero, para unirse al Maestro, tiene que sobreponerse a la limitación y mezquindad de la naturaleza humana, dispuesto a tolerar las fatigas de la soledad inherente a la gran jornada. Semejante estado, Carlos, identifica a todos los que van sintiendo el tedio del mundo, ansiosos de nuevas luces. Jesús nos muestra los caminos y no sería justo que nos estacionásemos, alegando temor de la soledad benéfica que nos enseña a ver el propio corazón como un libro abierto... Sólo ahí, a solas con nosotros mismos, podemos discernir más claro lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo.

Clenaghan se retiró plenamente confortado, experimentando el espíritu bañado con nuevas fuerzas.

Los días continuaron su marcha, al mismo tiempo que las gentilezas crecientes del nuevo sacerdote para con la hija de Magdalena Vilamil se iban volviendo pasto de la maledicencia devota. Se murmuraba sobre el asunto, cuando el joven se decidió recurrir a la experiencia del tío, para resolver la situación. Damián recibió su palabra confidencial con alguna sorpresa. Carlos alegaba que, dada la falta de vocación sacerdotal, pretendía dejar la

sotana, aunque tuviese que contar con las más ásperas censuras. En esa deliberación influía el amor que Alcíone le inspiraba y que él reveló al tío tranquilamente, en una actitud espontánea, propia de los jóvenes apasionados. El padre Damián se mostró después muy preocupado, considerando la gravedad del caso, y aconsejó al pupilo no resolver tan delicado problema con la precipitación de los espíritus livianos. Siempre fue contrario a la promesa de la hermana, pero, en tal emergencia, era imprescindible proceder con la mayor prudencia. Hizo ver al sobrino los graves obstáculos, las amenazas de los nuevos rumbos y, por último, ya que se consideraban como familia de Magdalena, sugería que el asunto fuese llevado al análisis de la viuda Davenport y de la hija, a quien interesaría, mayormente, toda y cualquier decisión. Carlos Clenaghan aceptó la idea visiblemente satisfecho.

Llegados a la casa de la hija de D. Ignacio, la encontraron sola, esperando a la joven que había salido en compañía de Robbie, momentos antes. El viejo sacerdote aprovechó la oportunidad para explicar, detenidamente, el asunto. La noble señora se mostraba muy admirada, sin poder disfrazar la extrañeza que la resolución de Clenaghan le causaba. Magdalena se sentía bastante confusa para opinar juiciosamente de un problema tan delicado. Cuando la viuda Davenport escuchó las últimas palabras del padre Damián, sobre el asunto, respondió muy pálida:

- Todo eso es muy extraño para mi corazón de madre, pues ignoraba que entre mi hija y el padre Carlos pudiesen existir lazos afectivos de tal naturaleza...

- No es así como debemos decirlo – atajó Clenaghan noblemente. – Lo que mi tío acaba de exponer no pasa de ser, por tanto, una pretensión mía. No existen lazos entre nosotros, pero sí inclinaciones; ni Alcíone podría presumir o saber de mis decisiones de dejar la sotana.

- ¿Ella ignora, entonces, las resoluciones en curso? – preguntó la señora Vilamil bastante sorprendida.

- Sí – reafirmó Carlos, con sinceridad – mi tío y yo decidimos venir a su casa, dada nuestra confianza e intimidad. No queríamos resolver tan delicado problema por nosotros mismos, cuando la solución parece que nos afectará a todos.

La viuda tuvo un gesto expresivo poniendo en evidencia su confusión, pero el joven sacerdote, percibiendo su extrañeza, continuó:

- El ambiente convencional en el que me encuentro me ahoga el corazón. Tenemos necesidad de emancipación espiritual. No quiero decir con eso que renuncie de la creencia que me alimenta el espíritu desde la infancia, sino que no estoy de acuerdo con el celibato obligatorio, porque, para mí, el padre católico-romano jamás podrá colaborar santamente en la edificación de la familia humana, dejando de constituirlo él mismo.

La hija de D. Ignacio oía aquellas palabras un tanto constreñida. En el fondo, deseaba replicar, defender la misión del sacerdote, neutralizar un destino que podría acarrear grandes amarguras a la hija. La presencia del padre Damián, sin embargo, no le consentía mayor franqueza. Lo estimaba casi como al propio padre. Admitía su buen sentido, aceptaba la superioridad de su larga experiencia de la vida. Si él pensó que le afectaba el asunto, es que tendría razones ponderables para eso. No acababa de pensar así, cuando el viejo sacerdote ponderó:

- Veo, Magdalena, que el caso te impresiona más de lo que podría suponer. Es natural, porque el corazón materno es siempre un centinela vigilante. Yo no ignoraba que las preocupaciones de Carlos te amargarían el alma sensible, pero, hija mía, no tuve otro remedio sino informarte debidamente, con la debida franqueza. Se trata de la felicidad de dos corazones muy jóvenes y yo me

siento incapaz de intervenir más decisivamente, incluso, porque, pienso que mi sobrino nada puede ni debe resolver, sin que oigamos a Alcíone.

La noble señora comprendió los escrúpulos del viejo sacerdote y confesó:

- También creo muy osadas las pretensiones del padre Carlos, en el sentido de enfrentarse a la sociedad en que vivimos, pero soy la primera en desear la felicidad de mi hija. Por ella, siento que debo insistir en mis concepciones personales del deber y de la vida. Además, debo decir que Alcíone nunca me dio la menor preocupación, siendo ésta la primera vez que me veo obligada a examinar un problema tan difícil, referente a su futuro. Por eso mismo, confío en que ella misma sabrá explicarnos lo que más le convenga...

En ese instante, Alcíone entró de sorpresa, saludando afablemente a los amigos.

Unos momentos después, el padre Damián le pide atención para el asunto que se estaba tratando. Mientras Clenaghan acompañaba sus palabras visiblemente emocionado, la joven recibía la noticia con intranquilidad y amargura.

- Como ves, Alcíone – terminaba el viejo sacerdote – las intenciones de Carlos me preocupan sobremanera y me siento sin fuerzas para resolverlas yo sólo. Ya hablé con tu madre y ahora esperamos que te pronuncies sinceramente.

La joven dirigió al amado de su alma una mirada de censura, y, sintiéndose encarcelada en un círculo de opiniones, donde la suya debería prevalecer más fuertemente, esclareció:

- En conciencia, padre Damián, no estoy de acuerdo con todo eso. Creo que Carlos está siendo víctima de una gran equivocación. Ninguna alma podrá ser feliz

olvidando sus deberes. Nuestro amor sería condenable si forzase a uno de nosotros a olvidar sus obligaciones.

El joven la miró entristecido, angustiado por aquella resistencia, mientras que el tutor justificaba:

- Comprendemos la delicadeza de tus sentimientos, pero, como ha ocurrido con muchos otros, Carlos se desligaría de los votos sacerdotales, continuando al servicio de Jesús, dentro del Evangelio. La resolución, por tanto, sólo miraría atenuar las exigencias tiránicas de la Iglesia, con referencia a la felicidad de dos corazones nobles y sinceros.

- Padre Damián – volvió a decir la joven algo conturbada – creo en la grandeza de su complacencia para con nosotros y lamento mucho estar obligada, por primera vez, a contrariar a su generoso corazón; pero la verdad es que no puedo aplaudir ese plan. Admito que el celibato obligatorio representa, de hecho, una exigencia tiránica, pero nadie deberá eximir a un hombre de los compromisos asumidos conforme a los designios de Dios. Nosotros, que aceptamos la pluralidad de la existencia en la Tierra, no podemos tener por meramente casuales los acontecimientos que llevaron a Carlos a vestir la sotana. ¿Quién sabe si esta existencia actual no es una repetición de experiencias pasadas? ¿Quién nos diría que él no ha vivido en otra época, manchando el altar, y que yo no haya cooperado en sus caídas? ¿No será justo que ambos suframos las consecuencias de nuestros errores? Aunque no fuera así, consideremos, necesariamente, los sublimes e insondables designios de Jesús. Es verdad que tengo por Clenaghan un amor intenso y divino, que confieso ante mi madre por primera vez. Esta circunstancia, sin embargo, no será motivo de caída espiritual, sino de estímulo para redoblar mis cuidados por su nombre. El imperativo eclesiástico puede ser muy duro, pero creo que no seremos los únicos en sufrir sus consecuencias. Otras

almas, tan sinceras como las nuestras, estarán sufriendo y confiando en la bondad de Jesucristo.

El viejo sacerdote no esperaba de la joven otra actitud sino aquella con que testimoniaba la suprema elevación de su espíritu, pero estaba sorprendido de la manera en que se expresaba, por el tono de su voz, cuya emoción se unía a la firmeza de los raciocinios.

En ese ínterin, Clenaghan intervino, murmurando:

- Tus opiniones, Alcíone, evidencian la pureza de tu bondad; no obstante, he reflexionado sobre la renuncia de mis votos como un acto de valor y fidelidad espiritual.

- Sí, para el mundo – dijo Alcíone – tal vez fueses una criatura leal; pero, ¿dónde estaría el verdadero valor? ¿En la decisión escandalosa de un día? ¿O en el sagrado cumplimiento de los votos prometidos para una vida entera?

El joven no pudo disimular la gran sorpresa que le causaba el argumento. Bajo las miradas observadoras de Magdalena y del tío, Carlos parecía titubeante, acentuando, no obstante, como para defenderse:

- No soy, con todo, el primero en pensar en eso. Otros sacerdotes renovaron sus ideas y cambiaron de camino, en vista de las absurdas y criminales imposiciones de las que eran víctimas.

Alcíone pareció meditar un momento y respondió:

- Renovar ideas es un deber noble de toda criatura, pero un padre solamente se engrandece cuando eleva consigo a todos sus hijos; nunca, no obstante, dejando a la familia abandonada. Un sacerdote de Cristo, Carlos, aunque sea incomprendido por el mundo, debe ser siempre un padre... En cuanto a cambiar de camino, es otra cosa que merece especial atención. Es justo que un pasajero de esa o aquella embarcación cambie de navío en plana mar, o que se quede en otro puerto diferente, creyendo abreviar el viaje; pero, ¿qué podríamos decir de

un comandante que procediese así con los que confían en él? ¿No sería mejor permanecer, tanto en las rutas peligrosas como en las tranquilas? ¿Y qué es nuestra vida en este mundo sino un viaje hacia esferas más altas? Un día vendrá en el que llegaremos al puerto de la verdad y es necesario cumplir con el deber hasta el final. ¡Para las almas vulgares, la existencia puede representar un conjunto de posibilidades, de livianas experiencias, pero nosotros, que ya tenemos algún conocimiento de las cosas divinas, no podemos interpretar el pasaje por la Tierra sino como una santa oportunidad de trabajo y purificación...! ¡Nos referimos a la organización tiránica de la Iglesia, pero sería injusto olvidar que un instituto defectuoso sólo se regenerará cuando prevalezca la actuación de sus elementos más dignos! ¡Los malos sacerdotes han de desaparecer cuando los sacerdotes inteligentes y dedicados tuvieran el coraje de la renuncia en beneficio de la Iglesia, permaneciendo en la tarea por amor a los necesitados e ignorantes, que Jesús les confió...!

Damián estaba profundamente conmovido e impresionado. Aquellos conceptos no parecían salir de un cerebro humano. Tras una larga pausa, el anciano, con los ojos húmedos, añadió solemnemente:

- Creo que las explicaciones de Alcíone nos vienen de más alto. La claridad del día de Pentecostés nunca murió en el mundo.

Y, dirigiéndose al pupilo, dijo:

- Como ves, nada tengo que decir. Mis objeciones de viejo podrían ser tenidas en cuenta como impertinencia. Jesús te envía, con todo, por tu propia elección, el mensaje salvador. ¡No dudes, hijo mío, entre el capricho y el deber!...

La pequeña asamblea familiar se dispersó fríamente. Carlos Clenaghan, muy conmovido, se despidió de

Alcióna enjugando una lágrima. Al día siguiente, por la mañana, fue a misa con el rostro angustiado, demostrando que las pruebas del día anterior le habían calado en el fondo del corazón.

Damián también estaba más impresionado de lo que se podía suponer. Las afirmativas de la discípula le resonaban en los oídos como poderosas vibraciones. Sus experiencias de la vida eran rudas y largas, pero nunca se le deparó una joven con tanta comprensión del sufrimiento y del destino. ¿Qué sería su vida de sacerdote sin aquél riguroso programa trazado por la joven Alcióna? Recordaba los tiempos difíciles, las horas de tentaciones más ásperas, los largos sacrificios, los dolores que parecían no tener fin, para concluir que Jesús le enviara luces consoladoras a través de los cariñosos labios de aquella criatura que siempre amaba como a una hija.

Aun así, le correspondía ponderar gravemente la situación. Era necesario apartar a Alcióna del ambiente de Ávila. Además de eso, se imponía una alteración de régimen, ya que los dos se amaban intensamente y convenía distanciarlos a título preventivo. Magdalena Vilamil siempre esperaba, pacientemente, la oportunidad de conocer América del Norte. Los acontecimientos parecían favorecer y reavivar sus deseos. ¿Cómo realizarlos? Las ocasiones habían surgido muchas veces, pero solamente para las colonias españolas y él las rechazaba siempre, porque no sería razonable someter a la señora Davenport y a los suyos a penosas peregrinaciones.

Damián se acordó de su colección de documentos. Tal vez esos documentos le sugiriesen qué hacer. Volvió a leer la carta de un amigo de París. Lo convidaba a volver a su comunidad y trabajar en la capital francesa. No sería difícil partir desde Francia hacia el norte de América. Satisfecho con lo hallado, retuvo la idea durante un mes.

RENUNCIA

Transcurrido ese tiempo, cuando las pretensiones de Clenaghan ya estaban olvidadas en la residencia de Magdalena, el viejo sacerdote comenzó a tratar el asunto.

Nuevamente el París

Magdalena Vilamil recibió la propuesta del viejo sacerdote, entre cismas y esperanzas. Deseaba, sinceramente, poder abrazar un día a los Davenport. Nunca renunció al propósito de oír a algún sobreviviente del naufragio en que, según la carta de Blois, perdió al esposo amado. Los años habían transcurrido entre angustiosos sufrimientos, pero nunca se le fue de la mente la figura de Jacques con su generosidad fraternal. A veces, pensaba que el cariñoso benefactor de Blois también hubiera fallecido ya. Aun así, siempre sería posible encontrar a Susana o alguno de los hermanos de Cirilo, en Connecticut. Además, se sentía cansada y enferma. ¿No sería razonable aproximar a Alcíone a sus parientes? Temía morir dejando a su hija sin parientes próximos que velasen por su futuro. En otros tiempos, alimentaba la esperanza de un casamiento feliz, pero ahora estaba segura de que ese problema, en la vida de la joven, era mucho más complejo de lo que podría suponer. Si muriese, podría contar con el cariño sincero del padre Damián, pero también veía que el viejo amigo se iba curvando, muy despacio, por el peso del intenso trabajo junto a las almas. En cuanto al hijo adoptivo, no podía presumir ni esperar de él otra cosa que no fuesen preocupaciones y trabajos ásperos. Alcíone no podía esperar de Robbie la ayuda necesaria en el provenir. Antes, por el contrario, él es el que no podría prescindir de su apoyo fraternal. Y, no obstante, la esposa de Cirilo se sentía sin valor para unirse al proyecto. Comprendía las ventajas y el acierto de la empresa, pero se sentía al mismo tiempo sin fuerzas para intentar el difícil viaje. No lo dudaría, si el viaje estuviera definitivamente decidido y

trazado en sus detalles; entretanto, la permanencia en París, ante la resolución definitiva, le anulaba el ánimo. La capital francesa estaba llena de dulces y amargos recuerdos para su espíritu sensible. Volver a ver los lugares donde conoció la inolvidable felicidad de la juventud ¿no significaría aproximarse a la tumba de los más lindos sueños y llorar para siempre? Y mientras ella pensaba en eso, Damián intervenía solícito, valiéndose de las ocasiones en que se encontraban a solas.

- Reconozco que tus expectativas son muy amargas, pero pienso que la felicidad de Alcíone y las necesidades de Robbie justifican tu sacrificio. Creo que el ambiente de Ávila ya proporcionó a las dos criaturas el máximo de experiencias. Y llegados a este punto, alimento mis recelos por mi sobrino. Alcíone nos dio un gran ejemplo de fe y sacrificio, rechazando los planes del joven impetuoso, sacrificado en su devoción; pero, ¿no será el momento de auxiliar ahora a la generosa niña, derramando un bálsamo sobre su corazón dilacerado? Es que, no obstante el buen sentido y la grandeza del alma, ella debe tener el corazón repleto de amor. Eso es innegable. Considero una crueldad exponerla, diariamente, al examen de su herida. En cada pormenor de la iglesia, como en cada paisaje de Ávila, sus cariñosos ojos han de ver la figura del amor torturado e insatisfecho. Por otro lado, presiento en mi sobrino una manifiesta incapacidad de renuncia. A mi modo de ver, él dio treguas al problema, sin desaparecer de su corazón. Cuando menos lo esperemos, volverá al asunto con nuevos argumentos. ¿No crees que conviene más prevenir apartando a Alcíone de las tentaciones? Confío bastante en ella, en su conducta irreprochable, pero imagino que la medida beneficiará a su espíritu impresionable.

- Su opinión es muy respetable, padre Damián, pero, por mí, pienso que París queda demasiado lejos...

- Y, con todo, el traslado a otra región española de poco serviría. Con referencia al caso de mi sobrino, él encontraría cualquier pretexto para continuar junto a Alcíone, y en lo referente al viaje a América del Norte, a Francia o a Inglaterra, solamente nos ofrecen facilidades.

- Tiene razón – acentuó la hija de D. Ignacio, convencida.

- Pues reflexionemos en el caso – concluía el viejo sacerdote – seguros de que, en las heridas del amor, la distancia siempre fue un remedio de benéficas reacciones.

La esposa de Cirilo consideró la conveniencia de la iniciativa, comunicando a la hija sus proyectos. Alcíone saltó de alegría. El ambiente triste de Ávila le hería el corazón; los comentarios maliciosos la incomodaban. Al mostrarse jubilosa, no se refirió a tales cosas, alegando sólo la esperanza de la perspectiva de mejorar la salud de su madre y la educación de Robbie. Ante la opinión de la joven, Magdalena recuperó el ánimo. Las primeras órdenes fueron dadas, con gran espanto del padre Carlos. Mientras Damián comunicaba a París la decisión de partir, la hija de D. Ignacio vendía la casa de campo a los Estigarríbia. Realizó la venta sin preocupación y sin amarguras, porque, sus viejos amigos, Dolores y Juan de Dios habían partido para la colonia, con ciertas ventajas materiales, de acuerdo con los patrones. En cuanto a lo demás, Ávila no le ofrecía motivo de nostalgias desagradables. Amparada en las esperanzas de la hija, estaba decidida a partir, aunque tuviese que enfrentar mayores dificultades en la capital francesa. Mientras permanecía indecisa, Alcíone se encargaba de disiparle los últimos recelos. No les faltaría trabajo en las grandes ciudades. La costura era un servicio bien pagado en cualquier parte. Además de eso, Robbie tendría la oportunidad de proseguir con más firmeza en la música. El padre Damián asegura no ser imposible conseguir

empleo con su violín, en alguna iglesia. En ese caso, Magdalena se animaba, esperando con visible satisfacción el día de la partida.

Clenaghan, no obstante, se mantenía en actitud reservada. El tutor le confió la iglesia de San Vicente con severas recomendaciones. Le hizo sentir mayormente el cuadro de responsabilidades que lo rodeaban y lo indujo a mantener el espíritu de renuncia y sacrificio en el corazón, como fuego sagrado de su tarea. Carlos, sin embargo, parecía ajeno a los ejercicios religiosos. Alcíone era su máxima preocupación. Muchas veces buscaba su cariñosa compañía para aliviar el corazón, pero siempre encontraba la expresiva nobleza de su alma cristiana, rogándole por el deber bien cumplido, ante el Eterno.

En la víspera de la separación que lo dejó sumergido en recuerdos angustiosos, la buscó para hablarle a solas, antes de separarse definitivamente. Después de largas consideraciones afectivas con que traducía las penas íntimas del corazón, dijo así:

- No sé si podré soportar para siempre el cautiverio en el que me encuentro. Soy un pájaro enjaulado, ansioso de libertad.

- Somos esclavos de Cristo – atajó ella, resignada.

- Haré lo posible por vivir observando las verdades que me enseñaste; pero, si algún día me sintiera obligado a modificar mi camino, iré a buscarte a Francia o a América, a fin de construir el castillo de nuestra felicidad...

Muy emocionada, Alcíone advirtió:

- Espero que nunca interfieras en lo que Dios organizó, aunque tengas razones muy poderosas, porque, por encima de todo, Carlos, supongo que deberemos esperar nuestra felicidad entre las luces del cielo.

El pupilo de Damián se cayó y la conversación prosiguió entre juramentos y promesas afectuosas.

Al día siguiente, por la mañana, las últimas despedidas le provocaron copiosas lágrimas. Abrazó al viejo tío conmovidamente, dirigiendo a todos palabras de reconocimiento y amor, con los deseos sinceros de un feliz viaje. Alcione estaba afligida. El deber le hablaba fuertemente al espíritu, pero la separación le dolía en las fibras más recónditas. En el último momento las lágrimas saltaban de sus ojos. Damián se mostraba muy emocionado. La señora Vilamil permanecía recogida en sí misma. Sólo Robbie mostraba una gran alegría por la novedad del viaje y casi maravillado con sus ropas nuevas.

Un viejo compañero de luchas, que se encontraba junto a Clenaghan, abrazó a los viajeros y, reconociendo la emoción del antiguo sacerdote, habló sensibilizado:

- ¡Padre Damián, no nos conformamos con su partida, no solamente por la falta de su palabra animosa, sino también porque no creemos que se olvide de Ávila, donde vivió y trabajó largos años!...

- Sí, amigo mío – respondió el interpelado sin vacilación – sin duda no podré dejar de pensar en los agradables recuerdos de la iglesia de San Vicente y de las personas queridas que aquí dejo; pero, por otro lado, no hay que olvidar que en todas partes servimos al Señor.

Cada cual hacía por mostrarse más esperanzado y confiante en el futuro.

Nuevos adioses, últimos abrazos, y el espacioso carruaje partió con los traqueteos y al trote de los animales por el camino empedrado y polvoriento.

El viaje rumbo al litoral de Galicia no fue muy fácil; entretanto, con algunos días de penosa jornada, la pequeña caravana llegó a Vigo, desde donde una embarcación holandesa la llevaría al puerto de Havre. Magdalena Vilamil se mantenía melancólica, presa de dolorosos recuerdos de Francia. Damián animaba a todos

formulando grandes proyectos de futuro. No sería difícil seguir desde París a América, antes o después, y esa promesa entretenía y exaltaba el optimismo general. Para distraer a Alcione y a Robbie, el viejo amigo describía la belleza de los lugares más atrayentes de la capital francesa, hablando con entusiasmo de la suntuosidad de los templos y de los paseos pintorescos por las aguas del Sena. Magdalena lo escuchaba atenta, identificando los lugares de sus felices viajes en compañía del marido y parecía perderse en un abismo insondable de ansiosas nostalgias y lindos recuerdos.

Por fin llegaron a París, después de un largo tiempo y de experimentar las mayores incomodidades en el viaje.

El padre Amancio Malouzec, de la orden de los Agustinos y compañero dedicado de Damián, los esperaba solícito. Según la noticia enviada desde Ávila, preparó una casa modesta en el pueblo de San Marcelo para Magdalena y los suyos, reservando un apartamento en el presbiterio de San Jacques para el viejo amigo de muchos años. La hija de D. Ignacio, desde la calesa en la que se encontraba transitando, reparaba con admiración en las calles y las plazas que conocía. Luís XIV reinaba aún y la ciudad mostraba tener una administración vigilante y cuidadosa. Después de atravesar el pueblo de San Vitor, el carruaje llegaba al de San Marcelo y se detenía en la modesta casita. Descendieron todos, mientras el padre Amancio, muy gentil, ofrecía la sencilla residencia. La hija de D. Ignacio experimentaba una enorme extrañeza por el cambio brusco del ambiente. Procuró, sin embargo, adaptarse a la nueva situación. Insistió en pagar por encontrar las despensas llenas, aunque el padre Damián y el amigo hicieron lo posible por evitar el hecho. Solamente más tarde, el viejo sacerdote se retiró a San Jacques, cuando todo estaba ya organizado y los proyectos tranquilizaban a Magdalena y los suyos.

Alción no conseguía disimular la sorpresa que le causaba la extensión de París, con sus expresiones de vida intensa. En el fondo, rogaba a Dios que fortaleciese su espíritu para los trabajos que le estuviesen reservados allí, dispuesta para la ejecución de sus deberes.

La primera necesidad de los Vilamil fue atendida a los dos días; el padre Amancio les proporcionó una buena sirvienta, una viejecita desamparada y dueña de nobles sentimientos. Luisa supo ganarse la simpatía de Magdalena y de su hija. Hacía mucho tiempo que ella vivía casi en el abandono. Las familias adineradas rechazaban los servicios de las personas de avanzada edad y su situación era de las más precarias. Tal circunstancia la aproximó más fuertemente a la nueva patrona, constituyendo una valiosa ayuda para la esposa de Cirilo, que necesitaba incrementar el propio trabajo remunerado, para atender los gastos domésticos.

Oprimentes dificultades, no obstante, esperaban a la hija de D. Ignacio, que en breve tiempo se encontró en mayores apuros. Ni siquiera pudo salir a la calle, a fin de visitar la tumba de sus padres, como deseaba. El cambio de clima le agravó la enfermedad de los pies, con carácter agudísimo. El padre Damián, por inexplicables circunstancias, también enfermó en casa del colega, en San Jacques. Alción, después de atender las labores domésticas, iba todos los días de uno a otro barrio, muy preocupada con los dos enfermos. En casa, tomaba las lecciones del hermano adoptivo, buscaba practicar el francés en largas conversaciones con Luisa y cuidaba, con infinitos desvelos, las atenciones de la genitora. Ésta, muy impresionada por la reducción de los recursos que trajera de Ávila, procuraba instruir a la hijita para que la obtención de trabajo en París le fuese facilitada. En vano, la envió en busca de Colete y de otras amistades de tiempos pasados. Magdalena tenía la impresión de que las

fuerzas impiadosas habían barrido todos los rastros parisienses en los que concentraba sus cariñosos recuerdos. Alcíone, a pesar de la fe que le fortalecía el corazón, permanecía igualmente preocupada. Era indispensable atender a su madre, cuidar de los pagos a la sirvienta, proveer las necesidades de Robbie. En sus visitas a Damián, se abstenía de confiarle las graves inquietudes. El viejo sacerdote, contrayendo una inesperada e implacable enfermedad de los pulmones, se debilitaba día tras día. La joven, sin embargo, se armó de coraje y solicitó el socorro del padre Amancio, a fin de que le agenciara algún trabajo. Cosía, bordaba, enseñaba música y tal vez no fuese difícil obtener colocación en algún taller honesto, o en casas adineradas. El nuevo amigo de los Vilamil se puso en marcha. Una antigua costurera, del barrio del puente de San Miguel, autorizó al padre Amancio para que le enviara a la candidata para conocer sus habilidades.

Alcíone se presentó. Madame Paulette, que enmascaraba sus costumbres con actitudes beatas, no le gustó su noble porte y su candor. Era demasiado pura y sencilla para servirle en sus propósitos peligrosos.

Después de observarla meticulosamente, la costurera hizo un gesto significativo y sentenció:

- Lo lamento mucho, pero no es posible utilizar sus servicios, por ahora.

- ¿Por qué Madame? – preguntó la hija de Magdalena con un tono de tristeza, por ver aniquilada su esperanza.

La interlocutora procuró ocultar los verdaderos sentimientos, acentuando:

- Su dificultad en la pronunciación no satisface las exigencias de la parroquia.

- Pero podré coser sin inconveniente y, con el tiempo, creo que podré satisfacerla en lo referente al lenguaje.

- No puedo – dijo Madame inflexible – la clientela de buen gusto exige muchos recursos verbales.

Alción, muy humilde, demostrando una gran amargura en la voz, insistió:

- Madame Paulette, seguramente la señora tiene razón; entretanto, osaría apelar en su bondad. ¡Tengo mucha necesidad de trabajo!... Mi madre está gravemente enferma y, además de eso, todos los gastos de la casa corren por mi cuenta... Si la señora pudiese admitirme en su taller de costura, puede creer que practicaría una acción caritativa y justa, con nuestro eterno reconocimiento. ¿Quién sabe si habrá otros servicios en que me pueda ocupar, honestamente, en su casa? Sin conocer a nadie en París, estamos luchando con los mayores obstáculos.

Esas palabras, sin embargo, aunque diesen a entender la extrema aflicción de una hija cariñosa, no produjeron ningún efecto. Madame Paulette, con una expresión algo irónica, volvió a decir:

- Infelizmente no estoy en condiciones de atenderla; pero, niña mía, no será sólo la costura la que le podrá valer. Hay muchas mujeres de su edad ganándose la vida en París, con menores esfuerzos.

Mientras Alción, sorprendida con la insinuación tan ingrata, se sentía sin fuerzas para responder, la interlocutora concluía sin piedad:

- Con sus sencillos modos y con su juventud no sería difícil...

Alción ahogó las lágrimas dentro del pecho y se despidió. Aturdida por el ruido de las calles, volvió a casa, sumergida en graves pensamientos. Madame Paulette fue cruel, pero correspondía ponerla en su lugar y olvidarla.

Comprendía la inutilidad de entregarse a lamentaciones estériles. Seguramente, Dios no le había concedido las luces divinas de la fe para las horas tranquilas de la existencia. Su corazón detenía el depósito sagrado, a fin de aprender a dirigirse hacia lo más alto, aunque cayesen las más violentas tempestades. Ese pensamiento la tranquilizó. No creía en Jesús como un Salvador lejano, sino como un Maestro amado, presente en espíritu a las lecciones de los discípulos entre los sufrimientos y experiencias del mundo. Se sentía en el momento del testimonio. El Señor no la olvidaría. De su inagotable bondad vendrían recursos inesperados. Proseguiría esforzándose y estaba segura de que la mano de Jesús vendría en su ayuda.

Sumergida en profundas meditaciones, entró en casa, muerta de cansancio. Tal como le sucediera un día a Magdalena, Alcíone también tuvo la necesidad de tranquilizar el espíritu materno con palabras que disfracasen las amargas realidades.

Con los ojos esperanzados, la esposa de Cirilo interrogó ansiosa:

- ¿Y el trabajo?

Esbozando una sonrisa de paz espiritual, la joven acentuó:

- El taller me admitirá por estos días.

La señora Vilamil dio un suspiro de alivio y murmuró:

- ¡Gracias a Dios! ¿Qué me dices de Madame Paulette? ¿Es una persona respetable?

- Hablamos poco, pero, aun así, me pareció una persona estimable y digna.

- Felizmente – exclamó la madrecita despreocupándose. – Mi mayor recelo es por conocer algunas cosas de los abusos parisienses. No todas las costureras son criaturas dedicadas al hogar.

- Puedes estar tranquila, mamá – dijo la joven para que desaparecieran los temores maternos –; en cualquier circunstancia no olvidaré sus buenos ejemplos.

Magdalena Vilamil la envolvió en una mirada de inmenso cariño, en la cual se dejaba ver la amargura de no poder moverse y trabajar. Más conmovida, habló después de una larga pausa:

- Conozco por experiencia propia lo que significa demandar algunas cosas en esta ciudad de París. Antes de nacer tú, mi madre estuvo en cama mucho tiempo. Las necesidades se hacían cada vez más apremiantes y tuve que salir en busca de recursos, con la diferencia de que yo rogaba favores y tú pides trabajo.

Con la voz pausada, relató las viejas reminiscencias, pintando a lo vivo el cuadro de las falsas amigas de Doña Margarita, cuando le echaron en cara ciertas observaciones ingratas e implacables.

Cuando terminó, lloraba copiosamente, pero Alcíone le tomó el rostro con sus manos y la besó con ternura, diciéndole:

- ¡Olvidemos, madrecita! ¿Por qué recordar cosas tristes? Dios no olvida a sus hijos. Estoy segura de que no nos faltará recurso y amparo... En breve estaré trabajando, con emolumentos que satisfagan nuestras necesidades. Además, el padre Damián, cuando mejore, proporcionará trabajo como músico a Robbie, en la iglesia. Después tú mejorarás y conseguiremos bordados para hacer en casa. ¿No es verdad que tenemos un mundo de buenas esperanzas ante nosotras?

La enferma pareció adquirir una nueva expresión de ánimo.

- Tu optimismo es contagioso – murmuró más tranquila – entretanto, con referencia al padre Damián, tengo tristes noticias que darte. El reverendo Amancio estuvo aquí, en tu ausencia, para informarnos de su

estado. El médico ya perdió las esperanzas, pues afirma que el viejo amigo está tísico y tendrá pocos meses de vida.

La joven oía la información sin disimular el dolor que le causaba. La genitora, sin embargo, proseguía en tono pesaroso:

- Un pormenor muy grave de la situación, según informa el padre Amancio, es que nuestro bienhechor no dispone actualmente de ningún recurso.

Lo noté muy preocupado con la actual situación del virtuoso sacerdote, que, según alega, tiene necesidad apremiante de efectuar ciertos gastos, entre los cuales, por ejemplo, los que corresponden a la admisión de un sirviente, además de la adquisición de varios utensilios de uso privado, ya que tendrá que aislarse, allá en el presbiterio, por ser portador de una enfermedad contagiosa.

- Entonces, ¿el padre Malouzec no puede auxiliarlo en eso? – preguntó Alcione triste y afligida.

- Lo vi poco dispuesto a hacerlo.

- Y tú, ¿qué le dijiste?

- Le hice ver que nuestras necesidades también eran duras, en estos seis meses sin trabajo, pero, que aún así, esta casita está a disposición del enfermo. Mi declaración le desconcertó un tanto el espíritu práctico; todavía tengo preocupaciones muy justas.

- Buscaremos para obtener el dinero – anunció la joven, decidida.

- ¿Cómo? – preguntó Magdalena, bastante impresionada – si necesitamos como mínimo de doscientos a trescientos francos par atender a las despensas e instalación del enfermo en un pequeño pabellón separado.

- Estoy segura de que no nos faltará la suma necesaria – afirmó la joven. Mañana temprano iré a animarlo y a tratar del asunto.

- Con nuestros actuales sufrimientos – añadió Magdalena – creo que queda suspendido el proyecto del viaje a América.

- ¡No digas eso, mamá! En las noches más oscuras la esperanza es un rayo más fuerte.

La conversación continuó entre motivos de mutuos consuelos.

A la mañana siguiente, a pesar de estar muy preocupada con el fracaso del día anterior, la joven llegaba al cuarto del enfermo, antes de las nueve horas. No se veía con su amigo desde hacía tres días. Lo encontró muy desfigurado, excesivamente pálido, con los ojos hundidos. Empujó suavemente la puerta entreabierta, a fin de darle una sorpresa. Reparó en su fisonomía cansada y observó detalladamente sus características. En efecto, empeoró mucho. Las manos, sujetando un voluminoso libro, cuyas páginas leía atentamente, parecían de cera. Su respiración era algo acelerada. Alcione reprimió la propia amargura, dominó la emoción y exclamó sonriente:

- ¿Leyendo la Biblia?

Damián hizo un gesto de gran alegría, saludándola con ternura. Ella lo abrazó y, arrebatando el libro, procuró ver qué pensamientos lo preocupaban en ese momento. Eran las exhortaciones del Eclesiastés: - “Todo tiene su tiempo determinado y hay tiempo para todo propósito bajo el Cielo; hay tiempo para nacer y tiempo para morir.” (1)

(1) Eclesiastés, 3: 1-2.- *Nota de Emmanuel.*

- No estoy de acuerdo – murmuró solícita – que el señor, enfermo como se encuentra, esté leyendo estas cosas tan tristes.

El sacerdote esbozó una sonrisa algo desalentado, informando:

- A tu madre, Alcíone, tal vez no tuviera el valor de hablarle con esta franqueza sobre mi caso. Ella es demasiado sensible y ya ha sufrido mucho. No sería razonable aumentar sus amarguras. Comprende por qué necesito desahogarme contigo, a pesar de tu juventud. Ya sé que mi enfermedad es incurable y no puedo dejar de concluir que, para mí, llega la hora de la partida. ¡Estemos, pues, fortalecidos en Jesús, porque como nos dice la Biblia, la carne es también un viento que pasa y nosotros somos hijos de la eternidad!

La joven lo escuchaba conmovida, con los ojos rasados de lágrimas. Desde la infancia se acostumbró a encontrar en aquél afecto los mejores estímulos de coraje para las luchas de la vida. Lo quería como si fuese su padre. Instintivamente, se acordó del tiempo de las vigorosas predicaciones evangélicas en Ávila. Nadie diría que aquél hombre robusto, insinuante y sugestivo por la palabra generosa, llegaría a aquél estado de miseria orgánica. En sus ojos lúcidos se mostraban la tranquilidad y la serenidad de todos los días, pero la expresión general evidenciaba una enorme debilidad. Quiso responder, consolarlo con palabras animosas, pero no se le ocurrió nada. Un fuerte nudo en la garganta le embargaba la voz. La franqueza del viejo sacerdote enternece su espíritu cariñoso. Era imposible pronunciar palabras que evitasen la gravedad de la situación, cuando el propio Damián se sentía tranquilo y conforme. Percibiendo su indecisión, el religioso continuó:

- No hablemos de mí, Alcíone. Cuéntame primero el resultado de la gestión de ayer. ¿Conseguiste trabajo?

La pobre niña hizo un gesto triste y se sintió en el deber de hablarle francamente al gran amigo de su infancia.

Cuando terminó la amarga exposición, el sacerdote comentó:

- Imagino cómo habrás sufrido en ese contacto directo con la mundicia humana; entretanto, no sufras por eso. Agradece a Dios el haberte revelado a Madame Paulette, tal como es, antes de asumir cualquier compromiso, pues cuando nos comprometemos con el mal, aunque sea inocentemente, provocamos grandes dificultades por liberarnos de sus odiosos lazos. En tu caso, pues, debemos estimar la limosna de una santa lección. Es que, a veces, en aquello que llamamos maldad e ingratitud del mundo, puede existir un socorro divino en nuestra propia defensa.

La joven enjugó las lágrimas y sonrió concordando.

- El trabajo honesto no falta – prosiguió el religioso, paternalmente – tenemos otros amigos en París. Espero la visita de un colega a quien pediré que se interese por ti. El padre Guillermo es un compañero de luchas que conoció a Carlos y a su madre, en Irlanda. Estoy seguro de que nos ayudará.

La joven, notando su sincera preocupación, procuró esquivar el asunto. Y viendo sus pies descalzos, preguntó:

- ¿Dónde está el abrigo de lana? El señor no puede estar así...

Él sonrió e informó:

- Lo guardé en la maleta.

- ¿Por qué? – insistió sorprendida.

- Creo que, en la próxima semana, me recogeré en el pabellón de los indigentes, en la Misericordia, o en la casa de los pobres de San Ladres.

- No puede ser – exclamó la hija de Cirilo, afligida – no podemos estar de acuerdo con su recogimiento en

casas religiosas, como indigente. Nosotros estamos aún aquí...

Hablando de esa forma, la niña Vilamil tenía el aspecto mortificado de una hija angustiada.

- ¿Qué tiene eso que ver, Alcíone? – volvió el religioso, serenamente – no debo sobrecargar tu corazón, que enfrenta ahora tantas luchas en silencio. Además, ¿no será bueno mi ingreso en las instituciones piadosas? Actualmente no me podré ocupar de los oficios eclesiásticos, pero allá, entre los necesitados, tal vez encuentre algún servicio en las prédicas evangélicas a los más desdichados.

La resignación del viejo amigo le provocaba un copioso llanto.

- El catre de la indigencia – continuó Damián – debe proporcionar sanas meditaciones. ¿Y no será eso una añadidura de misericordia? Basta recordar que el Maestro no lo tuvo. ¡Su último reposo fue la cruz; su último caldo un poco de vinagre; su último recuerdo del mundo la corona de espinas!...

Alcíone mostró una actitud de profunda comprensión y dijo:

- No rechazo las lecciones de Jesús y ruego a su infinita bondad nos proteja el corazón para los testimonios necesarios, mas creo que el Maestro atenderá mis súplicas y entenderá mis ruegos filiales... Dígame si no le falta dinero para las necesidades inmediatas.

Y aunque estaba convencida de no encontrar recursos con la genitora, aseguró, confiando en Jesús:

- Puede creer que, no obstante las dificultades del momento, aún tenemos recursos suficientes para cuidar de su mejoría.

Damián parecía avergonzado, en vista de su absoluta carencia de medios, pero, esforzándose por confesar la verdad, acabó murmurando:

- De hecho, mis recursos están agotados por los gastos que estuve obligado a hacer, aquí en San Jacques, pero no nos preocupemos con el dinero, hija...

- No, no es el dinero el que me preocupa, sino sus necesidades... no estoy de acuerdo con su traslado a la Misericordia. Si no puede quedarse aquí, vendrá a nuestra casa.

Y como el sacerdote experimentó cierta dificultad para contradecir, Alcíone continuó:

- Perdóneme, si intervengo osadamente en este asunto, pero lo que reclamo tiene privilegios de derecho: el derecho de la amistad. Siempre lo consideré un padre. Dígame: ¿cuánto pide el reverendo Amancio por atender sus nuevas necesidades?

Con los ojos brillantes en el testimonio de humildad de aquella hora de extremas pruebas, Damián respondió:

- Doscientos francos para la adquisición de utensilios y los primeros pagos a un sirviente.

- ¡Ah! es eso! – dijo la generosa niña revelando despreocupación – inunca más me hable de irse con los indigentes por tan ínfima cuantía! Quisiera asumir el compromiso, porque pasado mañana traeré el dinero. Tenemos mayor cantidad allá en casa y no nos hará falta de ninguna manera.

El viejo amigo le dirigió una mirada de agradecimiento.

También intercambiaron ideas y consuelos por algún tiempo, quedando ella en volver dos días después, y el viejo sacerdote habló de la esperanza que tenía en la próxima visita del padre Guillermo que, por cierto, no les faltaría con servicial cooperación.

Alcíone se despidió, mostrándose confortada, pero tan pronto como salió a la calle, se sintió presa de una extrema preocupación. ¿Dónde conseguiría doscientos francos para socorrer al amigo enfermo? Inútilmente

meditaba en los medios de satisfacer la promesa. Los vecinos eran personas humildes. Obtener cualquier adelanto en talleres de trabajo, era imposible, por cuanto no consiguió ni incluso un trabajo seguro. Con el alma oprimida, recordaba que no podría confiar el asunto a la genitora, haciéndola sufrir más que ella misma. Entretanto, era indispensable conseguir el dinero. Andaba de prisa y, con todo, concentrada en aflictiva meditación. Comenzó por pedir fervorosamente a Jesús que le inspirase un medio lícito. Ya cerca de casa, oyó que alguien cantaba en la puerta de una vieja iglesia del barrio de San Marcelo, para ganarse la vida. Era un ciego. Se aproximó y le dio alguna cosa de lo poco que llevaba consigo. Inmediatamente, le surgieron nuevas ideas. ¿No sería viable un concierto con el concurso de Robbie, en un local concurrido? Podría cantar acompañada al violín por el hermano adoptivo. Tal vez consiguiese de esa forma la cantidad necesaria para socorrer de pronto al padre Damián. Esa perspectiva la alegró. Entró en casa tan satisfecha que la genitora le preguntó interesada:

- ¿Cómo va el padre Damián? Por lo que leo en tu rostro, él no está tan mal.

- Su estado aún es grave, pero lo encontré tranquilo y optimista.

La señora hizo un gesto de admiración y añadió:

- ¿Qué pasa, Alcíone? Te veo mucho más animada y satisfecha...

- Es que fui avisada para que mañana me presente al trabajo.

- ¡Gracias a Dios! ¡Bendita sea la hora en que aprendiste a coser!...

Enseguida, Alcíone llamó a Robbie para informarle del plan.

- ¿Un concierto? - dijo el muchachote impresionado.

- Sí, pero es necesario guardar el secreto. Mamá sufriría mucho si lo supiera. Si no disponemos del dinero, el padre Damián irá a parar a la Misericordia y tal vez nunca más lo volvamos a ver. Sólo cantaremos mañana, porque después es posible que yo encuentre trabajo para nosotros.

El pequeño abrió mucho los ojos torcidos y concordó:

- Entonces, vamos.

Y después pasaron a intercambiar ideas y a ponerse de acuerdo en el ensayo para el día siguiente. Hecho esto, entraron en casa con el semblante alegre. Justificándose en el ensayo, Robbie pidió permiso para tocar alguna cosa. Aunque no eran horas, Magdalena dio permiso y Alcíone dijo que iba a cantar para distraerla. Ambos, tomando posición, recordaron viejas melodías castellanas, canciones aragonesas, versos populares de Andalucía. A pesar del sufrimiento de los pies, la señora Vilamil sonreía encantada, murmurando:

- ¡Nuestra casa hoy está muy alegre! ¡Qué día tan adorable!... Qué pena haber tenido que dejar en Ávila mi viejo clavicordio...

Robbie se entusiasmaba al ver su alegría y exhibía notas más difíciles y más seguras. Luisa reía y lloraba de alegría y emoción. La joven cantó todo lo que le vino al recuerdo. Repitió las raras canciones francesas que consiguió aprender y recitó numerosas poesías de La Fontaine.

Y así acabó el día entre cariñosas alegrías domésticas.

A la mañana siguiente, Alcíone besó a la madre al despedirse y previno:

- Luego, volveré para el almuerzo, y al volver al trabajo quiero que me concedas la compañía de Robbie, pues creo que tengo que regresar más tarde, a la noche.

Magdalena dijo que sí y la bendijo con las caricias de madre.

Alción anduvo muchos kilómetros por calles y plazas, estudiando el lugar adecuado para la iniciativa. Algo cansada, paró junto al templo de Nuestra Señora y entró. Descansó largamente en oraciones fervorosas, recordando que no habría mejor lugar para el acontecimiento que el atrio de aquella casa consagrada a la Madre Santísima. No vaciló. Volvió al barrio de San Marcelo para traer al hermano adoptivo. Comenzarían el concierto al caer la tarde, confiantes en el interés popular.

Llegó a casa muy sofocada por el calor, tomó el almuerzo y salió con el jovencito. Tuvieron el mayor cuidado en sacar el instrumento, para no ser percibidos por Magdalena y por la criada.

Emocionada, en aquél momento de ganar el dinero indispensable para el viejo amigo, Alcíone entró nuevamente en la iglesia y oró, implorando el socorro divino.

Las suaves brisas del crepúsculo corrían tranquilamente cuando los dos artistas improvisados tomaron posición y empezaron las primeras notas, justamente cuando la multitud en masa llegaba al templo. Numerosos vehículos iban y venían. En el cielo limpio de nubes, brillaba el lucero de la tarde. Alcíone comenzó a cantar, pero, con tanta armonía y sentimiento, que se diría que un ángel había bajado a la Tierra para transmitir a los hombres las suaves bellezas del crepúsculo. En breves instantes, transeúntes, clérigos, hidalgos y gente del pueblo formaban a su alrededor una compacta asistencia. Cada canción era aplaudida frenéticamente. La cantante inspiraba una profunda simpatía a pesar de la malicia de algunos caballeros presentes. Y así transcurrió una hora de verdadero éxito. Dos generosos padres mandaron encender antorchas, para que el concierto se prolongase hasta más tarde. Alcíone no dejaba de cantar. Se sentía ruborizada de vergüenza cuando los donativos

caían en su bolsa, pero le venían a la mente el padre Damián y su madrecita, y experimentaba gran consuelo, juzgándose casi feliz. Y mientras agradecía los aplausos con graciosos ademanes, Robbie arrancaba cristalinos acordes de su violín. Todos estaban impresionados con la belleza de la joven, en contraste con las groseras facciones del pequeño violinista. Hubo incluso quien le susurró al oído:

- ¡Parece un murciélago al lado de una bella ave!...

Comprendió el sentido de la frase, pero interpelada por el hermano adoptivo, que no entendía muy bien el francés, procuró confortarlo, diciendo:

- El auditorio está entusiasmado y calculo que ya tenemos casi cien francos. No nos desanimemos.

- Estoy muy cansado – alegó el muchacho...

- Acuérdate de mamá y del padre Damián...

El pequeño pareció reflexionar y hacía vibrar el instrumento con mayor entusiasmo.

En ese ínterin, surgió a pocos metros un carruaje de una familia rica. Con su acento español, Alcíone cantaba, en ese momento, viejas tonadillas francesas. Impresionados, tal vez, con el cuadro inédito, los dos pasajeros del vehículo dieron orden de parar. Un caballero prematuramente envejecido, aparentando más de cincuenta años sin tenerlos, descendió del coche dando el brazo a una señora muy delgada y abatida. Dominado por una extraña emoción, se encaminó decidido hacia el grupo, forzando a la compañera a seguir su paso ligero y resolutivo. A cierta distancia, podían ver a la cantante, que parecía coronada por la luz de las antorchas resplandecientes.

- ¡Es el retrato de Magdalena! – dijo él, empalideciendo.

- Vámonos – murmuró la compañera – debe ser alguna vulgar cantante de la calle.

- No, no – respondió el desconocido con voz muy firme, como mostrando que vivían en constante desacuerdo – si quieres, vete y mándame el carruaje después.

- Eso no – replicó visiblemente enfadada, quedándose junto a él que se mostraba cada vez más embelesado y atento a la cantante, cuya melodiosa voz llenaba el silencio de la noche y le hablaba misteriosamente al corazón.

Cuando ella cantó una vieja canción española, él no se contuvo, se llevó la mano al pecho y dijo a la compañera:

- ¿Te acuerdas de las Fiestas de junio de 1662? ¿No fue esta una de las melodías de Magdalena?

La señora, a pesar de estar muy contrariada, replicó:

- Sin duda... Me acuerdo perfectamente del baile de Madame de Choisy...

Él se aproximó más. Estaba tan embelesado que todos los presentes lo notaron, a despecho del malhumorado semblante de la compañera. Al desconocido, sin embargo, parecía no importarle. Entregado a la contemplación de la cantante, se envolvió en el suave magnetismo de su personalidad, sin darse cuenta de nada más.

En el momento en que Alcíone terminaba una dulce copla de Castilla La Vieja, él se aproximó a los artistas y preguntó delicadamente:

- La señorita que conoce tantas canciones de la península, ¿conocerá una vieja melodía española, llamada “La Calandria Aragonesa”?

- Perfectamente, y con mucho gusto puedo cantarla para el señor.

- Será para mí un inmenso placer.

Alcíone informó al hermano adoptivo cómo debía tocar las primeras notas.

- No me acuerdo bien – acentuó el violinista.

- Ahora, Robbie, ¿cómo es eso? Es una de aquellas primeras melodías que mamá te enseñó.

El niño hizo un gran esfuerzo mental y concluyó:

- Ya sé...

Algunas notas armoniosas marcaron la introducción de inefable belleza y, en unos instantes, la voz limpia y aterciopelada de la joven se hacía oír, en religioso silencio del numeroso público. Obedeciendo, tal vez, a impulsos secretos del corazón, Alcíone imprimía un nuevo encantamiento espiritual en cada acorde. Se diría que era el melancólico gorjeo de un pájaro abandonado, en la inmensidad de la noche.

La música, muy delicada, realizaba una antigua leyenda que traducía el lirismo popular:

*En el manto de la noche amiga,
Oye esta vieja copla,
Guarda en el pecho la canción
De la Calandria del camino,
Que vagaba sin tener un nido
En el verdor de Aragón.*

*La pobrecita vivía
En una perenne agonía,
En dolorosa mudez;
Era la imagen de la añoranza,
En los andrajos de la orfandad,
En el luto de la viudez.*

*Pero, en cierta primavera,
La pobre, que andaba a la espera,
Reparó, acabado el arrebol,
Que llegaba suavemente,
Con los ojos llenos de cariño, su amado, el
ruiseñor.*

*Desde esa hora divina,
La calandria pequeñita,
Que vagaba de puerta en puerta,
Se adornaba en la victoria,
Llenándose de vida y gloria,
Cantando en el azul del cielo.*

*Brincaba en la paz de la fuente,
Allá a lo lejos, en el horizonte,
Bajo el sol, bajo la luz lunar...
Fuese de noche o de día,
Rebosaba de alegría,
En los plumajes de su hogar.*

*Pero, un día, el compañero
La vio por última vez
De la bolsa de un cazador...
La calandria desafortunada
Cayó sin vida en la vereda,
En la angustia de su amor.*

*En el manto de la noche amiga,
Oye esta vieja copla,
Guarda en el pecho la canción
De la calandria del camino,
Que vagaba, sin tener un nido,
En el bosque de Aragón.*

Cuando terminó, el caballero se llevó el pañuelo al rostro, como si fuera a enjugar el sudor, pero, en realidad, estaba disimulando las lágrimas que le brotaban de los ojos. Después de consultar el bolsillo, sacó un paquete con monedas y lo entregó a la cantante, en estos términos:

- Tome, señorita, este recuerdo le pertenece. Su voz me dio emociones que busco, en vano, hace veinte años.

Y, mientras Alcíone dudaba ante una propina tan considerable, el desconocido insistía:

- Esto no es nada, comparado a lo que le quedo a deber.

La compañera lo miraba con ojos de censura, pero él permanecía ajeno e indiferente a sus actitudes. La cantante, sin embargo, se mostraba sumamente agradecida.

- ¡Dios le recompense, señor!

Robbie también lo miró con gran satisfacción, a través de lo cual manifestaba el deseo de cerrar el acto. Y, como si estuviese solo esperando al caballero desconocido para terminar el trabajo de la noche, la hija de Magdalena agradeció a todos, muy emocionada, y se retiró con humildad, amparando al hermano adoptivo que se mostraba exhausto por el esfuerzo realizado.

El matrimonio, a su vez, volvió al carruaje, bajo una fuerte impresión.

- ¿Cuánto le diste a la cantante? – preguntó la mujer bruscamente.

- Trescientos francos.

- También debemos mantener indigentes, gracias a tu sentimentalismo – reprobó enfadada.

- Si le hubiese dado tres mil escudos, ni aun así pagaría la tierna emoción que me despertó en el alma nostálgica...

Y cayeron en un penoso silencio, mientras el carruaje rompía la oscuridad de la noche.

Alcíone y Robbie regresaban al hogar, llenos de una inmensa alegría. Cuando se vieron lejos del atrio de Nuestra Señora, el pequeño comentó:

- Es muy duro pedir, ¿no crees, Alcíone?

- No es tanto – le respondió resignada. – La necesidad, Robbie, a veces nos enseña la afabilidad y la dulzura para con el prójimo. ¿Nunca reparaste en que las criaturas muy independientes acostumbran a ser caprichosas y ásperas? Así también, ya crecidos, es útil que tengamos que necesitar del concurso de los demás, para volvernos más cariñosos y más sensibles al afecto fraternal...

- Eso es verdad – concordó el pequeño – son raros los niños blancos que me tratan bien.

- Es porque aún no saben lo que es la vida. Si un día la necesidad llama a su puerta, comprenderán, tal vez inmediatamente, que todos somos hermanos. Supongo que Dios, siendo tan bueno, permitió la pobreza y la enfermedad en el mundo para que aprendiésemos su divina ley de fraternidad y auxilio mutuo.

Robbie, muy admirado, ponderó:

- Deseaba sentir esas cosas resignado, así como te veo, pero en verdad es que, cuando me humillan, sufro mucho. Hago un enorme esfuerzo para no reaccionar con malas palabras y confieso que, a veces, si no tuviera la mano enferma, agrediría a algunos chicos.

- No abrigues ese pensamiento, procura hacer ejercicios mentales de tolerancia. Reflexiona contigo mismo, cómo tratarías a los chicos negros si fueses blanco, imagina cómo sería tu actitud con los enfermos, si estuvieses completamente sano.

El pequeño violinista meditó largamente y respondió muy serio:

- Tienes razón.

- Sin duda, esto que te digo requiere mucho esfuerzo, porque sólo el pecado ofrece la puerta ancha a nuestro espíritu. La virtud es más difícil.

El chico reflexionó por algún tiempo y preguntó, cambiando de conversación:

- ¿Quién será aquél hombre tan bueno que nos dio tanto dinero?

Alción hizo un gesto significativo y respondió:

- Yo también estoy impresionada. Debe ser algún enviado de Dios.

- Pero parecía tan triste...

- También noté eso. Que Jesús lo bendiga por la ayuda que nos dio. Mañana llevaré al padre Damián el paquete que parece contener más de doscientos francos, y con el resto pagaré a Luisa lo que le debemos y llamaré a un médico para un tratamiento más serio de la salud de mamá...

No había terminado las explicaciones cuando el pequeño tropezó, cayendo al suelo, sin poder ser ayudado. Ante la fuerza moral que la hermana adoptiva ejercía sobre él, se levantó con esfuerzo, añadiendo:

- No te preocupes, no pasó nada. Caí porque necesité resguardar el violín...

La joven, con todo, se inclinó conmovida.

- Como ves, Robbie – dijo intencionadamente – no sólo pediste esta noche. Trabajaste mucho. Estás cansado... Vamos a buscar un carruaje que nos lleve a San Marcelo. Es un lujo que hoy podremos pagar.

Él concordó de buen grado y no tardaron mucho en llegar a casa, donde Magdalena ya se encontraba intranquila.

Al día siguiente, en vez de salir hacia el trabajo, conforme le decía a la genitora, Alción se dirigió a San Jacques del Paso Alto, con la ayuda destinada al viejo sacerdote.

Damián contó el dinero con atención y advirtió:

- ¿Trescientos francos, hija mía? Sé que Magdalena lucha con enormes dificultades. ¿Dónde guardabas esta cantidad?

Enfrentando aquella mirada penetrante, llena de preocupaciones afectuosas, Alcione se dio por vencida y confesó lo ocurrido el día anterior. Sin dinero y sin relaciones, decidió dar un concierto público con Robbie, en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora. El resultado fue mucho más allá de la expectativa.

El enfermo la abrazó, conmovidísimo, muy agradecido por el sacrificio.

Después de contar los episodios de la feliz aventura y dar sus impresiones de su contacto con la gente popular, Damián le dijo:

- Sin duda Jesús te protegió en esa aventura singular, compadeciéndose de nuestras necesidades. Entretanto, hija mía, pienso en que no debes reincidir en esas exhibiciones. Al lado de las personas educadas, hay siempre muchos explotadores y numerosos holgazanes. ¡Temo por tu juventud y por la inocencia de Robbie!...

Y mientras ella estaba de acuerdo, pensativa, el eclesiástico proseguía explicando:

- Tengo el presentimiento de que encontrarás, ahora, un trabajo muy noble, con buena remuneración.

- ¡Será una dichosa sorpresa! – exclamó la joven con una infinita alegría en los ojos.

- El padre Guillermo estuvo aquí ayer dos veces. Por la mañana le hable respecto a ti y enseguida tomó las primeras medidas. Por la noche, volvió con noticias auspiciosas. Una familia conocida necesitaba los servicios de una joven educada, de conducta irreprochable. Dijo que la remuneración es de las más merecidas. Se trata de un matrimonio que hace tres años llegó de América del Norte en busca de salud para su única hija, que se encontraba enferma. El jefe de familia es un hombre acomodado, que, además de tener propiedades en París, representa una gran zona comercial de tabaco de la colonia, en unión con el comercio europeo. La dueña de la

casa, de conformidad con las informaciones del padre Guillermo, es católica practicante y rigurosa en el culto. Tiene una hijita que la impresiona, en extremo, por eso, desde la más tierna edad, parece huir a la ternura maternal y, en la actualidad, con casi tres años de edad, vive presa de un gran nerviosismo y extrañas preocupaciones. Los padres decidieron tomar una niñera que sea su enfermera y educadora, al mismo tiempo. Y, por coincidencia, dijo también Guillermo, se trata de gente irlandesa, que pasó muchos años en América.

Alción se alegró. Pensando así, formularon grandes planes. Al despedirse con la idea de llamar a un médico para la genitora, Damián le dijo:

- Quedamos entonces de acuerdo. Dentro de tres días, Guillermo te presentará en esa casa de su confianza y que queda, creo, en las proximidades de San Landry, en la Cité. Harás ver a Magdalena las ventajas del cargo ¿Quién sabe si habrá llegado el momento de nuestra completa tranquilidad? ¿No estará, ahí, tal vez, la oportunidad para que tu madre realice el sueño de un viaje a Connecticut? Yo, moriré más tranquilo si pudiera partir con esta esperanza.

La joven sonrió y observó, resignada:

- El señor tiene razón. Todo eso podría ocurrir.

Muy animada, la hija de Cirilo Davenport llegó a casa, y no tuvo gran dificultad en convencer a la genitora de cuanto le dijera el viejo sacerdote. Magdalena Vilamil estuvo de acuerdo. El cargo de niñera y educadora sería más conveniente. La costura, en contacto con tanta gente desconocida, no era una prueba de tranquilidad. La pobre señora acabó por sentir una enorme satisfacción, y, cuando supo que se trataba de una familia unida a América del Norte, no ocultó la vieja esperanza de conocer el Nuevo Mundo.

En ese día, por la tarde, el Dr. Luciano Thierry, buscado por la joven Vilamil, por indicación de los vecinos, visitó a la enferma, sometiéndola a un riguroso examen. Mientras permanecía a su lado, el médico no evitó pronósticos optimistas; pero al retirarse, llamó a Alcíone en particular y le dijo:

- Señorita, el caso de su madre es mucho más complejo de lo que se puede imaginar. Está claro que no evitaré todos los recursos que estén a mi alcance, pero pienso que ella difícilmente se levantará de la cama.

- ¿Es tan grave? – inquirió la joven, mostrando aflicción.

- El reumatismo asumió un carácter muy serio. Los pies y las rodillas me parecen definitivamente inutilizados, condenados a la inanición. Le mandaré algunas pomadas para hacer fomentos y le digo que su mamá aún podrá vivir algunos años. De la parálisis, sin embargo, sólo Dios podrá liberarla.

La hija de Magdalena agradeció, naturalmente oprimida, pero procurando fortalecer las energías íntimas. Jesús, que siempre les enviaba recursos en los grandes momentos de la vida, no las dejaría sin amparo.

En el día señalado, se fue con el padre Guillermo, para estrenar el nuevo empleo. Experimentaba un gran confort en saber que tendría, en adelante, el pan asegurado para ella y los suyos, a través de un trabajo honesto y digno. Instruyó a Luisa para la aplicación de los medicamentos a la enferma, hizo recomendaciones a Robbie y besó a Magdalena, prometiendo regresar a la noche, conforme se había previsto y combinado.

Pasaba del medio día, cuando el padre Guillermo buscó a Damián para expresarle su reconocimiento.

- El Sr. Davenport quedó encantado: la señora Susana no estaba en casa en ese momento, pero el jefe de

familia, así como el viejo Jacques, quedaron positivamente impresionados con su protegida. La dejé, por tanto, en un ambiente de franca simpatía.

Oyendo aquellos nombres, Damián manifestó la más viva curiosidad. Efectivamente, él los oía a menudo, repetirlos en las conversaciones con Magdalena. Con mucha prudencia, preguntó:

- ¿De qué región de América procede esa familia?

- De Connecticut.

El eclesiástico experimentó el primer estremecimiento; aún así procuró controlarse y continuó:

- El nombre Davenport no me es desconocido. Si no me engaño ya oí a un colega referirse a un tal Samuel, que, hace muchos años, residió en Belfast.

- El mismo – confirmó el otro, satisfecho – se trata del padre de Cirilo Davenport, rico negociante de tabaco, de cuya residencia vengo en este momento. Hace veinte años, aproximadamente, la familia que se arruinó por la persecución de los ingleses, en Irlanda del Norte, se trasladó a América, donde adquirió una sólida fortuna. En su juventud, sin embargo, el Sr. Davenport trabajó, modestamente, aquí en París...

- ¡Ah! – dijo Damián, casi aterrado. Una intensa palidez inundaba su semblante marcado de arrugas.

- El Samuel al que se refiere – proseguía Guillermo, locuaz – por lo que deduzco por las misas celebradas en su nombre, debe haber fallecido hace unos diez años.

Justificando la expresión fisonómica, el viejo sacerdote de Ávila observó:

- Este mal del pecho siempre me causa torturas momentáneas.

Y se levantó para tomar un poco de agua.

- Escucha, Guillermo – continuó diciendo, pausadamente – el matrimonio Davenport ¿es feliz?

Naturalmente que estos asuntos me preocupan, ya que mi protegida va ahora a convivir con ellos.

Manifestándose así, miraba obtener por medios indirectos cualquier información sobre el pasado conyugal de Cirilo. Sin imaginar que versaba un asunto delicadísimo, el interpelado acentuó:

- El Sr. Davenport está casado en segundas nupcias. La primera esposa, por lo que estoy informado, era española, de Granada. Se llamaba Magdalena Vilamil y murió por causa del brote de viruela del 63.

Damián no sabía cómo disimular la conmoción. Inútilmente buscaba un medio de parecer no preocupado. El amigo, sin embargo, atribuía todo a su precario estado de salud.

- La fallecida fue sepultada en el cementerio de los Inocentes. Visité su tumba en compañía de los señores Jacques y Cirilo.

- ¿Quién es ese Sr. Jacques? – inquirió Damián, a pesar de la emoción.

- Es suegro del Sr. Davenport y, al mismo tiempo, su tío, pues el negociante de tabaco está casado con una prima, en segundas nupcias. Además, el buen viejecito que se encuentra hoy al lado de la tumba, por los muchos achaques de la senectud, fue por muchos años profesor en Francia.

- ¿En París?

- No, en Blois.

Damián estaba satisfecho, no podía tener más dudas.

- Dios bendiga a Alcíone para que sepa servir en esa casa con amor cristiano – concluyó serenamente –, no deseo otra cosa.

Muy hábilmente desvió después la conversación en otros rumbos, para no retraerse por la intensa emoción. Pero, cuando Guillermo se retiró, reiterándole agradecimientos, se entregó a profunda y dolorosa

meditación. Acababa de dar con el enigma sin poder atinar con la clave. Naturalmente, el siniestro drama que adivinaba, por detrás de la situación, fue urdido por alguna inteligencia perversa. Recordaba los mínimos detalles y confidencias de la señora Vilamil, en las largas conversaciones en Ávila y no podía dudar de la mentira de los acontecimientos que Magdalena aceptaba como verdad. Siempre le pareció extraño el hecho de haber desaparecido Cirilo Davenport, sin ninguna noticia directa de América, para la distante esposa. También consideraba que, si Magdalena lo daba por muerto, lo mismo ocurría con el marido que veneraba la supuesta tumba. ¿Quién había tramado, así, contra la felicidad de dos corazones? Rememoró las confidencias que la hija de D. Ignacio le hizo con respecto a la personalidad de Antero de Oviedo. ¿Sería él el autor del nefasto delito? Después de laboriosas reflexiones, concluía que, si no fue él el único criminal, debía haber sido cómplice activo del abominable hecho. A continuación, con la mente cansada, reflexionó sobre los extraños e insondables designios de la Providencia Divina, que habían conducido a Alcíone al segundo hogar paterno. Experimentaba una profunda ansiedad por dirigirse, incluso enfermo, a la residencia del Sr. Davenport, pero la tarde comenzaba a caer, muy fría, y temía por los accesos de tos. No descansaría, sin embargo, mientras no viera a la joven, para escuchar las primeras impresiones. Para eso, dio órdenes al criado para que mandase un carruaje a San Marcelo, para que la niña Vilamil lo visitase en las primeras horas de la noche, después de regresar al hogar.

Cuando la joven entró en casa, después de cerca de diecinueve horas, ya encontró el vehículo que la esperaba, recomendándole la genitora que no se demorase en ir a San Jaques del Paso Alto, por cuanto la llamada de Damián le daba mucho que pensar. Temía que el viejo

amigo hubiese empeorado. La joven atendió con presteza. Después de responder a las primeras preguntas maternas sobre el nuevo cargo, declarándose muy satisfecha y con buena impresión, se dirigió al barrio próximo, bastante preocupada.

El viejo sacerdote de Ávila la abrazó conmovido.

- ¿Cómo fue el servicio, hija mía?

- Primeramente hábleme de su persona ¿Cómo va?

Quedamos afligidas al ver el carruaje. ¿La salud empeoró?

- Nada. Voy muy bien. Te llamé solamente para saber cómo se te dio el nuevo empleo.

La joven se tranquilizó, exclamando:

- ¡Ahora, gracias a Dios!

- El padre Guillermo – prosiguió Damián solícito – estuvo aquí y me informó, pero necesito hablarte seriamente, en particular. ¿Tuviste buena impresión de la casa y de la gente?

- Es muy interesante lo que pude observar, por cuanto el Sr. Davenport y la esposa no me eran del todo desconocidos.

- ¿Cómo es eso? – indagó Damián, intrigado.

Es que asistieron al concierto allá en el atrio de Nuestra Señora y, por casualidad, fue el Sr. Cirilo quien me dio los trescientos francos que yo le traje.

- ¡Qué significativo es todo eso! – exclamó el sacerdote, muy emocionado. - ¿Y cómo te recibieron?

- El Sr. Davenport y el tío, así como la pequeña Beatriz, de quien voy a cuidar, me trataron con excepcional cariño. La jovencita parece nerviosa y agobiada, pero tiene muy buen corazón. Como comienzos de la tarea, conversamos casi todo el día, valiéndome yo de la ocasión para hablarle de las enseñanzas de Cristo como verdadero y legítimo remedio para todas las necesidades de la vida y del corazón. Ella es jovencita y creo que me comprenderá. Infelizmente, no puedo decir

lo mismo de la señora Susana. Esta, cuando volvió de una distinguida visita, encontrándome en casa, no disimuló la contrariedad. No sonrió cuando el marido le habló de que yo era la cantante de la noche en que se habían detenido en la plaza de la iglesia, afirmando que esa circunstancia la ponía contra mí. Añadió que el padre Guillermo estaba, por cierto, engañado en la elección, pues solicitó una niñera más vieja, con mayor experiencia de la vida. Cuando me dijo que mis servicios no le convenían, la pequeña Beatriz formó un gran griterío, asegurando lo contrario. La enferma se abrazó a mí, gritando, provocando la intervención del padre y del abuelo, que corrieron presurosos. Esclarecido el motivo de las lágrimas, el Sr. Davenport clavó en la esposa una mirada austera y decidió que yo me quedase de cualquier manera. Viendo, sin embargo, el enfado de la señora, pedí permiso para desistir, pero no fui atendida. El Sr. Jacques estuvo a mi favor, recriminando la conducta de la hija. Reconociéndose que estaba sola en su punto de vista, la señora Susana comenzó a tratarme con ternura, estando de acuerdo con mi permanencia al lado de su hija.

Damián, que la escuchaba con atención, aprovechó la pausa e interrogó:

- Y los nombres de esa familia irlandesa ¿no te preocuparon?

- Sin duda que tuve pensamientos extraños, en contacto con las personas de la casa. Cirilo Davenport es el nombre de mi padre y los nombres de Jacques y Susana parecen estar muy unidos a los recuerdos de mamá.

- ¿No te preguntaron por tu nombre de familia?

- Sí, pero se dio un hecho muy interesante, que me obligó a permanecer un tanto reservada. Cuando llegué, el Sr. Jacques me miró muy admirado y le dijo al sobrino: - “es el retrato de Magdalena Vilamil”. Me asusté bastante al oír esa inesperada referencia al nombre de mamá, pero

imaginé que se trataba de alguna persona importante de sus amistades. En poco tiempo, supe que la familia es Davenport y quedé confusa para responder al Sr. Cirilo, cuando quiso saber mi nombre. Si hubiese dicho Vilamil, o Davenport, podrían suponer que estaba queriendo insinuarme y hacerme pasar como pariente de la casa; viendo a la señora Susana tan enfadada con mi presencia y para no parecerle petulante, entonces, dije, que me llamo “Alción de la Chácara”. Esa respuesta fue buena porque me tranquilizó la conciencia, ya que ese era el nombre con el que me conocían allá en Ávila, en la intimidad. Así, padre, creo que no ofendí a la dueña de la casa, ni falté a la verdad.

Damián hizo un gesto de tranquilidad y sentenció:

- Hiciste muy bien. La prudencia siempre salva.

Y después de consultar el corazón afligido y receloso de las amargas revelaciones, dijo a la interlocutora con tono cariñoso:

- Ahora, vamos a los motivos de la inquietud que me obligó a llamarte.

Con voz pausada, demostrando una fuerte emoción, inició las confidencias, reportándose a las afirmativas de Magdalena y confrontándolas con las del padre Guillermo.

La hija de Cirilo escuchaba todo con penoso asombro. Estupefacta, no conseguía responder. Cuando él se refirió a lo que pasó junto a la tumba de la genitora, en el cementerio de los Inocentes, las lágrimas le caían de los ojos.

Resumiendo sus conclusiones, Damián acentuaba:

- No podemos tener ninguna duda, pero yo espero que te mantengas firme a la prueba que se nos presenta y necesitamos afrontar. Sé lo amargas que deben ser tus lágrimas, pero, estoy seguro de que Dios amparará tu corazón afectuoso.

- No lloro por mí, padre Damián, sino por mamá, cuyos padecimientos me rompen el corazón.

Impresionado por el acento conmovedor de esas palabras, el viejo amigo consideró:

- Si ves que no puedes continuar en la casa de tus parientes irlandeses, podremos poner alguna disculpa que justifique tu despido. Si quieres, dada la complejidad y gravedad del caso que enfrentamos, podemos aconsejar a tu madre la vuelta a Castilla. Estoy enfermo, es verdad, pero eso no es motivo para dejar de acompañarlas. ¡Y así guardaríamos allá el doloroso secreto, para siempre!...

Alción recordó la figura del genitor cuando le puso en las manos una bolsa llena, recordó el recibimiento que le hizo en su hogar y ponderó:

- No podemos huir. ¿No será Dios el que me conduce a la casa paterna para que yo aprenda alguna virtud de las que van unidas a la divina humildad? No creo que mis parientes necesiten de mí para alguna cosa, pero, siento que necesito de ellos para purificar mi corazón.

El viejo sacerdote recogía, profundamente conmovido, aquella preciosa lección de renuncia. Observar la actitud angélica de Alción representaba un enorme confort para su espíritu cansado. Por eso mismo, se calló para que ella, noble y humildemente, continuase derramando en su alma exhaustiva los sublimes consuelos de la discípula de Jesús.

- Además – prosiguió Alción después de una pausa – si mi padre me tendió la cariñosa mano en la vía pública, proporcionándome tanta alegría sin saber que yo era su hija, ¿cómo podré abandonarlo ahora, consciente de que me dio la vida? ¿No sería renegar de las enseñanzas de Cristo? El Sr. Cirilo Davenport me conquistó por su generosidad. A partir de hoy, me confió a su hija como si me conociese desde hace muchos años,

me obligó a sentarme a la mesa de la familia, ordenó que su carruaje particular me trajese a San Marcelo. No puedo admitir que mi padre procediese conscientemente contra mi madre. Detrás de todo esto debe existir una trama criminal.

Muy sensibilizado, el eclesiástico replicó:

- Tus razones son sagradas y estoy de acuerdo con tu parecer, de que Jesús te condujo al hogar paterno con algún objetivo; pero, si sugerí el retorno a España fue pensando en tus padecimientos morales, así como en la hipótesis de Magdalena tener agravados, algún día, sus sufrimientos ya casi intolerables.

Alción meditó un instante y dijo serenamente:

- Sí, por mi madre todos los sacrificios son pocos, pero buscaré ocultar con mis besos la dolorosa realidad. Jesús me ayudará para que ella salga de este mundo sin conocer las amargas verdades... Amaré a mi padre hasta el final, como símbolo de la felicidad que la espera en el Cielo y será, para mí, como la santa de un altar, unida a Dios; pero, estando mi padre aún en el mundo ¿no será razonable cooperar para que ambos se unan para siempre en la eternidad?

- Pero, ¿y tu penoso esfuerzo? ¿Y los sacrificios diarios por desarrollar dignamente el trabajo en tal situación?

- Me ciño a las propias lecciones que me diste desde la infancia. ¿Será que Jesús peregrinó por la Tierra solamente para que lo admirásemos? ¿Habría sido escrito el Evangelio sólo para que los hombres encuentren en sus páginas motivos de apologías brillantes? Su palabra, padre, ¿no me inculcó, siempre, que permanecemos en el mundo con el santo objetivo de purificar el corazón? Dios quiere que nos amemos unos a los otros. Su misericordia, de vez en cuando, reúne fortuitamente a los propios enemigos, para verificar si ya están preparados para la

tarea sacrosanta del amor. Si la Providencia Divina me conduce ahora a los brazos paternos, ¿por qué y cómo contrariar sus insondables designios?

- Dios bendiga tus sublimes propósitos – murmuró el sacerdote, sensibilizado hasta las lágrimas – mañana o después, haré una visita a los Davenport, no obstante a mi precario estado de salud. Necesito observar de cerca a los personajes de nuestro drama, a fin de cerciorarme de mis deducciones. Iré con tu tutor, ratificaré la presentación del padre Guillermo y, entonces, estudiaré sus caracteres e indagaré en sus corazones. Te recomiendo, sin embargo, mucha cautela, para que tu madre permanezca ajena a esta nueva amargura de su camino. Será incluso más prudente que no llegues hasta la puerta de casa en el carruaje de tu padre, sino hasta cierta distancia para evitar cualquier sorpresa dolorosa.

Ella estuvo de acuerdo y conversaron aún algunos momentos, hasta que se despidió con nuevas recomendaciones de prudencia y votos de tranquilidad, del viejo sacerdote.

Transcurridos dos días, con enorme dificultad Damián tomó un vehículo en compañía de Guillermo, a fin de lograr sus propósitos en el elegante palacete de las cercanías de San Landry. Prevenida desde la víspera, la familia Davenport lo esperaba con afectuosos homenajes, recibéndolo con excepcional cariño.

Después de las primeras palabras, vio que Alcóne gozaba de la simpatía general, aunque las actitudes de Susana dieran indicio de ciertas preocupaciones. De pronto la conversación se generalizó animada. El profesor de Blois, ahora anciano venerado por los cabellos de nieve, comentaba el concurso de la Iglesia en los planes educativos de la época, destacando la preciosa cooperación de los padres integrados en el conocimiento de su misión divina. Damián se sorprendió de la vivacidad

intelectual del viejo educador. Cirilo, de vez en cuando, intervenía con alguna observación, dando una impresión de ser un hombre activo y trabajador, pero con el alma envejecida, en virtud del velo de tristeza inalterable que le ensombrecía el rostro. La esposa parecía amable, aunque poco expansiva. En un ángulo de la sala, la hija de Magdalena descansaba en un diván al lado de la joven Beatriz, en actitud humilde.

En vano el sacerdote buscaba, desde el principio, un medio para provocar los recuerdos del pasado y leerlo en la fisonomía de cada uno. Después de las primeras impresiones, acentuó intencionadamente:

- Como estoy con un pie en la tumba, descanso al ver que Alcíone trabaja en una casa noble, que le proporcionará el bienestar que deseo para ella.

- ¿Qué dice, reverendo Damián? – atajó Jacques, generoso. – Si con el vigor que tiene, como veo, nos habla de morir, ¿qué diré yo con mis achaques sin remedio? La vejez es una escuela rigurosa de meditación, pero yo aún me niego a pensar en la muerte.

- Soy, sin embargo, mucho más viejo que el señor.

- Es usted muy gentil; mire que la bondad es un don precioso, pero no puede excluir la verdad.

Y cambiando el rumbo de la conversación, continuaba:

- En cuanto a su alumna, puede estar tranquilo. El padre Guillermo estuvo muy bien inspirado trayéndonos esta amiguita para Beatriz y para nosotros mismos. Ella no será aquí una sirvienta, sino una hija, puede estar seguro de eso.

- Sin duda – confirmó Cirilo con un gesto sincero.

- Lo que más nos impresionó, desde su llegada – continuó cariñosamente el viejecito – fue el extraordinario parecido con la primera mujer de mi sobrino, a quien yo consideraba como una hija mía. Creo

que, si la señorita fuese hija de Magdalena, tal vez no se pareciese tanto con la finada. Los caprichos de la Naturaleza son profundos, porque, en verdad, nunca olvidamos a la fallecida.

En ese instante, la mirada del sacerdote de Ávila se cruzó casualmente con la de la dueña de la casa, y tuvo la impresión de que ella se perturbaba, asaltada por algún pensamiento menos digno. El amigo de la señora Vilamil deseó sinceramente conocer ciertos detalles referentes a la presunta muerte, pero no se sentía con ánimo de abordar de golpe tan delicado asunto. Podría parecer imprudente y atrevido a los Davenport, que lo recibieron con tanta cordialidad y aprecio. A esa altura de la conversación, el visitante notó que el viejo Jacques tenía viejas marcas de viruela, en las arrugas del rostro. No esperó otra inspiración y preguntó, con delicadeza:

- Por lo que estoy viendo, Sr. Jacques, las “ampollas” tampoco lo respetaron, en otros tiempos...

- ¡Ah! Sí, con la viruela del 63 nuestros padecimientos fueron terribles.

- Yo también sufrí mucho en esa época, aquí en París, donde vine invitado por algunos colegas. Y estuve tan mal – añadió sonriendo – que casi me sepultan vivo, en uno de los cementerios improvisados.

La hija de Jacques recordó fuertemente el momento en que libró a la rival de semejante destino e hizo un gesto instintivo de espanto.

- En esa ocasión – explicó el profesor – residíamos en Blois, pero Susana tuvo la oportunidad de ver muchas cosas tristes, en esta ciudad, pues aquí llegó el día siguiente al de la muerte de Magdalena.

- ¡Ah! Por favor, señora Davenport – exclamó Damián, mostrándose muy impresionado – cuéntenos su experiencia. No podré olvidar el pavoroso instante en que me amenazaban con sepultarme, a pesar de sentirme

consciente de todas mis facultades... fue un momento terrible...

- Son recuerdos muy amargos, padre – dijo Susana aparentemente tranquila.- Como no ignora, mi marido estaba casado en primeras nupcias, aquí en París, y habiendo tenido que partir él para América, la familia quedó con dificultades, cuando irrumpió la pavorosa epidemia. Magdalena Vilamil era como una hermana. La carta que escribió a mi padre, que se encontraba en Blois, era una llamada que no podía quedar sin respuesta. Cuando pude, vine hasta aquí, para traerle mis auxilios. La pobrecita, sin embargo, había sido enterrada el día anterior. Todavía, aún pude encontrar a su padre con vida, asistiéndole en los últimos momentos. D. Ignacio, viejo hidalgo español, tenía en su compañía a un sobrino llamado Antero de Oviedo, que fue una ayuda para todos, en aquellos días tan amargos. Le ayudé a disponer el enterramiento del tío al lado de la tumba de la hija, en el cementerio de los Inocentes, y, en los pocos días de mi estancia en París, pude testimoniar la brutalidad de los cargadores desalmados, que olfateaban cadáveres todas las mañanas, en las casas contaminadas.

El sacerdote de Ávila ya conocía lo suficiente para deducir la connivencia de Susana en el drama que ennegrecía el destino de Magdalena, y añadió:

- La señora debe haber sufrido mucho.
- Fueron días tormentosos, efectivamente; volví a Blois tan impresionada que sólo mejoré cuando me vi en el mar, camino de la colonia. Lo mismo le debe haber ocurrido a Oviedo Vilamil, que nos escribió desde Versalles comunicando la resolución de partir para la América española.

Damián no tenía más dudas. La siniestra resolución sólo podía caber a Antero y Susana, mientras Magdalena estaba en el lecho, entre la vida y la muerte. El perverso

plan obedeció a la complicada urdidura. Disfrazando difícilmente la emoción, comenzó a hablar de otros asuntos, a fin de hacer el ambiente menos pesado.

Regresando a su cuarto de enfermo, en vano investigaba un medio de aclarar la situación, concluyendo, por fin, que toda tentativa, en ese sentido, acarrearía más graves problemas. ¿Qué adelantaría restablecer la verdad con el aniquilamiento de toda una familia? Pensó en la pequeña Beatriz, en la actitud confiante de Jacques, en el semblante grave y triste de Cirilo y firmó el propósito de no intervenir en la marcha de los acontecimientos, para sólo confiar en la Providencia Divina.

Cuatro días después, cuando Alcione fue a visitarlo, le preguntó cariñosamente por sus impresiones.

- Voy bien – dijo ella resignada – estoy comenzando a comprender que, día a día, Dios nos llama a determinada situación para que ejecutemos su santa voluntad.

Damián sonrió, como desencantado del mundo, y dijo:

- Tengo casi la seguridad de haber descubierto la trama que destruyó la felicidad de tu madre, pero creo que no se puede hacer nada por esclarecerla. Como discípulos del Evangelio, debemos comprender que no se debe abandonar la lucha contra el mal, en hipótesis alguna; entretanto, en este nuestro caso, la batalla debe desarrollarse en el campo de silencioso sacrificio.

- Comprendo y estoy preparada par la batalla, como siempre.

- No te enfades con el decir que la señora Susana participó, a mi modo de ver, de la tragedia que hizo infeliz a tu madre.

- Puedo lamentar, pero debo reconocer que, si Dios me puso en su camino, es que tengo que aprender alguna

cosa en contacto con ella. ¿Qué será? No sé. De cualquier modo, sin embargo, ruego a Jesús que no me abandone. Reconozco que mi madre ha probado infinitos martirios, pero los criminales, padre, son más desventurados que los que sufren. Mamá, en el lecho de la enfermedad pertinaz, goza de más tranquilidad que la señora Susana en su palacio. Mientras Robbie nos alegra con su afecto, Beatriz parece detestar a la genitora, que la oprime constantemente. Hoy tengo grandes lecciones ante mi espíritu. Antes padecer mil veces la calumnia y el abandono, que ensuciar la conciencia con la mancha del crimen. Este, padre Damián, es el cuadro permanente que tengo ante mis ojos.

- Recordaste bien – murmuró el sacerdote moviendo la cabeza encanecida.

- Mi padre y la segunda esposa – prosiguió la joven – son profundamente infelices en la vida conyugal. A veces, tienen grandes disputas sobre niñerías de la vida social. Algunas veces, él se retira exasperado, mientras que ella se deshace en lágrimas. Tengo la impresión de que Beatriz es el único eslabón que los mantiene presos a los compromisos contraídos. ¿Todo eso no será una lección muy amarga?

El sacerdote consideró lo expuesto muy juiciosamente y concordó:

- Tienes razón. Con todo, hija mía, si no fuesen las circunstancias imperiosas las que nos imponen el silencio, había que denunciar el crimen, para que los autores no queden impunes.

- Puede creer, sin embargo, – exclamó Alcione, después de reflexionar un instante – que la señora Davenport está siendo punida todos los días. No podemos, por cierto, conocer el grado de su complicidad en el delito, pero he podido observar su lucha expiatoria. Las meditaciones de estos días me han enseñado que

debemos tratar a los pecadores no como criaturas perversas o indeseables, sino como enfermos necesitados de medicación constante. ¿No fue así como Jesús nos trató en su misión divina? Ahora tengo la convicción de que el Maestro encaró a los romanos como personas atacadas por la enfermedad de la ambición y de la tiranía; a los judíos, como enfermos de la vanidad y del egoísmo destructores; y, seguramente, habrá visto en Judas un compañero demente, así como en Pilatos a un hermano perseguido por la enfermedad del miedo.

El sacerdote estaba conmovidísimo. Tales interpretaciones le servían como un bálsamo confortador. Y no se recobraba del asombro, cuando Alcíone continuó:

- Supongo que es legítima esta presunción, porque la identificamos con la bondad de Cristo, en todos los actos de su vida y hasta en los últimos instantes de la cruz. Conducido al madero entre dos ladrones, en los cuales debemos observar dos enfermos del mundo, bastó que uno de ellos mostrase el deseo sincero de mejorarse, recobrando la salud, y el Señor le prometió el paraíso.

- Sí – dijo el religioso emocionado; estas ideas deben fluir desde el Cielo hasta tu corazón purificado. Dios te proteja en los largos y escabrosos caminos, porque las almas nobles, como la tuya, surgen en la Tierra como partícipes de las aflicciones de Cristo. El mundo prepara siempre un calvario para las vidas cristianas, pero el Maestro te reservará la corona de la vida...

- No diga eso, el señor me atribuye la bondad que le pertenece. Estoy muy lejos de comprender verdaderamente a Cristo, pero, no obstante, segura de no haber venido a este mundo para el descanso y gozo ficticios. Además, nuestro raciocinio debe ser claro: si el Salvador vino a la Tierra a probar los testimonios más ásperos, vertiendo sangre y lágrimas, ¿por qué damos

tanta importancia a unas gotas de sudor, vertidas en beneficio propio?

Damián agradeció con una mirada de júbilo íntimo.

Y, dividiendo la juventud entre el palacete del padre y la humilde casita materna, Alcíone Vilamil, en ardua tarea, rogaba a Jesús que no la abandonase, en la dolorosa misión.

Testimonios de Fe

Impresionado con la argumentación del viejo Gordon y cediendo a la insistencia de la familia, Cirilo Davenport había desposado a la prima, en segundas nupcias, entre cariñosas alegrías de los amigos de la Nueva Irlanda, pasando a residir en compañía de Jacques, que así lo exigiera, mirando tener algún consuelo en el desierto de su viudez. En breve, el nacimiento de Beatriz venía a traer una unión más fuerte al matrimonio, pero el hijo de Samuel jamás encontró la emoción de felicidad aspirada en el primer matrimonio. Le parecía tener el alma mutilada, que el lugar de Magdalena no podía ser ocupado. Huía instintivamente del hogar, entregándose al trabajo incesante. A veces, una singular extrañeza se apoderaba de él, al atender a las actitudes afectivas de Susana, sin eco en su espíritu. El corazón le palpitaba de sentimentalismo ardiente, reconocía que nada perdió en cuanto a la posibilidad de amar, y, con todo, parecía que solamente la primera esposa era la dueña de la llave de entrada en su mundo íntimo. El ambiente doméstico, por más que ella se esforzase, le reservaba siempre penosas sorpresas. La disposición de las cosas provocaba censuras, la comida nunca estaba a su gusto. Continuamente insatisfecho, de vez en cuando, se imponía la intervención conciliadora de Jacques, para que las dificultades no degenerasen en conflicto. Después de largas y acrimoniosas discusiones, Susana se recogía en su cuarto, llorosa y desesperada, mientras el marido se retiraba a un ángulo de la baranda, distrayéndose con el humo de la gran cachimba, y pensando consigo mismo: "En el tiempo de Magdalena, no era así..." Dada su constante aplicación al trabajo, consiguió adquirir una

fortuna sólida y envidiable situación en la colonia; entretanto, una intraducible tristeza le asomaba invariablemente en el semblante. Sólo la hija, por la profunda afinidad espiritual manifestada, conseguía atenuar los sufrimientos que lo atormentaban. Desde que Beatriz alcanzó los cinco años, se estableció entre padre e hija un apego cada vez más fuerte. La niña parecía singularmente distanciada de la genitora, que, en vano, se esforzaba por insinuarse a su estima. Las ansiedades y dedicaciones de Susana eran inútiles. La actitud paternal de Cirilo plasmando el alma de la hija, absolutamente de acuerdo con sus pensamientos, dificultaba la actuación materna. Sin conseguir jamás una armonía perfecta con la segunda esposa, el hijo de Samuel parecía vengarse del destino, sustrayendo a la pequeña a su influencia y dando oportunidad a que Beatriz se desarrollase entre caprichos de toda suerte. En breve tiempo Susana no tenía ninguna autoridad sobre la hija, que sólo obedecía al padre. En lo íntimo, la prima de Cirilo se sentía como presa, que, no obstante resguardada de la justicia humana, rescataba duramente el crimen practicado. No encontró la felicidad esperada en su criminal sueño. Los raros momentos de alegría conyugal eran pagados al múltiplo en angustias martirizantes, por lo que acostumbraba a comparar su felicidad a una gota de vino en una taza de hiel. Además, los remordimientos la perseguían implacables. Si encontraba a un enfermo, se acordaba de Magdalena; si entraba en un cementerio, le surgía el espectro de la víctima. Cuando alguien se refería a júbilos domésticos, ella sentía la amargura de sus experiencias; si las amigas comentaban las esperanzas de la prole, recordaba a la hija de D. Ignacio y sentía más vivo el aguijón de la conciencia.

Tan grande era la desdicha del matrimonio, que un padre de la colonia le recomendó realizase el Evangelio en

el hogar. Dos veces por semana, se reunía la pequeña familia para la lectura y comentario de las lecciones de Cristo. Jacques, sin embargo, era tal vez el único que se aprovechaba verdaderamente de las enseñanzas de cada noche. Susana veía en cada palabra una acusación, negándose al aprovechamiento. Cirilo consideraba las sentencias evangélicas como simples fórmulas convencionales de la religión, sin sentido lógico para la vida práctica, y la pequeña Beatriz oía la lectura e interpretación del abuelo con el debido respeto, sin asimilar nada para el espíritu infantil. El viejo profesor de Blois, aun así, no se desanimaba.

Cuando la pequeña manifestó los primeros síntomas de la enfermedad nerviosa que la oprimía, los padres, como locos, decidieron trasladarse temporalmente al Viejo Mundo, en busca de recursos médicos. En vano Susana insistió para fijar la residencia en Inglaterra. Cirilo fue inflexible. Quedarían en Francia. Una vez forzado a vivir en Europa, prefería París, donde se sentía identificado con sus antiguos recuerdos. Ahí podría cuidar de la salud de la hija y orar en la tumba de la primera esposa. No hubo cómo hacerle cambiar de esa resolución.

Así regresó al Viejo Continente el reducido grupo familiar, sin plazo prefijado de regreso, siendo que Cirilo, aprovechando la oportunidad, podría centralizar la representación de la vasta zona de Connecticut, para el comercio del tabaco, en todo su apogeo entonces.

Para los Davenport, perduraba la misma angustiada situación, en París, cuando Alcione entró a trabajar en casa. Casa rica de recursos financieros, pero pobre de alegría y paz.

Jacques y el sobrino gozaban con la llegada de la joven, tan parecida con la muerta inolvidable y por sus maneras cariñosas y cautivadoras. Beatriz parecía

encontrar en su compañía el medicamento indispensable. Las largas conversaciones con la niñera desvelada poco a poco modificaban sus actitudes. A Susana, entretanto, se le agravó su íntimo malestar con la presencia de Alcíone. No conseguía contener el golpe de celos y egoísmo que la envolvía. Muchas circunstancias cooperaban para eso. No toleraba a la señorita sencilla y amable, por sus trazos idénticos a los de la rival, que eliminó de su camino. Además de todo eso, aquellas atenciones que Cirilo le dispensaba le dolían penosamente en el duro corazón. Complicando la cuestión, el viejo padre, así como la hijita, adoraban a la joven sirvienta, manifestándole un extremo cariño. Inútilmente buscaba un pretexto para despedirla. La joven estaba siempre tranquila y dispuesta a ceder a sus caprichos. Aquella suave humildad le causaba irritación. Por más que elevase la voz, con órdenes intempestivas, Alcíone la trataba respetuosamente, con una actitud de noble serenidad. Al principio, le encargó otras ocupaciones, además de los deberes de niñera y preceptora. La joven era obligada a hacer todos los demás servicios leves de la casa, inclusive la costura. Observando, todavía, que la joven atendía a todo primorosamente, Susana la llamó cierta vez:

- ¡Alcíone!
- ¡Señora!...
- Hoy es necesario que sustituyas a la lavandera, que se encuentra enferma.
- Sí, señora.

Y en un momento comenzó con las actividades en el espacioso lavadero, esforzándose por cumplir perfectamente la tarea insólita. Entretanto, viéndola entregada a tal menester, la pequeña Beatriz no se conformó, y, después de una mirada reprobativa a la genitora, corrió al padre, pidiéndole ayuda.

Cirilo la atendió al instante. Viendo a la niñera de la hijita atareada en la lavandería, comenzó a discutir con la esposa, recriminándola con aspereza. Beatriz, agarrada a él, reforzaba la censura. Susana se justificaba. No podía atender al ritmo doméstico, desautorizada en sus determinaciones. El marido, sin embargo, no aceptaba sus alegaciones, secundado por Beatriz, que acusaba a la genitora de perseguir a Alcíone con los servicios más groseros. La hija de Magdalena trabajaba cabizbaja y humilde, pero, cuando vio a la dueña de la casa en llanto convulsivo, exasperada con las censuras que le eran dirigidas ásperamente, se adelantó con delicadeza y acentuó:

- Sr. Davenport, espero que me disculpe la intromisión en la conversación, pero puede creer que la pequeña Beatriz está equivocada. Doña Susana no me mandó sustituir a la lavandera, fui yo misma que, sabiendo que la lavandera estaba enferma, ofrecí mi cooperación en el lavadero, para aligerar los muchos servicios domésticos.

- ¡Ah! Si – dijo Cirilo, algo sorprendido.

- No se preocupe el señor – concluyó Alcíone – yo estoy bastante acostumbrada a estos trabajos.

Esas palabras eran dichas con tanta sinceridad y buena voluntad que el jefe de la familia regresó tranquilamente a sus actividades, mientras la esposa miraba a la niñera sin disimular la sorpresa. Beatriz, muy modificada en su primera actitud de rebeldía contra la decisión materna, se aproximó a la joven, intentando ayudarla. Muy afectuosamente, contemplaba a Alcíone, seducida por su bondad, como para pedirle explicaciones. La hija de Magdalena percibió su deseo y habló:

- Entonces, Beatriz, ¿consideras la limpieza de la ropa como un servicio pesado? No pienses así. Debe ser

muy sagrado, para todos nosotros, la limpieza de las cosas de la casa.

- Pero hay criadas para eso, explicó la niña buscando justificarse.

- No obstante, debemos estar habilitadas para cualquier trabajo digno. Si todas las criadas enfermasen, ¿tendríamos que vestir la ropa sucia? No admitirás eso, seguramente. Además, cuidar de la ropa que nos hace tanto bien, debe constituir motivo de sincera satisfacción.

La niña, muy sensible, estimaba de verdad a la niñera, pero objetó:

- Sin embargo, siempre oí decir que cada criado debe estar en su lugar.

- Y no te equivocas, pensando así, pero esa verdad no impide el deber de ampliar nuestras experiencias en todo y cualquier trabajo honesto. ¿No estimas tanto las lecciones de Jesús? Pues en Cristo encontramos el verdadero ánimo de trabajo. El Maestro Divino nunca se ausentó del lugar sublime que le corresponde en la Creación y, no obstante, trabajó en la modesta carpintería de Nazaret; intérprete de la Ley, ante los doctores de Jerusalén, sirvió el vino de la amistad en las bodas de Canaa; médico de la suegra de San Pedro, enfermero de los paralíticos, guía de los ciegos, amigo de los niños, pero también lacayo de los discípulos, cuando les lavó los pies, en el cenáculo. Y, no obstante al contraste y la diversidad de tantas tareas, Jesús no dejó de ser nuestro Salvador, en todos los momentos.

La hija de Susana, entre admirada y conmovida, observó:

- Todo eso es verdad... ¿Cómo no lo pude comprender antes?

Y comenzó a ayudar en el trabajo del lavadero.

Esos pequeños incidentes domésticos comenzaron a impresionar profundamente a la segunda esposa de

Cirilo. ¿De qué fuente podría Alcíone aspirar tanta comprensión y tan grande fuerza? Alcíone estaba siempre preparada para atender las menores exigencias, sin modificar la actitud de serenidad y dedicación. Llamada para los propios menesteres de la cocina, se desincumbía de los deberes que le eran confiados, con la aprobación general.

Transcurrido casi un año, Susana enfermó gravemente. La hija de Magdalena le dedicó el máximo de sus cariños. En esa ocasión, justamente frente a los sufrimientos que la martirizaban, fue que ella se rindió a la bondad de la sirvienta, volviéndose en su desvelada amiga. La residencia de Cirilo experimentaba profundas transformaciones. El jefe de la familia, así como Jacques, insistían para que la joven se trasladase definitivamente al palacete de la Cité, pero Alcíone alegaba que la madre era parálitica, que tenía un hermano adoptivo necesitado de su asistencia, y un tutor muy amigo que se acercaba a la muerte.

Muchas veces, la hija de Magdalena Vilamil se veía obligada a desviar, delicadamente, el deseo de Susana y de la hija, a visitar a la genitora enferma.

- Más tarde, señora Davenport, estaremos preparados para recibirla; hasta entonces, soy yo quien le pide no ir. Quiero tener la satisfacción de presentarla a mamá cuando ella pueda sentir el placer de mejoras más positivas.

Y Susana justificaba su solicitud.

El cambio de Beatriz trajo gran paz al corazón paterno; Cirilo no cabía en sí de alegría, observando su jovialidad y la salud. Nunca podría explicar el fenómeno afectivo que a él le pasaba, pero, era tal la estima y la admiración que tenía por la joven, que, en el fondo, no sabía a cual de las dos quería con más ternura. Jamás confió a quien quiera que fuese sus recónditas

impresiones, pero desde que Alcíone entró en casa, comenzó a sentir una tranquilidad desconocida. Ella le parecía como alguna cosa de la muerta inolvidable. A veces, cuando la niñera acompañaba a la familia al cementerio de los Inocentes, tenía ímpetus de acariciarla paternalmente, enjugándole las copiosas lágrimas. En tales ocasiones, ella recordaba los sufrimientos de cada uno de los personajes del doloroso drama y se deshacía en lágrimas. La familia Davenport lo atribuía todo al sentimentalismo, temperamento hipersensible, y sus actitudes pasaban desapercibidas, sin más comentarios.

Los miércoles y domingos, practicaban, en la intimidad, el culto del Evangelio en el hogar.

Un sábado, a la hora del almuerzo, Jacques recordó:

- Alcíone, mañana haremos nuestro estudio y meditación del Nuevo Testamento y recibiríamos, con placer, su cooperación.

- Ganaré mucho al escucharles – acentuó plácidamente.

La idea del amorable viejecito mereció el aplauso general. Cirilo hizo ver que sería muy interesante oír a la niñera de Beatriz en el comentario de las lecciones de Jesús. Alcíone se esquivaba a las pruebas de aprecio, con extrema humildad. Vendría, a fin de aprender, exclamaba bondadosamente.

En la tarde siguiente, reunidos en torno de la gran mesa aristocrática, el padre de Susana explicó, con atención:

- Hace algún tiempo, hija mía – se dirigía a Alcíone con mucho cariño – aconsejados por un sacerdote americano, decidimos fundar nuestra iglesia hogareña, por considerar que la familia es nuestro primer santuario.

- Una resolución muy loable – dijo la hija de Magdalena, entre la ternura y el respeto.- Mi madre

también me dice siempre que el hogar es nuestro templo divino.

Magnetizado por la dulzura de sus palabras, Cirilo Davenport, ansioso por alcanzar la fe que le suavizase las luchas de la vida, preguntó:

- No estoy en desacuerdo, Alcíone, con ese concepto, pero ya lo he discutido muchas veces con mi tío. ¿Por qué hacer el culto evangélico en el hogar, cuando tenemos numerosas iglesias? Sólo aquí en el centro contamos con más de veinte. ¿Y los otros barrios de París? ¿Y las instituciones religiosas? ¿Por qué esta diversidad de cultos si los fines son los mismos? ¿No sería más justo reservar las posibilidades de la devoción para los oficios religiosos de carácter público?

El hijo de Samuel se manifestaba así porque nunca pudo comprender la utilidad práctica de la iglesia en el hogar. A su modo de ver, los textos evangélicos constituían un material de análisis privados de los padres, y llegaba casi a considerar inútil la lectura aislada de las anotaciones apostólicas. Alcíone, atenta y con agrado, respondió:

- En este asunto, Sr. Davenport, como no se trata de una opinión nuestra, personal, sino de las enseñanzas del Maestro, le pido perdone mi sinceridad. Tengo la convicción de que, en todas partes, estamos en la casa de Nuestro Padre y estoy segura de que llegará el día en el que tendremos por templo de Dios el mundo entero. Pero, en nuestra actual condición, no nos cuesta reconocer el provecho de las iglesias y el carácter sagrado del culto en el hogar, en lo que concierne a las enseñanzas de Jesús. También en el confort de nuestras casas hay siempre una óptima disposición para atender a nuestros familiares enfermos, mas eso no impide la necesidad de los hospitales. Los padres amorosos enseñan siempre a los hijos; mas no por eso dejan de ser útiles las escuelas. En

materia de fe, nuestra extrañeza radica en la falsificación de los deberes religiosos. Acostumbramos a atribuir al sacerdote lo que nos corresponde a nosotros realizar. Un padre podrá ser un excelente preceptor, indicando los caminos rectos, pero nosotros caminamos hacia Dios y es imprescindible no parar. El ministro de la fe atenderá al conjunto, pero, para que las alegrías cristianas vibren perfectamente en nuestra alma, no hay que olvidar la necesidad de establecer el culto del Señor, dentro de nosotros mismos. Visto así, el hogar es el templo más noble, porque ofrece la oportunidad diaria del esfuerzo y adoración. Cada criatura de nuestra convivencia, bajo el mismo techo, representa un altar para el culto de la bondad, del cariño y de la comprensión. Cada borrasca doméstica es una ocasión para la distribución de esperanza y fe. Cada día afanoso proporciona posibilidades de testimoniar la confianza en Dios. Mientras eso ocurre en la intimidad, las instituciones religiosas pueden funcionar como hospitales de los espíritus convalecientes, como granero para los hambrientos, como fuentes de informaciones sublimes a los ignorantes. Cualquier enfermo esperará la vuelta de la salud, pero observando reintegrarse en el plano del esfuerzo diario; el hambriento se alimentará de modo a proseguir en su camino; y el ignorante se instruirá para que se acostumbre a aplicar lo que aprendió. Por ese prisma, podemos aquilatar el valor de las pequeñas realizaciones domésticas. Creo que el hogar es el nido donde el espíritu humano crea en sí mismo, con el auxilio del Padre Celestial, las alas de la sabiduría y del amor, con las que hay que conocer, más tarde, las sendas divinas del Universo.

La reducida asamblea no podía ocultar la enorme expresión de asombro. Los Davenport estaban lejos de presumir, en aquella joven de actitudes tan tímidas, tales

pruebas de conocimiento espiritual. Por primera vez, Cirilo escuchaba un argumento que lo satisfacía plenamente. Con estupefacción general, Beatriz rompió el silencio, dirigiéndose al abuelo en estos términos:

- ¿No te dije, abuelo, que ella sabe muchas cosas nuevas sobre Jesús?

- No digas eso, Beatriz – murmuró Alcione toda humilde – yo sólo soy una curiosa de las lecciones evangélicas. Como teníamos en Ávila nuestra pequeña iglesia doméstica, funcionando casi todas las noches, me familiaricé con el tema.

- Sin duda – replicó Cirilo, impresionado – tus explicaciones, Alcione, hablan profundamente al alma. Los negocios materiales de mi vida siempre me crearon cierta atmósfera de incomprensión para las lecciones de Cristo. Siempre consideré el hogar como una fortaleza de nuestra felicidad en la Tierra, pero nunca como base para el enriquecimiento de dones espirituales.

- Eso es natural – prosiguió la joven enternecida – las fuerzas que nos encarcelan el corazón en las rejas de tantos problemas temporales, acostumbran a ser violentas y rudas. Entretanto, Dios no se cansa de atraernos a sus brazos misericordiosos. Las mínimas circunstancias de la existencia humana inducen a pensar en eso. Después de abrir los ojos en este mundo, encontramos padres cariñosos que nos encaminan para el bien; nuestra infancia, casi siempre, está rodeada de sabias advertencias de los profesores, que nos orientan para la verdad. Una pregunta lógica surge, fatalmente, en nuestro cerebro: ¿tantos mensajeros de bondad vendrían a nuestro camino, tan sólo para informarnos al corazón, sin utilidades prácticas para nuestra propia edificación? Mucha gente, en las más variadas creencias, coloca en las manos de sus ministros lo que les corresponde hacer, pero eso es un grave error. Dios nos llama por la manera

como Jesús buscó a los discípulos. ¡Para realizar la unión divina es necesario marchar, en la “tierra” de nosotros mismos, no obstante a los malos días y las noches tenebrosas!...

Cirilo no podía disimular la sorpresa. Ahora, sentía que se le descubría a los ojos del alma un mundo deslumbrante, que hasta entonces no consiguió admirar. Las palabras de la joven modificaban, en un momento, todas sus presunciones interpretativas. Comenzaba a sentir que la vida, bajo cualquier aspecto, se revestía de la más profunda significación. Para su concepto, el hombre dejaba de ser un exiliado de las míseras tinieblas, que se encontraría más tarde con Dios, o con la punición eterna. La Tierra se le figuraba una escuela, donde cada hombre recibía una divina oportunidad, entre millones de sublimes e infinitas posibilidades.

- En el templo de predicaciones públicas – concluía la hija de Magdalena, sin afectación – podremos recibir las inspiraciones externas, mientras que en el culto íntimo entramos en contacto con el propio yo, recibiendo divinos mensajes en la conciencia. Los diversos ministros religiosos tienen fórmulas convencionales; nosotros como sacerdotes de la propia iluminación, tenemos las expresiones espontáneas de la vida.

Jacques se sumergió en un prolongado silencio, como si estuviese llegando a un mundo nuevo de preciosas revelaciones. Y Susana, viendo al compañero casi estático, consideró, eminentemente conmovida:

- En verdad, Alcíone, tus razonamientos abren nuevos horizontes a nuestro espíritu. Siempre estudiamos el Evangelio, pero, por mi parte, debo confesar la dificultar en adaptarme a sus enseñanzas... Me siento tan pecadora, tan humana, que cada lección me suena como una rigurosa censura. ¿Por qué siento, así, las santas narrativas como dilacerantes acusaciones?

La joven la miró con ojos muy lúcidos y esclareció:

- Tales impresiones deben ser pasajeras. El Evangelio es un mensaje de salvación, nunca de tormento. En realidad, conocemos la extensión de nuestra indigencia y el grado de nuestras debilidades; mas la misericordia divina restaría inmovilidad sin nuestras caídas y dolorosas necesidades. El cristianismo jamás será una doctrina de reglas implacables, sino la historia y la ejemplificación de las almas transformadas con Jesús, para gloria de Dios. Si las lecciones del Maestro sólo nos ofreciesen motivos de condenación, ¿dónde estarían las grandes figuras evangélicas de María Magdalena, Pablo de Tarso y tantas otras? No obstante, la pecadora transformada fue la mensajera de la resurrección; el inflexible y cruel perseguidor convertido recibió de Jesús la misión de iluminar el gentilismo.

Susana seguía la exposición, con los ojos muy brillantes. Nunca sintió tal impresión de bienestar, en el trato de las santas escrituras. En las confesiones, que nunca llegó a conjugar con la gran falta de su vida, nada recibía de los sacerdotes, sino amargas recriminaciones. Los sacerdotes le imponían penitencias, pero nunca le ofrecían un camino seguro. Siempre dio a la iglesia valiosas contribuciones monetarias, pero ahora llegaba a la conclusión de que era indispensable cooperar, con todas las energías espirituales, para el propio perfeccionamiento.

- Tus interpretaciones – aseveró la señora Davenport – son muy consoladoras. Desde hace algún tiempo, vengo reflexionando, amargada, en la inutilidad de muchas enseñanzas recibidas en la infancia. ¿Por qué habré aprendido la virtud y no la practico en rigor? Y, con tales dudas íntimas, paso a analizar a las criaturas con profundo pesimismo, llegando a creer que la humanidad, de modo general, vive negando a Jesús a cada instante.

Alción, que prestaba especial atención a los conceptos detallados, obtemperó:

- Por infelicidad nuestra es, de hecho, enorme el bagaje de nuestras debilidades en este mundo; pero, si el Padre no se desanimó y nos ofrece, diariamente, oportunidades de levantarnos hacia su amor, ¿por qué habremos de vivir en una incredulidad contumaz? Vivir sin esperanza es el peor de todos los males. Cuando nos preocupamos sinceramente de la iluminación espiritual, comprendemos el significado de todas las cosas. La propia miseria humana tiene su lugar en su expresión educativa. Ante todo, es esencial reflexionar en la extensión de la bondad del Maestro. Recordemos que Pablo lo negó tres veces, en la hora más cruel; que Tomé dudó de su sabiduría y misericordioso poder, y, ni uno ni otro fue expulsado jamás de su divina presencia. El mundo tiene muchos criminales, explotadores, ociosos y libertinos, pero todo eso debe ser examinado con un prisma diferente. El pecado es enfermedad del espíritu. En el exceso de la alimentación, en la falta de higiene, en el desorden de los sentidos, el cuerpo sufre desequilibrios que pueden ser fatales. Lo mismo sucede con el alma, cuando no sabemos dirigir los deseos, santificar las aspiraciones y vigilar los pensamientos. Siempre creí que las enfermedades de esa naturaleza son las más peligrosas, porque exigen un remedio de la más dolorosa aplicación.

Susana estaba eminentemente sorprendida. Aquellas explicaciones, tan simples, le tocaban el corazón en las fibras más sensibles. Solamente ahora identificaba su enfermedad espiritual. En los días más tristes de la vida conyugal, entre remordimientos y rebeldías, muchas veces indagó en sí misma los motivos que la llevaron a perjudicar a la hija de D. Ignacio. En las horas acerbas, llegaba a la penosa conclusión de que un verdadero amor

jamás sacrifica a alguien en sus impulsos. A cambio de su violencia, sólo encontraba remordimientos para sí e insaciedad para el compañero. ¿No hubiera sido mejor cooperar para la felicidad inalterable del primo con Magdalena? Si no le fuese posible formar un hogar, alcanzaría, por lo menos, la tranquilidad de conciencia. Entretanto, como decía Alcíone, se dejó atrapar por el desorden de los deseos, desviarse de los sentimientos justos y cayó en una terrible enfermedad espiritual. En fin, se conmovió demasiado, para sus costumbres y tenía los ojos mojados de llanto.

Cirilo, a su vez, muy impresionado por los esclarecimientos, imitaba al viejo tío, pareciendo sumergido en una profunda meditación.

Rompiendo el forzado silencio, el viejo educador de Blois tomó la palabra y dijo con ternura:

- Las interpretaciones de la señorita son nuevas y confortadoras para nosotros. Por lo visto, ella nos podrá ayudar mucho en lo referente a las sagradas enseñanzas. ¿No será mejor que todos nosotros la oigamos, hoy, en el culto? De este modo, sabremos cómo funcionaba su iglesia doméstica, en Ávila, y podremos enriquecer nuestras experiencias.

Alcíone siempre humilde y sincera, intentó librarse, pero Cirilo y Susana reforzaron la propuesta del bondadoso anciano y no hubo cómo excusarse al delicado compromiso.

Jacques le entregó el tomo del Nuevo Testamento, pero, antes de abrirlo, ella explicó:

- En nuestro grupo familiar de Castilla La Vieja, mi tutor decía que el estudio de las sagradas escrituras es comparable a la pesca de luces celestiales. El río de la vida, afirmaba, está siempre corriendo y es indispensable tener energía tranquila y una ardiente voluntad, a fin de sumergirnos en la colecta de los valores divinos. Mientras

el hombre se mantenga tibio, desilusionado, indiferente o pesimista, difícilmente podrá encontrar en el Evangelio algo más que las sublimes llamadas del Señor. En tales condiciones negativas, recibimos los convites de Cristo, pero frecuentemente quedamos ignorando la tarea; somos llamados al banquete de la verdad y de la luz, mas comparecemos como invitados inexpertos, sin saber cómo empezar el succulento alimento. La enseñanza de Jesús es vibración y vida, y como el estudio más simple demanda el esfuerzo de comparación, no podemos examinar el Evangelio sin ese esfuerzo. Muchos buscan, en esas páginas, solamente motivos de consuelo, olvidando la esencia de la enseñanza. Mas sería un contra sentido que el Maestro viniera a nosotros, desde los espacios gloriosos de la inmortalidad, sólo para endulzarnos el corazón sobrecargado de perversidades y debilidades humanas. Jesús es la fuente del confort y de la dulzura suprema. Eso es innegable. Entretanto, reconocemos que una criatura, que solamente reciba consuelos y mimos paternos, se arriesga a envenenar el corazón para siempre, en la sed insaciable de los caprichos. No; no debemos creer que Cristo sólo haya traído al mundo la palabra confortadora y afectuosa, sino también un derrotero de trabajo, que es necesario conocer y seguir, en el que influyan las mayores dificultades. Para eso, es indispensable tomar nuestros sentimientos y raciocinios como campo de observación y experiencia, trabajando diariamente con Jesús en la construcción del arca íntima de nuestra fe. Naturalmente que esa edificación no prescinde del material adecuado, construido por las virtudes y conocimientos nobles que adquirimos en el curso de la vida. Esos son los elementos que buscamos, en nuestra pesca de las luces celestiales, para que, recibiendo los consuelos de Jesús, seamos igualmente laboriosos trabajadores.

La pequeña asamblea se miraba muy sorprendida. Cada cual parecía más asombrado con el comentario de la joven intérprete.

- En Ávila – continuó ella con la mayor sencillez – nunca nos reunimos en el culto doméstico sin suplicar la ayuda de la inspiración divina. El padre Damián siempre esclarecía que Dios no podría haber enviado las “lenguas de fuego” de su sabiduría sólo a los doce discípulos de Jesús. Las llamas de su infinito amor calientan a la humanidad entera. Basta recordar que si las señales del cielo fueron vistas solamente sobre los Apóstoles, en el día inolvidable de Pentecostés, nadie podrá confirmar la extensión de los beneficios a la multitud que los oía, exultante de júbilo. La revelación se dirigía a todos, la alegría celestial fue distribuida sin exclusividad. Basándose en eso, mi tutor aseveraba que debemos hacer el estudio evangélico no sólo con nuestras malicias y necesidades humanas, sino con el auxilio silencioso e invisible del Cielo...

Después de estas consideraciones, que despertaron un profundo enternecimiento en los oyentes, oró en voz alta, suplicando a Jesús que les concediese el beneficio de sus inspiraciones sacrosantas, para que se integrasen en el conocimiento de su voluntad. Hecha la conmovedora oración, tomó el libro y preguntó:

- Sr. Jacques, me gustaría que me dijese cuál es el método adoptado aquí para la lectura.

- Acostumbramos a leer entre cinco y diez versículos cada vez, comentándolos a continuación. Actualmente estamos en la segunda epístola de San Pablo a Timoteo, habiendo quedado en la última reunión, en el segundo capítulo, versículo 10.

- En España – explicó la joven delicadamente – leíamos sólo un versículo cada vez y ese mismo versículo, normalmente, proporciona recursos de examen e

iluminación para otras noches de estudio. Llegamos a la conclusión de que el Evangelio, en su total expresión, es un vasto camino ascensional, cuyo fin no podremos alcanzar, legítimamente, sin el conocimiento y aplicación de todos los detalles. Muchos estudiosos presumen de haber alcanzado el término de la lección del Maestro, con una simple lectura vagamente razonada. Eso, con todo, es un grave error. El mensaje de Cristo necesita ser conocido, meditado, sentido y vivido. En este orden de adquisiciones, no basta estar informado. Un profesor del mundo nos enseña a leer; el Maestro, sin embargo, nos enseña a proceder, siéndonos, por tanto, indispensable a cada paso de la existencia. Es por eso que, exceptuados los versículo de salutación apostólica, cualquiera de los demás contendrá grandiosas enseñanzas imperecederas, que nos corresponde conocer y emplear, a beneficio propio.

- Será entonces más útil – advirtió Cirilo sumamente interesado – que procedamos así también.

Alción buscó la epístola indicada y leyó el versículo 11 del segundo capítulo:

- “Esta es la palabra fiel: que si morimos con él, también con él viviremos. “

Abierto el diálogo, todos, excepto la pequeña Beatriz, que se mantenía callada, opinaban que los hombres apegados a Jesús, al final de la existencia, podían morir en paz, seguros de que el Señor les abriría, más allá de la tumba, las puertas gloriosas de la redención.

Después de oír la opinión de cada uno en particular, Alción explicó:

- Exacto, la esperanza en Cristo será siempre un refugio indispensable a la hora de la partida, pero la advertencia apostólica nos convoca a conclusiones más graves. Recordemos a los perversos que aceptan a Jesús en la hora extrema. Mucha gente, portadora de crímenes

innominables, hace acto de fe en el lecho de la muerte. Mientras tienen salud y juventud, viven ociosos, entre caprichos y desórdenes; pero cuando el cuerpo dolorido les hace pensar en la muerte, se alarman y se deshacen en rogativas a Dios. ¿Pueden las criaturas, que así piensan, esperar de pronto la gloria de Cristo? ¿Y los que se sacrifican en aras del deber mientras les queda una partícula de fuerzas? La justicia claudicaría, en resumen, si al final la virtud se confundiese con el crimen, la verdad con la mentira, el trabajo con la ociosidad. Seguro que será siempre útil recurrir a la misericordia del Señor, aunque estemos manchados hasta los cabellos, así como creer que, para toda enfermedad, habrá un remedio adecuado. Pienso, sin embargo, que la asertiva de Pablo no se refiere al término de la vida corporal, fenómeno natural y atributo de justos y de injustos, de piadosos y de impíos. Auxiliado por la divina inspiración, el amigo del gentilismo aludió, por cierto, a la muerte del “hombre viejo”, que está dentro de todos nosotros. Es la personalidad egoísta y mala que llevamos con nosotros y necesitamos combatir cada día, para que podamos vivir en Cristo. La existencia terrestre es un aprendizaje en el que nos consumimos lentamente, de modo a alcanzar la plenitud del Maestro. En el plano de la propia materialidad, podremos observar ese imperativo de la ley. La infancia, la juventud y la decadencia, en su aspecto de transitoriedad, no pueden representar la vida. Son fases de lucha, demostraciones de la sagrada oportunidad concedida por Dios para corregirnos de la grosería de los sentimientos, y de la dureza de imperfección. Acostumbramos a decir que la vejez es un ataúd de fantasías muertas, pero eso sólo es realidad para los que no supieron o no quisieron “morir” con Cristo para alcanzar la fuente eterna de su gloriosa vida. Quien se valió de la posibilidad divina sólo para cultivar vanas

ilusiones, no podrá encontrar más que el fantasma de sus caprichosos engaños. La criatura, sin embargo, que caminó con los ojos puestos en Jesús, en todos los pormenores de la tarea, esa, naturalmente, conquistó el secreto de vivir triunfante por encima de cualquier circunstancia adversa. Jesús palpita en sus actos, palabras y pensamientos. Su corazón, en la pobreza o en la abundancia, será como una flor de luz, abierta al sol de la vida eterna...

Cada uno de los oyentes revelaba jubiloso interés. La explicación de Alcíone les llegó al corazón. Cuando la hija de Magdalena hizo una pausa más larga, Cirilo Davenport acentuó:

- ¡Ahora, sí encontré un modo práctico de comprender! El tesoro evangélico, interpretado de esta manera, da la impresión de ser una preciosa mina de valores espirituales. Cuanto más profundizamos en meditación, esfuerzo y buena voluntad, más filones auríferos irán surgiendo ante nuestros ojos.

Alcíone sonrió satisfecha. Nadie, allí, podría entender la vibración de su júbilo; pero la verdad es que, considerando la confesión paterna, rebosaba de alegría íntima.

- El señor lo comparó muy bien – dijo. – Las palabras del Maestro están llenas de llamadas maravillosas, de socorros divinos, de mensajes del Cielo. Basta que nos esforcemos en oír su voz y recibiremos los dones.

Jacques continuaba muy impresionado.

- Señorita – indagó – se ve que su educación religiosa es muy diferente de la que conocemos hasta ahora. Me encuentro al término de una existencia consagrada a la enseñanza, y, a pesar de mi pasión por los autores antiguos, nunca pude salir del círculo de mi tiempo, circunscribiendo el servicio de la fe a los actos de

adoración. Jamás pude comprender a la iglesia como oficina de trabajo activo, ni el culto del Evangelio en el hogar como escuela de preparación para el esfuerzo terrestre; entretanto, por sus observaciones siento que hay métodos de interpretación que no conozco, y puedo decir, por lo que oí de su joven inteligencia, que estos procesos de aprendizaje son seductores. Desearía saber si eso es común en las escuelas y hogares de España.

La joven sonrió agradecida y esclareció:

- Estas luces, Sr. Jacques, yo las recibí de mi tutor, en nuestras reuniones familiares de Ávila; pero debo añadir que esta orientación no está generalizada en la patria de mi madre, mayormente en Castilla La Vieja, donde el padre Damián fue amenazado dos veces por las persecuciones del Santo Oficio, por haber intentado llamar la atención del pueblo hacia este sistema de estudio y exégesis.

- ¡Qué horror! – exclamó Cirilo con un gesto significativo – es casi increíble que la Iglesia mantenga tal institución.

- No podemos culpar a la Iglesia – rectificó Alcíone, cariñosamente –; el Cristianismo, en tiempo alguno, autorizaría institutos de esa naturaleza. Los debemos a los malos padres, cuyo corazón aún no puede comprender la suprema grande de Cristo.

El viejo educador, sinceramente impresionado con las definiciones oídas, volvió a preguntar:

- ¿Dónde podré entrevistarme, más a menudo, con el padre Damián?

Alcíone sonrió melancólica y respondió:

- Nuestro viejo amigo está próximo a la muerte, en la parroquia de San Jacques del Paso Alto. Casi diariamente, por la noche, voy a recoger sus últimos pensamientos. No obstante a la lucha que viene sosteniendo hace muchos meses con la terrible enfermedad, se ve que él está en las

últimas. Con su muerte próxima, perderé en este mudo a un segundo padre.

La noticia sonó tristemente en la sala. Observando la nube de tristeza que ensombrecía el semblante de Alcíone, todos entraron en un profundo silencio. Fue entonces que la joven recordó:

- Ahora, agradezcamos a Dios el socorro que nos envió a través de la inspiración. La mayoría de las veces, tenemos la seguridad de que debemos, en gran parte, el pan material al propio esfuerzo, pero no ocurre lo mismo con relación al alimento espiritual. Este nos viene siempre de Dios, de su paterno corazón, que nos colma de infinitos recursos. En la Tierra tenemos la ley de la necesidad, pero el Señor tiene la del auxilio. Agradezcamos su misericordia y apliquemos las dádivas recibidas, porque nuevos elementos fluirán, para nuestra alma, de sus inagotables graneros de sabiduría y abundancia.

Cerrada la reunión familiar con una oración de agradecimiento, Alcíone se retiró, dejando a la familia Davenport singulares impresiones.

Ella parecía muy inspirada, cuando decía que Damián estaba a las puertas de la muerte. Cuando llegó a la casita de la aldea de San Marcelo, se encontró con la alarmante noticia. Un portador había llevado el comunicado a los Vilamil de que el viejo sacerdote agonizaba. Las frecuentes hemoptisis le habían aniquilado las últimas fuerzas. Magdalena, a pesar de la dolorosa atrofia de las piernas, suplicó a la hija que la llevase en su compañía, en un carruaje más espacioso, a fin de ver al abnegado amigo, por última vez. La hija la escuchó angustiada, y en pocos instantes, en medio de la noche, un lento carruaje salía de San Marcelo hacia la residencia del padre Amancio. Alcíone recomendó mucho cuidado al cochero. Llegando al destino, Magdalena Vilamil consiguió descender con gran sacrificio. Dos hombres trajeron una

larga poltrona para conducir a la enferma al cuarto del moribundo. Alcione ayudaba en el transporte de la genitora, con infinito cariño.

Llegadas allá, el agonizante pareció reanimarse.

Robbie y la hermana adoptiva se aproximaron respetuosos y le pidieron la bendición, mientras la señora Vilamil, pidiendo que la poltrona fuese puesta a la cabecera del moribundo, le tomó la diestra, muy pálida, en una confortadora salutación fraternal.

Damián tenía los ojos profundamente lúcidos y brillantes, pero en el cadavérico aspecto se veía una expresión de dolorosa agonía.

- ¿Qué es eso, padre?... – murmuró oprimida.

Él fijo en ella la mirada enternecido y respondió, con voz casi susurrante:

- La enfermedad incurable, Magdalena, es un bendito filtro de nuestras imperfecciones. ¿Qué sería de mi alma si la enfermedad del pecho no me ayudase a eliminar los malos pensamientos? ¿Cuántos bienes seguiré debiendo a la soledad y al sufrimiento? El Señor, que me los dio, conoce su inestimable valor. Yo, que no lloraba hace muchos años, alcancé nuevamente el beneficio de las lágrimas... Muchas veces enseñé desde el púlpito, pero el lecho me reserva lecciones mucho mayores que las de los libros...

La hija de D. Ignacio quiso responder, testimoniar su reconocimiento imperecedero, decir de los votos que hacía a Dios por su restablecimiento, pero, en su angustia, no encontraba palabras con las que traducir su pesar. Sin embargo, no conseguía retener las lágrimas que le caían, abundantes, de los ojos.

El moribundo prosiguió tras una larga pausa.

- El catre amigo y silencioso me trajo el recuerdo de todos los júbilos y dolores que quedaron en el pasado lejano... Sin conseguir adaptarme a esta vida de París, he

vivido casi absolutamente de nuestros viejos recuerdos de España. Tengo una gran nostalgia de nuestra tranquila vida en Ávila; de nuestras fraternales veladas en la Quinta; de los colegas de la iglesia de San Vicente... pero estoy seguro, Magdalena, de que la vida no acaba con el cuerpo y convencido de que Dios nos reunirá, en otra parte, donde no haya llantos ni muerte... Algunas noches soy visitado por la sombra de los entes amados que me antecedieron en la tumba... También hoy, después de la última hemorragia, vi la silueta de mi madre diciéndome palabras de consuelo y coraje... Algunas criaturas amadas, allá en nuestra antigua iglesia de Castilla, fallecidas hace mucho tiempo, vinieron a verme la pasada noche y me abrazaron con cariño... Amancio piensa que estoy siendo víctima de pesadillas, dado mi agotamiento físico, pero yo no estoy de acuerdo...

La señora Vilamil, aprovechando una pausa, hizo un esfuerzo y dijo cariñosamente:

- No debéis pensar en eso. Acordaos de que necesitamos de vuestro amparo paternal. Dios os restituirá la salud, para que nuestra alegría no desaparezca para siempre. Recordad nuestro viaje a América...

Damián buscó, con dificultad, la mirada de Alcíone, dándole a entender el cuidado con que se debían conducir en aquellas circunstancias y acentuó:

- ¡Pide a Dios por mi salud espiritual, porque sería imposible restaurar la del cuerpo, hija mía! La muerte no es una separación eterna. Estoy seguro de que Jesús me permitirá volver a tu lado, si mi venida fuera útil... En cuanto al viaje al Nuevo Continente, no te preocupes. Alcíone es muy joven y Robbie no pasa de ser aún un niño... Podrás ser muy feliz en compañía de ellos, aquí incluso...

Magdalena enjugó las lágrimas murmurando:

- ¡Tiene razón, padre! ¡Yo también estoy aplomada en el lecho para meditaciones necesarias! ¡Mis piernas paráliticas nunca me permitirán tan largo viaje!...

- No te lastimes, sin embargo, pensando en esos obstáculos, segura de que la misericordia del Todopoderoso nunca se atrasa. Cuando nos parece que tarda, es que algún motivo existe, que no podemos comprender de pronto...

La hija de D. Ignacio continuaba llorando enternecida. Enseguida, el viejo sacerdote, dando a entender que deseaba cambiar de asunto, hizo una señal llamando a Robbie a la cabecera. El niño lo atendió, compungido.

- ¿Por qué no trajiste el violín? – indagó con interés.

- Alcíone me dijo que el señor estaba más enfermo – esclareció respetuoso.

- Eso quiere decir, hijo mío, que necesito oírte.

La hermana adoptiva se aproximó e interrogó con ternura filial:

- ¿Deseas oír alguna cosa, padre?

- Sí, Alcíone. Si fuese posible la Letanía de Nuestra Señora, que cantaste en la primera misa de Carlos, en la iglesia de San Vicente. ¿Recuerdas? ¡De esa manera recordaríamos al lejano amigo, así como el rincón de Castilla donde fuimos tan felices!...

- Puedo pedir al padre Amancio que nos preste el violín del coro de San Jacques – exclamó la joven esforzándose por contener las lágrimas.

- ¡Sería un gran consuelo!

Oído por uno de los tres clérigos que se encontraban en el cuarto, fue rápidamente a buscar el instrumento.

En unos instantes, la voz cristalina de Alcíone llenaba el aposento, llevando a los oyentes a un plano de misteriosa luz espiritual. Robbie acompañaba la canción, con extrema felicidad en cada nota de sublime armonía.

El moribundo parecía extático. La letanía, muy antigua, le abría nuevos horizontes de claridad maravillosa. Magdalena tenía un pañuelo colocado en los ojos, mientras el criado y los religiosos lloraban conmovidos.

Cuando terminó, el agonizante llamó a la joven y le habló débilmente:

- Alcíone, Dios te bendiga por esta alegría...

Después, contempló a la señora Vilamil largamente, e intercambiando con la joven significativas miradas, volvió a decir:

- ¡Haz por la paz espiritual de tu madre todo lo que puedas! ¡Y si tuvieras, algún día, cualquier necesidad más fuerte, una dificultad más acuciante, acuérdate de Carlos, hija mía! ¡Sé que no te encuentras sola en el mundo, pero no puedo olvidar que por encima de todo debemos considerarlo tu hermano!...

Surgiendo la disnea de las últimas horas, Damián no podía conversar más sino por monosílabos. Después de hablar con la genitora, la joven Vilamil se acercó al moribundo, murmurando:

- ¡Padre, llevaré a mamá y a Robbie de vuelta a San Marcelo, pero estaré nuevamente aquí, dentro de poco, para estar contigo!...

- No te preocupes, ni dejes a Magdalena... por mi causa...

Mas, acompañando a los suyos al hogar, Alcíone regresó sin demora, a fin de asistir al viejo amigo, hasta el final.

Las restantes horas de la noche él las pasó en coma, asistido por el afecto de la hija de Cirilo, que le enjugaba el frío sudor con extrema dedicación.

Cuando la aurora se hacía anunciar con claridades de rayos rojos, el viejo Damián vertió la última lágrima y entregó su alma al Creador.

Un emisario llegaba, por la mañana, al palacete de la Cité, entregando una carta de la niñera de Beatriz, dirigida a Susana, en cuyas líneas explicaba su ausencia al trabajo.

La familia Davenport se conmovió. Por la tarde, un elegante carruaje paraba a la puerta del presbiterio de San Jacques de Paso Alto. De él descendieron Jacques y Cirilo, que iban a ofrecer un afectuoso homenaje al muerto.

Impresionados con el abatimiento de la joven, ambos se manifestaban en gentilezas y palabras confortadoras. Cirilo buscó al padre Amancio e hizo intención de pagar los gastos del entierro, añadiendo una generosa gratificación al criado que sirvió al tutor de Alcíone.

La joven agradeció con lágrimas. Después de consolarla durante una hora, se despidieron atentos.

Al crepúsculo, la hija de Magdalena asistió al modesto funeral, con el corazón afligido. Por mucho tiempo permaneció en la silenciosa mansión de los muertos, en conmovedora oración al Altísimo. Entrada la noche, con pasos vacilantes, regreso al hogar, experimentando una indefinible amargura.

Reencuentro

Un año después de la muerte de Damián, en la humilde casa de la aldea de San Marcelo hubo una gran y desconcertante sorpresa.

Orientado por la parroquia de San Jacques, Carlos Clenaghan, ansioso y conmovido, llamó a la puerta de Magdalena Vilamil. En los primeros meses después de la muerte del tío, decidió abandonar la sotana, a pesar del resentimiento de los cofrades. Jamás pudo olvidar a Alcíone, jamás consiguió mantener un equilibrio entre el deber y los impulsos de la juventud. Mientras recibía las largas cartas de Damián, la palabra amorosa del tutor le refrenaba las tormentosas preocupaciones; pero, después de verse sin la ayuda de sus consejos, meditó decidido en el cambio de situación. Anhelaba un hogar, ardientemente, jamás renunciaría al afecto de Alcíone, no conseguía calmar el deseo de ser padre y esposo feliz. Tras algunas luchas en Ávila, despreció la llamada de los superiores jerárquicos y, sin dar ninguna explicación del hecho a los parientes irlandeses, se desligó del voto sacerdotal, lleno de esperanza en el futuro. Lo primero que hizo fue correr a París, para buscar a la novia amada. ¿Cómo lo recibiría ella? Conocía la pureza de sus principios y la hermosura del carácter cristiano. Sospechaba que no sancionaría su decisión, atendiendo el concepto que hacía de la fe; pero, haría lo posible por demostrarle su inmenso amor, la convencería con súplicas afectuosas, ya que ella, ahora, no podía contar con la asistencia paternal de Damián, que la muerte le arrebató, y en el hogar, por las noticias que recibía frecuentemente en Castilla La Vieja, que llevaba con muchas dificultades, en vista de la enfermedad incurable

de la genitora. Tal vez los trabajos del mundo hubiesen modificado su opinión, con relación al enlace para una vida tranquila y sonriente. Le ofrecería el brazo protector, volvería a España, donde pretendía continuar, en Ávila o Valladolid, dedicándose al comercio. Ebrio de esperanzas, Clenaghan levantaba castillos maravillosos en su mente exaltada. Edificarían un hogar feliz, Magdalena Vilamil sería también una segunda madre, perfeccionaría la educación de Robbie y tendrían hijos amados. Imposible que ella se resistiese, cuando no deseaba sino la suprema felicidad de ambos, ante Dios y ante los hombres.

Embelesado en estos sublimes proyectos, esperó que alguien viniese a atenderlo. Después de algunos instantes de espera en que el corazón le palpitaba descompasado, surgió la figura de Robbie, que le abrazó afectuosamente. Conducido al interior, fue enorme la alegría de la hija de D. Ignacio al recibir los cariñosos saludos del amigo, y no fue menor la sorpresa cuando él le habló de su renuncia eclesiástica.

Después de un largo intercambio de ideas e impresiones afectuosas, referente a la vida en Castilla y a la enfermedad que aniquiló a Damián, el ex-sacerdote aprovechó ciertas observaciones más íntimas y sentenció:

- Como bien puede ver, Doña Magdalena, yo nunca podré olvidar a Alcíone, y consciente de que su corazón de madre cariñosa comprende y justifica mis propósitos, debo decir que aquí estoy para reconducirlas al querido hogar paterno... ¿A la señora no le gustaría regresar a Castilla para revivir nuestros tiempos más felices?...

Aquellas palabras eran pronunciadas con tanto cariño que la señora Vilamil sintió lágrimas de reconocimiento y le brotaron de los ojos.

- No sé si Alcíone me perdonará haber procedido en desacuerdo con su punto de vista, pero para mí creo que procedí noblemente. Fui lógico, sincero, coherente, creía.

¿De qué me valdría continuar, sin la imprescindible vocación? Desde que la señora salió de Ávila, inútilmente busqué reposo para mi espíritu atormentado. El ansia de construir un hogar me volvió un obseso permanente. A veces, cuando levantaba la hostia consagrada, me asustaba con las sugerencias de la naturaleza... Mientras el padre Damián me escribía sus exhortaciones, yo me sentía fortalecido para proseguir en la batalla silenciosa; pero verifiqué, después, que sería inútil combatir lo imposible...

La pobre enferma recibía la confesión con una tristeza inexplicable, y, habiendo notado el joven que el corazón maternal se encontraba confuso para responder, prosiguió:

- Si le fuera posible ayúdeme en este paso... ¿Quién sabe si recuperará la salud, regresando conmigo? ¡Si le apetece, podremos residir en las cercanías de Ávila, prepararemos un caserío como aquél donde la señora vivió largos años y que está siempre en sus recuerdos!...

Hablaba como un hijo afectuoso, poniendo en la mirada y en la voz toda la ternura del corazón bien formado. Después de una ligera meditación, la señora Vilamil ponderó, con triste acento:

- ¡Agradezco tus recuerdos! ¡Ah! ¡quien pudiera volver para esperar la muerte, contemplando el cielo de España! El paisaje de Guadarrama nunca saldrá de mi alma...

Y después de enjugar el llanto de la amarga evocación, volvía a decir:

- Esta ciudad parece marcar las horas más terribles de mi destino. ¡Aquí en París conocí, en mi juventud, la pobreza más dura, experimenté la ironía y la crueldad de personas ingratas, perdí a mis cariñosos padres, abracé a mi esposo por última vez! ¡Ahora, en este mismo lugar, encontré la parálisis completa, vi morir al padre Damián

en una situación casi miserable!... Desde que llegué aquí, jamás pude separarme del lecho para hacer una visita a la tumba de mis inolvidables genitores. No sé si estaré condenada, también, a exhalar aquí ni último suspiro... Por mi parte, debo confesar francamente, que estoy ansiosa por volver a España; entretanto, necesito oír a Alcíone que ha sido para mí un verdadero ángel guardián en los días amargos, de necesidad y sufrimiento. Como madre, no me siento con ánimo para inducirla a casarse. Mi hija, ante todo, ha sido para mí una respetable consejera; no sería justo obligarla a aceptar mis ideas, pero puedes creer que yo recibiría el consentimiento de ella con la mayor alegría. Volví a Francia con el propósito de conseguir recursos para viajar a las regiones americanas, pero cuando el padre Damián presentó los primeros síntomas de la enfermedad del pecho, perdí las esperanzas...

Clenaghan estaba más esperanzado. Se sentía plenamente compensado, en lo tocante a las concesiones maternas. El sincero desahogo de Magdalena animaba sus pretensiones. La pobre señora extremadamente abatida, le inspiraba simpatía y enternecimiento filiales. Tal como le ocurrió a su genitora, la hija de D. Ignacio vio llegar, lentamente, la enfermedad del corazón. Sus noches estaban ahora llenas de aflicciones repetidas. Además de las piernas hinchadas por la misma postura en el lecho, se sentía presa de otros síntomas alarmantes. En vano, Alcíone y Luisa preparaban tisanas y aplicaban fomentos, constantemente. La señora Vilamil empeoraba siempre. Ese era el motivo por el cual las observaciones de Carlos le hablaban tan fuerte al corazón.

- Pues bien – añadió el sobrino de Damián, más animado – Dios ha de permitir que la señora encuentre a mi lado la tranquilidad merecida.

- Alcíone decidirá – acentuó la enferma resignada. – Hasta que mi hija diga algo, nada podré decir con carácter definitivo.

La conversación continuó afectuosa, permaneciendo Clenaghan en San Marcelo, a la espera de Alcíone, que regresaba, normalmente, por la noche.

Empezaban a brillar en el cielo los primeros astros, cuando la hija de Cirilo volvió de su faena diaria.

La sorpresa fue demasiado chocante para su alma sensible. Muy pálida, saludó al joven, en actitud de íntima y penosa expectativa. En aquél momento el sobrino de Damián, enfrentándose con su superioridad moral, se sentía acobardado para las explicaciones indispensables. Al principio, la joven creyó que él había venido a París con la sola finalidad de visitar la tumba de su querido tío, para darle el último adiós y valiéndose de alguna autorización especial para llevar a efecto tan largo viaje sin la sotana. Pero, en breves momentos, Carlos, algo indeciso, le notificaba la verdad. Estupefacta, Alcíone indagó:

- ¿Cómo pudiste cometer semejante desvarío?

El joven, algo confuso, intentaba esclarecer:

- Pensé que sería mejor así... Era imposible continuar. El corazón inquieto, desde que llegaste, nunca me permitió recuperar la paz interior. Le pedí a Dios que me inspirase la mejor solución, supliqué ardientemente al cielo un recurso, hasta que el propósito de renunciar al compromiso eclesiástico me entusiasmó.

En lo íntimo, la hija de Cirilo estaba profundamente conmovida con aquella espontánea confesión de franqueza, pero, segura de que el deber espiritual debe ser cumplido hasta el final, recuperó energías para observar:

- Pediste, pero no oraste. ¿Cómo te sentiste tan fuerte para olvidar las obligaciones asumidas, sin considerar la cuestión del propio provecho? ¿Será eso la renuncia cristiana? No creo. Dices que imploraste una

inspiración del Cielo y resolviste el problema alejándote del compromiso; mas yo no puedo admitir, en ninguna hipótesis, que Dios nos dispense de sus trabajos; nosotros somos los que, a veces, oímos la llamada de la naturaleza inferior y abandonamos el servicio divino, en perjuicio de nosotros mismos...

- Sé, Alcíone – dijo humilde – que mi actitud inesperada desagradaría mucho a tu bondadoso corazón. Entretanto, lo que ocurrió es humano y te pido que me perdones por el mucho bien que te deseo... ¡Olvida este error, di que me comprendes y seré feliz!...

La noble criatura, por el tono cariñoso con el que Clenaghan hablaba, comprendió que él deseaba restablecer los antiguos lazos afectivos. Tuvo el sincero deseo de cogerle las manos, tiernamente, confesando sus ansiedades y nostalgias. Ahora él estaba libre. Observándolo, en aquella actitud amorosa, recordó a las jóvenes de su edad, que se presentaban a cada paso, en París, exhibiendo a sus novios. Muchas veces, cuando acompañaba a Susana a ciertas fiestas públicas, le venía a la mente Clenaghan, al contemplar a las felices parejas que paseaban en las plazas y jardines. Y, entonces, sentía frío en el corazón. La propia Beatriz, a los quince años, comenzaba a recibir las visitas afectuosas del novio. La hija de Magdalena miró al joven, fijamente, y tuvo ímpetus de ceder al primer impulso, pero la conciencia le decía que resistiese, que era indispensable atender a Dios por encima de cualquier contingencia humana, y que aún no había cumplido todos los deberes, para que pudiese pensar en su felicidad personal.

Muy sensibilizada por la humilde actitud penitencial del bien amado, replicó:

- No me creas capaz de condenarte por cosa alguna de esta vida. Sólo lamento lo que sucedió, porque es

razonable que te desee en el camino de la fidelidad a Jesús, hasta el fin.

Sinceramente perplejo, el ex-eclesiástico no sabía cómo continuar con la explicación de sus proyectos. La señora Vilamil, no obstante, acudió a socorrerlo, advirtiéndolo:

- Carlos, hija mía, nos facilita la oportunidad de regresar a España.

- Sí – prosiguió el joven – ahora estoy libre y apto para reorganizar mi vida, pero no quiero hacer nada sin oírte. Desde que nos vimos, comprendí que Dios no me podría destinar a otro corazón femenino, que no sea el tuyo. Tomo, por tanto, a tu madre, como testigo de mi afecto puro y debo decir que vine a París sólo para buscarte. Estoy seguro de que crees en mi dedicación y de que nos uniremos para siempre, eternamente felices bajo las bendiciones de Dios.

La joven lo contempló con deseo, y como si se sintiese en uno de los momentos más difíciles de toda su vida, imploró la inspiración de Jesús y dijo:

- ¡Es imposible!...

Clenaghan empalideció. Adivinaba en los ojos de su elegida que la sentencia no venía de su corazón.

- ¿Por qué? – indagó exaltado - ¿Qué puede impedir nuestra felicidad en la Tierra? ¿Soy tan detestable? Desde que te ausentaste he vivido como un loco. La nostalgia y la inquietud comenzaron a blanquear mis cabellos. ¡Volvamos a Castilla, Alcíone! ¡Nos llevaremos a tu madrecita para darle una vida tranquila y feliz!...

Tales palabras sonaban en los oídos de la joven como la dulce armonía de una felicidad inalcanzable. Contempló a la genitora, que parecía esperar su decisión, ansiosamente, pero recordó también el palacete de la Cité, donde su padre no era menos enfermo del alma, afrontando secretos pesares. Recordó las reuniones

evangélicas en que Cirilo Davenport oía las lecciones de Jesús y sus explicaciones como si estuviese recibiendo dulces mensajes del Cielo; consideró las transformaciones de Susana, el cambio de Beatriz, el tierno cariño del viejo Jacques... Su corazón estaba oprimido. Miró al enamorado y esclareció con voz pausada:

- ¡No puedo, Carlos! La felicidad tiene su base en el deber cumplido. Si aún no terminé mi tarea de hija, ¿cómo quieres que asuma nuevas obligaciones?...

Esto lo decía ella deshecha en lágrimas. El sobrino de Damián, lejos de conocer todas las angustias y sacrificios de aquella alma heroica, tomó sus palabras alusivas al deber cumplido como acusatorias de su renuncia eclesiástica y censuró:

- ¿Quieres decir que aún no concluí mis tareas sacerdotales y que deseo un nuevo plan de obligaciones?

Oprimida por verse incomprendida, Alcíone mentalizó la figura del padre Damián, recordó su sinceridad, que llegaba a ser casi dura, y atestiguó que necesitaba de mucha energía para defenderse dignamente en aquél lance. Recobrando la serenidad íntima, en virtud de la poderosa confianza en Cristo, se explicó con sincera bondad:

- Que no terminaste el servicio comenzado, es innegable; pero semejante circunstancia, Carlos, ya entró en el dominio de mi comprensión. Ahora somos como dos criaturas a las cuales se reservó una herencia de felicidad inmortal, bajo la condición de ejecutar determinadas tareas. Infelizmente, no pudiste llegar a la conclusión de la tuya. Toda vez que huimos al designio sagrado de Dios, erramos en el laberinto de la indecisión y de la amargura. ¿No te dolerá el corazón arrebatándome a los deberes que el Padre me destinó? ¿Consideras, entonces, el amor como cosa tan frágil que se despedace en un momento, sólo porque no nos fue dada la satisfacción pasajera de un

capricho sentimental? ¿Dónde colocas la divina unión de las almas? Nuestra concepción debe ir mucho más allá de la alucinada impresión de los sentidos...

El sobrino de Damián y la enferma la escuchaban, profundamente admirados. Alcione se transfiguró, pareciendo que las palabras eran inspiradas de una fuente extraña a la esfera material. Oyendo tantas alusiones a los compromisos, el ex-padre pensó que sus obligaciones espirituales no ultrapasaban el estrecho círculo familiar de la aldea de San Marcelo y objetó humildemente:

- Me inclino ante tus exhortaciones, pero, puedes creer que no abandoné la sotana solamente por la inquietud de los deseos humanos. Es verdad que soy un hombre cargado de imperfecciones, pero también tengo un corazón. Si es innegable que ruego ardientemente tu compañía, no es menos cierto que te deseo tomar bajo mis cuidados afectuosos. ¿Qué te detiene en París, si te veo sobrecargada de trabajos mortificantes? Por un lado, veo a Doña Magdalena presa en un lecho de dolor, separada de ti durante el día y, además, careciendo de nuevos aires; por otro lado, nuestro Robbie necesitando educación. Entre los dos, tú, abatida e inquieta para dar cuenta exacta de tus deberes. ¿No será más justo que atiendas a mis súplicas? Tu genitora estaría atendida con tus constantes y directos cuidados y Robbie ocuparía el lugar de primer hijo en nuestro hogar. Es imposible que Jesús nos niegue la bendición a propósitos tan elevados. ¡Saldrías entonces del laberinto de vicisitudes y responsabilidades de niñera, no necesitarías pensar en los viajes diarios a la Cité en los días de lluvia, ni te angustiarías en una casa ajena por no estar junto tu a madre distante, cuando la tempestad se forma en el cielo! Si puedes, olvida mi pasado de sacerdote y piensa, al contrario, que, con tu permanente inspiración, alcanzaré nuevas fuerzas para ser un hombre digno en las luchas de

la vida. Olvida el mal que yo haya practicado por el mucho bien que podré hacer con tu auxilio constante. ¡Medita en la futura tranquilidad de Doña Magdalena, que se está debilitando a ojos vistos!... ¿Es que ninguno de mis argumentos pueden convencerte?

Tocada nuevamente por la dulce humildad del querido pretendiente, Alcíone lloraba. Él jamás podría saber la intensidad de su angustia. Ella no podría alejarse de París sin lastimar la conciencia. Jesús no la conduciría, sin una finalidad, a la casa paterna, donde la trataban como una hija, aunque con el título de sirvienta con el que se presentaba. En profundas reflexiones, vislumbró en la mirada de la genitora un sincero deseo de alejarse de París para siempre. Le adivinaba los pensamientos más secretos. Pasaron largos momentos, en que se sentía atormentada por terribles indecisiones. Recordó las últimas palabras de Damián, cuando le recomendaba que buscara la ayuda de Clenaghan en los trances más difíciles. Firme, sin embargo, en el propósito de mantener tranquila la conciencia hasta el final de las luchas humanas, enjugó las lágrimas y reafirmó:

- No puedo... Sé lo que mamá ha sufrido en tan largos años de martirio, físico y moral, y espero que Dios nos tienda la mano, para que sus dolores sean aliviados; no obstante, ahora, no me es posible dejar París...

La hija de D. Ignacio hizo un gesto de resignación, respetando, sin discutir, la decisión de la hija. No así, el sobrino de Damián, que dejó aparecer en su mirada una profunda desconfianza.

- ¡Ah! ¡Ahora comprendo – dijo desilusionado – no puedes salir de París! Qué loco fui al presumir que la vida aquí sería lo mismo que en Ávila. Las atracciones parisienses modifican a las criaturas...

Notándole la profunda tristeza, la joven Vilamil experimentó una indefinible aflicción por declararse

abiertamente, revelar la naturaleza de los sagrados deberes que la esclavizaban prisionera, pero la dolorosa verdad moría en su corazón. Herida en sus más nobles sentimientos, encontró fuerzas para murmurar:

- No debes hacer semejante juicio a mi respecto...

Y muy indecisa bajo la mirada indagadora del joven, que la envolvía en una atmósfera de humillación, concluía:

- ¡Escúchame, Carlos! ¡Cuando haya cumplido mis deberes, cuando mi conciencia me permita que piense en mí, iré a buscarte donde estés! Mamá y yo, guardaremos toda nuestra gratitud y confianza en ti. No importa que hayas renunciado al ministerio sacerdotal, porque, entonces, cuando me sienta libre, podremos comenzar una nueva y venturosa tarea.

Clenaghan, entretanto, la escuchaba casi fríamente, con los celos que le envenenaban el corazón. Inquieto por las sugerencias inferiores, cada afirmativa de Alcíone, ahora, le parecía diferente. Tuvo la impresión de que ella se dejaba llevar en París por las promesas de algún hombre criminal e inconsciente. Las palabras “cuando me sienta libre” le sonaban dolorosamente. Se sentía extraño a todo y no podía murmurar sino ligeras evasivas, hasta el momento en que se despidió para volver al hotel.

Alcíone comprendió lo que pasaba con él, pero, aunque afligida, llamó a Luisa para los servicios de cada noche, relativos al tratamiento de su madre y cumplió, rigurosamente, la programación del hogar. Magdalena Vilamil se envolvió en un velo de silenciosa tristeza. Entonces, haciendo lo posible para disimular las amarguras íntimas, la joven procuró deshacer el ambiente pesado, pidiendo a Robbie que tocara alguna cosa, mientras leía a la enferma ciertas páginas de su predilección.

Al día siguiente, por la mañana, salió de casa como de costumbre, a fin de esperar el carruaje del Sr. Davenport, en la pequeña plaza, frente a la iglesia más próxima. Un carruaje le seguía, discretamente, sin que ella lo supiese. Era Carlos que, informado el día anterior por Magdalena, de los privilegios y atenciones que la hija disfrutaba en la casa donde servía, decidió no dejar París sin una prueba del singular cambio que injustamente atribuía a la criatura preferida. Cada pormenor de la conversación con la señora Vilamil, en el día anterior, se le grababa indeleble en el corazón. ¿Por qué motivo no esperaba ella el carruaje a la puerta de casa? No había necesidad de caminar casi un kilómetro para encontrar el vehículo. Preocupado con esa primera observación, reparó en el elegante carruaje que Alcíone tomó, en breve trecho. La suntuosidad del vehículo le pareció excesivamente inadecuada para la joven humilde de los tiempos pasados de Ávila. La siguió más o menos de cerca, hasta que llegó al destino. La vio descender y recibir con evidentes muestras de satisfacción el abrazo acogedor de un hombre que la esperaba junto al rico portón de acceso al jardín. Consideró el palacete de líneas nobles, a pocos pasos distantes de su carruaje de alquiler y, dando oídos al despecho venenoso, concluyó que Alcíone ya no era aquella criatura amable y cariñosa que repartía costuras en las calles empedradas de la ciudad donde se habían encontrado y embelesado de sublime y santo idealismo. Perplejo, alimentando mil ideas erróneas, decidió huir el mismo día, de la capital francesa, llegando al Havre, de donde no le sería difícil el retorno a España.

Teniendo que volver a la aldea de San Marcelo, procuró despedirse de Magdalena.

Cuando le anunció la intención de regresar, la pobre señora no ocultó la amarga sorpresa:

- No puedo creer que vuelvas tan deprisa – afirmó con bondad.

- No se preocupe por eso – exclamó el joven fingiendo tranquilidad – no vine con la intención de demorarme. Tengo algunos amigos que me esperan en el Havre, en estos días.

La resignación de la enferma, aliada a su profundo abatimiento, le inspiraba sincera preocupación, pero no podía soportar la burla de la que se creía víctima.

- Alcíone va a sentir mucho tu repentina partida.

Carlos sintió que el corazón se le descompasaba en el pecho y respondió:

- Puede ser que no. De cualquier modo, sin embargo, la veo satisfecha y esto me conforta el espíritu. Deseaba mucho volverlas a llevar a nuestra lejana tierra, pero reconocí que la providencia no es más posible, por importuna que sea.

Magdalena hizo un gesto triste, murmurando:

- He deseado, ardientemente, salir de París, pero mi hija no está de acuerdo y yo creo que tendrá poderosas razones para eso.

- Pero, ¿qué razones serían esas? – preguntó Clenaghan exaltado.

- Desconfío de que mi médico desaconseja la medida, por cuanto, hace mucho, vengo presentando síntomas de grave afección cardíaca... Veo que Alcíone me oculta ese detalle, cariñosamente, pero, debo decir, que eso no me asusta. He sufrido demasiado para disputar una longevidad improductiva.

Carlos no concordó, íntimamente atribuyendo las palabras de la pobre señora a simple fruto del cariño maternal. Después de una larga pausa, deseando reforzar la nociva actitud mental, preguntó:

- ¿Alcíone fue siempre bien tratada en la casa donde trabaja?

- Sí – confirmó Magdalena, convencida. – Luchamos terriblemente, en los primeros días en París, ya que había enfermado el padre Damián, pero, desde que mi hija se empleó en la Cité, nunca más sufrimos ninguna necesidad. Con su salario, no solamente fueron atendidos los gastos domésticos, sino que también tuvimos la alegría de saber que nada le faltó a nuestro viejo amigo.

- Y la señora está informada al respecto de esa familia que contrató sus servicios de niñera.

- Se trata de un rico negociante de tabaco – informó la interpelada, atentamente (1)

- ¿Y la señora nunca visitó a esa gente?

- Nunca, hasta ahora. Desde hace mucho tiempo estoy deseando visitar la casa que acoge a Alcíone como a una hija; entretanto, estoy esperando la mejoría que me permita hacerlo.

El joven se calló. Quiso manifestar a la enferma la venenosa desconfianza que lo consumía, exteriorizar todo el rencor que le fluía del espíritu despechado, pero la dulce resignación de Magdalena Vilamil, presa al lecho en aquél estado, le inspiraba un sagrado respeto. Era necesario tener un corazón muy cruel para quitar la última partícula de esperanza y tranquilidad de aquella sufriente alma de madre sacrificada.

Con un extraño brillo en los ojos, el sobrino de Damián volvió a decir:

- ¿Dónde está Robbie? Quiero abrazarlo antes de partir.

(1) Obligada por las circunstancias, la joven Vilamil nunca proporcionó a la genitora el nombre exacto de la familia a la que servía. – **Nota de Emmanuel.**

La hija de D. Ignacio percibió en esas palabras la profunda contrariedad que absorbía el interlocutor, comprendiendo cuánto le amargaba la firme actitud de Alcíone, con relación al deseado regreso a España, y esclareció confortada:

- En estos momentos Robbie debe estar en la iglesia de San Jacques de Paso Alto, realizando los trabajos de limpieza que el padre Amancio le confió.

Y como notó que Clenaghan se disponía a partir en deplorable estado de espíritu, la pobre señora adujo:

- ¡No te vayas queriendo mal a Alcíone, Carlos! ¡Puedes creer que mi hija nunca olvidó tu bondad fraternal y tu sublime afecto! ¡Es muy posible que, en el fondo, ella desee partir en busca de la felicidad, junto a tu corazón, pero, tal vez por mi causa sacrifica sus más queridos deseos! ¡Conozco su espíritu de sacrificio! ¡Soy testigo silencioso de sus luchas en esta casa, donde su dedicación es nuestro manantial de bendiciones!...

El ex-sacerdote, sin embargo, estaba obcecado por los celos. Llevaba negras gafas en los ojos exacerbados de la imaginación y no prestó la mayor atención a lo que le fue dicho, continuando inalteradas las propias sospechas. Con la mirada fija, como ajeno al ambiente, se despidió de Magdalena, quien lo recomendó a la protección divina. Horas después, abrazaba a Robbie, por última vez, tomando rumbo al norte, de regreso a Ávila, profundamente desdichado.

Por la noche, Alcíone fue informada de la precipitada decisión del joven.

- Carlos me pareció bastante abatido y desesperado – afirmaba la genitora – y lamenté sinceramente verlo en tan penosa circunstancia.

La joven, con expresión de indefinible tristeza, acentuó:

- Jesús ha de proporcionar a su corazón aquello que actualmente no le podemos dar.

- ¿Cuál será el motivo – preguntó la enferma con interés – que le hace sufrir tanto al pobre Clenaghan? ¡Él es joven, inteligente, lleno de posibilidades y, no obstante, de aquí salió como si fuera un paria de la suerte!...

- ¿No crees – aventuró Alcíone con un gesto significativo – que sea eso la primera consecuencia de su renuncia al voto contraído? Clenaghan, para nosotros, es una criatura muy amada, pero, no por eso, podemos librarlo de la red de amarguras y tentaciones que constriñen a la criatura cuando se evade de sus más sagrados deberes. Sigo pensando que una conciencia pura es el mejor tesoro del mundo. En las mejores posiciones terrenas el hombre será positivamente un desventurado, sin el refugio de ese santuario interior, donde Dios nos habla, consolando y esclareciendo, en su infinita misericordia...

La enferma se puso a meditar en esas verdades sublimes, mientras la hija, adivinando la onda de preocupaciones acerbas que ahogaba al ser amado, se retiraba para orar en silencio, para disminuir las propias amarguras.

Dentro de las vibraciones poderosas de su fe, Alcíone pareció consolada, buscando en las tareas ingentes de cada día el olvido de las penas amargas.

No habían pasado muchos días del incidente, cuando Magdalena Vilamil comenzó a presentar síntomas de una acentuada debilidad. La enfermedad del corazón no se limitaba, ahora, a síntomas intermitentes. Surgían las dismnesias nocturnas, que le reavivaban los recuerdos de los últimos días de su madre, en la vieja casa de San Honorato. Con el rostro triste, angustiado, contemplaba a la hija, como anunciándole el próximo final. Pasaba las noches hablando de las experiencias de la vida, de las

necesidades de Robbie, de la gratitud debida a la bondadosa sirvienta, dando a entender que se preparaba animosamente para la gran jornada. Alcíone oía todo con lágrimas de amor filial. Comprendía la gravedad del mal y disimulaba el pronóstico médico, pensando confiante en mejorías futuras. Aun así, no conseguía arrebatarse a la cariñosa genitora de la tristeza que le ensombrecía el semblante.

Una noche en que las tisanas caseras no atenuaban la dolorosa aflicción, Magdalena llamó a la hija y habló francamente:

- Alcíone, algo me dice al corazón que me reuniré con tu padre, brevemente...

- ¡Ahora, mamá – exclamó la joven, solícita – combatamos la tristeza! Tengamos confianza, Dios oírán nuestras oraciones.

Y dosificando cada palabra con la miel de los cariñosos consuelos, continuaba:

- Cuando puedas viajar, volveremos a España. Vi que entrísteciste cuando rechacé la propuesta de Carlos; pero, tratándose de tu salud, es otra cosa. Piensa en que tendremos nuevamente un clima reparador y no te preocupes por los disgustos que aquí paso. La mano de Jesús nos trazaré el camino.

Oyendo sus palabras de confort y piedad filial, tomó la delicada mano de la hija y la selló con un beso, añadiendo:

- ¡No te mortifiques, hijita! Jamás dudaré o perderé la confianza en Dios; antes continuaré esperando todo del Padre misericordioso que nos acompaña allá en los Cielos; mas creo, también, que la resistencia física, después de más de veinte años de enfermedad, va llegando a su término... Estas disneas no pueden engañar.

Después, fijando la mirada enternecida en los ojos de la hija afectuosa, proseguía melancólica:

- No te enfadarás conmigo si te dijera que estoy muy nostálgica. Desde que Cirilo se fue, nunca más sentí el placer de la vida... Reconozco, con todo, que el Señor ha sido magnánimo, concediéndome ayudas inesperadas. Basta recordar que mi pobre esposo murió en el mar, mientras yo me veía socorrida en un océano de lágrimas, por tu amor. Tu cariño ha sido mi santo consuelo, iluminado refugio sobre la Tierra... ¡Jesús te concederá todo lo que no te pude dar en mi pobreza de madre!...

La joven oía sus cariñosos conceptos, con el corazón oprimido. Nunca su madre le pareció tan triste, jamás se quejó así, en cualquier otra circunstancia pasada. Entonces, comenzó a sollozar, pero la enferma, acariciándola con ternura, prosiguió:

- No llores... Para este momento nos hemos preparado desde tu infancia... No sé qué día tendrá marcado el reloj de la eternidad mi último aliento en este cuerpo; pero nosotras dos somos conscientes de que la vestimenta carnal es también una ilusión. Estoy segura de que Jesús me restituirá la compañía de Cirilo, para siempre. Te rodearemos, entonces, con nuestro afecto y te esperaremos en un mundo más feliz, donde no haya lágrimas ni muerte. Si pudiese, me quedaría contigo, a fin de partir juntas; pero, algo me dice que no podré realizar este deseo. Si no fuese por tu cariño y las necesidades de Robbie, creo que partiría sin ningún otro lazo... ¡Tengo, no obstante, la conciencia tranquila, aunque no pueda evadirme a estas preocupaciones! ¡Si muero de un instante a otro, entrego a nuestro Robbie a tus cuidados! Él es una criatura caprichosa, difícil de educar, mas no tengo que repetir recomendaciones que ya conoces.

Ante tanta resignación, Alcione sentía cierta dificultad para eludir la triste realidad, en el intento de confortar el corazón materno, pero, aun así, luchando por mostrarse con esperanza, habló con ternura:

- ¡Confíemos en Dios, por encima de todo! Mamá, has estado muy sola, pensando constantemente en la muerte. Siento que nuestra casa necesita alegría. Anímate para nosotros. Voy a pedir permiso temporal para quedarme a tu lado, y con un sueldo de emolumentos que tengo que recibir, vamos a comprar un clavicordio. ¿Quién sabe si la música que siempre te gustó no mejora nuestro ambiente?

La señora Vilamil intentó sonreír, diciendo:

- Tus sacrificios ya son muchos.

- Mañana mismo pediré a los padres de Beatriz que me ayuden en la adquisición. No ha de ser difícil. Recordaremos nuestro antiguo repertorio español y creo que sentirás mucha satisfacción en revivir esos recuerdos.

- Sí, seguramente nos sentiremos transportadas a Castilla, donde, tantas veces, encontramos la felicidad en las cosas más sencillas...

Observando el consuelo que el asunto producía, la cándida Alcione prosiguió:

- ¡Ah! Qué satisfecha estoy viéndote confortada con este proyecto. Tendremos muchas ventajas con esa compra. Vas a experimentar un nuevo ánimo y Robbie, a su vez, podrá tener mi cooperación, nuevamente, en sus estudios domésticos. Y después, cuanto mejores, pensaremos, seriamente, en el traslado, buscando un clima mejor, donde puedas ponerte buena.

La enferma se mostró más consolada con las palabras cariñosas de la hija y consideró:

- Tu plan me reconforta por la ternura que traduce y ruego a Dios te bendiga tanta bondad. Ahora, sin embargo, quiero hacerte dos peticiones, dadas mis preocupaciones.

La hija demoró en ella la mirada inteligente y respondió conmovida:

- No debes pedirme cosa alguna y sí mandar siempre.

- Pues desearía – dijo algo vacilante – que me llevases al cementerio, a fin de orar en la tumba de mis padres, para satisfacer una vieja aspiración de mi alma. No podré arrodillarme junto a las tumbas, pero tal vez consiga llevar hasta allá, cargada en la poltrona, igual que cuando visité al padre Damián por última vez...

La joven no conseguía ocultar la impresión de tan penosa sorpresa.

- La otra cosa que deseo – continuó confiante – es que traigas hasta aquí a la señora a quien sirves y que ha sido tan generosa contigo, para pedirle maternal amparo por tu juventud, en caso de que muera más pronto, como presiento.

Alción procuró no mostrar en el rostro la extraña emoción que experimentaba. Magdalena quería dos cosas inadmisibles. Pero, después de romper el patrón de tranquilidad de la querida enferma, concordó en estos términos:

- Tan pronto te encuentres más fuerte para viajar en carruaje, iremos a la tumba de mis abuelos, pero pienso que, mamá, no debes afligirte por eso. ¿Qué es, mamá, la tumba sino un montón de cenizas? En cuanto a la genitora de Beatriz, la traeré a San Marcelo en la primera oportunidad. Espero, sin embargo, que estés descansada en la fe en Dios. Reposemos la mente en la inagotable bondad divina. Es cierto que tenemos muchas y grandes necesidades, pero el Altísimo tiene de todo para darnos y solamente espera que sepamos comprender su misericordia.

La enferma se calló, confortada. La joven, no obstante, se confiaba a Jesús en fervorosas oraciones. ¿Cómo solucionar el delicado problema? No encontraba recursos para atender mentalmente a la oscura cuestión,

pero contaba con el socorro de Cristo en el momento oportuno.

Al día siguiente, tímidamente, se dirigió a Cirilo, hablándole recelosa:

- Sr. Davenport, espero que no me lo lleve a mal si le pido un gran favor...

- ¡Di, sin temor, hija mía! – respondió el jefe de la casa con respetuosa inflexión. – Podrás disponer de mí en cualquier circunstancia.

Ella mostró un gesto de reconocimiento y continuó:

- Es que mi madre, a pesar de encontrarse enferma, le gusta muchísimo la música y, desde un tiempo a esta parte, la veo excesivamente triste. Entonces, pensé en pedirle un adelanto sobre mi sueldo, a fin de comprar un clavicordio de segunda mano. Creo que eso reavivará el ánimo de la pobre enferma.

Cirilo Davenport la escuchaba conmovidísimo.

- Con mucho placer – respondió, solícito – y si quieres yo mismo me ocuparé de la compra.

- No, no – atajó la joven, temiendo que le pidiese la dirección – el señor no necesitará preocuparse. El padre Amancio, en San Jacques, me hará ese favor. Es una persona entendida y no hará una adquisición muy cara.

Cirilo la contempló admirado con aquellas reiteradas pruebas de humildad y concluyó:

- Esperaré, entonces, a calcular los gastos y puedes estar segura de que tengo en eso una gran satisfacción.

Ella iba a referirse al plan de cómo pagarle, pero el interlocutor se anticipó diciendo:

- No pienses en pagos. Hace mucho que Beatriz me pidió un instrumento de esos para que lo guardases como prueba de nuestra amistad. ¿No será esta la ocasión de satisfacerla?

Alcione se alegraba de encontrar tanta generosidad.

No se pasaron muchos días y la casita pobre, de San Marcelo, se impregnaba todas las noches de maravillosas melodías. La enferma amada se sumergía en ondas de sonoridad divina, encontrando tiernos consuelos para las largas penas. Robbie también percibió que su madre adoptiva no estaba lejos del final fatal. En esa angustiada perspectiva, imprimía al violín acordes de profunda belleza, traduciendo nostalgia y sufrimiento indefinibles. Alcíone, a su vez, se mostraba incansable en el cariño dispensado a la enferma idolatrada. Cada noche eran recordadas viejas arias castellanas, antiguas melodías de la juventud de su madre, que la hija de D. Ignacio escuchaba entre lágrimas de profunda emoción. Para Magdalena, la ternura de los hijos era una gloriosa compensación del mundo a sus martirios innominables de esposa y madre.

- Tengo la impresión, hija mía – decía con una sonrisa de sincera conformidad – que nuestra casita se transformó en un templo. Estoy casi convencida de que dispongo, ahora, de la estación religiosa, desde la cual podré partir para la vida espiritual.

La hija multiplicaba las expresiones confortadoras y las cariñosas melodías vibraban en el aire, transportando a la enferma a sublimes estancias de puro gozo espiritual.

Así pasaron semanas, entretenidas, hasta que un día Magdalena mostró una debilidad general. Muy asustada, Luisa esperaba a Alcíone con angustiada ansiedad. Robbie, sin embargo, cuando llegó del trabajo buscó el socorro del médico que la asistía. La enferma estuvo sin sentido algunos minutos y, a continuación, sucesivos dolores le causaban un verdadero tormento.

Por la tarde, como de costumbre, Alcíone volvió al hogar, experimentando una dolorosa sorpresa con la gravedad del caso. Abrazó a la madrecita, sin poder contener las lágrimas.

- ¿Qué pasó, mamá?

Percibiendo la aflicción que se reflejaba en su mirada afectuosa, la enferma procuró tranquilizarla:

- ¡Creo que no estoy peor!... Tal vez sea alguna perturbación del estómago. Además, nunca me sentí tan bien como en las últimas semanas.

El corazón filial, sin embargo, adivinaba en aquellos ojos hinchados un esfuerzo supremo para tranquilizarlo. Ambas estaban convencidas de que el fin se aproximaba. La joven hizo todo lo posible para renovarle las fuerzas con palabras de ánimo, murmurando a continuación:

- Supongo que, en estos días, podremos ir al cementerio para visitar la tumba de nuestros entes queridos, como tú deseas. ¡Anímate, mamá! Piensa en los paseos que te gustaría hacer, piensa en la salud y verás que los dolores desaparecen.

Entretanto, en aquél momento, era la genitora la que se esforzaba por consolar a la hija angustiada.

- Ahora, hijita – objetaba con una sonrisa forzada - ¿qué haría en el cementerio? ¡No sé dónde tenía la cabeza, cuando pensé y desee conocer la tumba de papá, visitando igualmente la de mamá!... Con el paso de los días, fui pensando mejor y acabé comprendiendo que era incluso un capricho extravagante. Nuestros amados no deben estar allá, envueltos en un montón de lodo. Llegué incluso a soñar con mamá explicándome la impropiedad de mi deseo, afirmando que su corazón está conmigo, junto a mí, fortaleciéndome en las pruebas en curso...

Alción la oía confortada y sorprendida. La señora Vilamil hizo una pausa más larga, debido a la dismnesia, y prosiguió con fatiga:

- Espero, sin embargo, que Dios me ayude a realizar el otro deseo. ¿Cuándo piensas que vayamos a visitar a tus patronos?

Alción hizo un gesto indefinible y aseveró:

- Los padres de Beatriz, según creo, no tardarán en venir...

- Aunque sea así, quiero agradecerles el bien que nos han hecho, ayudándonos en nuestras dificultades en París.

La llegada del médico, en compañía de Robbie, interrumpió el diálogo.

El facultativo examinó a la enferma con minuciosa atención, formulando conceptos optimistas que Magdalena acogía con una sonrisa melancólica, pero, al retirarse, llamó a Alcíone en particular, diciéndole con gravedad:

- A pesar de nuestros esfuerzos y de tu valiosa dedicación, mi buena señorita, tu madre está llegando al final de la vida.

La joven no conseguía articular palabra, angustiada por la dolorosa sorpresa, mientras el viejo médico proseguía:

- Cualquier medicación no dejará de ser un paliativo destinado a mantener la poca vitalidad que le queda. Por mis conocimientos y larga práctica, digo que ella puede expirar de un momento a otro; pero, en la mejor de las hipótesis, no durará más de un mes...

Mientras la desolada Alcíone enjugaba las lágrimas discretamente, el médico procuraba animarla, diciendo:

- Procura entregar el caso a Dios. No te martirices con la idea de perderla, porque la parálisis de tu madre es uno de los casos más angustiosos que conozco, desde hace muchos años, en mi clínica. Doña Magdalena ha sufrido heroicamente, no sería justo perturbar su corazón en estos días en que se anuncia el término de largos padecimientos...

Alcíone lo miró con agradecimiento, murmurando:

- El señor tiene razón.

Al día siguiente, la joven Vilamil llegó al palacete de la Cité, mostrando una profunda tristeza. Con los ojos hundidos, muy pálida, esperó que Susana se levantara, y, cuando la actividad doméstica comenzó su ritmo habitual, la llamó en particular, y le dijo:

- Señora Davenport, desgraciadamente la situación en que me encuentro me obliga a importunarla con una petición de permiso por algunos días. Creo que a mi madre no le queda más de un mes de vida... Ayer sufrió la primera crisis cardíaca más grave, y el médico me dijo que sus horas están contadas...

La hija de Jacques se compadeció sinceramente de la niñera de Beatriz, por la conmoción y humildad con que le confiaba la amargura de su hogar, y respondió con amistoso interés:

- Sin duda. Es cuestión de que permanezcas al lado de tu madre, por el tiempo que sea necesario. Tienes solamente un hermano adoptivo, ¿no?

- Sí – dijo la joven, deseando conocer la intención de la pregunta.

- En este caso, podré llegar a un acuerdo con Cirilo, y tu madrecita, si lo crees conveniente y útil, que venga a nuestra casa. Como sabes, tenemos muchas habitaciones desocupadas. Con esto no estoy considerando el tiempo que faltes a tu trabajo, incluso porque, hace mucho, pretendía ofrecerte alguna oportunidad de reposo en lo que concierne al tratamiento de la enferma. De antemano, estoy convencida de que Cirilo se alegraría mucho con esta resolución. Aquí, en la Cité, los recursos son más fáciles y tu madre sería también una enferma nuestra...

La hija de Magdalena se alegró con tanta afabilidad, viendo el poder generador del Evangelio sobre aquella alma, y respondió conmovida:

- Puede creer, señora Davenport, que mi madre y yo le estaremos eternamente agradecidas por sus amables

cumplidos; sin embargo, mi genitora no podría dejar nuestra casita. Sería imposible transportarla...

- Ya que es así – explicó Susana atenta – te llevarás contigo una de nuestras criadas para ayudar en el trabajo necesariamente aumentado en estos trances.

- Se lo agradezco mucho, señora, pero nosotras tenemos una vieja criada de confianza, que se encarga de todos los servicios. La señora puede estar tranquila.

Susana, sin embargo, deseando exteriorizar, de cualquier modo, el deseo de ser útil, buscó una centena de escudos, colocándolos en las manos de la niñera, murmurando:

- Entonces, toma este dinero. Tal vez tengas algún gasto imprevisto.

Alcióné aceptó, emocionada, y, cuando pretendía retirarse, la dueña de la casa preguntó solícita:

- ¿Y tu dirección? Antes de que te vayas deseo saberlo, para que Beatriz pueda ir de vez en cuando y nos traiga noticias.

- Nuestra casita – esclareció la hija de Magdalena disimulando el compromiso – no tiene una característica con que se pueda identificar, pero la señora puede estar tranquila que yo vendré por aquí siempre que me sea posible y, en el caso de que suceda cualquier cosa más grave, no dejaré de avisarle.

Una vez más, Susana se preocupó con las evasivas de la joven, en ese particular, pero no hizo ninguna objeción. Todos los familiares se interesaron por el caso y procuraron expresar deseos sinceros de solidaridad y feliz desenlace.

Alcióné se marchó apresuradamente hacia el barrio de San Marcelo, entregada a penosas meditaciones. Observó en Susana un sincero deseo de aproximarse. ¿Qué ocurriría si los Davenport descubriesen su residencia? Desgraciadamente el estado de la genitora no

le permitía pensar en la posibilidad de trasladarse a alguna aldea lejana. Rogaba a Dios el socorro divino de su bondad en las inquietantes expectativas que asaltaban su espíritu. Se prometía a sí misma volver siempre a la Cité, para desviar de la segunda esposa de su padre la idea de visitar San Marcelo, cuyas consecuencias serían demasiado dolorosas para todos. De vuelta al hogar, vio que la querida enferma no tuvo ninguna mejoría. Hizo lo posible para disipar los pensamientos que la torturaban, entregándose a la tarea de enfermera cariñosa, con todos los desvelos del corazón.

Los días pasaban con atroces expectativas. La señora Vilamil tenía pocos minutos de reposo, para volver luego a las disneas angustiantes. De vez en cuando, venía el médico y daba ánimos a la enferma con palabras amigas, moviendo, sin embargo, tristemente la cabeza, cuando se veía a solas con la hija, para comentar la situación.

La pobre joven no sabía cómo atender a la complejidad de los problemas torturantes. Cada tres días, acudía a la Cité, donde, exhibiendo los ojos hundidos y un considerable cansancio, procuraba tranquilizar a los Davenport. Ante las interrogaciones afectuosas de Cirilo, o de Susana, alegaba que la enferma estaba mejor y más fuerte, ansiosa por quitarles la intención de la visita.

La situación, sin embargo, era otra. La hija de D. Ignacio, al cabo de tres semanas, presentó los síntomas inequívocos de la muerte. El facultativo recomendó el último socorro de la religión. Deshechas en lágrimas, seguida de Robbie que no sabía cómo disimular el inmenso dolor, Alcione pidió la asistencia del padre Amancio, dadas las relaciones de amistad. Magdalena Vilamil se confesó, recibió religiosamente las bendiciones de la extremaunción. El viejo párroco de San Jacques del Paso Alto le dirigió palabras de fe y consuelo, que la noble señora recibió con serenidad.

Pero, no obstante a la firmeza de sus principios religiosos, no conseguía librarse de la amargura a la separación de la hija y de Robbie, los dos cariños que le habían sustentado el alma sufriente, por largos años de pruebas atroces. En aquella noche que seguía a las últimas providencias religiosas, la agonizante parecía más lúcida. Sus ojos habían adquirido un brillo diferente. Decía ver paisajes extraterrestres, que la criada creía que eran alucinaciones.

Mientras Robbie sollozaba bajito, en el quintal, Alcíone se aproximó al lecho y preguntó, como acostumbraba a hacer todas las noches:

- Mamá, ¿prefieres ahora la lectura?

La agonizante tenía el rostro bañado en sudor. Y mientras la hija le enjugaba la frente, respondió en su aflicción:

- Hoy, hija mía, me gustaría que leyese el Nuevo Testamento, el capítulo de la Pasión.

Sofocando las dolorosas impresiones, la joven tomó el libro y leyó lentamente, observando el profundo interés maternal por la triste narrativa del pasaje de Jesús en el Huerto.

En esa noche, por más que se esforzase, Alcíone no conseguía hacer el comentario. Con inaudita dificultad, contenía las lágrimas que tenía a flor de los ojos. La enferma la interrogó con la mirada muy lúcida, y ella respondió besándola:

- Hoy estás fatigada. Mis palabras podrían incomodarte... Además, quiero prepararte unas gotas calmantes para el sueño necesario.

La agonizante pareció conformarse y preguntó:

- ¿Dónde está Robbie?

La joven fue a buscarlo inmediatamente. Pedido por ella, el jovencito enjugó el llanto, se compuso la fisonomía como pudo y corrió a la cabecera de la madrecita

adoptiva. Magdalena le dio la diestra muy pálida, que él besó enternecido; pero notando su abatimiento externo, la nariz afilada por el dolor de la agonía, las uñas amarrotadas, los ojos brillantes de los últimos momentos, no pudo atender a los ruegos de la hermana y se arrojó de rodillas, sollozando convulsivamente. La señora Vilamil miró a la hija como rogando ayuda y, pasando la mano delgada y temblorosa por su cabeza, preguntó:

- ¿Por qué lloras así, hijo mío?

Alción procuraba levantarlo con delicadeza, pero Robbie, deseando desahogarse con la enferma, que siempre lo trataba con ternura de madre, murmuró llorando:

- ¡Ah! ¿Qué será de mí si mueres?

- ¿Qué es eso, Robbie? – habló Alción con afectuosa energía – pues mamá está enferma y cansada ¿a ti no te da pena de verla con tanta necesidad de morir?...

Magdalena sonrió tristemente, mostrando que deseaba consolarlo, y dijo con esfuerzo:

- Dios es Padre, hijo mío, y nunca nos separará en espíritu... La muerte aniquila el cuerpo, pero el alma es indestructible... No llores así, porque esa actitud demuestra falta de confianza en el Todopoderoso...

- Sé que no me olvidarás – dijo el joven conmovido – y que, si partes, pedirás por mí, allá en el cielo... Pero ¿por qué no muero en tu lugar, si vivo tan ofendido en este mundo? Sin ti, ¿cómo soportaré las ironías de la calle y las duras burlas de aquellos mismos niños confiados a mis cuidados para los servicios de la música, en la iglesia?

Y viendo que Magdalena miraba a la hija, como inculcándole ser su sustituta, en el futuro, Robbie reclamaba con voz llorosa:

- Alción trabaja fuera el día entero, nunca tendrá tiempo para oírme... Luisa no me puede comprender. Si tú te vas, la casa queda vacía, sin nadie...

La hija de D. Ignacio dejó escapar una lágrima.

- Si Dios me llama, Robbie, recuerda que estaré aquí cuidándote en espíritu... Seguiré tus trabajos con el mismo interés, cuidaré de tu salud, te daré fuerzas para oír las ingratas palabras del mundo, mientras sirvas al Todopoderoso...

Alción valoró la angustia materna y, abrazándose al hermano adoptivo, observó:

- ¡Vamos, Robbie! Estás muy nervioso. Luisa te llevará un tranquilizante cuando te acuestes. ¿Quién te ha dicho que mamá va a morir? ¿No crees que es una ingratitud atormentarla con estos pensamientos lúgubres?

El muchacho atendió y se retiró amparado por la hermana, restregándose nerviosamente los ojos.

Alción regresó al cuarto de la enferma para deshacerse en cariños. A menudo le pasaba un pañuelo por la frente para enjugarle el abundante sudor. En cierto momento, Magdalena Vilamil pareció sosegar. A la dismnesia le sucedía una relativa tranquilidad. En fervorosas oraciones, la hija observó, sin embargo, que los ojos los tenía desfigurados, como si tuviera mucha fiebre. La agonizante parecía delirar de alegría. Comenzó un período de perturbación, natural en muchos casos de desprendimiento, en el cual la señora Vilamil no sabía si estaba en la Tierra o en otro lugar.

- ¿Por qué os demoráis tanto, padre? – insistía preguntando, dando a entender que le hablaba a una sombra.

- ¿A quién te refieres, mamá? – dijo Alción impresionada.

- El padre Damián está aquí... ¿No lo ves?

Y mirando ansiosa hacia un rincón del aposento, la agonizante preguntaba:

- ¡Ah! ¿quién eres?

Pero, casi al mismo tiempo, con los ojos desmesuradamente abiertos, decía:

- ¡Mi madre!... ¡Mi madre!...

Alción le acompañaba en el llanto, rogando a Jesús les enviase el socorro divino de su misericordia.

Después de un momento, la hija de D. Ignacio volvía a decir:

- Mi madre vino a interpretar, para nosotros, la lectura evangélica... Sí, todos nosotros tenemos un jardín de agonías, que atravesaremos a solas, con el esfuerzo valeroso de la fe... todos tenemos un camino doloroso y un calvario... pero, además de todo eso... la criatura de Dios encontrará la resurrección y la vida eterna...

La joven, que la oía entre lágrimas, no dudó de la visita espiritual de la que era testigo. Pasados algunos instantes, siempre dando a entender que recibía la voz de lo invisible, la agonizante volvió a interpelar a las sombras:

- ¿Y Cirilo, madre mía? ¿Por qué no vino en su compañía?

La fisonomía de Magdalena se iluminó de alegría.

- ¿Mañana? – gritó la enferma desvariada de júbilo.

Enseguida, mezclando las impresiones espirituales con las del plano físico, decía a la hija, sorprendida:

- ¡Tu padre llegará mañana! ¡Me siento mejor, hija mía!... ¡Nuestro cuarto está lleno de luces!... Mi madre dice que llegó el momento de mi cura y que mañana partiré con ella, al atardecer...

La joven se estremeció. ¿Su padre vendría al día siguiente? ¿Cómo interpretar semejante afirmativa? ¿Se trataría de una expresión consoladora o de una promesa justa del plano espiritual? Profundamente asustada, pedía a Dios le iluminase la razón para entender su divina voluntad.

Desde esa hora, Magdalena, semi-inconsciente, daba la impresión de prepararse para el mañana jubiloso.

- Vamos, hija mía – decía inquieta – abre la maleta grande y trae los dos cuadernos grandes de anotaciones de tu padre, la vieja Biblia y el libro de oraciones...

Alción se sentía obligada a obedecer maquinalmente. Minutos después, los pequeños recuerdos de Cirilo estaban alineados sobre la rústica mesa, al lado de las drogas medicinales. Sólo entonces, cuando los vio a todos, envolviendo uno a uno en una deliciosa mirada, consiguió entrar en una suave somnolencia, como quien reposa después de cumplir un sagrado deber. Alción, sin embargo, continuó vigilante, segura de que la madrecita amada vivía en la Tierra los últimos minutos. Por la madrugada, volvieron las crisis. Magdalena abandonaba el cuerpo, lentamente, entre dolorosas disneas y visiones del mundo espiritual, que le dejaban el espíritu medio confuso. Por la mañana, dos vecinas solícitas vinieron a ayudar en los quehaceres domésticos. Alción, siempre colocada a la cabecera de la madre, que continuaba hablando en voz alta, proseguía orando en silencio, implorando la intervención de Jesús en el luctuoso trance.

Volvemos ahora al palacete de la Cité, donde, no obstante las informaciones tranquilizadoras de la niñera de Beatriz, reinaba cierta inquietud por su prolongada ausencia. Todos sentían su falta, no en el trabajo propiamente dicho, sino en la asistencia que su corazón dedicado sabía proporcionar a cada uno. El culto en el hogar, sin su presencia, parecía desprovisto de las luces ardientes que caían sobre los textos aparentemente oscuros, dilatando confortadoras y divinas inspiraciones.

En la víspera de aquél mismo día en que la joven esperaba el fallecimiento de la genitora, los Davenport

comentaban, durante el almuerzo, su demora, cuando Susana obtemperó:

- Alcione estuvo aquí hace cinco días. Nos tranquilizó sobre el estado de la enferma, pero yo tengo la necesidad de visitarla, de cualquier modo.

- Muy bien – respondió Cirilo muy atento – yo también me desperté hoy con la idea de hacer lo mismo. Podremos entonces hacerlo mañana.

- ¿Y la dirección? – dijo la señora – hasta hoy, por más que me esforcé, no conseguí obtenerla. Cuando lo solicito, Alcione se perturba y, por eso, hace mucho que dejé de expresarle el sincero deseo de aproximarme a los suyos.

- Es la timidez natural – justificó el jefe de la casa, con bondad.

El viejo profesor de Blois intervino, murmurando:

- ¿La dirección? Es muy fácil. Sabemos que Alcione tiene relaciones afectivas con el personal de la iglesia de San Jacques del Paso Alto. Basta recordar que allí visitamos los despojos de su tutor...

- Es verdad – dijo Cirilo - ¿cómo no me he acordado antes? Mandaremos al cochero para que nos informe hoy mismo.

Susana, que se interesó vivamente por el recuerdo paterno, hizo las primeras gestiones, llamando al criado para el encargo.

- Entonces, Cirilo – dijo la dueña de la casa – podemos ir mañana temprano a San Marcelo, en el caso de que tengas tiempo disponible.

- Yo también voy – dijo Beatriz, decididamente.

Observando la actitud de la nieta, el viejo Jacques acordó:

- Será mejor que vayamos todos. Además de atender una obligación agradable, creo que daremos un bello paseo, por los alrededores que poco conocemos.

El jefe de la familia concordó alegremente, a pesar de la objeción que la esposa hacía con la mirada.

Al día siguiente, sobre las diez horas, un elegante carruaje entraba en la callecita modesta, donde Magdalena soportaba su pobreza. Muchos vecinos se miraban espantados.

Arrancada por Luisa de la cabecera de la enferma, cuya agonía se prolongaba dolorosamente, Alcíone fue a la puerta para atender a quien llamaba con tanta insistencia. Reconociendo que los Davenport se aproximaban sonrientes, su primer impulso fue retroceder, ante el asombro. Nunca tuvo en la vida un momento tan amargo. Quiso caminar, sonreír, mostrarse tranquila y, no obstante, sus labios se cerraron, mientras una extraña palidez le cubría el rostro en un rictus de espanto. El corazón le latía descompensado. ¿Qué sucedería en tales circunstancias? La agonizante, desde la madrugada, hablaba en voz alta, de la llegada del esposo. Era imposible evitar que los Davenport la oyesen. En un ápice, sin embargo, se acordó de su contacto con las lecciones de Jesús y procuró dominarse. Ciertamente, el Evangelio no sería sólo un derrotero para los momentos fáciles. Era indispensable probar su validez en todas las situaciones de la vida. Miró instintivamente al cielo y dijo para ella misma: - “Señor, ayúdame a comprender tu divina voluntad”.

Su desfallecimiento duró un instante. Energías cariñosas le balsamizaban el corazón dolorido y ansioso. No sabía de dónde le venía, pero estaba segura de que Jesús le enviaba su bendición.

Entretanto, los visitantes ya estaba junto a ella, menos sonrientes, por haber percibido en su actitud algo grave, que no podían prever.

- ¿Qué tal, Alcíone? – preguntó Susana preocupada, abrazándola.- ¿Cómo estás tan pálida? ¿Empeoró la enferma?

Más tranquila, la joven tuvo fuerzas para murmurar:

- Mamá está expirando.

Cirilo y Jacques, sinceramente compadecidos, la abrazaron, conmovidos. Beatriz, como si deseara ser útil para algo, se adelantó al grupo, pasando a la casa. Alcíone los acompañó a la pequeña sala de visitas, que daba justamente al cuarto de la agonizante, convidándolos a sentarse, con su gentileza innata. Percibiendo el empeño que tenían en socorrerla en aquél trance, su primer deseo era correr al cuarto de su madre y esconder los recuerdos del padre, que estaban encima de la mesa; pero Susana y Cirilo, poderosamente atraídos hacia el cuarto de la agonizante, se levantaron procurando entrar allí, con la intención de prestar algún auxilio.

La joven empalideció y exclamó:

- ¡Por favor, no entren ahora!...

La voz sonaba en un mundo de aflicciones, que nadie podía percibir. Cirilo, sin embargo, acariciándole la cabeza con un gesto afectuoso, intentaba disipar su inquietud:

- ¡No te preocupes, hija mía! ¡Tus dolores son nuestros también!...

Ella los acompañó, casi tambaleante.

En ese momento, Magdalena dio un gran grito, mezclado de emoción y alegría.

- ¡Cirilo!... ¡Cirilo!... – gritó creyéndose que era visitada por una sombra - ¿por qué tardaste tanto? ¡Ay! ¡Qué largos años de separación, qué noches de angustia! ¡Pero, ahora, me llevarás contigo a un mundo donde no existen ni abismos, ni mar!...

El matrimonio daba muestras de profundo terror. Magnetizado por una extraña fuerza, el hijo de Samuel se

colocó a la cabecera del lecho. No podía engañarse. Era Magdalena, sí, envejecida y medio muerta. Las manos de cera, las arrugas del rostro, la cabellera maltratada de moribunda, no revelaban a la cariñosa y bella compañera de la juventud; pero aquellos ojos profundos y lúcidos, la voz inolvidable, no podían dejar ninguna duda.

- ¿Qué veo? ¿Qué veo yo? – murmuraba el negociante de tabaco, terriblemente sorprendido.

Magdalena como alucinada de alegría y de dolor, le tendía las manos cadavéricas, exclamando:

- Mira cómo creció Alcíone. ¡Joven y bella!... ¡Nunca contemplamos juntos a nuestra hija!... Ella fue mi consuelo en la viudez, y mi refugio en los días de nostalgia... ¡Mira nuestra casa que pobrecita es!... ¡Pero Dios habita con nosotros en santa paz! Antes de que la noticia de tu partida para el Cielo me llegase a los oídos, yo ya había perdido todo de nuestra felicidad de otros tiempos... Quedé sola, Cirilo, pero Jesús comenzó a restituirme la felicidad que desapareció... No habrá en el mundo hora más feliz que esta en la que nos reunimos, para siempre, después de tan larga separación...

Alcíone, mostrando una poderosa energía moral, se aproximó a la genitora, enjugándole el sudor y la acarició murmurando:

- Es necesario que te calmes, mamá...

- No estoy alucinada, hija mía – replicó Magdalena con los ojos brillantes – no ves lo que yo veo en el umbral de la muerte... Aún no puedes ver las facciones de tu padre, que volvió de la tumba para llevarme con él...

- Mi madre ha tenido largos delirios – exclamaba Alcíone tímidamente...

Pero, volviéndose hacia los dos visitantes, observó que Susana, pálida como el mármol, se arrodilló, mientras el genitor miraba a la agonizante como alucinado.

- Tu recuerdo – continuó diciendo Magdalena, dirigiéndose al esposo – siempre estuvo con nosotros, en todo y en cada día. Allí están tus cuadernos de anotaciones, tu Biblia y el libro de cuentos irlandeses...

Cirilo Davenport hizo un gesto de profundo espanto, como registrando la confirmación de la tremenda sorpresa.

- Están limpios e intactos... – proseguía la agonizante, dando satisfacciones de su cuidadoso deber – todas las semanas, repetíamos el trabajo de conservación y limpieza, pensando en ti, para que nos vieses desde el Cielo...

El hijo de Samuel, mudo y tembloroso, se aproximó a la mesa. Su palidez aumentaba a medida que iba reconociendo antiguas notas de trabajo en la Sorbona.

Susana, a su vez, jamás podría definir la angustia que le oprimía el corazón. Veía lo que nunca podría prever, en su perversidad de entonces. Magdalena Vilamil estaba allí delante de ella, desafiando su conciencia cargada de pesados remordimientos. Habían pasado años de angustiosa expiación íntima. ¿Cuántas veces buscó, a la sombra de los altares, un bálsamo para las torturas del corazón? ¡Todo era inútil! Sólo, en aquellos últimos tiempos, consiguió un poco de esperanza con el culto doméstico en que Alcíone esclarecía tan bien el problema de las debilidades humanas y de la bondad de Dios. Ahora, entretanto, se sentía convocada al doloroso testimonio. Solamente ahora comprendía la primera impresión de repulsa, cuando Alcíone entró en su casa, comprendida por todos. Era imposible que ella ignorase el terrible secreto. Con todo, por las palabras de la agonizante, por la situación en general, comprendió que la hija de Magdalena se dispusiera a un sacrificio casi sobrehumano. Siendo hija de Cirilo, soportó el papel de criada en su casa y víctima de su crimen, nunca levantó la

voz para hacer la mínima acusación... ¿Quién habría dado fuerzas a aquella criatura tan sencilla, para tolerar tan grade oprobio del destino, sin un gesto de indignación y desespero? La hija de Jacques recordó las magníficas inspiraciones en el culto del Evangelio en el hogar. Alcíone siempre se refirió a Jesús como divino huésped de su corazón. Del Maestro es de quien debía brotar el manantial de tantas energías. Y fue así, allí, frente a su víctima en las agonías de la muerte, que la infeliz criatura experimentó un sincero y doloroso arrepentimiento. Los sufrimientos de Magdalena y los heroísmos de Alcíone le hablaban muy alto de aquél Cristo, que tantas veces luchó por comprender, sin resultados apreciables. Al final, entendía, que un ejemplo, a veces, podía sustituir a un millón de palabras. En aquél momento, por cierto, Jesús le imponía la confesión del nefasto crimen. Una angustiosa batalla se le trababa en su íntimo atormentado. ¿Dónde estaría Antero de Oviedo, el compañero de la sombría trama? ¿No sería mejor atribuirle la culpa del horrible hecho? La familia Davenport estaba segura de que ella sólo asistió a la muerte de D. Ignacio. Siempre afirmó haber llegado a París al día siguiente del entierro de la rival y para comprobarlo tenía el documento del cementerio. Su viejo padre era testigo de su salida de Blois y podía decir de memoria la fecha de su llegada a París. Ella también ya había lucha mucho. El matrimonio, no obstante a la lujosa vida que llevaban, nunca le dio la ardiente felicidad que esperaba. En su cabello, ya aparecían algunos hilos blancos, que daban a entender el cansancio de la vida. ¿No sería, también, más acertado preservar la felicidad de Beatriz, librándola del venenoso recuerdo de tener una madre innoble? Y su venerado padre, ¿cómo recibiría la dolorosa confesión? En esa terrible batalla en que los impulsos inferiores propendían para exhibir una falsa

inocencia, para que el sobrino de D. Ignacio fuese el único culpable. Susana Davenport se sentía morir. Daría mil veces la vida para tomar el lecho de la agonizante y entregarse a la muerte, en su lugar. Cuando el mal estaba apunto de triunfar concretado en un acto extremo, ella recordó la imagen de Alcíone en sus sacrificios diarios. ¿Cuánto no habría sufrido la pobre niña para soportar el empleo al que fue conducida, tal vez ignorando de que, al buscar la subsistencia, llamaba a la puerta del propio padre? Y Magdalena, ¿cuántas duras y amargas privaciones no debería haber experimentado? Un desagradable sentimiento de vergüenza la cubrió enteramente. Después, se sintió envuelta en las charlas evangélicas del culto familiar. Jesús estaba siempre dispuesto para acoger a los desamparados, a los fallidos, y a los criminales e impenitentes del mundo; mas no era lícito desobedecer. El Maestro ofrecía recursos para la rectificación de los errores; entretanto, el mayor de los crímenes debería ser reincidir en el mal, ante el Maestro, teniendo el conocimiento de sus enseñanzas. Un volcán de lava ardiente le rompía el pecho, devorándole el cerebro en borbotones de brasas vivas. En medio de tanta desolación íntima, una lúcida voz le hablaba a su conciencia dilacerada: - “¡Confiesa! Confiesa y encontrarás el camino hacia Dios...”

En ese instante, Cirilo Davenport, aterrado con los documentos que retorció en las manos, se volvió para Alcíone, buscando esclarecimientos, pero, viéndola tranquila y transparente de candor, desistió amargarle el corazón tan pronto sacrificado y se dirigió automáticamente a Susana, que se mantenía callada en genuflexión.

Alcíone percibió que comenzaba el penoso proceso de reparación y aclaración, y se sentó al lado de su madrecita, murmurando con cariño:

- Mamá, ¿quieres un poco de agua?

- No... no... – decía la agonizante, pareciendo interesada en no perder de vista la silueta de Cirilo – ¿Dónde está Robbie? Quiero presentarlo a Cirilo como hijo de nuestra creación...

Cirilo, sin embargo, profundamente oprimido, se retiró a un ángulo del cuarto, donde Susana continuaba arrodillada.

- ¿Qué piensas de todo esto? – inquirió él extremadamente pálido.

Ella tuvo la impresión de que aquella voz era un libelo terrible. Como si despertase de una horrorosa pesadilla, respondió confusa:

- ¡Es ella!...

- Pero... explícate – insistió transfigurado por el sufrimiento.

La hija del profesor de Blois, en el último esfuerzo para vencerse a sí misma, miró a Alcíone como buscando en su figura la energía necesaria para la dolorosa confesión, afirmando en seguida:

- ¡Fue el mayor crimen de mi vida!

Cirilo hizo un esfuerzo inaudito para no caer aturdido.

- ¿Qué dices? – preguntó aterrado.

Pero Susana enterró de nuevo su cabeza entre sus manos; y el marido, tambaleante, dio algunos pasos, abrió la puerta y llamó al viejo Jacques. El venerado anciano, por la fisonomía de estupor del sobrino, comprendió rápidamente que algo grave ocurría. Beatriz quedó sola, ojeando un libro.

- ¡Tío – exclamó Cirilo amargamente, señalando a la agonizante – ésta es Magdalena y Alcíone es mi hija!...

El viejo Jacques también quedó lleno de estupor. ¡Era ella, sí! No obstante al abatimiento físico de la hora extrema, identificaba a la hija de D. Ignacio Vilamil,

detalle por detalle, y, se sentía ahogado por la angustiada sorpresa. Daba la sensación de haberse petrificado por el sufrimiento. Quería amparar a Cirilo, pero todo el cuerpo le temblaba al impulso de la violenta conmoción. Fue el propio sobrino quien le dio la mano, impidiéndole caer, allí mismo, ante la agonizante. En ese instante, sin embargo, oró con un fervor jamás sentido en toda su vida, pidiendo fuerzas para soportar la amarga circunstancia del momento. Pasado el primer choque, tuvo fuerzas para interrogar:

- ¿Cómo se explica eso?

La hija se levantó llorando convulsivamente, emocionada con el testimonio ineludible, y, afrontando la angustia paterna, se abrazó al viejo genitor, buscando el perdón de un espíritu siempre generoso.

- ¡Padre mío!... ¡Padre mío! – clamaba entre lágrimas.

Fue entonces cuando Cirilo, respondiendo a la pregunta del tío, exclamó casi oprimido:

- ¡Susana debe saberlo todo!... ¡Ya me afirmó que ese fue el mayor crimen de su vida!...

El viejecito, estupefacto, recordó maquinalmente la remota noche de Blois, cuando su hija se enfadó con su adhesión al proyecto del sobrino, de esposar a la señorita Vilamil. Le parecía tener delante de los ojos el cuadro que el tiempo no consiguió borrar, oyendo la confesión de Susana, de que también amaba al joven. Recordó sus actitudes en el hogar, la ojeriza constante a Magdalena, la insistencia en desposar al primo viudo, allá en las regiones americanas.

De pronto repasó la tela de las reminiscencias vivas, para fijar después la mirada en la agonizante y en la hija, considerando la dolorosa jornada de ambas. ¿De qué paraje de dolor llegaba Magdalena Vilamil hasta allí, con las arrugas lavadas por las lágrimas y cubierta de canas

prematuras? Por las informaciones de Alcíone, debería haber vivido mucho tiempo en España... ¿Quién la había conducido a lugares tan distantes? La ejemplificación de la hija constituía, en aquél momento, un atestado de gloria espiritual. Solamente ahora comprendía el suave e irresistible magnetismo que ella ejercía sobre todos los de casa. Era necesario, entretanto, tener un corazón unido constantemente a Dios para practicar el amor como lo hacía la joven humilde, que allí se encontraba en actitud confiante, en el cumplimiento de un deber tan sagrado como doloroso. El cuadro le impresionó para siempre. Pensando en todo eso, Jacques Davenport convocó sus posibilidades morales para conservar la serenidad imprescindible y obtemperó, con afectuosa energía:

- ¡Valoro qué acción negra se enmascara por detrás de nuestra angustia!...

Y observando que los dos eran incapaces de dominar la propia emoción, recordó sensatamente:

- ¡Dios nos está mostrando el ardiente volcán de amarguras en el que Magdalena consumió las energías de esposa y madre! Podemos imaginar qué especie de infamia mezcló su infortunio. Mas, pienso que si la pobrecita fue reducida a tan gran expresión de sufrimiento, en toda su vida, no debemos perturbarle el sueño de la hora extrema. ¡Es necesario defender la paz de los muertos!...

Dichas esas palabras, se dirigió a la hija, exclamando:

- Vete para casa con Beatriz. Después hablaremos.

Y volviendo la mirada hacia el sobrino, murmuraba conmovido:

- ¡En cuanto a ti, hijo mío, que Dios te dé fuerzas!...

Susana contempló, por última vez, a Magdalena en su lecho de muerte y se encaminó hacia la puerta, vacilante. Beatriz, que esperaba tranquilamente en la sala, no

disimuló el espanto al ver la transfiguración de la genitora.

- ¿Qué pasó, mamá? – interrogó ansiosa.

- No te asustes – esclareció la infeliz con dificultad – la madre de Alcione está expirando... Vamos. Tu padre y tu abuelo se quedan hasta más tarde...

- ¡Pobre Alcione! – murmuró la jovencita ingenuamente.

Mientras el carruaje regresaba, después del medio día, en el modesto cuarto de Magdalena Vilamil la dolorosa escena continuaba. Jacques miró uno por uno los papeles que estaban sobre la mesa. Después de mucho llorar, se sentó contemplando a la agonizante, con gran amargura. Sofocado de dolor, el esposo se apoyaba en el lecho mortuario, como queriendo reanimar las últimas manifestaciones de la agonizante con indomable ansiedad. Jamás conoció Cirilo llanto tan amargo. Obedeciendo a las reclamaciones insistentes de la genitora, Alcione trajo a Robbie al aposento.

- Este, Cirilo – decía la agonizante, exánime – es también nuestro hijo por el corazón... Lo crié amorosamente desde el día en que nació... ¡Me ayudarás a pedir por él a los pies de Jesús! ¡Nunca lo dejaremos sólo!...

Y dando la impresión de querer consolar al jovencito, añadía:

- ¿Estás viendo, Robbie? ¿Por qué temer a los padecimientos del mundo, si tenemos otra vida? ¡No des importancia a los que te ofendan, hijo mío!... ¡Todo pasa en la Tierra!... ¿Por qué habrás de permanecer triste en el mundo, cuando sabes que te esperamos en el Cielo?

Hizo una larga pausa, que nadie se sentía con valor para interrumpir. Al cabo de algunos instantes, acentuaba con una placidez inconcebible, dirigiéndose al hijo adoptivo:

- ¡Toma la bendición de tu padre, Robbie!... ¡Pídela también al amigo que lo acompaña!... (1)

Entonces, se realizó una escena enternecedora, que provocó un nuevo contingente de copiosas lágrimas. Con sincera humildad, el pequeño atendió, besando la mano de los dos hombres para él desconocidos.

El hijo de Samuel lo contempló, conmovido. Jamás podría decir por qué el pequeño descendiente de esclavos lo atraía tan fuertemente. En un gesto espontáneo, lo abrazó con ternura y murmuró:

- ¡Serás también mi hijo!...

Transcurrieron largas horas, pesadas, tristes.

A la tarde, Magdalena Vilamil pareció más tranquila y más lúcida. En dado momento llamó a la hija y declaró:

- Mi madre y el padre Damián también llegaron... es el momento de partir...

Alcione recordó la revelación del día anterior y se arrodilló. En oraciones silenciosas, rogó a Jesús que recibiese a la genitora en su reino de verdad y de amor, que le atenuase las últimas amarguras. La agonizante manifestó deseos de confortar a la hijita, formulando cariñosas promesas de amor maternal; con todo, sus labios apenas denunciaban el esfuerzo supremo. En profunda desesperación íntima, Cirilo le tendió la mano, que ella apretó fuertemente, como para sellar una eterna alianza y, en unos instantes, se entregaba al gran sueño.

Bellos tonos del crepúsculo invadían la naturaleza, cuando Magdalena partió. Una pesada angustia cayó sobre la casa de San Marcelo, donde se oía la voz de Robbie en dolorosos lamentos de niño inconsolable.

(1) Magdalena Vilamil permanecía entre las impresiones de dos mundos, como ocurre a la mayoría de los moribundos.- **Nota de Emmanuel.**

Al velatorio acudieron numerosos vecinos, tan pobres como los Vilamil.

No obstante, Cirilo Davenport, aunque taciturno y desesperado, se hizo cargo de todo lo que la situación exigía. La modesta vivienda se llenó de criadas improvisadas, proporcionando a Alcíone y a la vieja Luisa el descanso que necesitaban. El cadáver fue amortajado regiamente. Las personas presentes, que tenían relaciones con la muerta, se sorprendían ante tanta generosidad.

El esposo de Magdalena Vilamil no sabría expresar su estado íntimo. Mil pensamientos se le amontonaban como un torbellino en el cerebro incandescente. Tenían ansias de conocer todos los informes de Susana, para evaluar la naturaleza de su falta y castigarla sin piedad. Procuraba recordar las lecciones del culto doméstico, concernientes a la confianza en Cristo y al perdón, pero las enseñanzas evangélicas le parecían ahora envueltas en nubes lejanas. La idea de una reparación a la esposa, ofendida y sacrificada, era la nota dominante en su espíritu. Buscaría conocer toda la extensión del crimen que redujera a la compañera a una situación tan amarga, castigaría severamente a los verdugos. Deseaba aproximarse a los recuerdos filiales, sentándose junto a Alcíone con la poesía de su corazón de padre; pero, era indispensable resolver primeramente el caso de la esposa traicionada. Después de tranquilizar su conciencia, entonces elevaría a Alcíone al merecido altar. Le purificaba el valor moral, la grandeza de los sentimientos. ¿Cuánto no habría sufrido antes de hacerse una simple cantante de la calle, como la encontró por primera vez? Él aún no sabía entregar a Jesús las situaciones sin remedio en el mundo, deseaba dar una satisfacción plena a su ofendido amor propio. A su modo de ver, se imponía, ante todo, restablecer la honra personal. Sumergido en una amargura sombría, pasó la noche en vela sin un momento

de treguas a la mente encendida por ideas casi siniestras. ¿Qué hizo Magdalena durante tantos años en España? ¿Quién había forjado la burla de su muerte? ¿Cómo vivió una separación tan amarga? Las conjeturas se le amontonaban en el cerebro, sin respuesta. Después de una consulta al cementerio de los Inocentes, recibía en la mañana siguiente la noticia de que era imposible abrir una tumba en la misma zona donde se habían sepultado a los que habían fallecido por la viruela del 63. Aunque no pudiese satisfacer el deseo de inhumar a la muerta inolvidable al lado de los despojos del hidalgo español, ordenó que el funeral se hiciese lo más destacado posible. Alcíone acató sus mínimos deseos, con humildad. El padre Amancio, solícito, cuidó de todos los pormenores, sin disimular la sorpresa que la actitud de los Davenport le suscitaba.

Casi a la noche, un gran carruaje se estacionó junto al palacete de la Cité. De él descendieron Jacques y Cirilo, acompañados de Robbie y Alcíone. En la antigua casita de San Marcelo, sólo quedó la vieja criada, aguardando una solución definitiva a su respecto.

Cirilo llegó al ambiente doméstico, lleno de una poderosa inquietud. Susana lo recibió desfigurada, abatida, pareciendo haber envejecido vertiginosamente.

- No tenemos tiempo que perder – dijo él con expresión de rencor – necesitamos oírte en la sala de lectura. ¿Dónde está Beatriz?

- ¡Por piedad – exclamó ella desesperada – evítame la vergüenza de presentarme ante nuestra hija como una criminal!

- No puedo – respondió Cirilo inflexible – ignoro qué soluciones tendré que tomar para tener mi conciencia tranquila y, no quiero que Beatriz, más tarde, pueda juzgarme injustamente.

Muy pálida, Susana se encaminó al lugar indicado. En ese momento, a petición de Alcíone, Robbie era llevado a la cama por un viejo criado.

En unos instantes, la hija de Magdalena, muy en contra de su voluntad, figuraba al lado de los Davenport para las amargas investigaciones. Después de sentarse, Cirilo se dirigió a Beatriz en estos términos:

- Hija mía, ayer tuvimos la noticia de que Alcíone no es tu niñera, sino tu hermana mayor. La agonizante que fuimos a visitar, y que recibió sepultura esta tarde, era mi primera esposa – ¡Magdalena Vilamil! Nunca pude saber el drama cruel que se formó en mi camino, pero tu madre, que debe tener recuerdos muy nítidos del pasado, va a exponer ciertos hechos que nos podrán esclarecer.

La joven Davenport empalideció. Jamás pudiera imaginar que, por detrás de la felicidad doméstica, durmiesen angustias como las de aquella hora inolvidable.

Susana, que se sentó un poco apartada, parecía una rea oprimida y afligida, sin saber cómo iniciar la confesión de su crimen.

El viejo Jacques, lleno de experiencias de la vida, contemplaba a la hija con dolor y vergüenza. Cirilo tenía los ojos resplandecientes de ansiedad. Alcíone se recogía en oraciones fervorosas en el santuario del corazón.

La infeliz criatura comenzó, difícilmente, a revelar, detalle por detalle, la enorme culpa de su vida. De vez en cuando, un sollozo la interrumpía. La confesión se prolongaba por más de una hora, y, como si obedeciese a poderosos imperativos de la conciencia, Susana no omitió la menor particularidad. Emocionadísima, pintaba sus estados del alma en la época en que estudiaba todas las posibilidades del plan criminal, para conquistar definitivamente al hombre amado. Detalló las actitudes de Antero Oviedo, describiendo los antecedentes de su

relación con él, los paseos que daban y en los cuales el sobrino del hidalgo español ponía en su conocimiento la inmensa pasión que sentía por la prima. Finalmente, con frases conmovedoras, narró las escenas de la viruela, del 63, la visita al cementerio de los Inocentes, las siniestras sugerencias que un nombre leído al acaso, en el viejo registro de notas fúnebres, le suscitó.

Cuando terminó, bajo la mirada aterradora del genitor y del compañero, y con los sollozos oprimidos de las dos jóvenes, se arrodilló y suplicó:

- Conozco la vileza de mi crimen y Jesús, que preparó mi alma para hacer esta dolorosa y terrible confesión, es testigo de los largos y amargos sufrimientos que he padecido. La pasión me llevó al desvarío de comprometer para siempre la paz de mi alma. Realicé el loco intento, me valí de todos los recursos, míos y de mis amigos, para casarme con Cirilo, creída de que, asociada con Antero, podría corregir un error del destino. Pero la verdad es que nunca encontré un poco de la felicidad ardiente deseada... Los criminales no pueden lograr, nunca, la realidad de su ideal. Aprendí cruelmente que no puede haber paz fuera del deber cumplido; que no hay alegría sin la aprobación de la conciencia tranquila. ¡Es verdad que hice desgraciada a Magdalena con mi insania de amor, mas no es menos cierto que ahora envidio su tranquilidad espiritual, la fe sincera y confiante con que se entregó a Dios en el último trance! ¡Ay de mí! El confort material que el mundo me concedió es una ironía de la suerte. ¡Para mí, que atravieso la vida azotada por el remordimiento impiadoso, los palacios son tumbas doradas, todo se resume en puñados de sombra y de miseria! ¡Sé que ante Beatriz soy una madre desnaturalizada de alma mezquina; que ante mi padre soy la imagen de la ingratitud imperdonable; que ante Alcione soy una mujer sin corazón! ¡Para Cirilo no pasé de ser

malvada y diabólica; mas, si pudierais, pido de rodillas que ayuden a mi espíritu cansado, con el perdón de la inmensa falta! ¡No sé cuantos años me quedan de vida en este mundo, pero les prometo humillarme en todo instante, castigarme como sierva de todos, a fin de trabajar por mi salvación!... ¡Jesús, que me dio el coraje de confesar el crimen, no me ha de faltar con las energías necesarias para el esfuerzo regenerador!...

En ese momento, hizo una larga pausa. Jacques, estático, permanecía callado, Alcíone y Beatriz lloraban amargamente. El infeliz marido, sin embargo, parecía estar loco por el dolor. Con los ojos desencajados como mirando el pasado de sombras, Cirilo Davenport se transportó en espíritu al año 63, olvidando momentáneamente todos los trabajos y deberes de las segundas nupcias. Ante sí veía a Magdalena ultrajada, humillada, perseguida. Se sentía rodeado de implacables enemigos, que se habían alojado en su propio corazón. La idea de venganza le pasaba por el cerebro con una fuerza irrefrenable. A pesar de los conocimientos evangélicos, no podía liberarse del viejo concepto que imponía lavar con sangre la dignidad herida. Por primera vez, experimentaba el supremo ultraje al nombre, a la honra personal, al amor propio ofendido.

Mientras se perdía en dolorosas reflexiones, Susana fijó en él su mirada y exclamó compungidamente.

- ¡Perdóname y tendré fuerzas para realizar mi transformación!...

Amargos sollozos acompañaban la petición. Pero el hijo de Samuel, con aspecto de loco sacó un puñal y, tambaleándose y rugiendo, amenazadoramente, se acercó a la solicitante, gritando:

- ¡No hay perdón para tu crimen, Susana! Las víboras hediondas deben ser aplastadas.

Entretanto, en un instante, Alcíone se interpuso entre él y la infeliz. Observando la actitud impulsiva y resoluta del genitor, se abrazó a la hija de Jacques y, cuando vio que la mano armada iba de descargar el golpe, exclamó con acento inolvidable:

- ¿Y Jesús, padre mío?

El brazo vengador pendió inerte. Era necesario recordar a Aquél que no desdeñó el madero infamante. Cirilo se sintió poseído de extrañas y nuevas sensaciones. Por primera vez, Alcíone le llamaba “padre mío”. ¿Por qué no seguir su ejemplificación de sufrimiento y sacrificio? Magdalena había partido en paz. ¿Quién sabe si podría acompañarla en la misma tranquilidad de corazón? ¿Por qué arruinar el porvenir con una acción horrible? Recordaba, ahora que las lágrimas le manaban de los ojos doloridos, las lecciones evangélicas del culto en el hogar. Nadie podría sanar un mal con otro mal, rescatar un crimen con otro crimen. El llanto le corría abundante, quiso andar libremente, pero una sensación de súbito malestar anulaba sus fuerzas. No consiguió sino arrastrarse con dificultad y, apoyándose en Alcíone, que acababa de acomodar a Susana en el diván, le entregó la peligrosa arma, como renunciando a toda idea de venganza por sus propias manos. Jacques y Beatriz percibieron que Cirilo sentía algo grave y corrieron a ampararlo.

- ¡Padre mío, padre mío – decía la hija de Susana con voz angustiada – no te entregues así al sufrimiento!...

Él, sin embargo, no respondió nada a la llamada de los presentes y fue conducido al lecho, desfallecido, en deplorable situación.

Cirilo Davenport no resistió al sufrimiento que le causó la tenebrosa revelación. Algunos vasos cerebrales se rompieron garantizando la muerte. Más de un médico fue

llamado para salvar al rico negociante de tabaco, pero no hubo medios de detener el coma.

Beatriz estaba inconsolable. Mientras Jacques y Susana atendían la angustiada situación, en el cuarto del enfermo, Alcíone, considerando que la juventud es siempre más inquieta e inconformable, se dirigió al aposento de la hermana, con la intención de preparar su espíritu en tan graves circunstancias. Era indispensable mantenerse por encima del propio sufrimiento, por corregir lo que fuese posible.

- ¡Ah! ¡Alcíone – exclamaba la mocita sollozando – cómo detesto a mi madre!...

- ¡No digas eso! – replicaba la interlocutora emocionada – entonces, Beatriz, en tan pocos momentos de prueba y testimonio, ¿ya olvidaste el perdón que Jesús nos enseñó? ¡Recuerda los deberes filiales que deben ser sagrados en nuestra vida!...

La hija de Susana, con todo, dando expansión a los viejos sentimientos, no concordaba, murmurando:

- ¡Pero la madre que Dios me dio es desleal y criminal!...

- ¿Por qué no decimos antes que Doña Susana estaba enferma del espíritu cuando le despuntaron los primeros sueños de la juventud? ¿No sería más noble juzgar así? ¿Por qué, Beatriz, vemos tan solamente el mal, cuando Jesús siempre nos inclina a ver las cualidades más preciosas de la criatura? En esta casa, hay viejas criadas traídas de América, que bendicen a tu madre todos los días, por los beneficios que de ella reciben... Nada se pierde en el camino de la vida... Quien encuentra fuerzas para juzgar los propios errores ya recibió del Señor alguna luz.

Y viendo que Beatriz se aproximaba a su pecho, con angustiosas lágrimas, continuaba:

- ¿No te dio pena verla llorar, en la confesión que nos fue particularmente dolorosa? ¿No notaste la expresión de vergüenza y padecimiento cuando se arrodilló para pedir perdón? Calla tus amarguras y procuremos comprender el mensaje que Jesús nos mandó.

- Pero, ¿cuánto habrá sufrido tu madre a consecuencia de ese crimen?

- Sí, sufrió y luchó mucho, pero hoy descansa de las fatigas terrenas, bendiciendo, tal vez, las lágrimas vertidas en este mundo. Y, porque hayamos llorado mucho, ¿será justo atormentar a la madre que Dios te concedió?...

- ¡Oigo tus cariñosas observaciones, quiero guardarlas en el espíritu, pero no puedo! El recuerdo de la confesión de esta noche destruye mi felicidad, algo me turba el pensamiento... deseo razonar, olvidando el mal, y no puedo.

- Es porque te atreves a enfrentar las penas del mundo sin Cristo. Estamos en la Tierra par adquirir o probar alguna virtud. ¡Para realizar ese propósito no podemos desafiar la lucha solitas! ¡Es imprescindible buscar la compañía del Divino Amigo, para ser esclarecidas a tiempo! ¡Jesús tiene una palabra que ilumina cada situación, una energía inspiradora para el momento más amargo, siempre que busquemos su socorro divino!...

La joven Davenport sintió profundamente el alcance de la advertencia y se calmó. En unos instantes volvió a decir:

- Comprendo, sí, la elevación de tus consejos fraternos; entretanto, recelo de que papá no resista esta tragedia que nos oprime el corazón... Esperaré que Henri llegue para contarle lo que pasa. Muchas veces él me ha hablado de la posibilidad de casarnos en breve. Si papá no

escapa de la muerte, estaré de acuerdo, pues así, por lo menos, podré dejar la compañía de mamá y ofrecer al abuelo tranquilidad para el resto de sus días.

- No pienses así. No podemos desamparar a tu madre. En cuanto a lo demás, no dirás nada al Sr. de Saint-Pierre. No tenemos el derecho de confiar a nadie la dolorosa revelación de nuestro caso. Es necesario lanzar la lluvia del silencio y de la paz a la hoguera de las lucubraciones tormentosas, para que nuestra existencia no se transforme en un turbulento infierno.

Beatriz estuvo de acuerdo.

En pocas horas el novio aparecía para interesarse por las cosas familiares. Otras visitas se sucedieron durante la noche. Fatigadísima, Alcíone se mantuvo en su papel de criada, en el que todos la conocían. El amanecer encontró a Cirilo moribundo. Transcurridas veinticuatro horas del tremendo choque, el hijo de Samuel se despedía del mundo para la vida espiritual.

El palacete de la Cité se cubrió de crespones negros. Una pesada atmósfera se expandió en la hacienda del rico comerciante de tabaco. Al día siguiente el viejo Jacques tuvo fuerzas para organizar el entierro del sobrino, al lado de la tumba de Magdalena Vilamil. El amoroso matrimonio, que vivió separado por la astucia maliciosa del mundo, se reunía ahora para siempre. El funeral se realizó con mucha pompa, en la tarde inmediata a la del fallecimiento. Numerosos eclesiásticos acompañaron el féretro con lujosas exequias. La viuda, con aires de alucinada, siguió el cortejo amparada por Alcíone, que le daba el brazo con cuidados filiales. Pero, cuando los sacerdotes pronunciaron las últimas palabras del ritual para que el cuerpo bajase al sepulcro, se escuchó una extraña carcajada en el ambiente silencioso y triste. ¡El numeroso público se miraba de reojo atónito y curioso!

Susana Davenport había enloquecido...

Pruebas redentoras

La vida familiar en el palacete de la Cité se volvió muy amarga. La viuda Davenport deambulaba por los aposentos, demente y abatida. El viejo Jacques, dominado por los dolorosos disgustos, vivía entre el lecho de la decrepitud y las lágrimas sin consuelo. Beatriz, en su juventud llena de sueños, aún no salía de la penosa estupefacción, mostrando un singular abatimiento.

Fue así como Alcíone hizo valer las virtudes de su fe, para satisfacer plenamente los nuevos deberes. Nunca abandonaba a Susana, de quien se hizo su dedicada y afectuosa enfermera. Robbie continuaba trabajando en San Jacques, viniendo solamente tres días en la semana a visitar a la hermana adoptiva, siempre sumergido en una profunda melancolía.

Cierta ocasión en que el viejo profesor entabló con el jovencito una conversación más larga, Alcíone fue llamada por el generoso viejecito, que le habló cariñosamente:

- No puedo consentir que nuestro Robbie continúe ausente de esta casa, por motivos de trabajo. Considero más acertado que deje la iglesia de San Jacques del Paso Alto, para vivir con nosotros. No podemos olvidar que él es tu hermano, es decir, hijo adoptivo de nuestra querida fallecida.

- Sí – respondió la joven solícita – nada tengo que oponer, pero creo que sería una falta grave privar a mi hermano de los beneficios del trabajo.

- Pero Robbie, Alcíone, es un enfermo para desempeñar tantas ocupaciones.

- ¿Pero el señor no está de acuerdo conmigo, referente a las ventajas de una vida laboriosa? No quiero

parecer cruel, antes quiero conocer la magnanimidad de su corazón, con semejante recuerdo; mas el amor al trabajo es una de las más nobles herencias que mamá nos dejó. Basta recordar que, aunque paralítica, ella se dedicó a la costura por muchos años para criarnos y mantenernos. Además, siempre es útil para el enfermo entretenerse con alguna cosa. La inactividad acostumbra a inducirnos a falsas apreciaciones de los designios de Dios, a impacencias, a desesperaciones y rebeldías...

Percibiendo que el amoroso anciano anotaba mentalmente sus palabras con sincera atención, añadía, dirigiéndose al joven:

- ¿No es verdad que siempre ganaste mucho dedicándote al trabajo, Robbie?

- Sí, eso es indudable.

Mas, dejando percibir que deseaba algunos cambios de régimen, añadía:

- Entretanto, si fuese posible, me gustaría trasladarme de San Jacques para otra parte. Los recuerdos de San Marcelo me agobian y, después, aquellos niños irónicos me atormentan mucho con sus insultos e indirectas.

- ¿Ahora, Robbie – dijo Alcíone con bondadosa austeridad – también te preocupas con las tonterías de niños ignorantes?

- Siempre están tejiendo comentarios de mis deformidades...

- ¿Y qué pasa con eso? Cuando cumplimos nuestro deber ante Dios y la conciencia, la grosería o la ingratitud de los otros son relegadas al bajo plano al que pertenecen.

El bondadoso anciano acompañaba a la nieta admirado de ver cómo conseguía unir tan fácilmente la energía a la ternura.

- Si invocas los recuerdos de San Marcelo – prosiguió la joven cariñosamente – dándome a entender

tu nostalgia por mamá, recuerda que ella cumplió su deber hasta el final, nunca nos pidió una casa más confortable, nunca reclamó contra las aguas de la lluvia que invadían nuestro cuarto, se conservó con la aguja en la mano mientras Dios le permitió la gracia de trabajar, enriqueciendo nuestro esfuerzo... Los defectos del cuerpo, Robbie, son mejores que los del alma...

El joven experimentó cierto estremecimiento al oír las últimas palabras. Reconociendo su extrañeza, Jacques procuró intervenir cariñosamente:

- Alcíone tiene razón – exclamó atento – el trabajo es una bendición de Dios. No te debes enfadar, mi querido Robbie, por los obstáculos que encuentres. Todos nosotros tenemos alguna dificultad que vencer en la vida. El mismo Jesús no caminó sobre flores.

Y dirigiendo a la nieta una significativa mirada, murmuró:

- A pesar de eso, hija mía, espero que no te molestes si yo le pidiera a Henrique que colocara al jovencito más cerca de nosotros. Podría, por ejemplo, emplearse en los servicios de San Landry.

El hijo adoptivo de Magdalena agradecía con una expresión de satisfacción, mientras la joven concordaba:

- No tengo ninguna objeción que hacer, siempre que Robbie continúe descubriendo, cada día, la grandeza del espíritu de trabajo

Pasados algunos días, Henrique de Saint-Pierre, el novio de Beatriz, conseguía el cambio deseado, con gran júbilo para el jovencito, que se trasladó definitivamente para la Cité, pudiendo así estar en contacto diario con la hermana adoptiva.

La dedicación de Alcíone a la viuda Davenport era un ejemplo vivo de amor, calando profundamente en el corazón de los familiares. La propia Beatriz parecía más concentrada en los problemas graves de la vida. Aquél

aire de despreocupación, que caracterizaba su juventud, desapareció. Se volvió más accesible a los criados, escuchaba con interés las advertencias del abuelo, que no se sentía con coraje para seguir enfrentando las fuertes borrascas del mundo. El novio notó, muy satisfecho, aquella transformación. La joven Davenport unía, ahora, a la belleza juvenil, una gran dosis de reflexión al meditar en los problemas del destino y del sufrimiento. El dolor le abrió nuevas posibilidades de inspiración religiosa. La perturbación mental de la genitora impedía el culto doméstico, tales eran las condiciones precarias de su organismo; pero siempre que le era posible, leía y meditaba larga y atentamente el Evangelio de Jesús. Su conversación se volvió más rica y sustanciosa. Alcíone tenía con eso un gran consuelo.

Hacia un mes que había muerto Magdalena Vilamil.

El estado mental de la viuda se agravaba. Ella pasaba noches enteras gritando, con siniestras visiones. Fatigado por los años, lleno de achaques y más por los profundos disgustos que golpeaban su corazón, el tío de Cirilo esperaba, resignado, la muerte. Beatriz atendía a los múltiples encargos domésticos y sólo Alcíone velaba por la enferma, con sus infinitas reservas de amor cristiano.

A veces, a altas horas de la noche, la demente la estremecía con gestos de pavor:

- ¿Ves, Alcíone? ¡Satanás está llegando con sus perversos centinelas! ¡Ah! ¿Qué desean de mí? Ya lo confesé todo... ¡Esta casa no es lugar para los demonios! ¡Vuelvan a los infiernos!... (1)

(1) Todas las manifestaciones de Espíritus obsesores, en aquellos tiempos, eran tenidas en cuenta como aproximación de Satanás.-
Nota de Emmanuel.

Y se arrojaba de rodillas, exclamando:

- Dios me libraré de las furias del Maligno. ¡Satanás persigue mi alma porque confesé la verdad! ¡No te la llevarás, bandido!

- No se exalte, señora Susana – le decía la joven con dulzura.- Vamos a orar pidiendo a Dios calma y resignación. ¡Tranquilícese! El poder de las tinieblas se anula ante la luz divina. ¡Vamos hacia los brazos de Dios, como los niños que buscan los brazos materno cuando se aproxima una fiera!...

Suplicaba la protección de Dios, en voz alta, en lo que era seguida, palabra por palabra, por la infeliz demente.

Terminada la rogativa, Susana se mostraba más tranquila, agradecía con sonrisas infantiles y ponderaba:

- ¡Sólo tu corazón comprende mis necesidades! ¡Todos me dicen que estoy alucinada, que sólo veo perturbaciones de mi propio espíritu! ¡Mi padre me manda reaccionar sin que yo pueda hacerlo; mi hija cree que yo estoy siendo víctima de ilusiones! ¡Entretanto, Alcíone, el demonio viene siempre a mi cuarto a burlarse de mi remordimiento inexplicable! ¡Cuando oras conmigo, se marcha rápidamente, pero hace una señal dando a entender que volverá en la primera ocasión!...

- Cálmese, señora, procure pensar en la magnanimidad de la Providencia Divina. Cuando se aproximen los malos Espíritus, ofrézcales un pensamiento de sincera confianza en el Altísimo. Pidámosles perdón por el mal que acaso les hayamos hechos en otros tiempos, humillémonos recordando a Jesús, que era inmaculado y aceptó la cruz impuesta por los verdugos...

La enferma escuchaba sus exhortaciones cariñosas, con la mirada desvariada y respondía:

- Tus consejos son justos... Sabes que mi estado no es apenas una alucinación...

- Sí, la señora no miente.

Al oírla, Susana Davenport, en pleno desequilibrio de las facultades mentales, miraba con extrañeza y replicaba, con sus remordimientos pungentes:

- Ya mentí cuando sacrifiqué a tu madre, pero ahora deseo sólo la verdad... Porque dejé la mentira, Satanás me atormenta...

- ¡Todo eso, no obstante, pasará pronto! – esclarecía la joven pacientemente.

- Sí, pasará... pasará... - concluía la enferma atenuando la exaltación.

A continuación, la hija de Magdalena vigilaba, en oración, hasta que la madre de Beatriz conseguía dormirse.

El ambiente doméstico continuaba cargadísimo.

Una noche de grandes perturbaciones, Susana se dirigió a la cariñosa enfermera, en llanto convulsivo:

- ¡No me dejes ir a la cárcel! ¡Ya estoy siendo castigada rudamente, mi santa niña! ¿No será mejor que la muerte me sorprenda aquí mismo, como lección para todo el mundo? ¡Mucha gente en la Cité ha de evitar el pecado, cuando sepa que estoy muriendo atormentada, utilizando las cosas que pertenecían a tu madre!...

- ¡No piense en eso! – decía la interlocutora generosa, tranquilizándola. – Nadie la echará de aquí. Esta casa es suya y nadie podrá atentar contra sus derechos.

- Hoy – volvía a exclamar la loca con los ojos desorbitados – vi al infame Panadero (1) aproximarse a mi padre y decirle alguna cosa al oído... En unos instantes, él y Beatriz decidieron distanciarme de casa.

(1) El pueblo de París daba al Espíritu de las tinieblas el nombre de Panadero, para no pronunciar la palabra “Diablo”.- **Nota de Emmanuel.**

- La señora quedará conmigo – murmuró la joven Vilamil consolándola – no tiene que inquietarse porque, ante todo, Dios nunca nos abandonará.

Efectivamente, al día siguiente, en el almuerzo, dando la impresión de que había pensado muchísimo, antes de presentar la propuesta, Jacques habló, muy trémulo:

- Mi querida Alcíone, Beatriz y yo estuvimos pensando en tu gran sacrificio y en el mejor medio de atender a la situación de nuestra enferma. Como tal vez no ignores, tenemos instituciones en París donde la enferma puede ser bien atendida, sin exigir tanto de tu proverbial dedicación.

- Entonces, ¿piensan apartarla de la convivencia familiar? – preguntó la hija de Magdalena sorprendida.

- Efectivamente; las prolongadas vigiliass te están consumiendo la salud. Por otra parte, yo no te puedo ayudar, dado mi gran agotamiento físico.

- No, no – replicó Alcíone firmemente – no estoy de acuerdo. Doña Susana no debe, ni puede salir de aquí. Estoy habituada a vigiliass y, además de eso, la pobrecita sufriría mucho.

- Pero estaría a salvo de cualquier necesidad en la institución donde intentamos internarla.

- Pero eso no le garantizaría la tranquilidad ni mejoría alguna, pues lo que ella más necesita es cariño, en el trance tan doloroso por el que está pasando. Estoy segura de que no le faltarían enfermeras dedicadas, pero, aún así, siempre se consideraría abandonada por nosotros, en medio de enfermos de toda clase, cuando puede perfectamente tratarse a nuestro lado, sin que le falte el confort de la ternura familiar.

Beatriz, que prestaba gran atención a los argumentos de la hermana, objetó:

- Tu actitud es nobilísima, sin embargo, nosotros no podemos dejar a un lado tu salud. Además de eso, las

observaciones de mi madre, en el estado de locura en que se encuentra, son muy impresionantes para cuantos nos visitan.

- Pues yo me comprometo a tenerla bajo mi cargo exclusivo. No se preocupen por mí. Me siento fuerte. Los cuidados para con la enferma son para mí un gran consuelo. La ausencia de deberes inmediatos nos inclina, a veces, a reflexiones indebidas. He aquí por qué la compañía de Doña Susana ha sido para mí de inmensa utilidad. Desde que partió mi madre, siento cierto vacío en el alma... Al tocar el clavicordio para la enferma, me recuerdo que su espíritu debe estar satisfecho. ¿Será posible que deseen suprimir semejante satisfacción a mi trabajo diario?

Beatriz recordó la realización de sus aspiraciones de moza, su infancia llena de confort y la feliz juventud; la comparó con la ejemplificación de Alcíone y sintió que los ojos se le rasaban de agua. Ni ella ni el abuelo se atrevieron a hablar más del traslado de la enferma.

En ese ínterin, cuando se levantaron de la mesa, el viejo Jacques se valió de la oportunidad de estar a solas los tres y llamó la atención de la hija de Magdalena para cierto problema que le preocupaba:

- Alcíone – dijo afablemente – aprovechando este momento de calma, debo decirte que mandé a buscar, por una persona de confianza, tu certificado de bautismo, en Versalles; pero, quiero creer que fueses bautizada en España, por iniciativa de Antero de Oviedo, porque en Versalles nada se encontró.

- ¡Ah! Sí... - murmuró la joven vacilante – ¿puedo saber el motivo de su interés?

- Es la necesidad de regularizar la cuestión de la herencia paterna. Beatriz y yo necesitamos atender esa parte.

La joven Vilamil hizo un gesto de gran admiración y exclamó:

- ¡Por favor! ¡No hagan eso!... Renuncio voluntariamente en favor de Beatriz. Su felicidad y sus bienes, son los míos.

- ¡Es imposible, hija mía – respondió el abuelo atentamente –; es justo que pensemos en tu futuro! ¡El destino da muchas vueltas y no sería razonable descuidar tu situación, cuando te asiste un derecho sagrado!...

- Agradezco tanta preocupación – acentuó la joven con firmeza y ternura – pero mi renuncia a la herencia material de mi padre es una decisión que no puedo modificar.

- ¿Por qué? – interrogó Beatriz ansiosa de compartir con la hermana la gran herencia.

- Ya que me preguntan, debo ser clara. Mi hermana se casará muy pronto y no tenemos el derecho de desterrar a Doña Susana según opinión del yerno, que, al final de cuentas, será también su hijo... Henrique de Saint-Pierre siempre observó en la futura suegra a una desvelada amiga. En este amargo período de enfermedad, la ha tratado con especial cariño. ¿Sería justo deshacer una actitud tan noble, tan sólo por una razón de posibilidades financieras, que pasan con el tiempo? Creo que no, Beatriz, por cierto, recibirá de las manos del Altísimo algunos hijitos que le enriquecerán su corazón femenino. ¿Qué sería de los pobres niños, cuando recordasen a la abuela, entre observaciones severas y poco dignas? Naturalmente que Saint-Pierre es incapaz de deshacer el noviazgo por la revelación del pasado, pero nunca podría sustraer del hogar futuro el mal pensamiento, referente a la genitora de su compañera. Con el tiempo, semejante recuerdo podría volverse hacia la querida Beatriz un fardo bastante pesado... Ni todo el dinero del mundo bastaría para restituirle su

tranquilidad. Siendo así, ¿qué motivo nos podría inducir a volver a Doña Susana más infeliz de lo que ya es? Proceder a ciertas explicaciones en un proceso de herencia, sería ensuciar su memoria para siempre. Sería un acto muy indigno por nuestra parte. Creo que mis padres, en la vida espiritual en la que se encuentran, aprueban plenamente esta conducta.

El bondadoso anciano y la nieta estaban profundamente sorprendidos. Nunca podrían pensar que el desprendimiento de la hija de Magdalena alcanzase tanta renuncia. Beatriz permanecía emocionada, sin saber manifestar la gratitud que vibraba en su alma. Fue el amoroso viejecito quien rompió el silencio, considerando:

- Nos gustaría restablecer la verdad, a pesar de ser bastante dolorosa. Estoy seguro de que Henrique se conformaría, de buen grado, y que Beatriz no sufriría, en el futuro, ningún sinsabor, satisfecha y feliz siguiendo tu ejemplo. ¿Quién sabe si podrías pensar el asunto con más libertad y modificar tus ideas en este particular?

- No, no crean, mi resolución es irrevocable.

- Esa resolución, Alcione – prosiguió el viejo educador - ¿no podría parecer menosprecio a un esfuerzo de tu padre? Si Cirilo pudiese verte y hablarte, seguramente no estaría de acuerdo en eso.

La interpelada comprendió que tal argumento era lanzado, de manera más perentoria, a su corazón afectivo, con intención de modificar sus disposiciones íntimas, y replicó argumentando aún más fuerte:

- La conciencia me dice que nuestro ausente amado bendice mis intenciones. Además de todo eso, mi genitor me dejó una herencia mucho más sublime, para que yo viniese a preocuparme con el dinero. Me dio un abuelo generoso y una dedicada hermana... ¿Acaso dejé de recibir ese santo legado?

Jacques experimento alguna cosa en el cansado corazón, como nunca sucediera en todo el curso de su larga existencia. Lo reconocido y feliz, exclamó:

- ¡Dios bendiga todos tus caminos!...

- Sus bendiciones, abuelo, son para mí una riqueza eterna.

Beatriz, sensibilizada al extremo, la besó y se retiró enjugando las lágrimas.

Y, dada la completa renuncia de Alcíone, la situación en el palacete de los Davenport continuó sin modificaciones apreciables.

La enferma, atendida en sus mínimas necesidades por la enfermera afectuosa, continuaba gozando de la consideración de sus prestigiosas relaciones parisienses. De vez en cuando, era visitada por nobles damas de la Corte, demostrándole una cariñosa atención. Muchas veces, se marchaban muy impresionadas por lo que oían de la pobre demente.

- ¿Crees, Marcelina – decía la enferma a una amiga de la juventud – que el demonio no nos persigue diariamente? Lo veo en una lucha constante, trabajando por aniquilar mi alma... ¿Será que tú también tienes algún crimen que confesar? ¡Si cometiste alguna falta grave, libérate del remordimiento cuanto antes! ¡Satanás nos está acechando!...

Y, rematando las consideraciones con carcajadas, gritaba:

- ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!... ¡Vamos a quitar las máscaras, vamos a quitar las máscaras!...

Las visitas, casi siempre se retiraban impresionadas con la paciencia de la enfermera.

Hacía un año que Cirilo y Magdalena habían fallecido, cuando el viejo Jacques presentó síntomas alarmantes. El viejo médico de la familia recomendó el máximo cuidado, porque el enfermo tenía la vida pendiente de un hilo,

pudiendo morir de un momento a otro. Mientras Beatriz se deshacía en lágrimas, Alcíone duplicaba el valor, para atender a los enfermos, como se hacía necesario. Un mensajero fue enviado al Norte, a fin de solicitar la presencia de Carolina y de los suyos.

Cuando la señora de Nemours llegó con los dos hijos, el genitor estaba muriendo.

La hermana de Susana muy raramente venía a París y, por ocasión de la muerte del cuñado y de la enfermedad de la hermana, se limitó a escribir, enviando a la viuda condolencias y deseos de pronto restablecimiento. Pero, percibiendo que el viejo padre estaba a punto a dejar el mundo, se dio prisa en llegar a su lecho, en vista de la pequeña fortuna del antiguo educador de Blois.

Carolina encontró a la hermana en un lamentable estado. No obstante a las preocupaciones egoístas de un temperamento miserable, no abrazó a Susana sin llorar. La infeliz viuda le dirigió conmovedoras palabras, que le calaban en lo profundo del espíritu.

- Tal vez no sepas, Carolina – decía exaltada - que me volví una criminal a los ojos de los hombres y ante Dios... Condené a Magdalena Vilamil al destierro y a la miseria, para desposar a Cirilo, en América... ¡Hice todo cuanto quise, pero ahora Dios deja al diablo que me pida cuentas de mis condenables actos!...

- ¡Cálmese!... – exclamaba Alcíone con actitud de sirvienta dedicada.- La señora se está entregando a emociones muy fuertes con la llegada de su hermana.

- ¿Quién es esta enfermera tan adecuada a nuestras necesidades? – preguntaba Carolina a Beatriz, con interés.

Viendo, sin embargo, que la hermana encontraba cierta dificultad para explicarse, la propia Alcíone esclareció:

- Soy empleada de la señora Davenport, desde cuando ella gozaba de salud.

- Pues bien, mi niña – replicaba la visitante como quien se sentía bien al reconocer que otros toman para sí el trabajo o la dificultad que le pertenecen – Dios ha de ayudarla por la dedicación con que cumple sus deberes.

Carolina permanecía allí, bajo una fuerte impresión.

- La locura de Susana es muy singular – dijo espantada.- ¿Por qué se referirá a crímenes que no practicó en absoluto?

- El médico dice – esclareció la enfermera con serenidad – que esa perturbación es común en la mayoría de los que tienen el cerebro trastornado. En vista de haberse casado Susana con el primo que a ella se unía, en segundas nupcias, parece siempre preocupada con el asunto, alegando situaciones imaginarias.

- La explicación del facultativo es muy plausible – añadía la tía de Beatriz – mi hermana era muy amiga de Magdalena Vilamil y, posiblemente, se acordase mucho de la difunta, en los delirios de su demencia.

- Le hago saber – decía la hija de Magdalena – que mi nombre es Alcíone Vilamil y esta circunstancia no dejará de influir en el ánimo de la enferma, siempre en mi compañía...

- Eso es muy curioso – explicaba la interlocutora – porque sus facciones son muy parecidas a las de la primera esposa de Cirilo, cuando era joven.

- Eso dicen – confirmaba la joven con humildad.

La señora de Nemours no ocultó la simpatía que la enfermera le inspiraba, elogiándola sinceramente, junto a Beatriz.

Al día siguiente de su llegada, el viejecito generoso, después de largos padecimientos físicos, se despidió del mundo con una gran serenidad. Alcíone resistió todos los

embates, heroicamente, transformándose en un ángel de socorro para cada uno, en particular.

Después del funeral, fue inútil que uno de los jóvenes, hijo de Carolina, insistiera para regresar al Norte. La esposa del Sr. Nemours alegaba, confidencialmente, necesitar conocer el testamento paterno. El genitor dejaba una regular cuantía de dinero en efectivo, y Carolina quería tener conocimiento de sus últimas voluntades.

El documento, no obstante, abierto a los tres días, reservaba una gran sorpresa para su corazón egoísta. Jacques Davenport dejaba la pequeña fortuna para Alcíone Vilamil, declarando que su resolución obedecía al hecho de que las hijas y los nietos se encontraban debidamente amparados por vastas posibilidades financieras, y que su decisión testamentaria sólo representaba un acto de gratitud para con la enfermera amada, a cuyo cariño se sentía unido por un eterno agradecimiento.

Alcíone lloró, conmovida, oyendo la lectura, y, mientras Beatriz no conseguía disimular la satisfacción que llenaba su alma, la tía se sumergía en una contrariedad intraducible.

Reconocida la última voluntad del fallecido, Carolina Davenport comenzó a pensar seriamente en la posibilidad de una destitución. A la noche, se aproximó a la hija de Susana, hablándole del asunto con gravedad.

- Beatriz – comenzó a decir la señora de Nemours algo irritada – no puedo callar la extrañeza que me causó la disposición testamentaria de papá. Francamente, estoy decepcionada.

- Pues yo, tía, muy por el contrario, pienso de otro modo. Creo que el abuelo actuó con gran justicia.

- ¿Cómo es eso? No veo razones que justifiquen ese acto. Nunca creí que mi padre olvidase a sus hijos para valorar sólo los servicios de una criada. Estoy dispuesta a

pleitear la anulación del testamento. Mi viejo padre debe haber sido lamentablemente engañado...

- ¡No diga eso! – dijo la sobrina revelando una noble preocupación. – Alcíone, en nuestra casa, desempeña el papel de una hija. Soy testigo de su extrema dedicación. Además, hasta ayer, la señora no le negó los mayores elogios...

- Sí, como sirvienta. No podía, sin embargo, suponer que papá hubiese alcanzado esos extremos de consideración.

- La señora, mi tía – esclareció Beatriz con la delicadeza firme de quien no está dispuesto a ceder – es porque ha vivido ausente, años consecutivos. Naturalmente, no puede evaluar las elevadas cualidades de las que Alcíone es portadora. Aún es bastante feliz en este mundo, para conseguir observar a las almas que desempeñan la tarea de los ángeles. Desde que se casó, vive tranquilamente en su casa, al lado de su esposo rico y dos hijos que participan de su bienestar, inalterado hasta hoy. Además, debo decir que esta opinión era la del abuelo, siempre quejoso de su ausencia. Nosotros, sin embargo, no podemos compartir con la señora la misma apreciación. El fallecimiento de mi padre nos trajo lecciones muy amargas, que Alcíone nos ha enseñado a comprender con su bondad sin límites... En todo el transcurso de la enfermedad de mi madre, su dedicación ha llegado al heroísmo.

La interlocutora parecía oír superficialmente los argumentos de la joven, respondiendo con cierta sequedad.

- No puedo aceptar la opinión de tu juventud inexperta. A mi modo de ver, Alcíone es una criatura con muchas cualidades, pero no veo otra virtud que no sea la de sirvienta.

Y mostrando los celos que le envenenaban el espíritu, en virtud de la predilección paterna, remataba:

- Susana está demente, pero yo aún no perdí la razón. No estoy de acuerdo con la decisión testamentaria y recurriré a la justicia.

La sobrina, con todo, dirigiéndole una mirada autoritaria, sentenció:

- Jamás pensé que la señora tomase esa decisión sólo por algunos miles de francos, concedidos por un corazón generoso a una huérfana. Sepa, sin embargo, tía, que no me quedaré sin hacer nada ante los jueces de París. Su reclamación podrá conseguir su fin, pero yo le daré a Alcíone, públicamente, un legado que pueda equivaler a la pequeña herencia dejada por el abuelo... Así, nuestros amigos tendrán conocimiento de que la reclamación no parte de esta casa, sino de un espíritu inconformado y mezquino.

Ante la noble actitud de resistencia, la señora de Nemours hizo un gesto de fuerte irritación y murmuró desolada:

- ¿Me insultaste? Eres muy joven para discutir conmigo. Creo que tú y la criada trastornasteis la cabeza del viejecito enfermo, induciéndolo a un testamento tan singular...

- Podrá juzgar como le dicten los propios sentimientos.

Carolina empalideció, fuertemente excitada y respondió:

- Hoy mismo vuelvo para casa. Y quedas informada, Beatriz, que no necesitamos el dinero de papá ni el tuyo. Traté el asunto de la herencia, porque todos estamos obligados a honrar a la justicia, pero nunca necesitaré de esa miseria de algunos escudos. Y que Dios te proteja, para que la sirvienta intrusa no te cause serias decepciones.

La sobrina le lanzó una mirada altiva y murmuró muy tranquila:

- Le agradezco su decisión de partir. Es mejor que el escándalo quede sólo entre nosotros y que la señora renuncie a la primera disposición que me llevaría también a verme ante todos como su adversaria.

No obstante la preocupación de abandonar el palacete de la Cité, en aquella misma noche, Carolina Davenport, contenida por los hijos, esperó a la mañana, cuando se marchó de París, despidiéndose de la sobrina rudamente.

Por esa época, Henrique de Saint-Pierre comenzó a cooperar más asiduamente en la solución de los negocios de la antigua residencia de Cirilo. En el círculo de tantos dolores y preocupaciones, solamente la perspectiva del próximo casamiento de Beatriz ofrecía oportunidad a determinadas esperanzas de paz. La novia esperaba la mejoría de la genitora para señalar la fecha de la boda. Desde hacía mucho, el joven mostraba deseos de no aplazar el enlace por más tiempo; no obstante, Beatriz no se sentía bien, entregando a Alcíone el peso de todos los encargos, con relación a la enferma. Susana, después del fallecimiento del viejo profesor, alcanzó un estado especial de inercia, empeorando siempre, a ojos vistos. Las dos hijas de Cirilo se alternaban con dedicación en el sentido de amparar a la enferma con todos los recursos a su alcance. Alcíone estaba abatida. Entretanto, las luchas se agravaban, cada vez más.

Cierta noche, Robbie, ya casi un hombre hecho, se demoró más que de costumbre. La hija de Magdalena se inquietó, sintiendo que algo grave sucedía, amargándole el corazón. De hecho, mientras confiaba a la hermana los pensamientos que la atormentaban, un mensajero del abad Durville, clérigo de San Landry, pedía su presencia urgente.

- Señorita – exclamó respetuosamente, dirigiéndose a la joven, que lo escuchaba sorprendida – el Sr. Robbie hace dos horas fue víctima de un desastre, cerca de la iglesia...

- ¿Qué paso? – inquirió Alcíone mostrando una enorme aflicción.

- ¡El joven iba distraído cuando un carruaje lo cogió, brutalmente! Los caballos se espantaron y el cochero no tuvo tiempo de evitar el lamentable accidente.

- Y ¿cómo está él?

- Muy mal. Las heridas del pecho sangran con abundancia, casi no puede hablar y pidió al Abad Durville que la llamasen con urgencia.

- No hay tiempo que perder – murmuró Beatriz.

En unos instantes, el carruaje de los Davenport salía a toda prisa, conduciendo a las dos hermanas.

En un ángulo de la iglesia de San Landry, el hijo adoptivo de Magdalena experimentaba un rápido agotamiento de las fuerzas. La sangre salía a borbotones, incesantemente, de las heridas abiertas. Un médico aplicaba los recursos inútiles y limitados de su ciencia. La afluencia de la sangre cedió en determinadas zonas, pero la incisión profunda, a lo largo del pecho, era una fuente inestancable. No había esperanzas. Durville y algunos compañeros lo asistieron, seguros de que el músico estaba perdido.

Percibiendo a su lado a la hermana muy querida, el joven pareció concentrar las energías supremas, con el deseo de transmitirle sus últimos pensamientos. La voz era como un soplo. Alcíone se inclinó, esforzándose para no llorar; lo besó con enternecimiento fraterno y se sentó, allí mismo, para que la frente dilacerada reposase en su regazo fraterno. El herido esbozó una leve sonrisa que emocionó a los asistentes.

- ¿Entonces, Robbie? ¿Cómo ocurrió? – preguntó la hermana, casi tocando los labios en sus oídos.

- Debe ser... la voluntad de Dios... que se cumplió...

Alción, muy conmovida con la dulce resignación del moribundo, volvió a decir:

- Te llevaré conmigo a casa. Tenemos que tratar las heridas con cuidado. El carruaje nos espera en la puerta.

El herido intentó hacer un gesto que significaba su imposibilidad absoluta, llegando tan solamente a murmurar:

- No puedo más...

Beatriz buscó al facultativo, que se quitaba el delantal lleno de sangre y pidió permiso para mover al joven. El doctor, no obstante, no estuvo de acuerdo, exclamando:

- ¡Es inútil! Moverlo sólo agravaría los sufrimientos del infeliz. Sus minutos están contados. La gran herida del pecho, producida por la pata del animal, es irremediable.

- ¿El caso es tan grave? – indagó la hija de Susana, alarmada.

- La muerte es cuestión de momentos – respondió el médico, un tanto displicente.

Alción, que comprendía la situación, se inclinó hacia el moribundo, como si estuviese acariciando a un hijito.

- En el instante en que ocurrió el accidente – esclareció el Abad Durville en voz alta – quise prender al cochero culpable, a fin de castigarlo, como justicia, pero Robbie no lo consintió, diciendo que él era el único culpable del incidente.

El joven miró a la hermana, largamente, ansioso de leer en su rostro la aprobación de su actitud. La hija de Magdalena entendió su lenguaje silencioso y dijo:

- Hiciste muy bien, Robbie. Es necesario no disputar con el mundo, a fin de encontrar el camino que conduce a Dios.

El agonizante tuvo una expresión de gran confort íntimo y, reuniendo sus reducidas posibilidades orgánicas, habló entrecortando las palabras:

- Desde que mandé a los gendarmes a liberar al cochero, por entender que yo era el culpable... siento que ya no tengo la piel negra, que tengo la mano y la pierna... curada... mira Alcíone...

Y haciendo un esfuerzo al cual no podía corresponder la mano casi rígida, continuaba murmurando:

- Mi mano tiene ahora cinco dedos... y tengo la impresión de que me curé de los ojos para siempre... Solamente no puedo levantarme y acompañarte... pero después que duerma... pienso que me pondré bueno...

La hermana adoptiva acentuó vertiendo algunas lágrimas:

- ¡Estas son las pruebas redentoras, mi querido Robbie! Dios te restituye la salud del alma, por considerarte nuevamente digno.

Pero el médico que conversaba con Beatriz y el Abad Durville, a una distancia de dos metros, añadía:

- Creo que la pobre jovencita no conoce el delirio de la muerte. El agonizante comienza a desvariar. Debe ser el final.

Después de oír la opinión insensata del mundo, Alcíone aproximaba al hermano contra su pecho, elevándose a Jesús en oraciones fervorosas.

- Siento... mucho sueño... – dijo Robbie con un soplo de voz.

La hija de Magdalena lo acarició con más ternura y el músico se durmió para siempre, en el mundo, para despertar en una vida más elevada.

El doloroso incidente, que arrebató al hermano adoptivo para la esfera espiritual, dejó a Alcíone mucho más abatida de lo que podría pensar. Saint-Pierre se ocupó del funeral con la mayor solicitud. Terminada, no obstante, la ceremonia fúnebre, que se había revestido de gran sencillez, la joven Vilamil comenzó a experimentar una gran angustia en el corazón. Nunca sintió una sensación tan grande de soledad en el mundo. Robbie era el último vestigio de su infancia y de su juventud. Una amarga nostalgia le oprimió el corazón. La antigua casita de campo en Ávila quedaba muy lejos en el tiempo. Dolores y Juan de Dios, los buenos amigos de la niñez, jamás habían dado señal de vida, de su lejano lugar; el padre Damián y su madre habían partido, su padre y el abuelo les habían seguido los pasos en el camino de la muerte, Carlos se apartó por la incomprensión, Robbie descendió a la tumba.

Dominada por la tristeza de los espíritus solitarios, la hija de Magdalena se recogió en su aposento particular. Lloró convulsivamente, en actitud contraria a todos sus hábitos. Abrazando el viejo crucifijo, junto al cual tantas veces Doña Margarita y Magdalena habían llorado, decía con sentimiento:

- ¡Ah! ¡Mi Jesús, no me desampares!...

Fue entonces cuando la pobre loca, echándola en falta, se aproximó, después de abrir la puerta levemente cerrada, exclamando con los ojos inexpresivos, en un impulso maquinal:

- ¡Alcíone!... ¡Alcíone!...

La interpelada enjugó el llanto, colocó el crucifijo en su lugar, se levantó rápidamente y fue al encuentro de la enferma con ternura:

- ¡Ah! ¡Cómo me olvidé de la señora!...

Y abrazando a la pobre demente, la condujo con mucho cariño al cuarto de dormir.

Soledad amarga

Susana Davenport aún vivió poco más de dos años, tras la muerte de Robbie. La hija de Magdalena pasó todo ese tiempo con grandes sacrificios domésticos, ejemplificando el amor más puro. La genitora de Beatriz tuvo una agonía prolongada, recuperando la razón en las últimas horas. Con los ojos fijos en la hija, le tomó la mano y la colocó en las manos de Alcíone, dando a entender que la hijita, en tiempo alguno, debería olvidar tener a la hermana como un símbolo.

Alcíone descansaba ahora de una gran lucha, pero, acostumbrada al trabajo desde los más tiernos años, llegaba a extrañar el reposo.

El próximo casamiento de Beatriz, con los numerosos trabajos consecuentes, fue por ella encarado como un alivio a la soledad que comenzaba a experimentar. Todas las horas del día, en cariñosa dedicación, eran consagradas al bordado y a la costura, sorprendiendo a la hermana por el gusto artístico y habilidad, en cada detalle del servicio. Beatriz no conseguía olvidarse del peso de los recuerdos dolorosos, pero el matrimonio con el hombre amado revigorizaba sus esperanzas. El palacete de la Cité, siempre envuelto en un manto de nostalgias, daba la impresión de ser un jardín abandonado que comenzaba a florecer. Los criados evitaban referencias a la muerte de los antiguos señores, para que los retoños de nueva alegría no fuesen arrancados. Si acaso veía a la hermana entristecida, Alcíone hacía sonar las teclas de algún asunto agradable, para que la joven no se entregase a la tristeza y al malestar. El culto del Evangelio en el hogar fue restaurado. El propio Henrique de Saint-Pierre se unió al movimiento, participando de las reflexiones

religiosas con mucha satisfacción. La inspiración de la hija de Magdalena le causaba una cariñosa sorpresa. Su palabra penetraba problemas complejos de la existencia, como si ya hubiese vivido muchos siglos en contacto con los hombres. Para Henrique, tales reuniones tenían un carácter providencial. Indirectamente, la hermana de su novia, sin ninguna intención, le preparaba el espíritu para las tareas sagradas del hogar, para los beneficios del casamiento. El joven comenzó por abandonar las compañías peligrosas que, no era raro, tendían a comprometer su nombre y su salud; la vida le reveló profundos secretos, su corazón parecía ahora abierto para el rocío divino del sentimiento superior. Incansable en el trabajo, Alcíone extendió el culto dominical a los numerosos criados. Todos podían participar de las bendiciones de Jesús, en el gran salón que Beatriz mandó preparar jubilosamente. El movimiento familiar continuaba en santas vibraciones de fraternidad y alegría. La joven Vilamil organizó himnos de cariñosa devoción a Dios, que los niños de los criados entonaban, con un encanto singular. El clavicordio parecía hablar armoniosamente de la fe, bajo la presión de sus dedos. La hija de Susana no cabía en sí de alegría. La gran residencia de Cirilo perdió el aspecto sombrío, adquirido en todo el curso de la enfermedad de la viuda Davenport. Un sano júbilo se estableció entre todos. Cuando alguien demostraba indisposiciones súbitas, se recordaba la enseñanza de Cristo y el culto del hogar iba ganando todos los corazones.

El enlace de Beatriz y Saint-Pierre se realizó con mucha sencillez, y sólo concurrieron los amigos más íntimos.

Alcíone acompañó satisfecha todos los trámites del auspicioso evento, pero, pronto entró en un período de gran abatimiento, del cual apenas salía en las horas del

culto familiar. La hija de Magdalena no conseguía reponerse al recuerdo de sus inolvidables ausentes y, simultáneamente, experimentaba la falta del trabajo activo, que se volvió la incesante religión de sus brazos fraternos.

La hermana se impresionó. ¿Qué podía hacer para sacarla de aquella melancolía que la oprimía lentamente? Ella evitaba las fiestas sociales, no tenía inclinación para los placeres de su edad. Habiendo pasado de los treinta años, sus facciones fisonómicas conservaban la belleza de la primera juventud, revelando, al mismo tiempo, la madurez del espíritu. Beatriz comenzó a pensar, seriamente, en animar a su alma sensible y afectuosa para un matrimonio feliz. Dominada por esos pensamientos, la esposa de Saint-Pierre se aproximó cierto día a la hermana y le dijo, con bondad:

- ¡He tenido bastante cuidado de ti y necesito cooperar para que la tristeza sea expulsada de tu corazón y de tus ojos!...

- ¿Por qué te afliges, querida mía? El reposo involuntario de nuestras manos acostumbra agravar el esfuerzo de los pensamientos. No estoy oprimida, puedes creerlo. He meditado un poco más y esa circunstancia te induce a percibir amarguras imaginarias en mi espíritu.

Beatriz la abrazó con estremecimiento y habló:

- El corazón me dice que no estoy engañada. Te consumiste a ojos vistos. A veces, Alcíone, cuando paseo con Henrique, no puedo evitar que mi alegría se mezcle con el remordimiento...

- Pero, ¿cómo es eso, querida?

- No me conformo con ser feliz yo solamente, cuando tú mereces las bendiciones del Cielo, mucho más que yo.

Después de una ligera pausa, la hija de Susana continuaba:

- ¿Desearías hacer algún viaje que te distrajese? Esa oportunidad sería más que justa, después de tantos años de lucha y sacrificio. Si no quieres ir a ningún país extranjero, podrías descansar en alguna playa y fortalecerte en contacto directo con la Naturaleza.

- Pero, si yo estoy muy bien y no me falta de nada.

Beatriz la contempló con más cariño y, casi suplicando, volvió a decir:

- Alcione, deseaba celebrar una posibilidad, por lo que espero me perdones con tu generosidad fraternal...

La hermana se conmovió con aquellas cariñosas palabras e insistió:

- Di sin recelo. ¿De qué se trata?

- He pedido a Dios, ansiosamente, me conceda la alegría de verte formando igualmente un hogar, donde un esposo fiel ilumine tu camino con las bendiciones de una felicidad sin fin. ¡Si te pudiese ver amada por un hombre leal y puro, rodeada por la felicidad de hijitos cariñosos, qué feliz sería!... Dame la satisfacción de ayudarte a reflexionar en ese particular...

Beatriz notó que la hermana hacía un enorme esfuerzo para retener las lágrimas. Adivinando su apuro para responder, la esposa de Henrique conseguía ánimo para proseguir:

- Mi marido y yo venimos pensando en la lejana colonia, donde nuestros bienes materiales son considerables. Henrique viene ultimando algunos negocios y creo que, de aquí a algunos meses, tomaremos la nueva decisión. Mis tíos insisten en que yo regrese y, además de ellos, tenemos en América viejos amigos de mi padre esperándonos con los brazos abiertos. Claro que no dispensamos de tu compañía y te pido permiso para ir pensando, desde ya, en tu futura felicidad. En mi tierra natal, encontrarás amigos cariñosos y dedicados, y ¿quién sabe? Tal vez Jesús te reserve por allá un esposo fiel y

cristiano, que haga por ti todo lo que deseamos de corazón.

Alción se conmovió profundamente. El tierno respeto de Beatriz, la delicadeza de su exposición, penetraba su espíritu como un bálsamo celestial. Demostrando el interés de su dedicación fraterna, respondió reconocidamente:

- ¿Y si te dijese que tengo mi corazón prisionero, desde mi primera juventud?

La esposa de Saint-Pierre, con una sincera sonrisa, revelaba el placer que la declaración le causaba. Si la hija de Magdalena Vilamil ya había elegido al hombre de su afecto, no le sería difícil contribuir eficazmente para su felicidad. Ansiosa y confortada, Beatriz insistía con los ojos muy brillantes:

- ¡Ah! ¡Cuéntame todo! Seguramente, el elegido de tu alma no estará aquí en París. ¿Es algún gentil-hombre español que espera tu decisión hace mucho tiempo?

Reconociendo la sinceridad de la hermana, Alción le contó la historia de su juventud, recordando la figura de Clenaghan con la vivacidad de sus inmensos tesoros afectivos. Largas horas estuvieron ambas en el diván, deshilando el rosario de los recuerdos queridos. La hija de Susana seguía las palabras de la hermana, demostrando una gran admiración por su capacidad de sacrificio. Alción crecía espiritualmente, cada vez más, en su concepto. Al finalizar el relato de sus agrídulces reminiscencias, la joven esclarecía:

- Cuando nos encontramos por última vez, aquí en París, noté que él no podía comprender mis deberes filiales. Estaba taciturno, tal vez irritado con las luchas de la suerte. No podía ver en mí sino la novia que atendiese su ideal humano, pero yo aún tenía deberes sagrados para con mis padres, y no pude acompañarlo de regreso a Castilla. Él no se despidió de mí, pero lo hizo de mamá,

antes de ponerse en camino del Havre; y mamá siempre decía que lo notaba bastante cambiado, receloso y desesperado. Con eso sufrí mucho más de lo que se puede imaginar, pero entregué a Jesús mis íntimas amarguras. Me acuerdo, perfectamente, de que, imposibilitada de revelarle lo que ocurría entre mi madre y mi padre, que el destino había separado, prometí que lo buscaría cuando las circunstancias me lo permitiesen...

- ¿Y no habrá llegado la hora de la conciliación? – interrogó Beatriz ansiosa por renovarle el buen ánimo.

- He pensado en eso, sinceramente, en estas últimas semanas – confesó la hija de Magdalena, con mucho placer por sentirse comprendida. – Estoy segura de que Carlos confía en mi sinceridad y no habrá desposado a otra mujer. En esta fase de mi vida, tal vez le pueda ser útil, podría influir para que vuelva a la vida religiosa, aunque sin esperanza de reintegrarlo en el ministerio sacerdotal.

- ¿Qué dices? – murmuró la esposa de Saint-Pierre con infinito cariño. – No pienses en obligarlo a retomar un servicio contrario a su vocación. Tu corazón y el del hombre amado tienen derecho al banquete de la vida. Has de casarte y conocer la felicidad que parecía remota e irrealizable. Quiero besar a tus hijitos, en un futuro risueño.

El semblante de Alcíone se iluminó, mostrando la belleza de su más secreto ideal de mujer. Ruborizada y casi feliz, preguntó:

- ¿Supones, acaso, Beatriz, que Dios aún me concederá semejante felicidad?

- ¿Por qué no? – volvió a decir la interlocutora con sereno optimismo. – Eres joven y bella, como a los veinte años. Es necesario que nos preocupemos inmediatamente del contacto con Ávila.

La hija de Magdalena dirigió a la hermana una mirada significativa e indagó:

- ¿Estarías de acuerdo en que yo fuese hasta allá? Deseo sorprender a Carlos con el exacto cumplimiento de mi palabra.

- Sin duda – respondió Beatriz con buen humor, al percibir que nuevas esperanzas brotaban de aquella alma generosa y santificada –; si fuese posible, te acompañaría. Creo que no será posible, pero todo se arreglará de manera de poder visitar Castilla La Vieja, en la primera oportunidad.

- Iré sola – esclareció Alcíone, con los ojos vivaces.

Al día siguiente, en el almuerzo, Henrique de Saint-Pierre participaba del entusiasmo de ambas.

- Beatriz me ha informado de tus intenciones – le dijo en tono fraternal – y puedes creer que ya estoy a la espera de Clenaghan, con justa ansiedad. Necesito un compañero para el progreso de nuestros negocios. Claro que no necesitamos de capital, pero sí de un auxiliar trabajador y leal, que nos ayude a cuidar del patrimonio adquirido. Siento que tu futuro esposo solucionará nuestro problema.

- ¡Ah! Sí – respondió Alcíone risueña – Carlos es un hombre honesto y trabajador. Es verdad que faltó al compromiso sacerdotal, falta esa que no pude aprobar, desde los primeros tiempos en que la decisión no pasaba de ser un proyecto; pero nada se podrá decir contra su lealtad. Es portador de un carácter noble y de valerosos sentimientos.

- Para nosotros, será un hermano – dijo Beatriz satisfecha.

- Ciertamente – continuó Saint-Pierre atento – ¿ya hablasteis sobre nuestro traslado al Nuevo Mundo?

- Sí – acentuó la hija de Magdalena, confortada.

- Pues bien – prosiguió el nuevo jefe de la casa – Clenaghan vendrá con nosotros, como un familiar. En cuanto a ti, Alcíone, conozco el plan de tu viaje a España, donde cuidarás de la agradable sorpresa para tu elegido. Quisiera seguirte y más a Beatriz, pero negocios urgentes nos lo impiden hacerlo. No obstante, podre enviar a un empleado al Havre, a fin de conocer el movimiento de las embarcaciones más seguras. Si quieres, podré designar a alguien para que te acompañe en el viaje tan largo...

Sinceramente reconocida, la joven obtemperó:

- No es necesario, Henrique. Podré seguir sola, ya que conozco el camino. Además, Ávila es como si fuese mi segunda patria. Allá tengo numerosas amistades.

- No tenemos ninguna objeción que hacer. Sólo pido al Cielo para que tu felicidad se realice rápidamente. Dirás a Carlos Clenaghan que lo esperamos en esta casa, con interés y simpatía. Para mí, Alcíone – añadía Saint-Pierre conmovido – nunca fuiste la niñera de Beatriz, sino nuestra hermana muy amada, por los lazos sacrosantos del espíritu. El compañero de tu elección será una persona sagrada a nuestros ojos. Cuando llegues a Ávila, anímalo a venir en tu compañía, con presteza. Esperaremos tu vuelta, para entonces señalar el viaje para la colonia.

Alcíone no sabía cómo demostrar su gratitud. Con cariñosas frases, manifestó su sincero agradecimiento del alma, quedando allí mismo fijado el viaje a España.

Precisamente de ahí a un mes, Beatriz y el esposo acompañaban a la hermana hasta el Havre, donde Alcíone, valientemente tomó la embarcación que la llevaría al puerto de Vigo.

Tras las despedidas, cuando el navío se apartaba de las costas francesas, llevado por vientos favorables, la hija de Magdalena se encontró a solas con sus profundos recuerdos. Las figuras de la genitora, de Robbie y del

padre Damián se le presentaban mentalmente, más vivas que nunca. Era necesario tener mucha energía para no llorar, frente a la nostalgia que le dilaceraba el corazón. Aquí, era un detalle del mar, que había impresionado al hermano adoptivo; allá, un aspecto de la costa que provocara ciertas explicaciones del viejo sacerdote. Recogida en cariñosos sentimientos, la hija de Cirilo desembarcó en tierra española, con el pecho oprimido de infinitas esperanzas. Nunca tuvo noticias de Clenaghan, era muy posible que no estuviera en Castilla La Vieja; entretanto, sus amistades de Ávila la informarían al respecto.

El viaje a la ciudad de su niñez no fue difícil. En pocos días, llegaba a su destino. Aunque provocase la extrañeza de muchos el hecho de encontrarse sin compañía, Alcíone mostraba una actitud superior a las miradas curiosas que parecían interrogarla. No encontró ninguna diferencia en el paisaje. La cuna de Teresa de Jesús reposaba en tierra pobre, celosa de sus viejas tradiciones.

A las diez de la mañana, entraba en el humilde hotel, naturalmente fatigada, y decidió no buscar a las antiguas amistades, hasta que se alojase convenientemente, para no ser pesada para nadie, por su llegada imprevista. De pronto, identificó a viejos conocidos de la juventud, a quien, entretanto, no se dio a conocer por no haber bastante intimidad. Después de reponerse del inmenso cansancio, llamó a un pequeño servidor de la hospedería, preguntándole un tanto tímida:

- Amiguito, ¿podrás informarme si reside aquí, en Ávila, un señor llamado Carlos Clenaghan?

Tras reflexionar un momento, el rapaz esclarecía:

- Sí, señorita, lo conozco.

La viajera notó que el corazón le palpitaba con más fuerza.

- ¿Sabes si es de origen irlandés, domiciliado en Castilla hace algunos años? – volvió a interrogar muy atenta.

- Sí, eso mismo y sé que fue sacerdote, en otro tiempo. Hoy es un rico comerciante.

Alción lo escuchó conmovida. No podía engañarse. Pensó, entonces, en sorprender al espíritu del amado en intimidad cariñosa. Lo convidaría, a través de una tarjeta de visita, a entrevistarse, por la tarde, junto a la nave de la iglesia de San Vicente. Se encontrarían en la sagrada casa de Dios, donde tantas veces habían tejido muchas redes de sueños y esperanzas, siempre deshechos por el vendaval de las dolorosas realidades. Ahora, sin embargo, era lícito tratar de su porvenir feliz. Le escribiría sin darse a conocer en la tarjeta, diciendo que llegaba de París, con noticias agradables para su corazón. Cuando llegase al viejo templo, entonces la vería, comprendiendo su fidelidad y dedicación. Luego, tras el reencuentro, visitarían juntos las antiguas amistades afectuosas, volverían a los lugares de su infancia, así como a la modesta casa en la que su madre trabajó tantos años, padeciendo las mayores privaciones.

Así procedió ilusionada por santas expectativas del amor desvelado y confiante.

El jovencito que la informó, después de adivinar el romance de la nueva huésped, fue emisario de la breve noticia al ex-religioso, que leyó la tarjeta bastante intrigado. Carlos identificaría aquella letra, entre mil manuscritos diferentes. Pero era imposible, a su modo de ver, que Alción estuviese en la ciudad. La autora del escrito, por mera coincidencia, debería tener el mismo tipo de letra, que jamás consiguiera olvidar, en el círculo de las experiencias personales. No conseguía relacionar otras explicaciones. Una curiosidad febril le dominaba el alma. ¿Qué noticias de París podrían ser enviadas a su

corazón? Desde hacía mucho consideraba que había perdido a Alcíone, en el capítulo de sus aspiraciones más sagradas. De ella no debería esperar ningún mensaje. Todavía, dilatando los pensamientos, comenzó a imaginar que se trataría de algún recado de Magdalena Vilamil o de Robbie, amigos de los cuales no tenía noticias, desde que regresara de Francia, donde fue con la suposición de encontrar a la novia resignada a sus caprichos de hombre apasionado. Presa de una intensa inquietud, esperó el crepúsculo ansiosamente.

Antes del atardecer, Alcíone se dirigió al viejo templo que constituía un centro de recuerdos sagrados para su espíritu sensible. Se arrodilló y oró ante los nichos, recordando, a cada paso, al viejo sacerdote a quien consagró la dedicación de hija afectuosa.

Con la mirada indagadora, de vez en cuando la dirigía al camino, para ver si Clenaghan atendía su entrevista.

Por fin, cuando el cielo caía bajo las últimas claridades crepusculares, un hombre surgió en el atrio de la iglesia, haciéndole vibrar el corazón con ritmo acelerado.

El sobrino del padre Damián se aproximaba. Alcíone lo vio un tanto abatido, pareciendo cansado por las luchas de la vida. Un intenso deseo de proporcionarle consuelo y confort, le afloró en el alma sensible.

Prontos a atravesar la portería primorosa, el ex-religioso vio que alguien avanzaba en su encuentro.

- ¡Carlos...! ¡Carlos...! – dijo la hija de Magdalena con infinita emoción.

El recién llegado paró lleno de asombro. Una enorme palidez le cubrió el rostro; quiso proseguir, pero las piernas temblorosas le paralizaban el impulso. La inesperada presencia de Alcíone lo llenaba de profunda admiración. Inútilmente buscaba palabras con las que exteriorizar el estado de espíritu, en el que la alegría se

confundía con el dolor. La hija de Cirilo le cogió la mano y habló con cariño:

- ¿No me reconoces? Vengo a cumplir mi promesa.

- ¡Alcione!... – consiguió decir el interlocutor en un conjunto de sentimientos indecibles.

Un abrazo cariñoso siguió a esas palabras. Comprendiendo su natural perturbación, la joven procuró confortarlo:

- ¡Ah! ¡Si yo hubiera sabido, antes, que te causaría este fuerte susto, no te hubiera dado esta sorpresa!... Perdóname...

Carlos se debatía íntimamente entre ideas antagónicas. Delante de él se hallaba la mujer amada, que las luchas de la existencia no hicieron olvidar. Alcione era siempre su maravilloso y único ideal. Las experiencias vividas, después de su dedicación y sus consejos, eran pruebas amargas que le despedazaban el corazón repleto de santas esperanzas. Pero, simultáneamente, recordaba con extrañeza la actitud de la joven en París, cuando no pudo entender el motivo de sus elevadas preocupaciones filiales. En su concepto, su elegida cambió su amor por los atractivos del mundo. Jamás consiguió olvidar aquél palacete de la Cité, donde la joven había penetrado íntimamente apoyada del brazo de un hombre.

No se deshacía de la intriga de esas reflexiones, cuando la interlocutora volvió a decir:

- Vamos a respirar el aire fresco de la noche. Dios me concede la dicha de continuar con los inefables coloquios de otros tiempos, en este mismo ambiente de nuestras primeras emociones.

El ex-sacerdote la acompañó maquinalmente. Un antiguo banco de piedra parecía esperarlos para revivir los mismos idilios.

Clenaghan preguntó por los amigos, recibiendo con dolorosa sorpresa la noticia de la muerte de Magdalena y

Robbie, impresionándose vivamente con la descripción del accidente del que fue víctima el músico. Alcione lo embelesaba con sus comentarios juiciosos y emotivos. Todo, en su vibrante elocución, revelaba amor y dedicación. Él la contemplaba con pasión, dando muestras de que esperaba, ansiosamente, aquél bálsamo divino que le manaba de los labios. En dado instante, respondiendo a una observación que ella le hacía con más cariño, el ex-sacerdote acentuó:

- Nunca pude precaverme de la amargura que tu actitud me causó. Sentí que me tratabas fríamente.

- En aquella ocasión, Carlos, Jesús me pedía testimonios de hija, a los cuales no podía huir sino por los atajos escondidos de la crueldad.

Ignorando también toda la extensión de los sacrificios de la elegida de su alma, el sobrino de Damián objetó:

- Pero, ¿si me ofrecía para traer a tu madre y a Robbie en nuestra compañía? Podríamos haber sido infinitamente felices si no te hubieras opuesto a eso...

La tonalidad impresa en esas palabras hizo que la interlocutora se ruborizase, callándose.

- ¿Qué hacías, en aquél palacete de la Cité? ¿Por qué salías de casa a pie e ibas a tomar un carruaje discretamente? ¿Ignoras que te seguí los pasos sin que me vieses y que vi al hombre que te abrazó, en el portón, cuando llegabas sonriente? ¡Ah! Alcione, no puedes comprender todo el veneno que me lanzaste en mi alma confiante. Jamás podría imaginar que París transformase tu espíritu, hasta el punto de olvidar nuestros compromisos y contrariar a tu madre enferma, cuya evidente preocupación era abandonar la capital francesa para volver a la vida sencilla de Ávila, donde habíamos acariciado tantas esperanzas y fuimos tan felices...

La joven, después de prestar mucha atención a sus gestos y palabras, sentenció:

- No debías haber ido tan lejos con tus juzgamientos. Ahora que nos reencontramos para comprendernos de una vez para siempre, debo decirte todo con franqueza. ¿Sabes quién era aquél hombre que me recibió con los brazos abiertos, aquella mañana?

Se detuvo ante la muda expectación del compañero y prosiguió:

- ¡Aquél hombre era mi padre!...

- ¡Tu padre! – exclamó Clenaghan aterrado.

Y ella pausadamente comenzó a relatar todos los acontecimientos de París, a partir del instante en que la enfermedad del padre Damián le impusiera multiplicarse para tareas más prácticas. A medida que se desarrollaban las revelaciones, el rostro de Carlos más se entristecía. El ex-sacerdote siempre reconoció en la joven las cualidades más primorosas, pero nunca pensó en que fuera capaz de una renuncia tan grande. Muy conmovida por el recuerdo de sus dolorosas reminiscencias, Alcíone concluía:

- ¿No crees que haya cumplido mi sagrado deber? No admitas que mi corazón pudiese haber olvidado tu dedicación y tu amor. Desde nuestro primer encuentro, vengo edificando un medio de enriquecer tu alma de idealismo y confianza. Siempre soñé, para tu camino, un mundo de felicidades nobles. Antiguamente, tus obligaciones sacerdotales nos impusieron la separación; incluso así, sin embargo, vibraba en la ardiente ansiedad de embellecer tu camino de nobles aspiraciones. Luché para que no abandonases lo que siempre consideré una sublime tarea; entretanto, hoy busco armonizar mis ideas con tu decisión y siento que la conciencia pura es la mejor dote que te puedo ofrecer para nuestra eterna alianza...

Oyéndola, generosa y confiante, Carlos Clenaghan se sentía pequeño y miserable.

- ¡Perdóname!... – dijo bañado en lágrimas de sincero dolor.

- Ahora te comprenderé para toda la vida – esclarecía Alcíone con la mirada muy lúcida – pero... ¿por qué lloras? Aún tenemos numerosas oportunidades de servir a Dios y a nosotros mismos. Prometí que te buscaría después que Jesús me permitiese la alegría del deber cumplido y aquí estoy para cuidar de nuestra felicidad. Creo que no tienes ninguna necesidad material, pero el marido de mi hermana que, además, desconoce el pasado que te confié con carácter confidencial, pone a tu disposición vastos recursos para una gran prosperidad en América. Si quieres, podríamos partir tal vez el próximo año, recomenzando el destino en una nueva tierra. Recuerdo que mi madre siempre suspiró por el Nuevo Mundo... ¿Quién sabe si su alma bondadosa me inspira, ahora, el camino más seguro, induciéndonos con la posibilidad de partir?... Henrique de Saint-Pierre te espera como a un hermano. Además de eso, tengo también un regular patrimonio que deposito en tus manos. No tengo otra preocupación, actualmente, a no ser tú mismo...

Y observando que el joven se mantenía callado, en llanto, proseguía con solicitud:

- Perdóname si te hablo así abiertamente. La confianza de un corazón no puede morir. Dime, pues, si quieres partir para emprender una nueva vida bajo las bendiciones de Dios. Estoy segura de que viviremos felices, en perpetua y santa unión...

- ¡No puedo! – susurró Clenaghan lastimosamente.

- ¿Por qué? – indagó Alcíone plenamente confiada.

Él hizo un gesto tímido, revelando la vergüenza en su rostro y explicó con indecible tristeza:

- Estoy casado hace más de dos años.

La joven sintió que la sangre se le helaba en las venas. Jamás podría admitir que el elegido de su corazón fuese capaz de olvidar antiguos juramentos. Lo inesperado de la

revelación le amargaba toda el alma. Lágrimas ardientes, arrancadas desde lo profundo, le afloraban a los ojos, pero, en medio de las sombras de la noche, buscaba disimularlas cuidadosamente.

Viendo que tardaba en manifestarse, Clenaghan le apretó las manos y le preguntó con la delicadeza de un niño:

- ¿Podrás perdonarme otra vez?

La hija de Magdalena recuperó las energías y habló con serenidad:

- No te preocupes por mí, Carlos. Reconozco, ahora, que la voluntad de Dios es otra, con respecto a nosotros. No llores ni sufras.

Extremadamente conmovido con aquella prueba de humildad y renuncia, el ex-sacerdote ponderó:

- Soy casado, Alcíone, pero no feliz... Nunca pude olvidarte. Seguramente, Dios nos creó para la unión eterna. Cada cosa del hogar, cada pormenor de la vida doméstica me recuerda tus sentimientos nobles, por cuanto mi mujer no puede sustituirte.

- Sí – dijo la joven con desvelado cariño – yo también creo que hay un casamiento de almas, que nada podrá destruir. Este debe ser nuestro caso. El mundo nos separa, pero el Altísimo nos reservará la alianza eterna del cielo.

El sobrino de Damián tenía el pecho oprimido por una indefinible angustia. Con el corazón prisionero de las indecisiones de cuantos se apartan del deber divino, volvió a decir:

- ¿Quién sabe, Alcíone, si podríamos repudiar las cadenas terrestres y construir nuestra felicidad lejos de aquí?... Mi mujer y yo vivimos en discordias constantes, voy por la vida sin paz, sin una dedicación verdaderamente sincera. Estoy listo para seguirte,

siempre que apruebes este recurso extremo, en detrimento de mis compromisos actuales.

- ¡Eso, nunca! – exclamó la hija de Magdalena con enérgica bondad – amemos los trabajos de nuestro camino por más duros que parezcan. Jamás construiríamos un nido de felicidad y de paz, en el árbol del crimen. Dios nos dará valor en este difícil período. La existencia en la Tierra no constituye la vida en su expresión de eternidad. Cuando el Señor desate los lazos a los que te prendiste en un impulso muy natural y humano, encontrarás de nuevo mi corazón... La esperanza es invencible, Carlos. Toda inquietud, toda amargura llegan y pasan. La alegría y la confianza en el porvenir eterno permanecen. Son bienes del patrimonio divino en el plano universal...

Oyendo sus profundos conceptos, oriundos de la poderosa fe que acariciaba su espíritu Clenaghan lloraba un laberinto de remordimiento y sufrimiento.

- Si fuese posible – proseguía la joven con generosidad – desearía conocer a tu compañera de luchas. Tal vez pudiese inclinarla a una mejor comprensión de tus necesidades. A veces, basta una simple conversación para modificar la opinión de una criatura. ¿No crees que yo pueda contribuir, de algún modo, en tu favor, con semejante aproximación?

El infortunado Carlos se sentía conmovido en las fibras más íntimas, con el delicado ofrecimiento, objetando en tono melancólico:

- Quiteria no es digna de esa limosna de tu bondad. Basta decirte que, conociendo la unión afectiva existente entre nosotros, por mis sucesivas referencias y por informaciones de antiguas amistades nuestras, en Ávila, siempre alude a tu persona con señales de ironía y rencor.

La hija de Cirilo meditó en silencio. El destino no le permitía ni incluso aproximarse al hogar edificado por el

elegido de su alma. Su afecto, así como el espíritu de renuncia no podrían ser comprendidos. Le restaba regresar a la casa de Beatriz, conformarse con la nueva situación y esperar a Clenaghan en otro mundo, adonde fuese conducida por la mano de la muerte. Una larga pausa se estableció entre ambos. Fue entonces cuando le nació la idea de consagrarse a la soledad de la vida religiosa, en el intuito de trabajar en su elevado idealismo.

- ¿No te sientes herida por mis confesiones? – preguntó el ex-sacerdote angustiado.

- De modo alguno – respondió esforzándose por parecerle satisfecha – tu esposa tiene razón. Después de visitar el viejo sitio de mi infancia y la casita tosca donde mi madre, tantas veces, me ejemplificó la resignación, volveré a Francia sin pérdida de tiempo.

- ¿Cuándo nos veremos de nuevo? – interrogó él inquieto.

- La voluntad de Dios nos lo dirá más tarde. Hasta entonces, mi querido Carlos, no olvidemos la dedicación de nuestros deberes y la obediencia a los divinos designios.

- Me dejas en Castilla, amargado para siempre. Creo que jamás podré apagar el remordimiento que manchará mi alma de aquí en adelante. Aprenderé, duramente, a no atender a los primeros impulsos del corazón. Si fuese menos precipitado en juzgar, ahora, podría ofrecerte mi fidelidad perenne. Olvidé, sin embargo, la prudencia salvadora y me sumergí en un mar de angustias torturantes. Andaré, en la Tierra, como un náufrago sin puerto.

Y concluyendo amargamente sus consideraciones, remataba:

- Pide a Jesús por mí, para que la desesperación no me haga más infeliz.

- No te pierdas en semejantes ideas – exclamó la hija de Magdalena, completamente dueña de sí misma – estamos en este mundo, de paso hacia una esfera mejor. Por cierto que nuestra felicidad no se resumiría en atender, por algún tiempo, a nuestros deseos, con el olvido de las más nobles obligaciones. Es indispensable enfrentar las dificultades con ánimo decidido. Lucha contra la indecisión, por la certeza de que Dios es nuestro Padre, misericordioso y justo... Si nos vemos nuevamente separados, es que hay trabajos convocándonos a testimonios más decisivos, hasta que nos podamos reunir en las claridades eternas.

Clenaghan prestaba perfecta atención a cada una de las palabras sabias y cariñosas. Después de una pausa, Alcíone proseguía llena de amor y comprensión:

- No maltrates a tu mujer, siempre que su corazón no te pueda atender integralmente. Cuando sea así, haz por ver en ella a una hija. Aunque no sea hija de tu carne, es hija de Dios, suyo y nuestro Padre. La bondad libera el odio y la desesperación agrava los lazos mezquinos. La confianza en que el Padre Celestial nos ayudará, en los testimonios diarios, transforma nuestro espíritu para una vida más alta, mientras que la rebeldía y la dureza nos prenden espiritualmente al lodo de las más bajas pruebas. Aunque tu compañera sea ingrata, perdónale como un amigo compasivo. Ninguno de nosotros está sin pecado, Carlos. ¿Por qué condenar a alguien o actuar precipitadamente, cuando también somos necesitados de amor y de perdón? Vive en el optimismo de quien trabaja con alegría, confiante en el Divino Poder. ¡Nuestro frente se desdobra a la eternidad luminosa!... Aunque estemos separados en el plano material, ninguna fuerza de la Tierra podrá separar nuestros corazones. Muchas obligaciones podrán encarcelarnos transitoriamente en la Tierra, pero las cadenas del amor espiritual vienen de

Dios, y contra él no prevalecen las imposiciones humanas...

Ante las observaciones juiciosas de Alcíone, Carlos puede reconfortarse, de algún modo, para retomar la lucha purificadora. Sólo muy tarde, se separaron en penosas despedidas.

La hija de Magdalena, disfrazando el dolor que la envolvía, cumplió rigurosamente la promesa. Después de beber en el cáliz de la nostalgia, volviendo a ver los antiguos lugares de las primeras esperanzas, sin incluso darse a conocer a los amigos de otros tiempos, regresó a Vigo, donde se demoró casi un mes en meditaciones silenciosas y dolorosas. Su permanencia en Ávila podría acarrear complicaciones en la vida doméstica del hombre amado. La joven esposa de Clenaghan, posiblemente, crearía pesadillas de celos, sin ninguna justificativa. Diariamente, por la tarde, Alcíone se aproximaba a la playa, contemplando los navíos que se alejaban en las agitadas aguas. Una profunda nostalgia dominaba su corazón. Tras largos días, en los cuales procuraba rememorar, una a una, las viejas advertencias del padre Damián, cuando se encontraba en la vida religiosa, decidió retirarse del mundo para la soledad de los grandes pensamientos. No deseaba, de ningún modo, arrojarse al reposo permanente de la sombra, pero, sintiéndose en la plenitud de sus energías orgánicas, reflexionaba que no era lícito pensar en la muerte del cuerpo y sí en el mejor medio de atender al trabajo, con el corazón vuelto hacia Jesús. Si partiese en compañía de Beatriz, naturalmente no le faltarían las bendiciones de la vida familiar, pero, el corazón no se conformaba con la idea del reposo constante. El destino no le dio un hogar propio, donde le fuese posible consagrarse enteramente al hombre amado y a los hijitos de su amor. Sus padres ya habían partido para una vida mejor, el hermano adoptivo

había ido en su encuentro. En la condición de mujer, tomaría, entonces, el hábito religioso, a fin de atender a los trabajos de Cristo. No faltarían los desheredados, los enfermos, los abandonados, para quien Jesús continuaba pasando siempre, en los caminos del mundo, distribuyendo energías y consuelos. Se consagraría al servicio de socorro a las criaturas, en beneficio de los que la necesitasen. Iría al encuentro del Maestro, por el aprovechamiento más noble del tiempo de su vida.

En esa disposición espiritual, regresó a París, donde la hermana la esperaba ansiosa y nostálgica.

A pesar de mostrarse serena y confortada en la fe, no podía disimular el abatimiento y la tristeza que llevaba en el alma sensible, y fue con lágrimas que relató a Beatriz el resultado de su largo viaje. La esposa de Saint-Pierre, visiblemente emocionada, procuraba confortarla:

- Todo eso pasará con el tiempo. En América hallarás el lenitivo para tu corazón sufriente.

Pero la hija de Magdalena le comunicó la decisión de tomar otro rumbo. Vestiría el hábito religioso, se dedicaría al corazón de Jesús, mientras le quedasen fuerzas en el mundo. La hermana intentó disuadirla.

- ¿Y nuestro hogar? – preguntaba la hija de Susana, ansiosa por cambiar su decisión.- Sería dolorosa la falta de tu compañía.

Alcione quiso decir que se sentía casi sola, lejos de los afectos primitivos, pero, para no hacer daño a la hermana dedicada, dijo solícita:

- Pediré, más tarde, permiso para visitar América y pasaré contigo el tiempo que fuera posible, incluso porque no es justo olvidar que tus futuros hijitos serán también míos.

Y no hubo cómo modificar el intento. De nada valieron las palabras de Henrique, los ruegos de la hermana, las cariñosas peticiones de los criados. La hija

de Cirilo tenía una palabra amable y un sincero agradecimiento para todos, pero justificaba el carácter sagrado de sus intenciones.

El traslado de Henrique de Saint-Pierre para el Nuevo Mundo ya estaba definitivamente programado, cuando Alcíone estableció la fecha de su ingreso en un modesto convento de monjas carmelitas.

En la víspera, sin que nadie lo supiese, visitó la tumba de la genitora, llevándole el homenaje de su respeto filial, en aquél instante grave de su vida. Ante la tumba, con el alma unida a los recuerdos afectivos, se puso de rodillas y monologó bajito:

- ¡Ah! ¡Tú que experimentaste largos años de reclusión y sacrificio; tú, madre mía, que fuiste tan dedicada y cariñosa, ayúdame a llevar a Jesús el voto silencioso de fidelidad hasta el fin de mis días! No me desampares en las horas oscuras, cuando la nostalgia se haga más amarga a mi corazón. Inspírame pensamientos de fe, paciencia y comprensión de las cosas divinas. Auxíliame en los trabajos, bendíceme en los testimonios. ¡No olvides, en el cielo, a la hija que tanto amaste en la Tierra!...

Después de la prolongada meditación, volvió al palacete de la Cité, se despidió afectuosamente de todos los criados y, a la mañana siguiente, Saint-Pierre y su mujer la abrazaban afligidos, en la puerta del monasterio.

Pasó un año de noviciado, en el cual la hija de Magdalena dio pruebas exuberantes de corazón puro y de conciencia inmaculada.

El día que precedió a la resolución definitiva, la superiora la llamó con austeridad, en un gabinete particular, y sentenció:

- Hija mía, ¿estás francamente decidida a abandonar el mundo y sus gozos?

- Sí, madre – respondió humildemente.

- Debes saber que cosa alguna del pasado te podrá acompañar hasta aquí.

La joven hizo un gesto expresivo y rogó:

- Os comprendo; entretanto, pediría permiso para llevar a mi celda un objeto muy querido.

- ¿Qué es?

- Un viejo crucifijo que perteneció a mi madre.

- De acuerdo.

Después de una pausa, la madre abadesa volvió a preguntar:

- ¿Qué otras peticiones tienes que hacer?

La nueva profesante se acordó de Carlos, que no podía excluir del corazón y de Beatriz, a quien se sentía unida por santo reconocimiento, e indagó:

- Deseaba saber si podré participar de algún trabajo en América, más tarde, y si podré en el futuro solicitar mi traslado a algún convento de España.

- Todo eso es posible – esclareció la superiora.- ¿Y tus bienes?

- Mañana asignaré el título de donación de lo que poseo, a beneficio de nuestra Orden.

- En el momento crítico de tu resolución, Alcíone Vilamil debe estar muerta para el mundo profano. ¿Qué nombre deseas adoptar en la suprema unión con Cristo?

- María de Jesús Crucificado – dijo, cándida y naturalmente.

Terminó el interrogatorio.

Al día siguiente, por la mañana, en solemne ritual, rodeada por la admiración de las compañeras y de numerosos clérigos, la hija de Magdalena se arrodilló ante el altar de Jesús coronado de espinas, y mirando el maravilloso símbolo de la cruz, con los ojos brillantes de confianza, repitió con ternura la frase sacramental:

“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.”

VII

La despedida

Estamos en los primeros años del siglo XVIII. Alcione Vilamil, ahora hermana del Carmelo, es un ejemplo vivo de amor cristiano. Habiendo pasado de los cuarenta años, su fisonomía conservaba la belleza de la madona esculpida por la virtud. Muchas veces, en la soledad de sí misma, en los primeros días de reclusión, reflexionó si no hubiera sido mejor acompañar a Beatriz a América. El amor de Carlos, sin embargo, le hablaba más alto a la conciencia. Tal como hiciera la genitora, en sus padecimientos, absolutamente presa al recuerdo del marido, la hija de Cirilo se sentía en constante viudez de corazón. A su modo de ver, no podría seguir para América, donde sería naturalmente convocada al espíritu de novedad, cuando sabía que el elegido de su alma estaba unido al suelo de España. En su luminosa comprensión de la vida, veía en Clenaghan un débil, no un criminal; y en lo recóndito del alma alimentaba la esperanza de aproximarse un día a su hogar, de manera a serle útil. Cuando él la viese vistiendo el hábito religioso, seguro que la esposa respetaría su condición, absteniéndose de cualquier sentimiento menos digno a su respecto. Era inconcebible, entonces, intentar nuevas actividades en América, cuando veía posibilidades de auxiliar al sobrino de Damián en sus necesidades del corazón.

No obstante a ese poderoso magnetismo del amor, también nutría el sincero propósito de visitar a la hermana, en Connecticut, plan ese que aún no era posible realizar, dado el noble servicio al que se encariñó, para mayor júbilo de las compañeras.

Después de pronunciar el voto definitivo, no estuvo en Francia más que un año y se trasladó a España, donde trabajó primeramente en Granada, por más de un lustro, en favor de las criaturas desvalidas y de los desventurados de la suerte. Por su dedicación y humildad, se convirtió en una orientación viva para las hermanas de apostolado. Generalmente, no faltaban las intrigas, el esfuerzo ingrato de la envidia y de la maledicencia, tan común en los conventos de la época; ella, sin embargo, sin salirse de su conducta evangélica, desconocía todas las actividades de la sombra, para meditar solamente en sus tareas espirituales con Cristo. Por eso mismo, su ejemplificación constituía un símbolo precioso para la comunidad. A su contacto, numerosas compañeras renovaban las propias ideas. Su dedicación al servicio contagiaba a otros corazones, que se sentían seducidos por la grandeza de sus actos e ideales, dentro del Evangelio. Jamás consiguió efectuar el viejo deseo de visitar a Beatriz, pero, en compensación, creaba, en torno de su personalidad sencilla y poderosa, un verdadero colegio de hermanas por el corazón, que la admiraban y seguían con dedicación. Después de un largo tiempo, consiguió quedarse definitivamente en la comunidad carmelitana de Medina del Campo. Antes, sin embargo, obedeciendo a una secreta ansiedad del corazón, visitó Ávila, demorándose allá más de una quincena. No obstante, con gran sorpresa, no encontró a Clenaghan, siendo informada de que el comerciante irlandés, tras un enorme infortunio doméstico, se retiró a Francia, dejando a la mujer, que le había manchado el hogar y el nombre. Algunos amigos llegaban a decir que el sobrino de Damián estaba decidido a retomar la sotana, si consiguiese permiso de las autoridades eclesiásticas. Otros opinaban que el ex-sacerdote pretendía aislarse en

algún remoto convento, donde pudiese consagrar el tiempo a las meditaciones divinas.

Alción lo oyó todo, lamentándolo profundamente, pero, absteniéndose de cualquier comentario, con aquella discreción que caracterizaba sus actitudes. Entretanto, íntimamente, examinaba el asunto con gran extrañeza. ¿Con qué intención viajaría Carlos a Francia? ¿Pretendería volverla a ver? Esa hipótesis no era plausible, pues él estaba más que informado de su plan de traslado para el Nuevo Mundo. Dolorosas consideraciones le venían al espíritu sensible, pero, atendiendo a las advertencias santas de la fe, buscaba entregar a Jesús las penas y ansiedades de cada día, pidiéndole el socorro divino.

Recogida en Medina del Campo, no en las sombras del claustro, sino en los trabajos nobles del corazón que se consagra a Jesús, nunca más tuvo noticias de Carlos, aunque los años pasados le trajesen renovadas esperanzas en cada día.

En la época en que nos encontramos, María de Jesús Crucificado desempeñaba en el convento la tarea de superiora, por la enfermedad rebelde y dolorosa que, desde hacía mucho, prende al lecho a la madre superiora. La institución de Medina es realizada por su espíritu de actividad. Una extensa porción de tierra es aprovechada en trabajos fecundos, que aprovechan los desvalidos. La infancia desamparada allí encuentra escuela activa para la educación en sus prismas esenciales. Madres sufrientes reciben esforzada cooperación de las Hijas del Carmelo. Alción es el alma de todas las tareas, pero, por eso mismo, comenzó a ser el blanco del despecho y de la persecución gratuita. Mientras la vieja superiora reposa en tratamiento, su actividad transformadora convierte la casa en un templo de trabajo y de alegría.

Cuando su acción benemérita comienza a dilatar el círculo de trabajos, el Padre General de la Orden, falsamente informado, designa a un capellán de Madrid para sustituir al probo religioso que cooperaba con la hija de Magdalena en sus obras renovadoras, y la situación se modifica enteramente.

Fray Osorio llega a Medina del Campo con la secreta recomendación de averiguar lo que existe sobre la vigorosa actuación de la carmelitana humilde. Su ingreso en la casa da motivos a fuertes preocupaciones. Y en efecto, en el corto espacio de dos meses, algunas compañeras de Alcione le llevaban quejas muy amargas, con respecto a la conducta del nuevo sacerdote. Osorio aún no había alcanzado los cincuenta años; pero, por sus actitudes exteriores, se diría un hombre profundamente maduro en las experiencias del mundo. Eso, no obstante, resultaba tan sólo del viejo hábito de prender al rostro la máscara de la santidad. En lo íntimo no pasaba de ser un ser vicioso y perverso, para quien el prestigio de la autoridad era una válvula de escape para los propios desvaríos. Al principio, se esforzó por obtener algún testimonio menos digno, comprometedor de la superiora; todavía, en cada corazón, Alcione estaba entronizada como en un altar de amistad y gratitud puras. La institución, sin embargo, al contrario de sus congéneres, le daba la impresión de ser una casa generosa del mundo, sin las características de monasterio impenetrable, destinado al recogimiento de la piedad perezosa. El capellán inspector comenzó a manifestar un profundo desagrado por todo cuanto veía. Aquél intercambio constante, con el mundo profano, quitaba al núcleo carmelita el afecto monástico de los demás conventos de la orden. Las religiosas eran más activas y por eso más habilitadas para conocer las flaquezas humanas y luchar contra las tentaciones. Fray Osorio se hallaba en un

ambiente para él desconocido, hasta entonces. Otras visitas de esa naturaleza siempre le facultaban la oportunidad de numerosos regalos. La pobre monja retirada del mundo era, invariablemente, un campo vasto de mezquina explotación para sus sentimientos lujuriosos. Allí, no obstante, la cosa cambiaba de figura. La superiora, en las reuniones internas, comentaba las enseñanzas de Jesús, en desacuerdo con los teólogos; prodigalizaba oportunidades de servicio a cada compañera, como le parecía mejor, distribuía equitativamente el trabajo, de acuerdo con las vocaciones. Era imposible desconocer el carácter inteligente y precioso de la comunidad, pero Fray Osorio, no encontrando la esperada degradación moral para sus aventuras indignas, prometió a sí mismo modificar el espíritu fundamental de la institución.

Su esfuerzo caviloso comenzó en el confesionario, donde empleó los más bajos ardidés para convencer a una que otra religiosa a aceptar sus indecorosas propuestas. Las pobres criaturas, aturdidas con las maquinaciones diabólicas del conquistador, buscaban a la noble amiga, ansiosas de sus consejos. Alcíone se sentía amargada. No podía conservar, sin peligro, a un lobo entre las ovejas; por otro lado, cualquier reclamación a los superiores de la Orden podría ser interpretada como rebeldía. Después de largas semanas de meditación, decidió someter el caso al criterio de la venerable madre superiora. La bondadosa viejecita, en su lecho de sufrimiento y resignación oyó alarmada la penosa confidencia de la hija de Magdalena.

- ¿Qué nos aconsejáis? – decía Alcíone conmovida. – ¡Vuestra experiencia, mi buena madre, es para nosotras un seguro derrotero!

La anciana enferma le dirigió una mirada triste y sentenció:

- ¡Ah! Hija mía, por desear el camino recto, sufrí mucho en este mundo desde los primeros tiempos de noviciado. El flagelo de la Iglesia continúa siendo los sacerdotes indignos. ¿Quién sabe si podremos llamar a Fray Osorio a la senda de Cristo?

- ¿No consideráis razonable pedir al General que nos mande otro capellán?

- No – respondió la enferma – si lo hiciésemos, despertaríamos una sospecha inmerecida y, entonces, tal vez tuviésemos a este religioso malo en nuestra compañía por muchos años... Será preferible que lo llames, en particular, y le pidas, en nombre de Jesús, que no mienta a los compromisos asumidos.

La hija de Cirilo quiso responder que no se sentía con autoridad para amonestar a nadie, pero la noción de obediencia la hizo callarse, humilde. La priora, todavía, pareciendo adivinar sus pensamientos secretos, acentuó:

- Naturalmente, hija mía, no vas a exhortar a un sacerdote que debería saber, muy bien, cumplir con rigor sus deberes, sino a suplicar a un hermano, a fin de que nuestra casa no sea perturbada. Siento que las circunstancias me indican semejante tarea, pero, me encuentro bastante debilitada para argumentar como conviene. Además de eso, todas reconocemos que el Señor te favorece con luminosas inspiraciones en las enseñanzas evangélicas. Comprendo cuánto te cuesta esta prueba, pero no veo otra hermana que pueda sustituirte.

María de Jesús Crucificado se calló, sin decir nada más.

Pasó una semana, entre reclamaciones de las monjas asustadas y oraciones fervorosas con que Alcíone rogaba a Jesús el poderoso socorro de su asistencia, para desempeñar el cometido que le fue encargado.

Después de eso, aprovechando un momento en que el sacerdote se encontraba sólo, en la Capilla, la hija de

Magdalena se revistió de valor y le pidió permiso para hablarle, en particular.

- Fray Osorio – comenzó humildemente – sé de antemano, que no tengo capacidad para llamar la atención a nadie; soy débil y pecadora; entretanto, me atrevo a venir a vuestra presencia, a fin de suplicar a vuestros sentimientos de hermano.

- ¿De qué se trata? – preguntó el padre rudamente.

Ella lo miró significativamente y añadió:

- Vengo a pedir vuestra cooperación a favor de las muchas jóvenes que aquí se encuentran bajo nuestra responsabilidad.

Percibiendo la naturaleza del caso, el interlocutor asumió una actitud hipócrita, como solía hacer, y replicó:

- ¿Soy acusado de alguna falta? Desearía conocer a la calumniadora.

- Nadie os acusa – aclaró la religiosa, noblemente – somos bastante conscientes de nuestras propias debilidades, para convertirnos, sin pensarlo, en censoras de nuestros hermanos. Sólo pedimos a vuestro corazón, en nombre de Jesús, que nos auxilie con el entendimiento de un padre.

- Debo decirle, hermana, que considero su actitud como un atrevimiento.

- Tal vez sea – murmuró Alcíone, humilde – mas soy la primera en pedir os perdón, esperando me absolváis por la intención con que cometo esta osadía.

- Este pedido hace suponer graves injurias – dijo Osorio, hipócritamente – y me extraña mucho que tuviese valor para tanto.

- Ya le dije, padre, que no tengo autoridad para corregir a nadie. Me dirijo a usted como hermana.

Contrariado en sus propósitos inferiores, el sacerdote la contempló encolerizado y replicó:

- No la reconozco como hermana del Carmelo, sino como innovadora, susceptible de severa punición. Sus interpretaciones del Evangelio constituyen un atestado de desobediencia. Esta casa más se asemeja a un albergue mundano y creo que toda perturbación se debe a su influencia anárquica. Esta institución, desde hace mucho, no vive de conformidad con las reglas, sino al gusto de sus caprichos.

La interlocutora permanecía en silencio, amargamente emocionada. Interpretando esa actitud como señal de pusilanimidad, el sacerdote continuó:

- ¿Dónde se vio semejante libertad, como la que vemos dentro de estos muros? Aún no escuché ninguna expresión de acatamiento a nuestros teólogos; la comunidad, siempre interesada en atender al mundo, no encuentra tiempo adecuado para el servicio de adoración. ¡Nuestro compromiso es de obediencia absoluta a la autoridad!...

Las observaciones eran hechas con tanta acrimonia que Alcíone se vio obligada a tomar la defensa del Evangelio, por el mucho amor que consagraba a su contenido divino. Por sí misma, experimentaba toda la extensión de la fragilidad humana y jamás se animaría a discutir; entretanto, a la luz de la verdad cristiana, otra debería ser su actitud. No podía considerar virtud a la complacencia con el mal. Osorio invocaba al propio Cristo, en el sentido de encubrir acciones mezquinas, y ella necesitaba defender la lección pura y sencilla del Maestro, sin perder la expresión de amor que vibraba en su alma. Como tantas veces le ocurrió en otros tiempos, Alcíone procuró encararlo, como a un enfermo y necesitado de luz. Después de envolverlo en una mirada casi maternal, habló tranquilamente:

- Toda autoridad humana, cuando está inspirada en la justicia, debe ser venerable a nuestros ojos; todavía,

padre, es necesario no olvidar que nuestro primer compromiso es con Jesús.

El capellán inspector experimentó gran sorpresa con aquella nueva actitud de la interlocutora. Hablando de sí misma, la religiosa se aplacaba en las afirmaciones humildes, pero, tratándose de Cristo, parecía tocada de misterioso poder. Preparándose para ser aún más cruel, aseveró con cierta dosis de ironía:

- ¿Obligaciones con Jesús? No me parece que la señora las aprecie así. Veo aquí mucha más preocupación con el mundo. Las hijas del Carmelo, en Medina, bajo su actuación prejudicial, no encuentra tiempo para tratar del alma. El día entero, gran confusión se verifica a las puertas de esta casa. Una falsa piedad se va estableciendo a desorden. ¿Será eso obligación con Jesús?

Mirándolo con nobleza de ánimo, ella respondió:

- No nos consta que el Maestro se apartase del mundo para servirlo. El Evangelio no lo presenta enclaustrado o recogido a la ociosidad de la sombra. Por el contrario, Jesús atravesó a pie grandes extensiones de Palestina, enseñando y practicando el bien. Juan Bautista, en las anotaciones de Lucas (1) nos lo revela como el trabajador que tiene la pala en las manos. Su apostolado fue íntegramente de realización y movimiento. Era imposible atender a la salvación del mundo, apartándose de sus necesidades. Por esa razón, vemos al Mesías entre fariseos y publicanos, en las festividades domésticas y en las reuniones de las plazas públicas, dando cumplimiento a su misión de amor. ¿Cómo podemos servir a su causa divina, inclinándonos a la pereza, bajo el pretexto de una falsa adoración?

(1) Lucas, 3:17. – *Nota de Emmanuel.*

Muchas de nosotras, religiosas, dejamos los afectos familiares para consagrar todas las energías al servicio de Cristo. Pero, ¿de qué naturaleza serán esos trabajos? ¿Creéis, Fray Osorio, que Jesús necesite de mujeres ociosas? No admitáis semejante absurdo. La actividad del Maestro, a la que fuimos llamadas, es la de colaboración con su dedicación en la causa de la paz y de la felicidad humana. Alrededor de nuestros conventos, hay madres que lloran bajo el guante de crueles necesidades, criaturitas abandonadas que requieren socorros urgentes, ancianos respetables totalmente desamparados. ¿Sería razonable la continuación de las actitudes convencionales de falsa devoción, cuando Jesús prosigue, por los caminos, animando y consolando? A veces, padre, en nuestras misas solemnes, cuando el lujo de los altares impresiona nuestros ojos, creo que el Maestro está a las puertas del Templo, confortando a las viudas descalzas y derrotadas, que no pudieron penetrar en el santuario, por la deficiencia de sus vestidos. ¿Por qué mantener el rigor de las reglas humanas, cuando la enseñanza de la caridad cristiana es tan sencilla y tan pura? ¿Por qué repetimos una oración mil veces, en las fiestas de Santa Cruz, y negamos dos minutos de palabra cariñosa al infortunado? ¿No sería esa nuestra extraña actitud la perfecta personificación de aquél sacerdote indiferente, de la parábola del Buen Samaritano? No considero la fe un medio de obtener favores del Cielo, al gusto de nuestro albedrío personal, y, sí, un tesoro del Cielo, que la Tierra está esperando, por nuestro intermedio.

Profundamente despechado y sorprendido, Osorio aprovechó una pequeña pausa y objetó:

- Sus ideas denotan una exaltación enfermiza. En el desempeño de deberes inherentes a mi cargo, las condeno en masa.

- ¿Y qué entendéis por vuestro cargo? – preguntó Alcíone con un intenso brillo en la mirada. – Todos los hombres dignos tienen tareas respetables, por más simples que parezcan; un sacerdote, sin embargo, recibe del Cielo una misión divina. Un sacerdote debería ser un padre. Entretanto, ved, los discípulos sinceros escasean en todas las comunidades. El mundo está lleno de eclesiásticos, pero sólo puede contar con rarísimos misioneros.

- Esto es un insulto a la autoridad de la Iglesia – añadió el interlocutor irritado.

- Estáis equivocado. Mis afirmativas pueden ser una apreciación de nuestra miserable acción en este mundo, pero no podemos olvidar que la Iglesia de Cristo es inviolable. Nuestras flaquezas no la alcanzan.

- Veo que su opinión es la de los que trabajan actualmente por la destrucción de la fe.

- Grande es vuestro equívoco, fray Osorio. Nadie destruirá, en la Tierra, la Iglesia de Jesús. Aunque todos los hombres se reuniesen contra ella, el instituto cristiano continuaría puro e intocable. Debemos considerar, con todo, que todos los elementos humanos, colocados a su servicio sobre la Tierra, han de ser necesariamente modificados. Nuestros templos fríos e impasibles serán transformados más tarde en casas de amor, como hogares de Dios, donde las criaturas puedan encontrar el verdadero culto de su inspiración y de su amor sublime. Los conventos dejarán de ser ámbitos de sombra, para que el Maestro en ellos identifique tabernáculos de la fe y caridad puras. Nosotras, monjas, hemos interpretado el servicio divino de otro modo, distribuyendo por los hospitales, guarderías infantiles, asilos y escuelas.

El capellán la contempló asombrado y exclamó con ironía:

- Con toda esa vena profética, ¿qué nos predice a nosotros, los sacerdotes?

La hija de Magdalena lo miró con serenidad y sin vacilación replicó:

- Usted, por cierto, comprenderá al final, que los intereses monetarios deberán desaparecer de las casas consagradas a Cristo. Por esa época, tal vez, ustedes, los sacerdotes, serán como Pablo de Tarso repartiendo la tarea entre el telar y la predicación, para que la Iglesia no sea acusada por nuestros hermanos de humanidad... Serán, tal vez, como Simón Pedro, fiel hasta el final, después del período de negación.

Lejos de esperar una respuesta decisiva y profunda como esa, el delegado del General desenchajó los ojos y dijo colérico:

- ¡La señora es una hereje!

- Si la sinceridad y la verdad son herejías, para vuestro criterio personal, me honro en servir al Señor con mi conciencia.

Tomando una actitud terrible, como si maquinase una odiosa venganza, Osorio acentuó:

- ¿Ignora que podré procesarla y castigar su atrevimiento?

Sin ninguna sospecha de recelo, la hija de Cirilo respondió:

- Estando segura de que podrán caer sobre mí todos los males del mundo; no lo estoy menos de que Jesús tiene todos los bienes para darme.

Y, como si iniciase el sumario de los puntos esenciales de la futura sentencia, fray Osorio continuó:

- Por su desconsideración a nuestros teólogos más eminentes, podrá ser acusada como rebelde y traidora a los principios de la fe, partidaria de los diabólicos luteranos, víctimas de las más fuertes represalias.

- Dios conoce mi interior y eso me basta – murmuró la hija de Magdalena, con sincera humildad.

- Por sus interpretaciones atrevidas del Nuevo Testamento, hasta el punto de seducir a diversas compañeras para su cisma, la señora deberá conocer, naturalmente, algunos secretos de la vieja magia.

- El Maestro, por mucho amar – acentuó Alcíone tranquila – fue acusado de hechicero, por muchos religiosos del judaísmo.

El capellán inspector disimulaba la gran sorpresa que lo invadía, por instantes, por la inesperada resistencia, y prosiguió:

- La señora ha desviado, en calidad de superiora, innumerables y preciosas dádivas hechas al establecimiento, gracias a un servicio desordenado de falsa piedad por el prójimo, desatendiendo completamente los intereses de Dios.

- No creo que los intereses de Nuestro Padre Celestial – esclareció la interlocutora – se limiten y se agiten entre algunas paredes de piedra; y mientras esté a mi cargo cualquier función religiosa, el dinero recibido atenderá no solamente a nuestras necesidades, sino, también, a la de cuantos puedan recibir los beneficios de esta institución, convencida como estoy de no haber obras sin fe, ni fe sin obras.

- Pero podrá pagar muy caro esa manera de ver. No son raros los religiosos condenados por latrocinio.

- Comprendo hasta dónde desea llegar con semejantes alegaciones, pero la verdad es que nada poseo, además de mi hábito.

- Eso no impide que tenga compañeros fuera de estos muros.

Alcíone fijo en él una significativa mirada y añadió:

- No puedo impedir vuestro juzgamiento: todavía, puedo afirmar que estoy satisfecha con el juicio de Dios, en conciencia.

Reconociendo su inquebrantable firmeza, Osorio acentuó rencorosamente:

- La denunciaré al Santo Oficio. Tengo un poderoso amigo junto al Inquisidor Mor de Madrid, que puede hacerla expiar tan grandes delitos.

La religiosa se mantuvo impasible ante la rabiosa y grave amenaza, murmurando muy tranquila:

- Puede proceder como quiera. En cuanto a mí, intercederé por usted en mis oraciones y tengo en Jesús un fuerte amigo, que puede absolveros.

A continuación se retiraba para los servicios internos, dejando al capellán inspector crujiendo los dientes.

Al día siguiente del incidente, que fue ignorado para la propia superiora, en virtud del silencio al que se recogiera la hija de Cirilo, fray Osorio viajó a Madrid, tramando los planes más perversos. Después de presentar un capcioso relato al General de la Orden, buscó a su amigo fray José del Santísimo, uno de los auxiliares del Inquisidor Mor, a quien denunció a la religiosa de Medina del Campo, solicitando, con empeño, el empleo de su influencia para que María de Jesús Crucificado fuese castigada por sus tendencias luteranas, recibiendo la aprobación de sus siniestros propósitos.

Fray José del Santísimo era Carlos Clenaghan, transformado en jesuita. Después de la tragedia conyugal en la que sintió pisoteados sus honores de hombre, el sobrino de Damián volvió a la vida religiosa, como un derrotado de la suerte, en suprema desesperación. Al principio luchó con ciertas dificultades para conseguir su intento, pero, la donación de todos sus bienes a la Compañía de Jesús le abrió las puertas de la famosa comunidad de los inquisidores. Creía que Alcíone era feliz

en América, tal vez casada con un hombre digno de sus cualidades de santa y, dejándose llevar por la desesperación, procuró instalarse en el Santo Oficio, a fin de perseguir a los que le habían hecho infeliz el honesto hogar. Con el corazón amoroso, sin embargo, Clenaghan estaba ahora completamente cegado por el odio. Sintióse un náufrago en los planes de la vida, no encontraba en su fe fuerzas para confiar plenamente en Cristo y alimentaba las más venenosas disposiciones de venganza. Después de algunos años en que demostró hostilidad franca a la sociedad humana, fue admitido a la posición de relevo por el Inquisidor Mor de la capital española, un cargo de confianza, en cuyo desempeño consiguió realizar su intento, persiguiendo al seductor de la mujer, haciéndolo preso en una sombría cárcel de Córdoba. Poco a poco, olvidaba los nobles ideales del pretérito. Las antiguas charlas en Ávila, las observaciones del tutor, los consejos y la ejemplificación de Alcione dormían en su corazón, medio olvidados. A veces, interpelaba a sí mismo si no habría sido demasiado sentimental en el pasado lejano. La atmósfera pesada y sofocante de los intereses mezquinos del mundo entorpecía su espíritu.

Recibiendo la queja de fray Osorio, uno de sus colaboradores fieles en la persecución movida a los desafectos de Castilla La Vieja, el auxiliar del Inquisidor le prometió integral apoyo sin ninguna vacilación.

Y, por eso mismo, el capellán inspector, apoderándose de algunos documentos, volvió a Medina acompañado por dos guardias encargados de apresar a la religiosa denunciada. Osorio, entretanto, conociendo el grado de estima que la hija de Cirilo disfrutaba entre las compañeras, se abstuvo de hablar en medida tan grave, decidiendo comunicar que la hermana del Carmelo sería

llevada a Madrid para algunas amonestaciones necesarias.

Para ese fin, determinó que se realizase una asamblea interna, en la forma de las que se realizaban en el Capítulo, y, después de reunir a la congregación, comenzó a hablar con acrimonia:

- Solicité la reunión de las dedicadas siervas de Cristo, que se cobijan en esta casa, para comunicar que nuestro muy digno Padre General, de común acuerdo con otras autoridades de las virtuosas hijas del Carmelo, decidió convidar a la Superiora María de Jesús Crucificado a comparecer en Madrid, para recibir algunas instrucciones indispensables para la administración de este convento. Como capellán Inspector, fui obligado a exponer ante los sapientísimos directores de la Orden las deficiencias de esta institución, donde los servicios de la fe han sido grandemente sacrificados por el contacto casi incesante con el mundo profano. La larga enfermedad de la superiora dio oportunidad a que su sustituta amenazase esta obra por exceso de idealismo. El intercambio con los profanos deriva siempre en escándalo y en las crueles tentaciones de contacto con los impenitentes. Asumiendo el compromiso de orientar vuestras actividades, tengo que actuar con la prudencia de un padre, a fin de que no perdáis la gracia del Señor. Nuestra hermana, por tanto, será debidamente amonestada y recibirá, en breve tiempo, nuestras normas de servicio de la institución, esperando yo que comprendáis la excelencia de esta medida, con el espíritu de humildad que siempre fue el luminoso atributo de las siervas del Carmelo. No obstante, sin traicionar la caridad de la Iglesia, la Superiora tiene la palabra para cualquier explicación que considere oportuna, ante esta asamblea.

Alción percibió el velo de la hipocresía ocultando la hediondez de aquella actitud. Las compañeras la

contemplaban ansiosas. La mayoría, concedora del condenable procedimiento del sacerdote, aguardaba con interés su justa reacción. Pero, en un instante, la hija de Magdalena comprendió que, abrir lucha, sería lanzar a la comunidad de jóvenes monjas contra enemigos perversos y poderosos. A su modo de ver, debía caminar sola para el sacrificio. Mientras oía los conceptos fingidos del inspector, recordaba al viejo padre Damián. Ante los ojos de la imaginación, rememoró las reuniones cariñosas del ambiente doméstico de Ávila y le pareció oír las respuestas del religioso a sus preguntas infantiles, cuando le dijo que el circo del martirio para los cristianos sinceros era ahora el mundo, y que las fieras serían los propios hombres. Se le daba la oportunidad de verificar la exactitud de aquella afirmación. Fray Osorio, que disimulaba tan bien el verdadero móvil de su mezquina animosidad, ciertamente disfrazaba, con amonestación, alguna pena más dolorosa y más cruel. No desdeñaría, sin embargo, el testimonio que el Señor le ofrecía. Lejos de envolver a las amigas y hermanas en un movimiento general de confusiónismo religioso, se levantó dignamente después de ser interpelada, y murmuró:

- Para mí, fray Osorio, todas las humillaciones serán pocas, como todos nuestros testimonios de amor y reconocimiento a Jesús nunca serán debidamente dilatados. Estoy preparada para atender vuestras órdenes. Nada más tengo que decir.

Una amarga expresión de desánimo se abatió sobre las compañeras. Con aire de triunfo, el capellán volvió a decir:

- Deberá, entonces, la Superiora estar preparada para salir mañana, al romper el alba.

La asamblea se disolvió bajo penosas impresiones. Más tarde, Alcione se dirigió a la celda de la veneranda superiora y, confidencialmente, la puso al corriente de

todos los hechos. La vieja amiga movió la cabeza, desconsolada, y sentenció:

- ¡Prepárate, hija mía, para los amargos testimonios! Te hablo así, no con el fin de intimidar tu espíritu cariñoso y sensible. Te hablo en calidad de madre espiritual, preparada para partir de este mundo y cansada de espectáculos atroces y de experiencias ingratas...

- Ayúdame, entonces, mi buena madre – respondió la hija de Cirilo con gran serenidad – esclarecedme para que corresponda a la confianza del Señor en los trances inminentes.

La respetable religiosa la contempló enternecida, abrazándola y besándola con afecto, suscitándole profundas reminiscencias de la madrecita inolvidable, y continuó:

- Cuando los capellanes inspectores hablan de amonestación, eso significa hambre en la cárcel o suplicio en las oscuras salas de tormento. Es posible que Jesús te evite el martirio ante los inquisidores crueles. Para eso, hija, rogaré incesantemente la protección de su misericordia, a favor de tu alma generosa, pero no creo que te puedas eximir de la prisión infamante. No obstante, morir abandonada en las celdas inmundas del Santo Oficio es mil veces mejor que soportar los ojos imprudentes de los malos eclesiásticos que infligen pesadas torturas a las mujeres indefensas. Sé de hermanas nuestras que murieron en el segundo o en el tercer grado de tormento, en completa desnudez, por imposición de hombres impiadosos.

La hija de Magdalena no pudo disimular su asombro.

- Generalmente – prosiguió la interlocutora veneranda – es muy difícil ordenar un proceso regular contra nosotras, las religiosas, por considerar la Inquisición que nuestra actitud representaría, en el concepto público, un atestado de rebeldía tendente a

desmoralizar los principios de la fe. Casi siempre, por esa razón, los religiosos presos se pudren en lo profundo de las cárceles, sin que sean visitados por la supuesta justicia de la detestable institución, que mancha nuestros caminos en este mundo.

Alción meditó un momento y murmuró:

- Estoy convencida de que Jesús no me abandonará, sea cual fuere el testimonio que me esté reservado.

- Sí, mi buena hija, - afirmó la superiora besándole las manos con cariño – Él está con nosotros, siguiéndonos de cerca, tal como en los primeros días de persecución en las catacumbas. Recordemos a las vírgenes que murieron en los circos, despojadas de sus afectos, despedazadas por las fieras furiosas; recordemos a las crucificadas entre las hogueras, sirviendo de pasto a los infames festines cesarianos. Tengamos fortaleza en tales angustias, recordando que el propio Mesías fue conducido, semidesnudo, al madero de nuestras crueldades. Lamento que mi cuerpo fatigado no me permita seguirte en el testimonio. ¡Pero el Señor me concederá fuerzas para romper las cadenas que me prenden al lecho de la vejez y de la enfermedad, a fin de alabar tu gloria!...

La Superiora, muy conmovida con aquellas palabras sinceras y cariñosas, murmuró, enjugándose los ojos:

- ¡No debéis hablar así, querida Madre! Soy una simple pecadora y, en esa condición, todos los sufrimientos serán escasos a mis necesidades de perfeccionamiento espiritual.

La bondadosa enferma la abrazó con más ternura, diciendo a continuación:

- ¡Recuerda siempre que dejas en esta casa a una vieja amiga que te consagra maternal cariño!...

Alción Vilamil se sumergió en graves pensamientos, y, tras algunos instantes, sin traicionar la serenidad de siempre, pidió a la interlocutora:

- Madre, en el caso de que no vuelva a Medina, como debo esperar, os certifico, desde ahora mismo, de que es posible de que llegue hasta aquí alguna petición de informaciones a mi respecto. Aún tengo dos amistades muy fuertes en el mundo. Se trata de mi hermana, residente en América y de un ex-sacerdote, a quien me siento unida por sacrosantos lazos espirituales. En el caso de que eso ocurra, os pido que deis noticias mías.

La bondadosa superiora hizo un gesto, como quien anota mentalmente la solicitud afectuosa, y la hija de Magdalena le dio el último beso.

Al día siguiente, por la mañana, la Supriora, entre los dos emisarios, se ponía camino de Madrid, llevando tan solamente el viejo crucifijo de la genitora y un libro del Nuevo Testamento. Era todo su equipaje. El viaje no fue muy fácil, atentos a los percances de la época; entretanto, terminó sin ningún incidente digno de mención. La religiosa de Medina del Campo fue recogida, sin más ni menos, en una celda oscura y húmeda de las cárceles de la Inquisición, en la capital española.

En el momento de dejarla sola, uno de los verdugos que la conducían al interior le arrebató el Evangelio, explicando:

- La señora puede quedarse con el crucifijo, pero aquí no puede quedarse con el Nuevo Testamento, ya que es acusada de hereje y luterana.

Ella apenas esbozó un gesto de conformidad.

- Fray José del Altísimo, digno asesor de nuestras autoridades – continuó el verdugo con acento hipócrita – recomendó que la trajésemos hasta aquí, donde recibirá diariamente las raciones de pan, hasta que él tenga tiempo de oírla.

Ella quiso indagar el día de la audiencia, pero, temiendo injustas reprimendas, se calló. El fraile, sin embargo, continuó locuaz:

- Naturalmente que le será concedido el tiempo necesario para despertar la memoria para la confesión general de sus faltas. El Santo Oficio nunca amonesta sin caridad.

A la luz de la linterna, la prisionera no identificó nada más en el compartimento estrecho y subterráneo, que un mísero colchón en el suelo húmedo. Y después de las fastidiosas consideraciones del verdugo, relativas al espíritu de generosidad de los inquisidores, se halló absolutamente sola, estrechando el crucifijo contra su pecho oprimido.

Desde entonces, nunca más pudo saber cuándo comenzaba el día o la noche, a no ser por el canto de los gallos lejanos. La envolvía una atmósfera de sombras invariables. De vez en cuando, el hermano carcelero renovaba, en silencio, la provisión de pan y agua, y nada más. Algunas veces, llegaban a sus oídos los ecos mortecinos de gritos o gemidos dolorosos. No podía dudar de que provinieran de las salas de tormento.

Entre la resignación y la humildad, pasó la primera semana, un mes, otro mes, seis meses.

Sus vestiduras estaban rotas, el cuerpo enfermo y delgado. Dadas las deficiencias de la alimentación y el ambiente húmedo, la salud no resistió a las largas semanas de reclusión. La religiosa de Medina se sentía fuertemente atacada por la enfermedad del pecho. Recordando los padecimientos del padre Damián, reconoció que la tisis venía a participar de las sombras de la celda. ¿Cuándo sería juzgada? Ahora, más que nunca, recordaba las palabras de la cariñosas Madre, sobre la crueldad que la Inquisición reservaba a las religiosas denunciadas como herejes. Por cierto, jamás sería oída. Su actitud podría ser tenida en cuenta como desmoralización de la Iglesia, y el Santo Oficio prefería recoger su cadáver y exhibirla en un auto de fe. Con todo,

otras veces, la hermana del Carmelo experimentaba amargas pesadillas, en los leves momentos de sueño, entre las rudas vigiliias, viéndose delante de verdugos muy crueles, que la despojaban del hábito tratándola duramente. Despertaba afligida, bañada de frío sudor, abrazándose al único recuerdo de su madre, en oraciones fervorosas. La fiebre comenzó a minarle el organismo.

Diez meses transcurrieron sobre la crueldad de fray Osorio. Entre oraciones cariñosas y arduas meditaciones, la hija de Cirilo moría lentamente, sorprendiendo a los propios frailes que hacían guardia en la cárcel, los cuales, a veces, la contemplaban casualmente, en las visitas eventuales a su prisión de sombras.

Por esa época, la religiosa de Medina del Campo experimentó el agotamiento casi total de las energías orgánicas y, comprendiendo que el fin debería estar próximo, se encomendaba a Dios en sentidas oraciones. Pasaron largos días, dándole la impresión de ser una noche invariable... Después de la primera gran hemoptisis, Alcione se sintió en un plano diferente. El aposento, ordinariamente oscuro, le pareció bañado de luces agradables. Tanta era la luminosidad, que pudo ver colchón y el crucifijo amado, llenándose de profunda admiración. Su asombro no quedó ahí. En pocos instantes, vio en el fondo de la celda tres figuras distintas. Eran sus padres y el viejo Damián, que volvían de las regiones de la muerte para confortarla. La enferma, en estado pre-agónico, pensó que estaba pronta a partir. Emocionada, recordó, en la delicadeza de sus sentimientos, que le correspondía presentar a los queridos visitantes una actitud de cariñoso respeto y, no obstante la debilidad, se arrodilló y levantó las manos, sintiéndose llena de bendiciones inefables. Observó con alegría que su madre estaba más bella que nunca, coronada por un halo de luz radiante. Mientras Cirilo y

Damián permanecían a la distancia de algunos pasos, Magdalena Vilamil se aproximó a la hija, sonriendo tiernamente y, poniéndole la diestra en la frente de alabastro, murmuró:

- ¡Alción, querida mía, después del calvario doloroso, gloriosa será la resurrección!...

La interpelada se inclinó besándole los pies y exclamando entre lágrimas:

- ¡No soy digna!... ¡no soy digna!...

La entidad amorosa la besó en un transporte de inmensa ternura. Fue ahí que la prisionera, alargando los brazos y, bajo la fuerte impresión de los sufrimientos que percibía en torno de su cárcel, imploró con tono angustiado:

- Madre mía, sé que no merezco nada de Dios, pero, si es posible, no me dejes morir bajo el irrespeto de los verdugos impiadosos.

En llanto convulsivo, notó que su madre enjugaba una lágrima. Magdalena la abrazó, tiernamente, y dijo:

- ¡No temas, hija mía! ¡Partirás con el amparo de los ángeles!...

En ese instante, con todo, el fraile carcelero abrió súbitamente la puerta, a fin de ver con quién conversaba la religiosa en voz alta. A la luz rojiza de la linterna, se hizo la sublime visión. El vigilante la miró espantado. Arrodillada, mostrando una impresionante mirada a investigar el desconocido, la hermana del Carmelo tenía en el hábito roto grandes manchas rojas. “La pérdida de sangre la hacía desvariar”, pensó el vigilante para sí mismo. Y, asombrado con lo que veía, llevó la noticia al superior jerárquico, diciendo parecerle que la prisionera comenzaba a experimentar los delirios de la muerte.

El Santo Oficio, por ironía, tenía cierto número de médicos a su servicio, los cuales muchas veces opinaban sobre la naturaleza y grado de la tortura a infligir a los

condenados, con el pretexto de que los reos deberían ser castigados con mucha caridad. Un médico fue llamado, inmediatamente, para examinar e informar del estado general de la religiosa de Medina. Tras el examen, el facultativo, de autoridad en autoridad, llegó hasta el gabinete de fray José del Altísimo. Hechas las saluciones de costumbre, afirmaba solícito:

- La rea está irremediamente perdida.

- ¿No soportará, siquiera, los métodos preliminares del potro? – indagó el representante del Inquisidor Mor. Se trata de un caso unido a reclamaciones de un amigo, a cuya bondad debo mucho.

- Aquél cuerpo ya no resiste la menor tortura. Creo que ella está en las últimas.

El interlocutor hizo un gesto de contrariedad y volvió a decir:

- Es un proceso que espera por mí desde hace más diez meses; entretanto, he tenido necesidad de atender a represiones de mayor importancia.

- Os afirmo – esclareció el facultativo atento – que cualquier resolución de orden espiritual debe ser inmediata, ya que tal vez mañana sea tarde.

- Hoy estoy lleno de compromisos para la noche – explicó el asesor. – Iré mañana muy temprano a tomarle las declaraciones.

En efecto, al amanecer, José del Santísimo acompañado por otros dos religiosos, descendió a las celdas subterráneas, a fin de establecer el primero y el último contacto con la monja carmelita de Medina del Campo. A la luz de la linterna, se aproximó a la condenada que yacía en el sórdido jergón, abrazada a su crucifijo. Moribunda, sólo los ojos en ella hablaban, vivaces. Los miembros y las facciones fisonómicas estaban aniquiladas, en un conjunto de intraducible abatimiento. El eclesiástico experimentó una extraña

sensación y tuvo el ímpetu de retroceder, pero procuró mantenerse firme y preguntó:

- María de Jesús Crucificado, ¿está ya decidida a confesar el crimen de herejía, para que pueda recibir los sacramentos de la extremaunción?

La interpelada demostró en la mirada impresionante una actitud mental de alegría y murmuró:

- ¡Carlos!... ¡Carlos!...

El jesuita se tambaleó en un rictus de terror, el libro se le escapó de las manos temblorosas, y cayó, maquinalmente, de rodillas. Aproximó la linterna al rostro de la agonizante, exclamando con indefinible angustia:

- ¡Alcione! ¡Alcione!... ¿tú? ¡Oh! Enloquezco.

La agonizante pareció concentrar todas las energías para el esfuerzo de aquellos supremos momentos y replicó:

- Sí... El Padre Celestial atendió mis ruegos y yo no partiré sin el confort de tu mirada...

- ¿Qué hacías en Medina? ¿Qué quiere decir eso, Dios mío?

- No pudiendo aproximarme a tu corazón con mis sentimientos de mujer, te buscaba con los pensamientos de Cristo... ¡Nunca pude olvidarte!... Tomé el hábito religioso, deseosa de reencontrarte, para ser hermana desvelada de tu mujer y segunda madre de tus hijitos... ¡En vano te busqué en nuestros sitios predilectos... no obstante, he esperado confiante esta hora divina!... Ahora moriré tranquila y feliz...

Sin ninguna preocupación por la actitud de espanto de los compañeros presentes, el eclesiástico entre sollozos convulsivos habló amargado:

- ¡Soy un réprobo! No tengo esposa, ni hijos, ni a nadie. Perdí todo cuando te perdí a ti. Hoy soy un condenado deambulando por un camino ignominioso. Tu

recuerdo aún es mi único rayo de luz. ¡La esposa me traicionó, los falsos amigos mancharon mi hogar y busqué los poderes del mundo para ejercer la venganza cruel! ¡Ah! ¡Alción, no podría suponer que te asesinaría, también, en estas mazmorras infectas! ¿Por qué habría de caer sobre mí este tremendo golpe de la suerte? ¡Soy, en adelante, un miserable, un bandido maldiciendo!...

La agonizante reveló en la mirada, muy lúcida, una gran y amorosa preocupación y preguntó:

- ¿Qué hiciste de Jesús?

- Soy un criminal que no merece perdón – dijo el jesuita fuera de sí.

- No te juzgues así – murmuró Alcione, con esfuerzo – conozco tu alma, llena de tesoros ocultos... Solamente la desesperación puede cegarte los ojos...

- ¡Todo me fue adverso en la vida, el destino siempre me escarneció! – sollozaba Clenaghan, preso de un intraducible martirio.

- Olvidaste nuestras preciosas creencias, mi querido Carlos, no te acordaste más de los pálidos rostros de aquellos niños que nos buscaban en la iglesia de Ávila... olvidaste a nuestros enfermos, no reflexionaste más en el dolor de los desamparados de la suerte... ¡Nunca más pensaste en nuestra familia de amigos sencillos y necesitados, al servicio de quien colocábamos, entonces, todo nuestro idealismo con Jesús!...

- ¡Siento que perdí, desgraciadamente, mi sagrada ocasión de unión con Dios! ¡Tanto hiciste por mí, y, no obstante, olvidé los menores deberes de fraternidad, sin acordarme de que en las tinieblas del odio podría aniquilarte también a ti, que todo me diste! ¡Qué tremenda lección!

- Tranquilízate – dijo la agonizante con una profunda expresión de ternura – confía en el Señor que nos renueva las oportunidades de redención... ¡Su

misericordia nos aproximará nuevamente, seremos felices en la observación del “amaos los unos a los otros”! Fortalezcamos el espíritu, sin desaliento injustificable. ¡No nos cansemos de recordar que el Maestro fue a la cruz del martirio por amor a nosotros, y está a nuestra espera desde hace largos siglos!... Es necesario no desanimar en el bien...

El sobrino de Damián lloraba amargamente, incapaz de responder. Pero, después de una larga pausa, Alcíone proseguía:

- ¡Sal de los círculos de la rebeldía y la venganza!... Jesús nos ofrece hermanos y tutelados en todas partes... No permanezcas en los lugares donde haya persecuciones y separaciones en su nombre... Vuelve, Carlos... ¡Vuelve a la pobreza, a la sencillez, al esfuerzo laborioso! Si fuera necesario, pide de puerta en puerta, el pan del cuerpo, pero no odies a nadie... ¡La desesperación te conservará encadenado en el lodazal del mundo! Despierta nuevamente para el amor que el Maestro nos trajo y perdona el pasado por los dolores que te dio...

El jesuita no sabía cómo definir las penosas emociones.

- ¡Pero soy culpable de tus flagelaciones en la cárcel! ¡Soy víctima infeliz de mí mismo!...

- ¡No te acuses! Tu fuiste, con el Cristo, mi huésped efectivo aquí, en esta casa, como en todos los otros lugares en que viví después de nuestra separación... ¡La confianza en tu amor me ayudó a disipar las sombras de cada día, me proporcionó buen ánimo en las situaciones más difíciles!... Nunca te amé tanto como ahora, al separarnos nuevamente... Pero, yo creo, Carlos, que los muertos pueden volver a los trabajos humanos... Cuando Dios me permita esa alegría, volveré otra vez... para serte fiel... ¡Sufre con resignación, ama tus tareas de redención con desvelo, y entonces (¿quién sabe?) nos

reencontraremos en breve, para construir nuestro hogar de felicidad infinita, en la Tierra o en otros planos de la Eternidad!...

Mientras el eclesiástico temblaba sollozante, la agonizante continuaba con visible esfuerzo:

- Nunca te olvidaré... Jesús bendecirá nuestro ideal de sublime unión...

No pudo continuar. Las sagradas emociones de aquellos momentos inolvidables le habían aniquilado las últimas energías. Un sudor frío le caía de la frente palidísima. La respiración se volvió angustiada y sofocada. Clenaghan percibió la aproximación del último instante y exclamó:

- ¡Di, Alcíone, di una vez más que me perdonas!

La sublime criatura hizo una tentativa suprema, pero los labios, casi inmóviles, no hicieron más que un movimiento inexpresivo. Fue entonces que la hija de Magdalena, en los estertores de la muerte, alzó el crucifijo y clavó en él los ojos lúcidos, dando a entender que llamaba la atención de Carlos par la escena longinqua de la iglesia de Ávila; enseguida, besó largamente la imagen del Crucificado, y, en un gesto inolvidable, la llevó a los labios del hombre amado, como diciéndole que nunca le negaría el beso del eterno amor y de la eterna alianza.

Fray José del Altísimo se inclinó, sollozando, sobre el despojo sagrado, con el dolor indecible del corazón ahogado en los remordimientos extremos.

Y nadie en la Tierra, en aquél compartimento húmedo y oscuro, podría contemplar el cuadro celeste a desarrollarse, como tributo de veneración a la disciplina de Cristo, que supiera vencer en su nombre todas las dificultades, vicisitudes y penas de la vida humana. Himnos de belleza angelical vibraban en los aires, mensajeros generosos iban y venían con expresión de júbilo infinito. Cirilo, Damián y otros amigos de Alcíone,

se conservaban en actitud de oración. Numerosos beneficiarios de su dedicación fraternal se encontraban allí, ansiosos por manifestarle su cariño y gratitud. En unos instantes, bajo la dirección de Antenio, llegaban resplandecientes entidades del Gran Hogar Celeste. Magdalena Vilamil, guardando a la hija en su regazo, la besaba con enternecimiento. Las oraciones de los redimidos se unieron a los sublimes pensamientos del alma santificada que partía de la Tierra. Y, mientras suavísimas melodías fluían en el plano espiritual, el bondadoso Antenio unía su voz a los acordes del Cielo, repitiendo las sagradas palabras del Sermón de la Montaña.

- ¡Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados! ¡Bienaventurados los humildes, porque heredarán la Tierra! ¡Bienaventurados los que sufren persecución por amor a la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos!...